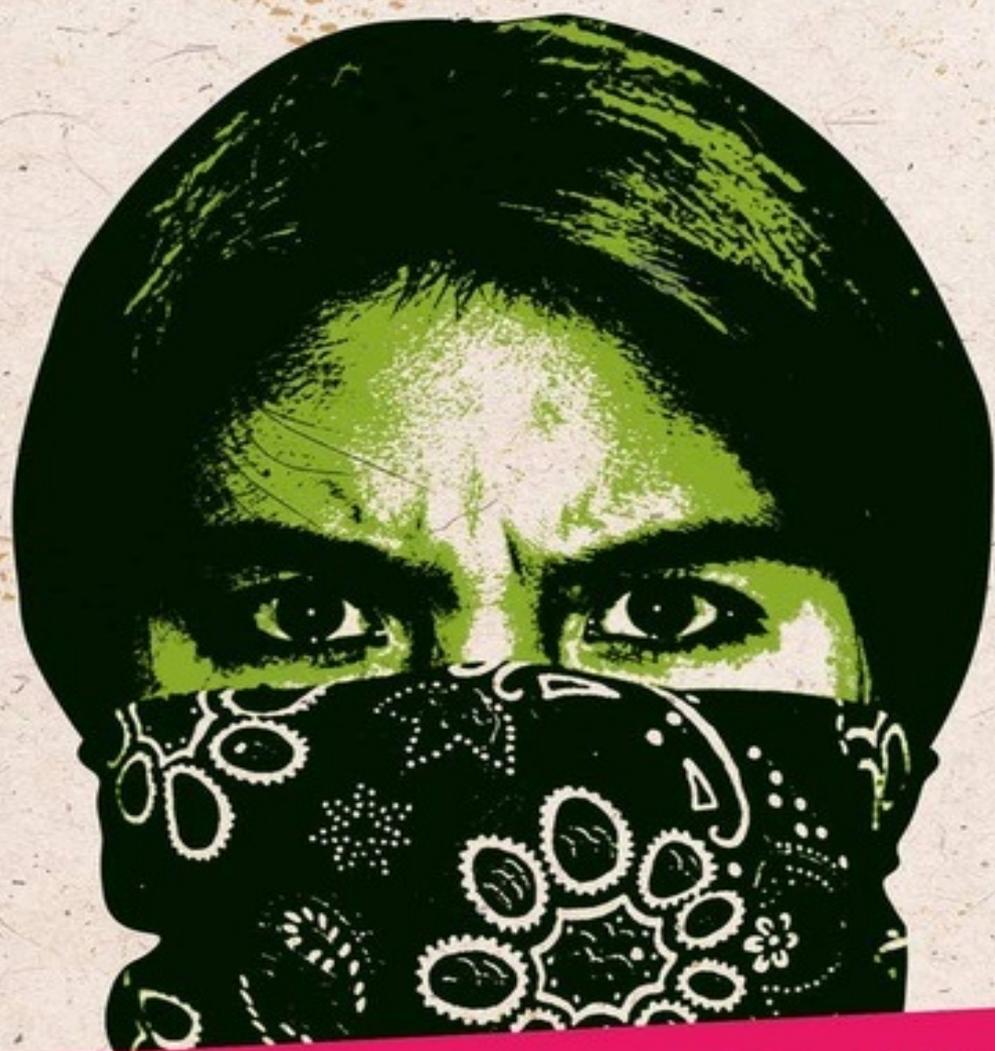


REBECCA TRAISTER



BUENAS

&

ENFADADAS

El poder revolucionario de

LA IRA DE LAS MUJERES

Capitán Swing®

BUENAS & ENFADADAS

El poder revolucionario de
LA IRA DE LAS MUJERES

REBECCA TRAISTER

Traducción de
Amelia Pérez de Villar

Capitán Swing®

BUENAS & ENFADADAS

El poder revolucionario de
LA IRA DE LAS MUJERES

Para Bella y Rosie

No hay que depositar un poder tan amplio en manos de los maridos. Hemos de recordar que todos los hombres serían tiranos si tuvieran la ocasión. Si no se presta a las señoras un cuidado y una atención especiales, estamos dispuestas a suscitar una rebelión, y no nos lo impedirán unas leyes que ni nos dan voz ni nos representan.

ABIGAIL ADAMS

Lo femenino

no está muerto,

ni ella dormida.

Airada, sí.

Furiosa, sí.

Exigiendo su momento.

Sí.

Sí.

ALICE WALKER

INTRODUCCIÓN

Hace diez años [2008], en plena crisis, estaba yo presentando un programa en la CNBC. Todos los días daba consejos a gente que había perdido hasta el último céntimo. Era desgarrador, muy doloroso. Un día nos visitó el director de la SEC,^[1] y le hice unas preguntas algo mordaces sobre la falta de previsión de la organización que encabezaba. En cuanto cerramos el programa me llamaron al despacho del productor ejecutivo, me obligaron a sentarme y ver el vídeo de la entrevista y luego me lanzaron un responso porque «parecía enfadada»: lo único que había hecho era no sonreír. Tenía la mandíbula tensa. La mirada, sí, quizá ardía un poco. Respondí entonces: «Sí, estaba enfadada. Lo sigo estando». Poco después un locutor, *varón*, pierde los nervios en la bolsa [de Chicago] y se pone a gritar, enfadadísimo, y se lleva todos los laureles por haber propiciado el lanzamiento del Tea Party. O sea... ¡Joder!

CARMEN RITA WONG

[1] SEC: U.S. Securities and Exchange Commission. Es la institución estadounidense que se corresponde con la Comisión Nacional del Mercado de Valores. (*N. de la T.*)

«¡Quítame las putas manos de encima, maldita sea! —rugió Florynce Kennedy. Un turbante rojo le cubría la cabeza, y sus enormes pendientes con el símbolo de la paz se movían como un péndulo—. ¡No se te ocurra tocarme, cabrón!».

Fue un intercambio épico que tuvo lugar en 1972, durante la convención nacional del Partido Demócrata en Miami. Kennedy, feminista y abogada negra, dirigía toda su rabia contra un grupito de periodistas blancos de varias cadenas de noticias. Entre ellos se encontraban Mike Wallace y Dan Rather, reporteros de la CBS, que se habían tomado un descanso en la sala donde se celebraba la convención, prácticamente vacía. La mayoría de los hombres apenas mostró interés por la rabieta de Kennedy, pero hubo uno que intentó calmarla y convencerla de que se apartara de allí. Y sí, le había puesto las manos encima. «Al próximo hijo de puta que toque a una mujer le pateo los huevos», amenazó.

En 1972 la congresista Shirley Chisholm —primera mujer negra que salió elegida como representante en el Congreso— se había presentado a las elecciones presidenciales y había asistido a la convención. La reunión nacional del partido había estado un poco revuelta gracias, en cierto modo, a la participación de la Asamblea Política Nacional de Mujeres (National Women's Political Caucus), fundada un año antes por Chisholm, Kennedy y algunas dirigentes feministas y líderes del movimiento de derechos civiles como Gloria Steinem, Betty Friedan y Dorothy Height, entre otras.[2] Se habían reunido en Miami y discutían sobre la candidatura de Chisholm, sobre el probable candidato, George McGovern, sobre la Enmienda de Derechos Civiles y sobre una plataforma proabortista propuesta por el partido que generó mucha polémica.[3] Y mientras sucedía todo eso, las mujeres no habían conseguido apenas cobertura por parte de la prensa.

Ese fue el motivo por el que Kennedy y un grupo de mujeres, entre las que se encontraba Sandra Hochman —poeta feminista blanca que había recibido quince mil dólares de un productor de cine independiente para rodar un documental sobre el papel de las feministas en la convención—, la tomaron con los equipos de televisión y con los reporteros que se habían agrupado en el lugar de la convención. Aprovecharon un momento de descanso de los hombres que estaban allí sentados, entretenidos, en silencio, sin levantar en algunos casos la vista del periódico que estaban leyendo a pesar de los

ataques de las airadas mujeres, cuya furia creció aún más al no mostrar los reporteros reacción alguna, y estalló en la cara de los dos tipos que intentaron calmarlas.

El equipo que rodaba el documental de Hochman —que se llamaría *Year of the Woman* (El año de la mujer)— lo había captado todo con su cámara: había captado perfectamente las burlas y el desprecio, por parte de los hombres, que habían llevado a aquellas mujeres a gritar con todas sus fuerzas. Metros de película que mostraban a aquellos equipos informativos que, en vez de cubrir las intervenciones de Chisholm, enfocaban a Liz Renay, actriz y *stripper* muy guapa, o que mostraban al representante de algún grupo de poder demócrata diciendo a Hochman que *había* mujeres trabajando en la campaña de George McGovern, «aunque sobre todo en las guarderías y sitios así...». O al jovencísimo jefe de campaña de McGovern, Gary Hart —que solo dos años después de aquello se presentaría como candidato al Senado—, explicando a Hochman que su jefe nunca escogería a una candidata, mujer, para la vicepresidencia porque «no había ninguna que reuniera las condiciones para ser presidenta de los Estados Unidos». Durante su segunda legislatura como congresista, Chisholm ya había trabajado mucho en la ampliación del programa de cupones para alimentos y en el Programa de Asistencia Nutricional para Mujeres y Niños (Supplemental Nutrition Program for Women, Infants and Children); había presionado para que se aprobara un proyecto de ley para destinar diez mil millones de dólares al cuidado de la infancia, del que Walter Mondale introduciría una versión que aprobó el Congreso, aunque poco después la vetara Richard Nixon. McGovern eligió como compañero de campaña a Thomas Eagleton, un senador de Misuri que había ocultado un historial de tratamientos antidepresivos, y que tuvo que presentar su dimisión dieciocho días después de haber sido elegido.

El documental se proyectó durante cinco noches seguidas en Greenwich Village en 1973. Se vendieron todas las entradas. Después, a excepción de unas cuantas emisiones ocasionales, desapareció por completo del circuito público durante cuarenta y dos años. En 2004 el *Washington Post* lo describió como «demasiado radical, demasiado raro y demasiado adelantado a su tiempo para cualquier distribuidor».[4] Cuando en 2015 me encargaron un artículo sobre el documental en calidad de periodista feminista a las puertas de las elecciones presidenciales de 2016, entendí inmediatamente qué lo hacía tan impresionante y tan peligroso, por qué era *demasiado*: era una cápsula del

tiempo en celuloide, y mostraba la ira de las mujeres sin filtros, en toda su magnitud, una mirada aguda y extraña a los ojos contemporáneos atrapada en una gota de ámbar.

«¡Nosotras somos las que se han quedado fuera!», grita Hochman en el documental. Resulta difícil no participar de su frustración, tanto como no fijarse en que, mientras habla, lleva puesta una máscara de papel maché con la figura de un cocodrilo. «La gente no toma en serio a las mujeres. Nos convierten en seres excéntricos. Pues os diré una cosa, como poeta que soy: sed excéntricas». Todo el documental está lleno de mujeres activistas que, desde el punto de vista de 2015, muestran una actitud excéntrica: llevan gafas con monturas de brillantina, máscaras de buceo y cabezas de Mickey Mouse. Y cantan un himno con la música de «*Battle Hymn of the Republic*», del que se han apropiado gracias a la versión de la compositora feminista Meredith Tax, popularizada por los Panteras Negras:[5]

Mis ojos han visto esa gloria que es la flama de la ira de las mujeres:

lleva siglos ardiendo a fuego lento y ahora sube, en esta era.

Ya no seremos prisioneras encerradas en una jaula de oro,

y a eso se debe nuestra marcha...

Creéis que podéis comprarnos con un anillo de mierda,

cuando no nos dais ni la mitad del beneficio que nuestro trabajo proporciona.

Nuestra ira nos devora, sí. No volveremos a rendir pleitesía a ningún rey:

a eso se debe nuestra marcha...

Y fue esta visión de la ira ardiente, pura, intensa, profana y grotesca, por parte de los hombres que controlaban la narrativa popular sobre la mujer a escala nacional, así como el poder y la política, esos hombres que trataron de hacer callar a Flo Kennedy poniéndole encima «las putas manos», fue esa visión la que me provocó un sobresalto que me hizo darme cuenta, cuando vi por primera vez el documental hace tres años, de que esa excentricidad era — como dijo la propia Hochman— la consecuencia de una ira sin adulterar. Y la rabia que provocaba en ellas la desesperación de verse manejadas, ignoradas, aparcadas por unos hombres que no las tomaban en serio llevó a este grupo de revolucionarias —algunas de ellas, figuras públicas destacadas de la segunda ola del movimiento feminista que entonces se estaba fraguando y que daría lugar a cambios sociales y jurídicos a largo plazo para todas las mujeres estadounidenses— a asumir una actitud extravagante: estaban vomitando su

frustración ante la aparente imposibilidad de su proyecto, pasando por encima del sentido común, del decoro y de la corrección, y estaban dispuestas a cualquier cosa con tal de que la gente viera esa rabia. Incluso a desfilar con una máscara de lagarto, reflejo furioso del desenfado y el desprecio con el que las contemplaban aquellos hombres poderosos.

En el verano de 2015 aquellas turbulentas escenas, los torrentes de furia femenina destinada a los hombres que las ninguneaban, las menospreciaban y las degradaban, que las ignoraban y las tocaban sin su consentimiento, que las asediaban y las insultaban y se negaban a tomarlas en serio, me parecieron escenas antiguas, con ese regusto a desfasado de la segunda ola. Porque en ese momento estábamos en pleno segundo mandato de nuestro primer presidente negro y a punto de que una mujer, a quien todos consideraban la favorita, empezara su campaña para la presidencia: una mujer, se nos recordaba sin parar, cuyo futuro como presidenta de los Estados Unidos era seguramente inevitable. Estábamos a años luz de una era en la que las cámaras se negaban a dar cobertura al discurso de Shirley Chisholm en la convención.

Mientras asimilaba —e iba viviendo y escribiendo sobre ello— las persistentes injusticias (que, en muchos aspectos, han aumentado) a las que se tuvieron que enfrentar casi todos los ciudadanos estadounidenses, pero sobre todo los hombres no blancos, los signos externos de progreso eran tan visibles y tan incuestionables que resultaba difícil concebir una beligerancia tan extrema. En privado echaba de menos esa confrontación abierta y franca de los hombres y los sistemas diseñados por ellos, que habían impedido a las mujeres llegar a la presidencia o gozar de una cuota de poder político, social o económico equiparable a la suya, al menos hasta ahora. Pero también entendí que tendrían que sentirse anacrónicos, teatrales e innecesarios en unos tiempos en los que en facultades y universidades había más mujeres que hombres, unos tiempos en los que nuestro próximo presidente sería, probablemente, una mujer.

Y sin embargo, solo dos años y medio después, cuando cogía el metro para volver a casa tras asistir a la segunda Marcha de las Mujeres y de presenciar las protestas que se estaban produciendo como reacción al nombramiento de Donald Trump, empecé a recorrer las imágenes que aparecían en las redes sociales y volví a contemplar aquel torrente de furia. Había fotos de manifestantes que levantaban el dedo medio estirado con gesto de puro odio

al pasar ante los edificios que eran propiedad del presidente que, naturalmente, no era una mujer, sino un empresario supremacista blanco que había admitido acosar sexualmente a las mujeres y que había capitalizado otra furia: la de la América blanca, la América masculina. Y gracias a eso había logrado vencer a la mujer y sustituir al negro que había ocupado antes el puesto.

Algunas de las mujeres que iban a mi lado en la marcha de 2018 blandían una imagen de los testículos de Trump decorados con un mechón de pelo naranja. Otras le representaban como un montón de excrementos. Me fijé en todos esos símbolos caseros que se esgrimían en las protestas que tuvieron lugar en todo el territorio, por segundo año consecutivo, y no solo en Nueva York, Los Ángeles y Washington: también en Bangor, Anchorage, Austin y Shreveport se veían carteles que decían: «*Fuck you, you fucking fuck*» (que te den, puto mierdero), que era uno de mis favoritos, o «Feminazis contra nazis de verdad», «A la mierda el patriarcado» o «Las mujeres airadas cambiarán el mundo». Una mujer había recortado el cartel para sacar la cara, y a su alrededor, había escrito: «Esta es la cara de una zorra que se resistió».

Muchas otras llevaban carteles con la etiqueta «#metoo» —una de ellas, con «*me fucking too*»—, una campaña de protesta contra el acoso y el abuso sexual en el trabajo que había tomado la frase acuñada por la activista Tarana Burke para luchar contra la violencia sexual ejercida sobre mujeres y niñas. La campaña había ardidido como la pólvora en los medios de comunicación unos meses atrás, y se convirtió en una conflagración en la que muchos hombres poderosos fueron destituidos de sus cargos. El movimiento #MeToo nos devolvía, con un retraso de unos cuarenta y cinco años, la promesa de Flo Kennedy: «Al próximo hijo de puta que toque a una mujer le pateo los huevos».

Y luego, en la cuenta de Instagram de una amiga de San Francisco, la vi: fue como si hubiera salido de un sueño febril de 1972. Una mujer que se subía en el metro con unas enormes zapatillas de lagarto encima de unas sandalias con calcetines; un peto verde de reptil y una máscara de lagarto en la cabeza. Y llevaba un letrero.

«La diosa Godzilla ha despertado. Ándate con ojo».

Este libro no pretende explorar la ira de las mujeres: ya existen muchos libros voluminosos y fascinantes que tratan de la psicología y la incidencia de la ira

en nuestras relaciones personales, y aún más escritores que luchan con la dimensión interior de la ira que las mujeres sienten y que están expresando de nuevas maneras. Los hay que sugieren que las mujeres son seres de natural airado, otros piensan que tienen que dominar mejor su furia. Hay libros de autoayuda y estudios críticos de las vías por las que la ira que sienten las mujeres ante su situación de sometimiento acaba repercutiendo en su relación con su familia, su pareja, sus amistades o en el trabajo. Este no es ese tipo de libro, aunque desde luego hablaré en él de cómo han sentido muchas mujeres esa rabia y esa frustración personal y por qué vías la han canalizado en el discurso político, teniendo en cuenta que para esas mujeres lo personal siempre es, en realidad, político.

Pero de lo que habla este libro, en términos más generales, es del nexo específico que existe entre la ira de las mujeres y la política nacional, de cómo la insatisfacción y el resentimiento de las mujeres estadounidenses han dado lugar a menudo a movimientos que luchaban por los cambios sociales y el progreso. Explora cómo un impulso que a muchas mujeres les ha costado gran sufrimiento ocultar, disimular o distanciarse de él —el impulso de ponerse verdaderamente furiosas— ha sido fundamental a la hora de determinar su influencia política y su estatus social, y cómo la ira de las mujeres ha desempeñado un papel fundamental en movimientos sociales revolucionarios y ha contribuido a perfilar la imagen con la que la opinión pública las ha percibido como líderes o candidatas a algún cargo político.

En los Estados Unidos no se enseña que muchas mujeres desobedientes, insistentes y furiosas han modelado nuestra historia y nuestra actualidad, nuestro activismo y nuestro arte. Y debería enseñarse.

Esas historias sí existen en otras culturas. *Lisístrata* es un relato antiguo sobre unas mujeres tan enfadadas con la inclinación de sus maridos al combate que deciden no tener relaciones sexuales con ellos hasta que paren las guerras (un punto de vista que perjudica a la satisfacción de la mujer pero enfatiza su dominio, al asegurarse de que «ningún hombre obtenga satisfacción si la mujer no lo decide»). Los griegos cuentan también la historia de Thais, cortesana y compañera de Alejandro Magno, que instó a su amante a que quemase el templo de Persépolis en venganza contra el rey persa Jerjes, que había destruido el templo de Atena durante su ataque a la ciudad de Atenas, cien años atrás. En la vida real fueron las mujeres de París, furiosas y muertas de hambre, las que se amotinaron por el alto precio del pan

y marcharon hasta Versalles: fue en octubre de 1789, y este acontecimiento contribuyó al estallido de la Revolución francesa y a la caída del rey Luis xvi. En 2003, en Liberia, tras catorce años de guerra civil, un grupo de mujeres de ese país —musulmanas y cristianas, indígenas y liberianas de origen americano— se unieron impulsadas por la ira que les provocaban los estragos de la guerra, resueltas a reclamar su fin: «Hasta ahora hemos estado calladas, pero nos están matando, violando, deshumanizando, contagiando enfermedades... La guerra nos ha enseñado que el futuro está en decir no a la violencia y sí a la paz».[6] Les llevó dos años de protestas, pero en 2005 la presión que ejercieron en masa culminó con la elección de la primera mujer presidente de la nación, Ellen Johnson Sirleaf.

Aunque no nos hayan contado sus historias, en los Estados Unidos también hemos tenido mujeres que han transformado el país con su ira, como reacción no solo al sexismo: también al racismo, a la homofobia, a los excesos del capitalismo, a las muchas desigualdades a las que han quedado expuestas esas mujeres y quienes las rodean. En *A Place of Rage (Un lugar para la ira)*, un documental de 1991 sobre mujeres activistas y artistas negras, la poeta June Jordan, cuya obra era una tierna crónica de su propia ira al ver restringidas sus libertades «porque tenía el sexo equivocado, la edad equivocada y el color de piel equivocado», recordó un acontecimiento que había despertado en ella una sensibilidad política e ideológica. Cuando era niña, en su barrio de Bedford Stuyvesant (Brooklyn) la policía golpeó a un joven en la cabeza: le habían confundido con otro. «Ver a aquel chico, al que yo idolatraba, que era uno de los nuestros, porque era vecino nuestro [...] desfigurado por aquellos extraños que irrumpieron con toda su fuerza y con licencia para usarla, fue verdaderamente aterrador. Y eso contribuyó a endurecerme a una edad muy temprana: me quedé encerrada en una especie de “lugar para la ira”».

Es fundamental recordar que esa ira que sienten las mujeres les llega —y a veces las denigra o las margina— de distintas formas, que reflejan los mismos sesgos que la provocan: la furia de una mujer negra se trata de un modo muy distinto a la de una mujer blanca; las frustraciones de las mujeres pobres se escuchan con un talante que no es el que se aplica al enfado de las ricas. Y a pesar de las muchas —e injustas— maneras en que el país ha despreciado o se ha burlado de la ira de las mujeres, esa ira ha dado lugar muchas veces a cambios sustanciales, a modificaciones de las normas y prácticas de la nación, del tejido mismo que la constituye.

Este libro trata de mujeres a las que la esclavitud y el linchamiento enfadaron tanto que arriesgaron su vida y su reputación para erigirse en pioneras de nuevas formas de expresión pública para ellas, como los discursos ante una audiencia mixta en género y raza; de mujeres a las que enfadó tanto el no tener derecho a voto que caminaron cuarenta millas hasta Washington, se declararon en huelga de hambre y se encadenaron a la verja de la Casa Blanca. Mujeres tan airadas que conservaron esa ira durante toda su vida, durante todas las décadas que les llevó conseguir el derecho a voto, primero gracias a la Decimonovena Enmienda y luego a la Ley de Derecho a Voto. Su ira les empujó a cometer actos de desobediencia civil, a votar ilegalmente, a organizar marchas y sentadas por las que serían encarceladas y golpeadas. Mujeres que participaban en conversaciones que siempre se habían mantenido en un susurro y decidieron que, a partir de entonces, las difundirían en mítines abiertos, en las páginas de los periódicos impresos y en los tribunales, en convenciones políticas y ante comités judiciales.

La ira siempre ha sido la chispa que ha encendido el impulso de las reformas duraderas, jurídicas o institucionales, en los Estados Unidos. La ira, de hecho, constituye la narrativa canónica y fundacional de la ruptura revolucionaria de la dominación inglesa. Y sin embargo, rara vez se ha reconocido esa ira como algo bueno y justo, patriótico, cuando se ha originado entre las mujeres, a pesar de que las mujeres se han esforzado siempre por imitar o hacer referencia al lenguaje y a los sentimientos de la fundación de la nación al tiempo que exponían sus propias demandas airadas de libertad, independencia e igualdad. Así que este es un libro sobre el impulso que condujo a una mujer esclava de Massachusetts conocida como Mumbet, y después como Elizabeth Freeman, a escuchar la retórica revolucionaria en la casa en la que trabajaba y, como respuesta airada a los abusos que sufrió a manos de sus amos (que incluso la golpeaban con utensilios de cocina calientes), a aplicar esas ideas de libertad a sus propias circunstancias y reclamar su libertad en un caso que fue determinante para la abolición de la esclavitud en Massachusetts, en 1783.

Este libro trata de cómo las muchachas que trabajaban en los molinos de Lowell en la década de 1830 vieron que su propia situación era un reflejo de la retórica insurgente de la revolución americana y declararon: «Así como nuestros padres resistieron con su sangre a la avaricia dominante del ministro británico, del mismo modo nosotras, sus hijas, rehusamos que nos pongan ese

yugo que nos tienen preparado». Con ello dio comienzo una serie de paros que supuso la semilla de lo que llegaría a ser el movimiento obrero estadounidense.[7] Y de cómo diecisiete años después una líder obrera de veintitrés años, llamada Clara Lemlich, que ya había recibido palizas por participar en las primeras huelgas, se impacientó con la charla de los hombres en una reunión del Sindicato del Cobre en 1909 y convocó una huelga general que se convertiría en el gran levantamiento de las camiseras, con veinte mil obreras participantes, y que se saldaría con nuevos acuerdos para todas las fábricas de camisas de Nueva York, salvo unas pocas. Triangle fue una de las que no accedió a las demandas de sus empleadas: se quemó dos años después, junto con 146 personas que murieron en el incendio; la mayoría de ellas eran mujeres, lo que provocó la ira de otras activistas que, con el tiempo, contribuirían a la implantación de una serie de normas de seguridad en el trabajo en todo el país.

Este libro quiere también mostrar que toda esta ira, decisiva para el crecimiento y el progreso de la nación, nunca se ha celebrado y rara vez se ha destacado. Que las mujeres nunca han recibido condecoración alguna por su furia y que en demasiadas ocasiones han visto que sus pasiones, más que justas, quedaban borradas de los anales. No nos han enseñado que Rosa Parks, una mujer modesta que disparó el boicot de Montgomery en 1955 al negarse a ceder su asiento en el autobús, fue una ferviente activista contra la violación que dijo a un tipo que la atacó que prefería morir a que él la violase, y que a los diez años, amenazada por un niño blanco, recogió un trozo de ladrillo del suelo y amenazó con lanzárselo si se seguía acercando a ella. «Yo estaba furiosa, y él siguió su camino sin más comentarios»,[8] diría después de aquel acto de resistencia incipiente. Nunca se nos ha impulsado a considerar que era esa ira ciega —y no solo el estoicismo, la tristeza o la fuerza— lo que había detrás de los actos de esas pocas heroínas de las que nos hablaron en el colegio, desde Harriet Tubman a Susan B. Anthony. En lugar de eso nos hacen tragar continuamente el mensaje de que la ira de las mujeres es algo irracional, peligroso o risible.

Este libro trata de cómo la ira funciona en el caso de los hombres, pero no de las mujeres; de cómo hombres como Donald Trump y Bernie Sanders pueden permitirse el lujo de gritar y contar con la comprensión de sus partidarios, además de canalizar esa rabia de un modo persuasivo, mientras sus adversarias solo reciben burlas y escarnio, son insultadas y consideradas

furias gritonas, porque emplean ante el micrófono un tono vigoroso o demasiado intenso. Trata de mujeres, algunas de las cuales llevan mucho tiempo enfadadas pero no han podido sacar su ira y no se han dado cuenta de cuántas vecinas suyas, compañeras de trabajo, amigas, madres o hermanas se han sentido igual, hasta que una ha gritado, alto y claro, de mala manera, y ha conseguido hacerse oír. Trata de mujeres que estuvieron en la Marcha de las Mujeres portando pancartas y sintieron una especie de despertar —un tercio de ellas no habían estado nunca en una manifestación— y se preguntaron, por primera vez, cómo demonios habían podido pasar tanto tiempo durmiendo.[9]

Y todo esto significa que este libro es también una historia sobre la ira de unas mujeres hacia otras mujeres: por los privilegios e incentivos que ciertas mujeres, las mujeres blancas, han recibido a cambio de dejar de gritar o de deponer su ira. Y también sobre el precio que han pagado otras, las que no son blancas, las negras sobre todo, que siempre han tenido motivos para la ira y a las que en rara ocasión se les ha ofrecido un indulto o una recompensa por no demostrarla.

En su libro *La ira y el perdón*, la filósofa Martha Nussbaum defiende que la ira, tanto en un contexto personal como en lo político, es un impulso en esencia vengativo y, por ende, punitivo y contraproducente. Pero no toda la ira política tiene que ver con un afán revanchista: no se trata necesariamente de ver a un presidente pudrirse entre rejas junto a sus secuaces, y el objetivo de tantos estadounidenses que no le apoyan no es «que le encierren». La ira también puede surgir del afán de acabar con la injusticia, del deseo de liberar a los que han sido injustamente oprimidos. Y para las mujeres, que durante tanto tiempo han visto cómo su ira era censurada, vilipendiada, ridiculizada, tachada de falta de civismo..., la presión de *no mostrarse airadas* y cerrar bajo llave sus sentimientos o, al contrario, la resistencia con la que se han encontrado cuando han decidido expresarse, ha supuesto un acto punitivo y de venganza que les ha servido para comenzar.

Recientemente otra filósofa, Myisha Cherry, ha comentado: «Quiero convencerlos de que hay tipos de ira que no son malos». Cherry está interesada en la ira que se siente ante la injusticia, y la considera una reacción del todo pertinente ante la desigualdad. «Estas son algunas de las características de la ira ante la injusticia: reconoce lo que se está haciendo mal, y ese reconocimiento no es erróneo; la persona que la siente no es una ilusa, las cosas que percibe no son idea suya. No es un sentimiento egoísta:

cuando alguien se enfada porque ve injusticias no está preocupado solo por sí mismo, sino también por los demás. Es una ira que no viola los derechos de otros y, lo más importante, persigue el cambio».[10]

Cherry deja claro que la ira política —que puede proceder de la furia personal y puede sentirse individualmente— puede ser, y en muchos casos lo ha sido, mucho más expansiva y optimista en sus objetivos que la ira que describe Nussbaum; puede ser una herramienta de comunicación, una llamada a la acción, al compromiso y a la colaboración entre compatriotas ideológicos que, sin haber hecho primero un despliegue público de esa ira, no hubieran llegado a saber que los airados como ellos eran suficientes para formar un ejército, o para dejar de lado las diferencias y avanzar hacia una cooperación poderosa.

Este libro quiere identificar la calidez y la justicia que subyacen a la ira de las mujeres, no solo celebrar esta. Porque tiene límites y riesgos, y puede resultar pernicioso. La ira ante la injusticia y las desigualdades es, en muchos aspectos, como la gasolina: un acelerante necesario que puede actuar como combustible para impulsar cruzadas nobles y complejas. Porque en determinados momentos hay que impulsirlas. Pero ese combustible es inflamable, explosivo, y su potencia puede resultar impredecible. Puede arrasarlo todo.

En un momento de ira renovada, una época en que las mujeres están realmente enfadadas, este libro quiere examinar cómo ha funcionado esa emoción en el pasado, qué nos ha traído y qué daños ha supuesto y, al mismo tiempo, cuestionar adónde nos lleva como nación. Parece una locura, pero es cierto que la ira de las mujeres nunca ha recibido la debida consideración, su crédito histórico, y que apenas unos cuantos periodistas e historiadores han percibido la función de catalizador que ha desempeñado un puñado de mujeres furiosas, por sí solas o unidas contra la tiranía, la opresión o la injusticia, a la hora de modelar y remodelar este país, de acercarlo adonde debe estar si pretende cumplir esa promesa patriótica que le queda por cumplir: la igualdad.

Pero también sugiere que hay una lección en ello: la intensidad con la que los poderosos —blancos y hombres generalmente— se han empeñado en acallar a las mujeres airadas y desviar la atención hacia otro lado. En 1964, cuando Fannie Lou Hamer comenzó su discurso en la Convención Nacional

Demócrata sobre cómo había sido arrestada y golpeada por la policía cuando intentaba registrar votantes en Misisipi, el presidente Lyndon B. Johnson, preocupado por que el discurso de Hamer pudiera alejar a los votantes blancos, celebró una rueda de prensa espontánea sobre el aniversario (nueve meses) de la muerte de John F. Kennedy, obligando a las cámaras a apartar la atención de la intervención de Hamer y a centrarla en la suya. Johnson sabía que la ira de Hamer no sería estéril, e intentó apartar de ella la atención de todo el país.[11]

En cierto sentido, de una forma más animal que intelectual, el poder de la ira de las mujeres siempre se ha entendido: se entiende que como mayoría oprimida de la población estadounidense las mujeres hayan encerrado siempre en su interior el potencial de rebelarse, de apoderarse de un país en el que nunca se les había ofrecido la cuota justa de representación. Tal vez los motivos por los que la ira de las mujeres está tan mal vista y se trate como algo tan feo, alienante e irracional, sea que todos nosotros hemos visto que siempre ha ido acompañada de un poder explosivo capaz de poner patas arriba los mismos sistemas que han intentado contenerla.

Lo que queda claro, si miramos al pasado sin perder de vista el futuro, es que el intento de restar importancia a la ira de las mujeres silenciándola, borrándola o reprimiéndola, brota de la falta de visión de los que ostentan el poder, que no se dan cuenta de que en la ira de las mujeres reside la fuerza necesaria para cambiar el mundo.

Yo soy una mujer blanca que se ha enfadado en la vida y en el trabajo: muchas veces, por mí; otras, por la política, por las desigualdades y por la grotesca injusticia que impera en el mundo, en este país; por la forma en que se construyó y porque aún se practica en él la exclusión y el ninguneo sistemático. Parte de esa rabia ha constituido la fuerza motriz de mi vida profesional. Durante quince años he escrito, como periodista, sobre la situación de las mujeres en los medios de comunicación, en la política y en el mundo del espectáculo desde un prisma feminista. Ese trabajo, que brotaba de la ira, se amplificó con la actitud de los críticos, que se enfadaban conmigo y me instaban a reconsiderar mi perspectiva y a pensar de otro modo, más riguroso, en lo relativo a la raza, la clase social y la sexualidad, la identidad y las oportunidades. Yo doy mucho valor a mi propia ira y a la ira de los demás. Sobre todo, a la ira de las mujeres.

Pero también estoy en el mundo. Durante años he hecho que esa rabia que impulsó mi trabajo pareciera aceptable. Tenía interiorizado el mensaje de que la ira abierta resultaba innecesariamente teatral y no era atractiva —y que sería excesiva, la verdad— y me había empeñado en acomodar esos supuestos, atemperando la furia en mis escritos. Pero por muy reflexiva que intentara ser con las desigualdades raciales, económicas o de género que se estaban produciendo en ese momento, en cierto modo me tragué el mito de que las circunstancias ya no eran tan graves como para acometer el problema con un despliegue público de furia, que no era necesario llegar a esos extremos. Tenía incrustada la advertencia —implícita desde el momento en que me hablaron por primera vez de Martin Luther King y me enseñaron que nunca se enfadaba, y que me hizo comprender que no era bueno que me tildaran de «dworkonista», como habían hecho algunos comentaristas, en referencia a la feminista radical Andrea Dworkin— de que las mujeres que hablan a gritos y en tono agresivo no resultaban en absoluto atractivas, ni desde el punto de vista sexual ni desde el intelectual, para aquellos hombres cuyas opiniones seguían configurando el mundo. Que no era buena idea mostrarse abiertamente airada. Que incluso cuando las cosas iban mal era preferible adoptar una actitud que evitara la confrontación, por razones estratégicas, estéticas y morales.

Así que adopté una actitud divertida. Lúdica, descarada, irónica, cómplice. Me esforcé en dejar claro que soy una persona divertida que disfruta de sus amigos, de una cerveza, de la risa. Puse especial cuidado en ser agradable y respetuosa con los puntos de vista contrarios a los míos. Expresar mi ira con toda la fuerza que pudiera hubiera sido alienante y, desde el punto de vista táctico, poco práctico. He visto cómo mis semejantes tomaban decisiones similares. Cuando el feminismo volvió a la vida, gritando con todas sus fuerzas, quienes intentábamos asumir sus nuevas expresiones y locuciones tuvimos la precaución de mantenernos alejadas de aquellos fantasmas airados que, según nos habían dicho, se habían apoderado del feminismo de antes. Era una ironía que la generación de la que yo tanto me empeñaba — inconscientemente— en distanciarme fuese ahora la que me sorprendía por su rabia demente: las mujeres que gritaban a los hombres y demostraban por activa y por pasiva que estaban hasta las narices de sus tonterías. Y sin embargo, cuando yo era joven era fundamental para mí dejar claro que con mi actitud crítica, sabia pero elegante, aguda pero ligera, me distanciaba del

radicalismo del pasado.

Pero todo el buen humor y todos los chistes privados del mundo no pueden ocultar una realidad dominada por la rabia: eso que nos hace querer empujar a alguien, o dar un puñetazo a una pared, romper un vaso o lanzar lo que sea. El impulso eléctrico que a veces atraviesa nuestro cerebro, haciendo que la razón se nuble y que las entrañas se nos prendan como si fueran petardos, eso que apaga las risas cuando se toma una cerveza. Muchas de nosotras, que hemos tapado nuestra furia con una capa de humor, hemos acabado por estallar en algún momento.

En 2014 colaboraba de forma más o menos habitual con una columna en *The New Republic*. Un día me encontraba cansada. Estaba embarazada. Estaba muy enfadada por una serie de razones que tenían que ver con mi embarazo y mi nivel económico, que estaba en relación directa con mi género. Leía cosas en otras publicaciones que me cabrearon mucho: la historia paternalista de un hombre que se alegraba de que las mujeres de más de cuarenta estuvieran buenas «de repente»; un artículo sobre las constantes valoraciones de la expresión facial de Hillary Clinton; una historia sobre unos adolescentes, varones, que especulaban sobre si una chica tenía el VIH; el relato de un chica de Houston de dieciséis años que había sido drogada y agredida sexualmente y cuyas fotos, desnuda e inconsciente, habían colgado en las redes sociales; una investigación del *New York Times* de la manipulación, más que chapucera, de un caso de agresión sexual en la universidad. Fue el verano en que encarcelaron a una mujer —separándola de su hijo— por tomar metanfetaminas estando embarazada, y en el que una madre fue arrestada por dejar solo a su niño de nueve años mientras ella trabajaba en un McDonald's. Y el Tribunal Supremo había decidido que las empresas podían optar por no cubrir los gastos de control de natalidad de sus empleados argumentando objeción de conciencia religiosa, y que los que se oponen a las clínicas donde se practican abortos tienen libertad total para husmear en las vidas de las mujeres que piden que se cubra la salud reproductiva y dar su opinión al respecto, burlándose así de ellas.

La columna que escribí, a toda prisa, era una metarreflexión sobre mi aceptación del enfado público. En ella expresaba mi anhelo de lograr un mundo en el que la valía de las mujeres dejara de ponderarse con instrumentos creados por los hombres, ya fueran aquellos culturales, jurídicos, legislativos o de expresión. Por un momento me sentí superada,

absolutamente incapaz de tolerar las herramientas que se usan para medir la aceptabilidad de las mujeres, creadas por los hombres. Y airada y agotada hice algo que hasta ese momento había considerado inaceptable: escribí dejándome llevar por la ira pura, ácida y sin atemperar. Me centré en un suceso que recordaba de las memorias de la cómica Tina Fey, donde ella contaba que su colega, también cómica, Amy Poehler, había apabullado a otro colega, varón, cuando este le dijo que sus chistes vulgares no estaban bien. Ella le respondió: «Y a mí me importa un cojón si te gustan o no». Tal vez por primera vez en mi vida como escritora sentí que no me importaba un cojón si a los lectores les gustaba o no que mostrara mi cabreo.

Yo no sabía entonces lo que, según parece, había dicho Rosa Parks a su aterrorizada abuela, tras explicarle por qué había amenazado con tirar el ladrillo a aquel chico que antes la había amenazado a ella: «Antes me linchan que vivir maltratada y no tener derecho a decir que no me gusta». Yo no tenía idea de lo antiguo, lo hondo y lo urgente que era ese impulso que a veces sienten las mujeres de dejar salir su furia, simplemente. Sin preocuparse de cómo se lo van a tomar los demás, ni de si la mera expresión de esa rabia va a suponer un riesgo para ellas: en el caso de la joven Rosa Parks, riesgo de muerte; en el mío, de que se burlaran de mí en Internet.

Para mi sorpresa, esa columna se convirtió rápidamente en la más popular que había escrito hasta el momento: se hizo viral, y la gente empezó a hacerse camisetas con el mensaje: «No me importa si te gusta o no». Una amiga mía que pertenecía a una comunidad evangélica de Misuri me contó que sus amigas de la infancia, a las que ella llamaba «las niñas de Dios», estaban poniendo la frase en sus cuentas de Facebook. En aquella explosión mía había algo que había funcionado, desde el punto de vista de la comunicación.

No he intentado repetir la fórmula: la ira explosiva no se puede fingir. Pero me he permitido, en los años que han pasado desde entonces, escribir con toda la ira que siento en el momento, y expresarla en mis discursos o en la televisión. A veces, como en una ocasión memorable, en pleno fragor del #MeToo, un editor me aconsejó que no publicara una cosa y yo le hice caso, porque me preocupa que la ira pueda provocar un efecto indeseado. Pero en el otoño de 2016, tras el debate presidencial al que Donald Trump llevó a las mujeres que habían acusado al marido de Hillary Clinton de mala conducta sexual, yo asistí a un programa de debates de una cadena de televisión por cable en el que me mostré roja de ira y temblando ante la humillación y la

degradación a la que se había tenido que enfrentar la primera mujer candidata a la presidencia. Aquel vídeo fue también viral durante un breve periodo, y yo recibí centenares de mensajes de personas que me decían lo mucho que había significado para ellas oír a alguien decir en voz alta lo que ellas estaban deseando gritar.

Lo que he visto, en los momentos en los que me he permitido dar voz a la ira intensa y profunda que llevaba años cuajándose en mi interior y yo intentando maquillar y exteriorizar de modo que resultara más fácil de digerir, es que por mucho que yo hubiera intentado disimularla, la rabia es una sustancia muy poderosa. Es un arma comunicativa que no solo resulta liberadora para locutores, escritores y activistas: actúa, además, como un bálsamo para sus oyentes y lectores, que tienen que enfrentarse también al enfado que ellos mismos llevan dentro.

Tenemos que reconocer —sobre todo aquellos de nosotros que sentimos ira y que a lo largo de nuestra vida hemos sufrido para disimularla, que nos preocupamos por los efectos perniciosos que ejerce sobre nosotros y sobre los que nos rodean, que nos apartamos de ella e intentamos dejarla dentro por miedo a que si la dejamos salir no podamos lograr lo que nos proponemos— que la ira suele ser una expresión exuberante, una fuerza que inyecta energía, intensidad y urgencia a esas batallas que tienen que ser intensas y urgentes para poder culminar en victoria. Hablando en términos más generales, tenemos que reconocer nuestra propia rabia como algo válido y racional, y no como lo que nos han dicho que es: algo feo, propio de la histeria, marginal y risible.

La primera idea, cuando pensé en escribir este libro, fue convertirlo en un canal que diera sentido a mi propia rabia, a la forma en que la había reprimido u ocultado para transformarla en un material más atractivo, oficialmente... Pero después de las elecciones de 2016, y de dos años en que la prensa política, la cultura popular y mis amigos, los de la derecha y los de la izquierda, me asegurasen día tras día que no había razón alguna para la ira de las mujeres, que el sexismo no incidiría en la candidatura de Hillary Clinton, que ella era, en realidad, la candidata con la mayor cuota de poder, que los impulsos que guiaban a los partidarios de Donald Trump no eran el sexismo, el racismo o la xenofobia, sino la incertidumbre económica; que era la ira de los partidarios de él lo que teníamos que tener presente y que, en realidad, eran las expresiones, excesivamente airadas, del activismo feminista y los

derechos civiles lo que había provocado este frenesí pro-Trump en la América blanca; después de todo eso, sentí que si no daba salida a toda la rabia que llevaba dentro y que no había podido sacar, me volvería loca.

Así que me paré a observar la ira de las mujeres estadounidenses y cómo se había reprimido, desalentado y despreciado esa ira. Y sentí que eso era, sin duda ninguna, fundamental para nuestro crecimiento como nación, para nuestra historia. Cuando comencé a contar a la gente que estaba escribiendo un libro sobre la ira de las mujeres y el cambio social, volví a comprender la amplitud y la hondura y la desesperación del deseo que sentían las demás mujeres de hablar de su propia furia. Me contaban que necesitaban leer, incluso escribir sobre su propia ira, aunque solo fuera en un correo electrónico —que me enviarían— o en un tuit, o una conversación con sus amistades. No podían guardársela dentro, mantenerla embotellada, ni un segundo más, o explotarían. ¿Y qué ganaban sacándola?, pregunté a muchas de ellas. Había que validarla: esa fue la respuesta. Una y otra vez.

Y aquí está la validación que espero poder ofrecer: que quienes están furiosas, ahora mismo, no están solas. Que, de hecho, la ira de las mujeres estadounidenses tiene una historia larga y justificada. Una historia que, por cierto, nunca nos han enseñado.

Pero hay otra cuestión importante: las mujeres que de repente sienten esa ira, una ira nueva, y a las que esa ira desconcierta, no son las primeras en sentirla. Ellas no se han inventado la rabia ante la injusticia y ahora, además de ver que no están solas, han encontrado excelentes modelos para el activismo y la expresión en las mujeres que las rodean, que nunca han dejado de estar airadas y que han hecho mucho por cambiar las cosas en nuestro país.

Tenemos que pensar en esas dos cosas, la historia y el futuro, porque ambas se encuentran en un momento potencialmente revolucionario: no un momento en el que se puedan enmendar todos los errores ni borrar todas las equivocaciones, sino una era con mucho potencial para acometer grandes cambios, sobre todo respecto a quién ostenta el poder en este país donde el progreso, a veces, lleva mucho tiempo, como una prolongada agonía, pero también se da a veces con puñetazos y estallidos, como reacción a contratiempos terribles que nos han entumecido y dañado en lo más hondo. Ahora nos encontramos en uno de esos momentos y tenemos que estar alerta, ver qué podemos hacer si nos concentramos en las cosas que nos provocan ira

y en lo que se necesita cambiar. Porque los cambios también pueden producirse rápidamente.

En pleno fragor del movimiento #MeToo, a principios de 2018, yo estaba sentada a la mesa con mi familia un día festivo. Estaba escuchando a mi madre y a mi tía, que contaban historias de sus primeros tiempos en la enseñanza, en los años sesenta o a principios de los setenta. Ambas hermanas venían de una granja en el norte de Maine, se doctoraron en la misma facultad y comenzaron a trabajar en el mismo sector. Mi madre tiene cinco años más que mi tía, y recordaba los tiempos en que empezó a buscar trabajo, tras terminar sus estudios, cuando en muchas ofertas de empleo leía la frase: «No se contratarán mujeres para este puesto». En una de esas entrevistas, cuando entraba por la puerta, le dijeron: «No vamos a tener en cuenta a ninguna mujer para la candidatura, pero como a mí me parece injusto no dar la oportunidad de hacer al menos la entrevista, puede quedarse». En otra: «Es usted muy buena, pero ya tenemos una en el departamento». Cuando le llegó el turno a su hermana, cinco años después, aquellas prácticas no solo se veían con malos ojos: eran ilegales.

Y en buena medida eran ilegales porque en aquellos años las mujeres, enfadadas por cómo las discriminaban y acosaban, expresaron su furia y fueron a los tribunales. Algunas se convirtieron, ellas mismas, en abogadas. Como Eleanor Holmes Norton y Ruth Bader Ginsburg, que se pusieron manos a la obra con la defensa de las mujeres. La ausencia de complejos a la hora de mostrar lo enfadadas que estaban permitió cambiar el sistema jurídico y dio lugar a modificaciones en las leyes y a la imposición de determinadas protecciones, como la Ley de Derechos Civiles, que fue la que cambió el panorama profesional para mi tía de un modo que su hermana mayor no había podido imaginar.

Esa misma semana, en 2018, hablando otra vez de la intensidad abrumadora que había adquirido el movimiento #MeToo, mi amiga Esther Kaplan (editora del fondo de investigación en The Nation Institute) me dijo que aquel furor le recordaba los setenta, la época en que las feministas intentaban concienciar de los problemas de las mujeres y se reunían en casas de algún barrio periférico o en apartamentos del centro para hablar de la liberación de la mujer, de la igualdad y la sexualidad. Habían aprendido a contemplar sus propios cuerpos y vidas de muchas formas, a reconocer las vías por las que quedaban sometidas en virtud de sus contratos domésticos y a cuestionar lo que siempre

les habían enseñado.

«Aquellas mujeres abandonaron a sus maridos», me decía Esther maravillada, haciendo hincapié en que «los movimientos sociales tienen el potencial de cambiarnos radicalmente a nosotros, y no solo al mundo». Lo que intentaba destacar era que la oleada contemporánea de odio femenino que estábamos viviendo, contra el acoso o el abuso sexual, la discriminación laboral y las desigualdades en el poder político, a principios del siglo XXI también conllevaba una reevaluación integral del pasado de las mujeres y una remodelación de sus perspectivas. Además, les ofrecía un punto de vista que ponía de relieve el poder de las mujeres y los abusos que sobre él se cometían, con más fuerza que nunca. Y, naturalmente, aquello sucedía a una velocidad sin precedentes, gracias a Internet. «Es algo que puede resultar explosivo, desde el punto de vista cultural: radical, fuera de control...». Yo entendía perfectamente qué quería decir, pero para algunos esa velocidad de erupción es excesiva.

Y Esther tiene razón: la furia puede poner patas arriba una institución, hacer saltar en pedazos unas premisas asentadas sobre roca y remodelar la geografía de lo posible. El movimiento de los setenta no solo consiguió que la gente fuera consciente de la situación, provocando un número de divorcios sin precedentes: dio lugar a una generación que no quería cometer los mismos errores que sus padres ni enfrentarse como ellos a la ruptura matrimonial; mujeres que esperaban más de esa institución y retrasaban el momento de contraer matrimonio o que no se casaban y se dedicaban a disfrutar de lo que ofrecía la independencia desde el punto de vista económico, social y sexual. Esas mujeres rediseñaron sus vidas, y muchas generaciones de ellas empezaron a moverse a otro ritmo, revisando por completo su dependencia no solo del matrimonio, sino también de los hombres. La ira de las feministas de la segunda ola, la que se ha utilizado para caricaturizarlas como mujeres faltas de todo atractivo, había reventado las puertas que encerraban a sus hijas y a sus nietas.

La feminista negra Audre Lorde, conocida por su ensayo originario «The Uses of Anger» (Los usos de la ira), que trata de cómo reaccionan las mujeres ante el racismo —incluido el racismo de otras mujeres—, decía en él que «toda mujer tiene un arsenal bien dotado de ira que puede emplear para defenderse de la opresión, personal o institucional, que ha provocado esa ira. Y si ese arma se apunta bien puede convertirse en una potente fuente de

energía que servirá para activar el progreso y el cambio». Lorde estaba plenamente convencida de que ese cambio del que hablaba no era un cambio temporal, cosmético. No se refería a «la capacidad de sonreír o sentirse bien». Hablaba, más bien, de una ira bien dirigida que «puede conducir a una modificación básica y radical de las certezas que subyacen a nuestra existencia».

El 14 de febrero de 2018, un pistolero que acosaba a su exnovia disparó y mató a diecisiete personas en el instituto de enseñanza superior Marjorie Stoneman Douglas de Parkland, Florida. Aquella tarde, en respuesta a un tuit de Donald Trump que ofrecía sus «oraciones y condolencias» a las familias de las víctimas, una superviviente de dieciséis años llamada Sarah Chadwick, tuiteó: «Yo no quiero tus condolencias, puto pedazo de mierda. Han matado a tiros a mis amigos y a mis profesores. Haz algo en lugar de enviar rezos. Los rezos no arreglan esto, pero el control de armas evitaría que vuelva a suceder». El mensaje enfurecido de Chadwick se tuiteó 144.000 veces antes de que lo retiraran y tuviera que cambiar su cuenta de Twitter. La rabia que expresaba en él contribuyó a dar el tono de furia de lo que se convertiría en la cruzada de los estudiantes de Parkland por la modificación de la ley de tenencia de armas en los Estados Unidos.

Al día siguiente de poner aquel tuit, Chadwick volvió a Twitter desde una cuenta diferente. Volvió a dirigirse al presidente y dejó claro que, aunque había sido castigada por su blasfemia, no tenía la menor intención de retractarse y apartarse de la rabia que la había impulsado a decir aquello, la rabia que sería su acicate, y el de sus compañeros de clase, para intentar cambiar el país. «Pido disculpas por la blasfemia y por la dureza de mi comentario. Tengo dieciséis años y ayer perdí amigos, profesores, gente como yo. Estaba furiosa. Sigo estándolo. Pido disculpas por mi comentario, pero no por mi enfado».

Si queremos que este momento resulte transformador no podemos permitirnos el lujo de despreciar o marginalizar la ira de las mujeres, ni de apartarnos de ella, ni de convertirla en fetiche: tenemos que mirarla de frente, dejar de balbucear, de sobrevolar a su alrededor, de intentar desacreditarla o de preocuparnos por si resulta ofensiva o incómoda. Porque siempre ha estado, y siempre estará, en el núcleo de los avances sociales.

[2] Véase la página web de la Asamblea Política Nacional de Mujeres:

<http://www.nwpc.org/about/nwpc-foundation/>.

- [3] Nan Robertson, «Democrats Feel Impact of Women's New Power», *New York Times*, 15 de julio de 1972, <http://www.nytimes.com/1972/07/15/archives/democrats-feel-impact-of-womens-new-power-womens-power-has-an.html>.
- [4] Douglas Rogers, «Lights, Camera, Sexism!», *Washington Post*, 4 de julio de 2004, <http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/articles/A16333-2004Jun29.html>.
- [5] John Stauffer y Benjamin Soskis, *The Battle Hymn of the Republic: A Biography of the Song That Marches On*, Nueva York: Oxford University Press, 2013, p. 22. El músico folk Len Chandler reescribió en 1965 la letra de la canción «Battle Hymn of the Republic» titulado la nueva versión «Move on Over»; fue en la conmemoración de la batalla de Harpers Ferry. El partido de los Panteras Negras adoptó el estribillo como lema.
- [6] Leymah Gbowee, «Leymah Gbowee in Her Own Words», PBS.org, 13 de septiembre de 2011, <http://www.pbs.org/wnet/women-war-and-peace/features/the-president-will-see-you-now/>.
- [7] Alice Kessler-Harris, *Out to Work: The History of Wage-Earning Women in the United States*, Nueva York: Oxford University Press, 2003, p. 41.
- [8] «Rosa Parks Essay Reveals Rape Attempt», *Huffington Post*, 29 de julio de 2011, https://www.huffingtonpost.com/2011/07/29/rosa-parks-essay-rape_n_912997.html.
- [9] Sarah Kaplan, «A Scientist Who Studies Protests Says “The Resistance” Isn't Slowing Down», *Washington Post*, 3 de mayo de 2017, https://www.washingtonpost.com/news/speaking-of-science/wp/2017/05/03/a-scientist-who-studies-protest-says-the-resistance-isnt-slowing-down/?utm_term=.758284a8c17d. Me llamó la atención porque aparecía en un tuit de Zeynep Tufekci: se refería a un comentario hecho en una mesa redonda a la que asistía junto a Dana Fisher en la reunión anual de la American Sociological Association en 2017.
- [10] Myisha Cherry, «Anger Is Not a Bad Word», TEDxUofIChicago, 2 de junio de 2015, <http://www.myishacherry.org/2015/06/02/my-tedx-talk-anger-is-not-a-bad-word/>.
- [11] Kathy Spillar, «Not Backing Down», *Ms. Magazine*, 31 de agosto de 2017, <http://msmagazine.com/blog/2017/08/31/not-backing-down/>.

PARTE I

ERUPCIÓN

Recuerdo la primera vez que me enfadé. Tenía unos diez años. Estaba en el McDonald's con familiares y amigos que eran afroamericanos. Yo tengo la piel bastante clara, y mi madre también, de modo que mucha gente no se da cuenta de que somos mexicanas. Pero nuestros amigos sí tenían la piel muy oscura. La mujer del mostrador —que ahora, visto en retrospectiva, diría yo que seguramente era una inmigrante mexicana— nos dejó jugar en la piscina de bolas a nosotros, pero no a nuestros amigos. Mi madre se puso como una hidra, se cabreó muchísimo y empezó a gritar como una loca a la mujer del McDonald's. Le dijo: «No pienso volver aquí. Y se lo diré a mis amigos, que no vengan. Y me va usted a dar el número del supervisor. ¿Tienen un responsable regional? O llamo a la central y listo...». Mi madre, sencillamente, explotó. Luego nos llevó a todos a tomar un helado y nos dieron unos sundaes gigantes que no íbamos a ser capaces de comer. Recuerdo que la observé y pensé: «Está haciendo lo correcto».

JESSICA MORALES

El gigante dormido

El resurgir contemporáneo de la ira de las mujeres como impulso de las masas se ha vuelto a manifestar tras décadas de feminismo ultracongelado. Los años que siguieron a los grandes movimientos sociales del siglo xx —el movimiento de liberación de la mujer, el movimiento por los derechos civiles o de los gais— estuvieron marcados por una serie de políticas profundamente reaccionarias. Cuando Phyllis Schlafly lideró una cruzada antifeminista para impedir la ratificación de la Enmienda a la Ley de Igualdad de Derechos —una enmienda a la Constitución que constaba de veinticuatro palabras y que hubiera garantizado igualdad de derechos, por encima del género— que se aprobó por fin en 1982, quedó claro que la segunda ola del movimiento feminista y la furia, justa, que lo había encendido se relegaban a un segundo plano.

El despertar de la era Reagan, en la que una serie de políticos de derechas cada vez más reaccionarios unieron fuerzas con la mayoría religiosa «moral», coincidió con una reacción cultural contra cualquier manifestación de progreso social. Los peores ataques los sufrieron los beneficios, derechos y protecciones que proporcionaban cierta estabilidad a las mujeres más pobres. También los movimientos feministas, especialmente los sectores que habían logrado avances específicos en los terrenos jurídico, profesional y educativo para las mujeres blancas de clase media y los que habían contribuido a mejorar la vida de las mujeres como individuos independientes, fuera del matrimonio: una institución patriarcal bajo la que tradicionalmente habían vivido y de la que ya no tendrían que depender.

La derecha de los años ochenta se centró en restringir el acceso al aborto y a desregular Wall Street, al tiempo que destruía el entramado de la seguridad social, institución que Ronald Reagan se cuidó bien de que quedara encarnada en el espectro de la reina negra del subsidio. El artículo de portada de un número de *Newsweek* de 1986 culpaba a la prensa de que una mujer de cuarenta años soltera tuviera más posibilidades de morir en un ataque terrorista que de encontrar marido, algo que posteriormente quedó desmentido

y que constituyó el punto de partida para *Backlash*, la crónica que de la época hizo Susan Faludi. En ella se realizaba un seguimiento de las muchas —y agotadoras— formas en que la ira de las mujeres había sido silenciada durante la era Reagan: cómo se culpó al activismo feminista de aquella supuesta «escasez de hombres» o se consideró que las ayudas para cuidar a los hijos y que permitirían a las mujeres trabajar fuera de casa eran perniciosas para los niños.

La cultura popular mostraba a las mujeres blancas, liberadas y con una carrera profesional como auténticos monstruos (sucede en *Atracción fatal*) o como gélidas arpías con hombreras desmesuradas a las que hay que salvar con una unión heterosexual o castigar con el rechazo romántico (como Diane Keaton en *Baby, tú vales mucho* o Sigourney Weaver en *Armas de mujer*). Había muy poco espacio para las heroínas negras, y las que nos llegaron, incluso las que estaban dotadas de algunos matices, eran personajes artificiales creados para alimentar el mensaje que querían difundir sus creadores, varones: que el movimiento de liberación de la mujer acabaría dándoles la razón a ellos. Recordemos la visión de la depredadora sexual Nola Darling en la película del mismo título de Spike Lee, o el personaje de Clair Huxtable de la serie de Bill Cosby: una matrona triunfante que, visto el contexto de la política racial del propio Cosby, sirvió para repudiar a las mujeres negras que no fueran madres, casadas en una unión heterosexual, ricas y con una licenciatura en Derecho.

¿Quién quería ser feminista? Nadie. Y el malestar que provocaba la palabra no tenía relación con ninguna de las razones que justificaban a los escépticos del feminismo —como las elisiones o las exclusiones raciales de las que adolecía el movimiento— sino con el término mismo, con la idea de retar, de forma pública y con armas políticas, a la dominación machista: era una palabra exenta de atractivo, pasada de moda, insensata y fea. Susan Sarandon, excepción entre los famosos que continuó ejerciendo el activismo político de izquierdas en los ochenta y los noventa del siglo pasado, explicó por qué incluso ella, a pesar de su constante compromiso con un discurso político rompedor, prefería el término *humanista* a *feminista*, vocablo con el que nunca se designaba: «Resulta menos alienante para gente que considera el feminismo como un reducto lleno de zorras estridentes».[12]

No hay duda de que se daban explosiones de furia que venían de personas —casi siempre mujeres— que estaban luchando en alguna batalla contra la

desigualdad: en 1991, cuando la profesora de derecho Anita Hill declaró ante el Comité Judicial del Senado, compuesto en su totalidad por hombres blancos, que había sufrido acoso sexual por parte de Clarence Thomas, anterior jefe suyo en la Comisión para la Igualdad de Oportunidades en el Empleo y posteriormente candidato a juez del Tribunal Supremo, las mujeres se quedaron atónitas por la forma en que el comité la había insultado, despreciado, desacreditado incluso, al terminar confirmando a Thomas en su puesto (que ha ocupado hasta ahora).

«Fue tan duro ver a aquellos hombres interrogar a esa mujer desde sus enormes sillones, mirándola desde arriba...», recordaba la senadora de Washington Patty Murray. Murray y otras mujeres se enfadaron tanto por el tratamiento que había recibido Hill que en 1992 presentó su candidatura a la presidencia un número de mujeres sin precedentes. Cuatro, Murray entre ellas, obtuvieron escaños en el Senado; una de ellas, Carol Moseley Braun, se convirtió en la primera mujer afroamericana de la historia elegida para ocupar un escaño del Senado. Y por primera vez en la historia veinticuatro mujeres resultaron elegidas para el Congreso: más de las que lo habían sido en toda la historia de la institución.

En aquellos años se produjeron algunas reacciones violentas al racismo: en 1992, después de que un jurado compuesto en su totalidad por blancos absolviera a cuatro policías blancos que habían golpeado brutalmente al taxista afroamericano Rodney King tras perseguirlo a toda velocidad por Los Ángeles, la ira de la ciudad estalló: hubo incendios y saqueos en los comercios y en los disturbios murieron cincuenta personas. En aquel momento, tanto los medios informativos como los políticos locales se apresuraron a describir el suceso como «una revuelta», empleando el término *matones*.

Pero hubo un representante demócrata que vio algo más en aquellas revueltas de Los Ángeles: «Hay quien desearía que yo dijera a la gente que se meta en sus casas, que estén tranquilos, que tienen que aceptar el veredicto. Yo acepto la responsabilidad de pedir a los ciudadanos que no pongan sus vidas en peligro, pero no puedo pedirles que no se enfaden», dijo la congresista Maxine Waters en su primer mandato. Waters representaba a un amplio sector del barrio centro-sur de Los Ángeles, donde se estaba cocinando gran parte de aquel malestar. «Yo estoy enfadada: tengo derecho a estarlo. Y esa gente también».[13]

Waters pasó varios días atendiendo a los habitantes de su circunscripción, llevando alimentos, agua y pañales a los habitantes de la ciudad que se habían quedado sin agua o electricidad. Presionó para que se juzgara a los oficiales de policía por lo civil, y al alcalde, Tom Bradley, para que dejara de referirse a aquellos sucesos como «una revuelta». Pidió que se estableciera un marco político racional para expresar todo aquel resentimiento que ella llamó «insurrección».[14] Y acabó logrando que se destituyera al jefe de policía de Los Ángeles, Daryl Gates, y se condenara a dos oficiales por haber violado los derechos civiles de Rodney King.[15]

Hubo otros episodios de protestas políticas: contra la Organización Mundial del Comercio, en Seattle (1999), y contra la invasión de Irak en el año 2000. Pero gran parte de aquel espíritu de masa desinhibido, aquella furia política sostenida que había animado los años sesenta y los setenta del siglo pasado quedó acallada en los ochenta, y así permaneció durante décadas.

El periodista Mychal Denzel Smith ha escrito mucho sobre cómo esa contención se acabó soltando con ciertas expresiones de ira por parte de los negros en los años de su juventud, y decía que como en los noventa «ya no había ni un Reagan ni un Bush [padre] que actuaran como enemigo claro» y el compromiso cultural de la «multiculturalidad» creaba una ilusión de que se había logrado algún progreso en la lucha racial, la ira como impulso de las masas había terminado por remitir.[16]

Al recordar que tras la lamentable respuesta al huracán Katrina el cantante Kanye West había dicho a los cuatro vientos que George Bush «odiaba a los negros», se produjo según Smith un ligero repunte de la ira en la segunda administración Bush. Pero el amago volvió a acallarse con la campaña presidencial de Barack Obama. El impulso político de Obama procedía, en parte, de su capacidad para tranquilizar a los votantes blancos: él no era un negro airado, estaba cortado por un patrón distinto del de sus belicosos predecesores —incluidos Jesse Jackson y Al Sharpton—, y nada en su forma de comportarse parecía amenazar la supremacía blanca. Pero la reputación de cordialidad de Obama empezó a correr peligro cuando apareció el reverendo Jeremiah Wright con su ira de negro de la vieja escuela. El hombre que había casado a los Obama se convirtió en parte de la campaña, junto con su sermón, tantas veces repetido, en el que decía: «Dios maldiga a América». El espectro de Wright y su versión de la confrontación en la lucha de los negros bastó para recordar a los estadounidenses el estatus de advenedizo de Obama, una

situación a la que se vio obligado a hacer frente convirtiéndose, en palabras de Smith, en «el primer candidato negro y viable a la presidencia para echar algo de agua sobre la hoguera de la ira de los negros». La ira que personificaba Wright, dijo Obama en su famoso discurso sobre la raza, no siempre era productiva: «De hecho, con demasiada frecuencia aparta la atención de lo principal, que es resolver los problemas reales».

Pero a mediados de la administración Obama comenzó a hervir otro tipo de furia política que abriría grietas en ese barniz de calma. Una furia, en parte, orquestada por las voces airadas de las mujeres, a las que se había dejado de lado.

Ira a derecha e izquierda

Quizá el golpe de efecto más eficaz, desde el punto de vista político, es el que dio la derecha con las protestas del Tea Party, que comenzaron en 2009, tras el primer aniversario de la toma de posesión de Barack Obama. En respuesta al plan de Obama de rescatar a algunos propietarios a los que la crisis de la vivienda había golpeado duramente, el periodista Rick Santelli, que trabajaba para un canal de televisión por cable, instó a la constitución de un «Tea Party», un partido del té, para presentar su objeción al plan. La referencia, naturalmente, fue la protesta revolucionaria de 1773, cuando los colonos tiraron el té al mar en el puerto de Boston para protestar por los tributos que les imponía Gran Bretaña, que en lugar de utilizar los aranceles para dar apoyo a las colonias, los destinó a estabilizar su maltrecha economía. Los colonos, por cierto, no tenían representación en el Parlamento británico.[17]

La versión contemporánea los representa como un movimiento espontáneo, sin líder, aunque los grandes donantes de la derecha, los hermanos Koch, financiaron sus protestas y a sus candidatos desde el primer momento. En teoría, la agitación era una respuesta a la visión que la extrema derecha tenía de la administración Obama, que según ellos estaba empleando mal el dinero recaudado a los contribuyentes. Contó, no obstante, con el impulso de una oleada de rabia revanchista, alimentada en parte por el resentimiento racial hacia un presidente que, con toda la retórica pacificadora del mundo, no había logrado convencer a los miembros del Tea Party —blancos en su abrumadora mayoría— de que él no era una amenaza para su estatus ni para su supremacía.

Aunque la cara pública y visible de los airados miembros del Tea Party era

el rostro de unos cuantos hombres furiosos, ataviados para sus primeras reuniones con tricornos típicos de la era colonial, algunas encuestas mostraban que los partidarios de aquella facción eran mayoritariamente mujeres. Desde el principio la voz más audible de la formación era la de la anterior candidata a la vicepresidencia, Sarah Palin, que en un discurso dirigido a sus activistas describió su movimiento como «otra revolución». En 2010 se presentaron a las elecciones varias candidatas afiliadas al Tea Party, y Palin, que se había definido como una «madre pit-bull» en referencia a su carácter inflexible, las llamó «mamá *grizzlies*». Y aunque toda la parafernalia del movimiento —sombrosos estrambóticos y osos pardos— recordaba algunos despliegues teatrales de la segunda ola, su misión era justamente la contraria: un retorno a las cruzadas antifeministas de los setenta y los ochenta que lideró Schlafly.

E igual que sucedió con Schlafly, a aquellas mujeres que pregonaban su ira a voces y hacían gala de su peso específico en la política nadie las tildó de histéricas y feas, al contrario: a aquellas mujeres se les permitía presentarse como el epítome de la mamá patriota, una encarnación del empoderamiento femenino con tintes de Bizarro-World, a pesar de que (o precisamente por ello) lo que defendían era el regreso de la mujer a los roles tradicionales y la reducción de las inversiones gubernamentales en personas que no fueran de raza blanca. Y una vez que tomaron tierra en el Congreso de los Estados Unidos, su misión obsesiva fue votar para que se retiraran todos los fondos federales destinados a programas de planificación familiar, declarar ilegal el aborto, vetar a Planned Parenthood y simplificar el entramado de la seguridad social: es decir, los cupones de alimentos y lo que quedaba de los programas de protección social.

«Las mujeres conservadoras han encontrado su voz y están haciendo uso de ella, activamente y a todo volumen», dijo Rebecca Wales, del Tea Party, a *Politico* en 2010. Otra miembro del Tea Party, Darla Dawald, lo expuso de otro modo: «Ya conocen el viejo dicho de que si mamá no es feliz, nadie es feliz, ¿verdad? Pues cuando la legislación se mete con los niños de mamá y perjudica a su familia, mamá se lanza a la lucha. Pero de un modo no violento, claro está».[18]

Mientras los candidatos del Tea Party fueron desalojando a cada vez más republicanos moderados de sus escaños y los que se quedaron se fueron desplazando cada vez más a la derecha, en Manhattan tenía lugar una airada

protesta que atrajo a multitudes de agitadores del otro lado. En el otoño de 2011, en Zuccotti Park, en pleno centro de Manhattan, los jóvenes se reunieron para dar voz a la furia que les inspiraban las desigualdades económicas, la brecha cada vez mayor entre ricos y pobres, la creciente desregulación y la amnistía fiscal para las grandes corporaciones y para Wall Street, y el asalto continuado a los programas de protección social.

El impacto que tuvo Occupy Wall Street en la izquierda estadounidense fue decisivo y duradero. El movimiento logró transmitir su mensaje: la existencia de un panorama de desigualdad económica en el que el 99 por ciento de los habitantes del país estaban a un lado y el 1 por ciento, el de los más ricos, estaba al otro. Y eso iba a ser, a un tiempo, síntoma y detonador de un creciente interés en la política económica socialista, que propició el desplazamiento hacia la izquierda del Partido Demócrata —que durante décadas se apartaba escandalizado solo con oír la mención de «liberalismo»— y dio relieve al perfil y al destino de políticos como Elizabeth Warren, elegida senadora por Massachusetts en 2012, y Bernie Sanders, un independiente que llevaba treinta años de congresista y que en 2016 montó una impresionante campaña para optar a la presidencia.

Según parece, en el movimiento Occupy Wall Street participó gente de todo tipo, pero alrededor del 40 por ciento de los manifestantes eran mujeres, y el 37 por ciento no eran de raza blanca. Con todo, sus cifras eran mucho más representativas de la población estadounidense que el Congreso, sin ir más lejos.[19], [20], [21] Pero a pesar de contar con una estructura deliberadamente colaborativa y no jerárquica, fue un movimiento que a ojos del público estaba dominado por la voz y las ideas de los varones blancos. Además, hubo tantas acusaciones de violación, tocamientos y abusos sexuales en el asentamiento de Zuccotti Park que, tras varias semanas, se estableció un número de tiendas solo para mujeres. Kanene Holder, artista y activista negra que había sido portavoz del movimiento, dijo a *The Guardian* que incluso dentro de aquel espacio de corte progresista «los varones blancos llevaban la voz cantante en todo momento» y que no parecía probable que, por el hecho de formar parte de un movimiento así, fueran a renunciar al poder del que gozaban. Al final hubo que imponer sesiones específicas para que las mujeres pudieran hablar sin ser interrumpidas.[22]

Y más aún: algunos de los hombres justificadamente radicales que dominaban el movimiento eran impermeables a la crítica feminista que se

producía en su seno. Como escribió una activista, Ren Jender, que tuvo que enfrentarse a la ira defensiva de algunos de aquellos hombres, radicalmente progresistas, tras una propuesta para gestionar mejor las acusaciones de acoso sexual: «No me enfadaba solo la gente que decía estupideces misóginas [...] Me enfadaba que cada vez hubiera más gente que no impedía la misoginia». [23] Occupy Wall Street recordó a muchos de los que concordaban con sus principios que la izquierda no estaba más libre de jerarquías de género y abusos de poder que el resto.

En 2013, después de que George Zimmerman fuera absuelto del asesinato del joven Trayvon Martin, la activista Alicia Garza, progresista de toda la vida, escribió una nota en Facebook que concluía así: «Yo os quiero a la gente de raza negra. Yo nos quiero a nosotros. Porque nosotros importamos. Nuestras vidas importan». La artista y activista Patrisse Khan-Cullors creó la etiqueta «#BlackLivesMatter»: «Nos importa la vida de la gente de raza negra». Y la escritora Opal Tometi, organizadora de una comunidad, contribuyó a dar impulso al mensaje en las redes sociales.

Del sufrimiento, el horror y la furia desatada ante la matanza constante de afroamericanos por parte del Estado y de la policía nacía un movimiento. Y aunque coincidía con Occupy y con el Tea Party en la ausencia premeditada de una estructura jerárquica, lo habían fundado las mujeres y muchas de las voces más destacadas del movimiento eran voces femeninas: Brittany Packnett, Johnetta Elzie, Nekima Levy-Pounds y Elle Hearn. Khan-Cullors escribiría después sobre los movimientos de liberación de los negros, que habían liderado en el pasado hombres heterosexuales mientras las mujeres, «con frecuencia lesbianas o transgénero, quedaban fuera del movimiento o en segundo plano, trabajando por él pero con poco reconocimiento o sin ninguno en absoluto. Como organizadoras del nuevo movimiento, vimos que hacía falta propulsar el liderazgo de las mujeres».[24]

El impacto de Black Lives Matter ha sido impresionante: ha conseguido concienciar a la población de la existencia de algunas de las prácticas racistas más extendidas, que habían permanecido ocultas a ojos de los blancos sobre todo y que, de pronto, millones de estadounidenses vieron que eran una realidad cotidiana. El movimiento, que se extendió por todo el país y a escala internacional, convocó protestas de varios días en Ferguson, Misuri, tras la muerte de Michael Brown a manos de la policía; los activistas fueron pioneros en una cosa: representaban físicamente los asesinatos con los

manifestantes tendidos en el suelo, como homenaje a los afroamericanos abatidos en la calle por las pistolas. En 2015 la activista Bree Newsome se subió al palo de la bandera del capitolio de Carolina del Sur y retiró la enseña confederada que aún colgaba de él. Fue después de la matanza de un grupo de feligreses negros a manos de un varón blanco en una iglesia de Charleston, un acto que provocó la retirada de varias estatuas de líderes confederados en todo el sur.

De modo que en los años que precedieron a las elecciones de 2016 se fue acumulando una rabia generalizada que tuvo su impacto en la política, en las estructuras civiles, en los espacios públicos. Y más que eso: hubo mujeres que comenzaron a encontrar la manera de gritar con desesperación esa ira tan intensa que sentían dentro. Y al menos las de la izquierda lo hicieron de tal modo que empezó a tambalearse toda la narrativa patriarcal sobre cómo se gesta un movimiento.

Pero el espíritu del feminismo dominante era otro: la furia candente, expresada en actos públicos de protesta o desafío, en movimientos de masas por las calles o con blasfemias que se gritaban a pleno pulmón ante los poderosos, no representaba la forma fundamental de expresión del feminismo. Aunque eso no significaba que el feminismo en sí estuviera en recesión.

Feminista y «cool»

Lo que antes se llamó «movimiento de liberación de la mujer» había encontrado una vida y una energía nuevas en las primeras décadas del siglo XXI. Tras años de suscitar reacciones negativas, periodistas y blogueras feministas revivieron el diálogo en torno al género, y muchas de nosotras, las que participamos en las conversaciones, mostramos nuestro enfado ante el sexismo, el racismo y la desigualdad económica y por la forma en que todas estas injusticias estaban relacionadas entre sí. Sin embargo, tal vez llevadas por el afán de diferenciarnos de nuestras desquiciadas predecesoras, muchas feministas actuales (entre las que me encuentro) intentamos que la expresión de nuestras frustraciones resultara fácil de digerir y generase empatía, e invitamos a unirse a otros agentes, incluidos algunos hombres que seguramente participaban en nuestra opresión.

La popular web Feministing utilizó como emblema, irónicamente, un rediseño de la famosa imagen de la «chica del guardabarros» levantando el dedo medio; las feministas más jóvenes vendían y compraban objetos que

simbolizaban en broma el odio hacia los hombres: por ejemplo, tazas y camisetas donde se leía: «Yo me baño en lágrimas de hombre» o «Misandría». La etiqueta «#banmen», «veto a los hombres», transmitía la frustración que sentían con ciertos varones, y lo hacía mofándose de la idea —absurda, por otra parte— de que las feministas odiaban a todos los hombres sin excepción. Y aunque muchos defensores de los derechos de los hombres no encontraban esas manifestaciones ni divertidas ni irónicas, la exageración confirmó lo que se esperaba: que desafiar al patriarcado con excesiva insistencia no representaba una amenaza política real, sino más bien material para crear titulares.

Lo que sí era cierto, sin embargo, es que había un movimiento cociéndose a fuego lento para combatir los abusos sexuales en la universidad, y que entre 2011 y 2012 estalló una cadena de protestas callejeras que se denominaron despectivamente Slutwalks (Marchas de las Putas), en las que las mujeres mostraron su furiosa oposición a que se culpabilizara a las víctimas, una situación que sufrían a menudo. Estas marchas fueron seguramente el primer signo de que estaba a punto de estallar un nuevo episodio, más crudo, de furia feminista. Pero también jugaban con una especie de ironía, de guiño erótico: abrazaron de nuevo un vocablo degradado, pero con gran carga sexual, adoptaron como emblema unas chapas donde se leía: «I [corazón] sluts» (me encantan las putas), y las manifestantes desfilaron ataviadas con minifaldas muy cortas y ligeros. Todo ello, en línea con otro aspecto reverdecido del feminismo: una exuberante seguridad en relación al sexo.

Los movimientos prosexo se basaban en una teoría surgida como reacción al activismo antipornografía durante las guerras ideológicas en las que se vieron inmersas las generaciones anteriores. Apoyaban la idea de que cualquier tipo de comportamiento sexual, desde el celibato a la perversión, puede proporcionar placer a las mujeres, aunque no en el sentido establecido por la cultura misógina. Sin embargo, en manos de una generación nueva y en contraposición con la actitud censora de antes, se había convertido en una especie de atajo para dar rienda suelta al sexo, al sexo de cualquier tipo, siempre que fuera consensuado. Podría parecer que expresar apetito sexual en clave feminista era un intento estratégico de apartar la atención de otros desafíos, menos placenteros, al poder masculino. Y así, mientras una plétora de escritores hablaban de la injusticia racial o de género, otros tantos producían sin parar artículos en los que defendían como prerrogativa

feminista el derecho a usar maquillaje o tacones altos y falditas escasas. Y estaba bien, porque todo ello enviaba un mensaje directo: llegado el momento de enfrentarse a las expectativas sexuales masculinas, esta ola feminista no iba a ser tan susceptible ni iba a estar tan dispuesta a la confrontación. El nuevo feminismo, el feminismo «popular», era divertido, moderno, abierto en cuestiones de sexo... y muy *cool*.

Por eso había funcionado: en las primeras décadas del siglo XXI el feminismo se estaba convirtiendo en una moda. Salieron los *remakes* de *Los cazafantasmas* solo con mujeres, aparecieron las mujeres *jedis* y surgieron un sinnúmero de líderes femeninas que estaban en televisión a todas horas —las mujeres duras y complicadas creadas por Shonda Rhimes, las heroínas feministas como Alicia, de *The Good Wife*, o las mujeres lúbricas de *Broad City*—, cuyas historias exponían las limitaciones que el patriarcado impone a las mujeres. Pero gran parte de la crítica había desaparecido: todo era analítico y meditado. No era vulgar ni animal. No era airado.

En 2013 Sheryl Sandberg, alta ejecutiva de Facebook, publicó un libro en el que estudiaba los problemas a los que siguen enfrentándose las mujeres en el trabajo. Se centraba sobre todo en estrategias de comportamiento individuales para estudiar las desigualdades, y se ganó una serie de críticas despiadadas por no prestar más atención a los profundos ajustes que requería el sistema. Esta expresión incompleta, aunque en absoluto tolerante, de las reivindicaciones feministas, que venía de una mujer que había ascendido dentro de ese sistema, se convirtió en un absoluto superventas.

Al año siguiente la cantante Beyoncé actuó en los Grammy utilizando como telón de fondo una pantalla con una grabación de la famosa charla TED de Chimamanda Ngozi Adichie, «We Should All Be Feminists» (todos tendríamos que ser feministas): «Enseñamos a las niñas a retraerse, a hacerse más pequeñas. Decimos a las niñas: “Es bueno tener ambición, pero no mucha. Puedes buscar el éxito, pero no debes tener más de la cuenta. Porque si no, serás una amenaza para los hombres”». Después de esto aparecía un letrero gigantesco y reluciente que rezaba: «FEMINISTA», y Beyoncé, lanzando destellos como una bola de discoteca, delante de él.

Aquello era cultura *pop* remozada y envuelta en papel brillante. Pero también era un acto de afirmación feminista más que premonitorio, según se comprobaría luego, ejercido por una mujer de color que citaba a otra mujer de

color: una corrección sustancial y de gran eficacia respecto a la forma en la que los medios de comunicación habían presentado históricamente (y también erróneamente) el proyecto de liberación de la mujer como un movimiento liderado por mujeres blancas. Teníamos ahí a una mujer que se había convertido quizá en la persona más poderosa de la música pop, que había amasado suficiente poder para crear su propia narrativa: no se había quedado en los márgenes, gritando a la prensa que se estaba malinterpretando o ignorando a las mujeres negras. Beyoncé, con todos sus compromisos con las estructuras de poder (bell hooks la describió como «esa mujer negra superrica y muy poderosa» que había trabajado «al servicio del patriarcado imperialista, capitalista y supremacista blanco»),[25] parecía querer mostrarnos lo que podía lograrse con un enfoque menos furioso y violento del feminismo: que resultara más amplio y que fuera más atractivo.

Y así fue, ¿no? Las batallas airadas y el griterío de las mujeres de generaciones anteriores habían dado algunos resultados espectaculares, sí; y aunque el número de mujeres que habían alcanzado un poder sin precedentes seguía siendo reducido, tanto en las facultades y universidades como en las empresas, en el mundo del espectáculo, en los medios de comunicación o en la política, sí era cierto que las mujeres habían empezado a disfrutar de un poder y de unas oportunidades que históricamente se les habían negado. Y si querían avanzar más, no podían permitirse el lujo de quedarse ancladas en aquellas actitudes airadas, de confrontación, que habían marcado el antiguo enfoque de una lucha que lo que buscaba era algo más parecido a la igualdad real. Porque ese enfrentamiento, esa furia, podría tacharlas de advenedizas, etiquetarlas como marginales. Si habían ascendido dentro del sistema era porque se habían acomodado a él y no por desbaratarlo.

A cualquiera que quisiera adquirir algo de poder dentro de esa estructura se le instaba a abandonar todo lo que sonara airado: tenía que asegurar que llegaba en son de paz, con ganas de colaborar y sin intención de tomar represalias contra quienes antes habían ejercido la opresión y las había obligado a someterse. A las mujeres que exteriorizaban su furia con gritos e insultos, organizándose, preparando marchas o amenazando con vengarse se las tildaría de fuerzas inestables; y no se podía permitir que eso sucediera cuando en 2016 se iban a celebrar unas elecciones en las que, por primera vez en la historia de los Estados Unidos, había una candidata a la presidencia que permitiría proteger el legado del primer presidente negro.

Cuando Hillary Clinton empezó a preparar su campaña a la presidencia, no era desdeñable el riesgo que suponía ese tipo de ira que habían expresado abiertamente las activistas en materia de sufragio universal, abolición de la esclavitud, derechos civiles o feminismo y cuyos logros, irónicamente, habían hecho posible su candidatura. El poder de las mujeres era visible en los Video Music Awards, o en el responsable de operaciones de Facebook. Estaba en los *remakes* de *Los cazafantasmas* y en los medios feministas elegantes y simpáticos. Y ahora, en la inevitable candidata a la presidencia. ¿De qué se quejaban?

Todo lo que sonara remotamente airado, todo lo que olier a ese desafiante resentimiento feminista que hay detrás de un movimiento político se tildaría de impostado. Mitch McConnell ya lo había definido con la expresión «jugar las cartas de las mujeres», como si fuera una mano de un juego de naipes, un farol. Se había recurrido a auténticas expresiones de resistencia —marchas, huelgas de hambre, manifestaciones, sentadas— para llamar la atención; y habían sido útiles, habían permitido derribar puertas y forzar la entrada de las mujeres. Pero las payasadas en público, los estallidos de pura furia ante un sistema desigual que habían sido eficaces en una era en la que las mujeres estaban lejos de estar «dentro», perjudicarían a aquellas que habían logrado «entrar», que volverían a parecer, a los ojos del público, como advenedizas.

[12] Susan Sarandon con Elizabeth Day, «Susan Sarandon: Feminism Is a Bit of an Old-fashioned Word», *The Guardian*, 29 de junio de 2013, <https://www.theguardian.com/theobserver/2013/jun/30/susan-sarandon-q-and-a>.

[13] En el pódcast de Janet Mock se puede escuchar una excelente exposición del impacto de las declaraciones de Waters sobre la revuelta: <https://janetmock.com/podcast/>.

[14] Evans Rowl y Robert Novak, «No Insurrection in Los Angeles», *Washington Post*, 4 de mayo de 1992, https://www.washingtonpost.com/archive/opinions/1992/05/04/no-insurrection-in-los-angeles/1ff2c017-9674-4bc8-8667-51e7325f43ce/?noredirect=on&utm_term=.30f1bab1d799.

[15] Taryn Finley, «Maxine Waters: '92 L.A. Rebellion Was a “Defining Moment” for Black Resistance», *Huffington Post*, 27 de abril de 2017, https://www.huffingtonpost.com/entry/maxine-waters-la-rebellion-was-a-defining-moment-for-black-resistance_us_58fe2861e4b00fa7de165e18.

[16] Mychal Denzel Smith, «The Rebirth of Black Rage», *The Nation*, 13 de agosto de 2015, <https://www.thenation.com/article/the-rebirth-of-black-rage/>.

[17] «Tea Act», History.com, <https://www.history.com/topics/american-revolution/tea-act>.

[18] Kenneth P. Vogel, «Face of the Tea Party Is Female», *Politico*, 26 de marzo de 2010, <https://www.politico.com/story/2010/03/face-of-the-tea-party-is-female-035094>.

[19] «New Demographic Profiles of Occupy Wall Street vs. Tea Party Movements», prri.com, 1 de

diciembre de 2011, <https://www.prii.org/spotlight/new-demographicprofiles-of-occupy-wall-street-vs-tea-party-movements/>.

[20] Tina Dupuy, «The Occupy Movement’s Woman Problem», *Atlantic*, 21 de noviembre de 2011, <https://www.theatlantic.com/politics/archive/2011/11/the-occupymovements-woman-problem/248831/>.

[21] Quinn Norton, «A Eulogy for #Occupy», *wired.com*, 12 de diciembre de 2012, <https://www.wired.com/2012/12/a-eulogy-for-occupy/>.

[22] Karen McVeigh, «Occupy Wall Street’s Women Struggle to Make Their Voices Heard», *The Guardian*, 30 de noviembre de 2011, <https://www.theguardian.com/world/2011/nov/30/occupy-wall-street-women-voices>.

[23] Ren Jender, «When the Stupidity about Rape Wouldn’t Stop, I Quit the Movement I Loved», *xojane.com*, 14 de enero de 2013, <https://www.xojane.com/issues/sexism-rape-occupy-movement>.

[24] Patrisse Khan-Cullors, «We Didn’t Start a Movement. We started a Network», *Medium.com*, 22 de febrero de 2016, <https://medium.com/@patrissemariacullorsbrignac/we-didn-t-start-a-movement-we-started-a-network-90f9b5717668>.

[25] Cavan Sieczkowski, «Feminist Activist Says Beyoncé is Partly “Anti-Feminist” and “Terrorist”», *Huffington Post*, 9 de mayo de 2014, https://www.huffingtonpost.com/2014/05/09/beyonce-anti-feminist_n_5295891.html.

La gran ilusión

Pero lo cierto era que las mujeres no estaban «dentro». Estaba claro que las que parecían estar habían caído en la trampa más ingeniosa de todas: con su estatus de ocupantes de pleno derecho, la ilusión de haber obtenido por fin su cuota de poder político tras siglos de exclusión sería precisamente lo que las sacara de sus puestos.

Cuando Hillary Clinton comenzó su segunda campaña por la presidencia, no solo no habíamos tenido ni una sola mujer presidente en doscientos veintiséis años de historia: no habíamos tenido ni una sola mujer vicepresidenta. A pesar de que más de doscientas mujeres habían presentado su candidatura, el país nunca había elegido como candidata a la presidencia a una mujer de uno de los partidos mayoritarios. El Congreso seguía teniendo solo un 19 por ciento de mujeres y el Senado, solo una mujer negra. Todas estas lagunas representativas se daban en un país en el que los cuerpos de las mujeres estaban sometidos a una legislación cada vez más restrictiva y sus sueldos y su estabilidad económica expuestos al ataque continuo de la derecha.

Sin embargo, era cierto que en el clima imperante los alardes de ira y furia en nombre de las mujeres y de sus reivindicaciones se habían enfriado, y habían sido sustituidos por formas de agitación más benignas orquestadas por las pocas mujeres que habían logrado abrirse camino hasta la cima del poder. Y eso contribuyó a que se perpetuara el mito de que por fin habían terminado tres siglos de discriminación por género o por raza y que las cosas estaban mucho más igualadas: que quienes habían permanecido apartadas del poder a lo largo de la historia ahora tendrían acceso a una participación igualitaria.

Y ese mito, la fantasía de que el racismo y el sexismo eran fases que el país había superado con nota, dejando en puestos de poder a nuevos tipos de personas, como Barack Obama y Hillary Clinton, dio lugar a otro tipo de ira. Era una rabia que aún estaba viva, encendida, y que se expresaría abiertamente en los años anteriores a las elecciones de 2016. Era la rabia de los que ya estaban «dentro»: la ira ávida de tantas estadounidenses a las que

durante siglos se les había negado la cuota proporcional de poder político, económico, social y sexual, y que ahora explotaban, furiosas, al percibir que había otras que estaban intentando arrebatárles esa cuota.

El perfil político de Donald Trump se construyó sobre una campaña racista, de *birther*,^[26] y sobre las quejas continuadas y públicas de que la presidencia de Barack Obama siempre había sido ilegítima. Una campaña que despegó con sus descalificaciones a los mexicanos, a los que llamó racistas, su promesa de construir un muro en la frontera y de aprobar leyes que mantuvieran alejados a los invasores extranjeros. Compró una página entera de publicidad para poner un anuncio en el que pedía la pena de muerte para los llamados «Cinco de Central Park», un grupo de jóvenes negros arrestados por la violación de una mujer blanca que había salido a correr, y que fueron absueltos. Las burlas de Trump hacia las mujeres siempre estuvieron en primer plano, desde el comienzo: las llamaba cerdas, perras, las puntuaba en una escala de uno a diez, su primera mujer le acusó de violación, celebraba concursos de belleza y en el programa de Howard Stern se vanagloriaba de no haber cambiado un pañal en su vida. En una revista contaba que a las mujeres hay que tratarlas «como si fueran mierda».

A causa de esa ilusión, extendida por todo el territorio nacional, de que éramos un país avanzado que no tenía por qué soportar ese tipo de expresiones retrógradas del patriarcado blanco, los expertos políticos nos tranquilizaban regularmente y nos aseguraban que la candidatura de Trump no progresaría en la vida, que ese tipo de locuciones y expresiones del resentimiento racista y sexista, de su desprecio hacia todo, le convertían en un candidato imposible.

Pero Trump no solo pareció salir adelante a pesar de todo el odio y el desprecio que manifestaba hacia todo el que no fuera blanco y varón: sus partidarios parecían obnubilados con él precisamente por eso. Hasta los que decían que nunca saldría elegido presidente reconocieron que había conseguido votos recurriendo a la visceralidad, porque tenía un don para canalizar la ira de la América blanca, que se sentía abandonada, que creía que sus privilegios se habían visto derribados por las mujeres, por los invasores no blancos. Eran personas que nunca habían ocupado la Casa Blanca ni un cargo en ningún organismo legislativo, que percibían salarios cada vez más bajos y pagaban impuestos cada vez más altos por el sistema sanitario y a las que se les negaba el control de su vida reproductiva, pero que daban la convincente

impresión de que se habían quedado con una cuota de espacio superior a la que les correspondía y eran objetos de toda la ira y el resentimiento que podía sentir aquel empresario de Queens de tupé teñido de naranja. El tipo que no paraba de ganar primarias.

Sus mítines eran ocasiones broncas y furiosas, estadios llenos de multitudes gritonas, de partidarios suyos que iban vestidos con parafernalia nacionalista blanca y saludaban con: «*Sieg hail!*». El propio Trump fomentaba la ira y la violencia entre sus seguidores: en una ocasión llegó a decir, cuando echaron a una persona que protestó en un mitin suyo: «Me gustaba cómo eran las cosas antes. ¿Sabéis lo que se hacía a tipos como ese, en un sitio como este? Los sacaban en una camilla. Yo le habría dado un puñetazo en la jeta». Él desplegaba su nostalgia por los viejos tiempos, cuando las protestas se acallaban con violencia, y sus simpatizantes se comportaban como agitadores furiosos, gritaban insultos y blasfemias a cualquiera que, en su opinión, pudiera amenazar su autoridad: «¡Construye el muro!». «¡A la mierda la corrección política!». «¡Que le den al islam!». En un videoreportaje del *New York Times* se veía a los partidarios de Trump respondiendo a la alusión que el candidato hizo al entonces presidente, Barack Obama: «¡Que le den a ese n...!».

Y estaba, además, la furia con la que los partidarios de Trump trataron a Hillary Clinton: en los desfiles del Cuatro de Julio del verano de 2016 se enarbolaban retratos de la candidata vestida de presidiaria; las multitudes llevaban ataúdes y, encendidas por el odio hacia ella, gritaban: «¡Hillary es una puta!»; «¡Da una trompada a esa zorra!»; «¡Golfa! ¡Zorra!»; «¡Mátala!»; «¡Que cuelguen a esa zorra!».[27] Y siempre, siempre, el redoble de tambor: «¡Que la encierren! ¡Que la encierren!». Y no era solo una multitud anónima: el general Mike Flynn, exteniente general de las Fuerzas Armadas, dirigió a la multitud que coreaba: «¡Que la encierren!» la noche inaugural de la convención republicana. Dos días después Chris Christie, gobernador de Nueva Jersey (que era, él mismo, un delincuente que estaba siendo investigado), representó una parodia de juicio contra Clinton que parecía la quema de brujas del siglo xvii en Salem, e hizo bramar a toda la concurrencia al gritar él «¡culpable!» en tono frenético y desquiciado. Un mes después, en un mitin celebrado en Carolina del Norte, Trump dijo a sus partidarios que Clinton quería quitarles sus pistolas: «Si logra elegir a sus jueces, no tenéis nada que hacer, amigos. Aunque la segunda enmienda..., pues ahí está, no

sé». La sintaxis trastornada de Trump no consiguió disimular que lo que sugería era que podrían asesinarla. Más directo fue su asesor en temas de veteranos, un senador del estado de New Hampshire llamado Al Baldassaro, que dijo en una entrevista radiofónica que a Clinton deberían «llevarla al paredón y fusilarla por traición».[28]

Este odio corrosivo hacia Clinton cuando procedía de la izquierda, quedó algo disimulado en algún caso, en parte por la incómoda verdad de su posición: ella tenía poder; era una de esas mujeres excepcionales que habían medrado en un sistema capitalista patriarcal que no se había construido para ella, y había llegado alto participando en él.

Otras mujeres que se habían presentado a las elecciones presidenciales, desde Shirley Chisholm en 1972 a Patricia Schroeder en 1987, se habían topado con su propio estatus de forasteras y su incapacidad para recaudar fondos o lograr apoyos serios y suficientes de los hombres poderosos que mandaban en su partido. Clinton se había empeñado en saltar esos obstáculos, y al hacerlo ofreció a sus oponentes de la izquierda la munición necesaria para debilitar la naturaleza histórica de su candidatura. Clinton había coqueteado con Wall Street, votado la invasión de Irak y durante su época de senadora había trabajado a gusto con los republicanos para confeccionar una política de centro. Como primera dama había apoyado las políticas neoliberales de su marido, incluida la Ley contra la Delincuencia de 1994 y las desastrosas y lamentables reformas a las leyes de asistencia social: ambas perjudicaron enormemente a las comunidades no blancas y a los pobres.

El hecho de que hubiera tenido estrecha relación con importantes donantes y conseguido el apoyo de los peces gordos la convirtieron en parte de una élite política y, por tanto, vulnerable a la retórica antisistema de los hombres contra los que había acabado compitiendo. Eso impidió que la gente la entendiera o la acogiera bien. Seguían considerándola una forastera, miembro de un género al que históricamente se ha negado el acceso al poder ejecutivo. Clinton pensó que una mujer podía ganar dentro de un sistema que no se había diseñado pensando en ella: había calculado mal sus fuerzas, y había perdido.

Las relaciones de Clinton con la estructura de poder proporcionaban a muchas personas de izquierdas un excelente incentivo para apoyar a su contrincante en las primarias, el senador socialista demócrata de Vermont Bernie Sanders, que era de izquierdas de verdad. Un hombre que llevaba

treinta años siendo congresista, siempre en los márgenes del Partido Demócrata, del que nunca fue miembro. La campaña de Sanders se convirtió en una forma específica de animado movimiento social, y tuvo un efecto beneficioso en la campaña de Clinton: la desplazó hacia la izquierda.

Pero parte de la izquierda detestaba a Clinton y a sus partidarios, según parece, por razones más graves que una simple diferencia de opinión política o la desconfianza hacia el sistema. Podía tratarse de un odio de género ocasionalmente teñido de condescendencia o menosprecio, como cuando el jefe de campaña de Sanders, Jeff Weaver, espetó a un periodista, refiriéndose a Clinton: «Estamos dispuestos a tenerla en cuenta para la vicepresidencia [...]. La entrevistaremos, incluso». Algunos progresistas, reproduciendo una serie de actitudes de un sector de Occupy Wall Street que habían sido los antecesores del núcleo de partidarios de Bernie, seguían rechazando los argumentos feministas que defendían a Clinton, incluso la protesta básica que más peso tenía desde el punto de vista de la democracia y la representación: que nunca había habido una mujer en la Casa Blanca, y mucho menos una mujer demócrata, liberal, que pedía la abolición de la Enmienda Hyde (que prohibía destinar dinero de seguros federales para financiar abortos, con lo que hizo que el aborto fuera inaccesible para las mujeres pobres) y que se aumentara la financiación de los programas de baja por maternidad y cuidado de los hijos. «Que el pueblo vote por Hillary por este motivo es como que los votantes del Partido Republicano de los estados del sur quieran al Partido Republicano por una cuestión de afirmación cultural», tuiteó la escritora progresista Zaid Jilani durante las primarias, mientras Daniel Denvir, de *Salon*, afirmó que a Clinton «le habían dado acceso franco como feminista» invalidando «la idea de que Hillary Clinton era una opción feminista porque era una mujer capacitada», y que proceder así era «una política identitaria extremadamente caricaturesca».[29]

La frustración que sintieron algunos seguidores de Sanders cuando vieron que el entusiasmo por él crecía y, sin embargo, Clinton seguía ganando todo llevó a algunos de ellos a sacar a la luz toda la imaginería del castigo y las acusaciones deslegitimadoras que se habían atribuido a la derecha, incluida la propagación de la historia de que Clinton había amañado las primarias. En la convención demócrata hubo gente (progresistas) que protestó con carteles que decían: «Hillary a la cárcel» mientras cantaban: «¡Que la encierren!», y la candidata del Partido Verde, Jill Stein, avivaba la hoguera con promesas de

que instaría a Sanders a retirar su apoyo a Hillary «por el completo sabotaje de su campaña por parte del Comité Nacional Demócrata y de la propia Hillary Clinton».[30]

Naturalmente, la mayoría de los críticos más feroces y lenguaraces de Hillary, por la izquierda, fueron mujeres feministas que explicaron cómo los fervientes seguidores de Clinton las habían atacado a ellas empleando términos sexistas y degradantes, las habían llamado traidoras a su género y las habían culpado de misoginia. Como observó una de esas feministas que apoyaban a Bernie Sanders, Sarah Jones, «nadie se libera retratando a las mujeres de izquierdas como si fueran autómatas oprimidas incapaces de formular un pensamiento independiente en el plano político».

Una de las que recibieron ataques de ambos lados fue otra feminista partidaria de Bernie, Kathleen Geier, que durante las primarias contó a la periodista Michelle Goldberg que algunas compañeras suyas utilizaban un «tono mojigato, de sermoneo, de hostigamiento casi» cuando hablaban de Clinton y del feminismo. «Están intentando deslegitimar las críticas a la cobertura sexista de Hillary [...] mis ideas políticas están de ese lado, pero esta misoginia antigua, de izquierdas, acaba de asomar su horrible cabeza».[31]

Aunque la dinámica de género era aquí más compleja y con más matices que en la derecha, no había duda de que entraba en juego mucho resentimiento misógino. Después de que Clinton lograra derrotar a Sanders, en junio de 2016, dos de los políticos progresistas que habían ocultado a propósito sus apoyos salieron en defensa de Hillary: Russ Feingold y Elizabeth Warren. Pero fue Warren quien se llevó la peor parte de la ira de los partidarios de Sanders. Su página de Facebook se llenó de mensajes donde la llamaban hipócrita y decían de ella que era «otra pseudoprogresista que había que sacar de la carrera presidencial con los votos ciudadanos»; en un puente de Northampton, Massachusetts, pintaron con espray la frase «#JudasWarrenSellout» (Judas Warren, la vendida).

Tanto en la derecha como en la izquierda gran parte de la ira histriónica, esa que es necesario sacar gritando y que yo había visto salir de otras mujeres cuando intentaban derribar las puertas del sistema político en tiempos pasados, en 2016 iba dirigida contra la mujer que había estado más cerca que ninguna de abatir esas puertas.

- [26] Alguien que apoyaba la teoría de que Barack Obama no había nacido en los Estados Unidos, y que por ello no podía ser presidente del país. (*N. de la T.*)
- [27] Barbara Marcolini, «Trump Voters, One Year Later», *New York Times*, vídeo, s. f., <https://www.nytimes.com/video/us/politics/100000005538314/trump-voters-one-year-later.html>.
- [28] Laura Barrón-López, «Donald Trump Adviser Says Hillary Clinton Should Be Shot by Firing Squad», *Huffington Post*, 20 de julio de 2016, https://www.huffingtonpost.com/entry/al-baldasaro-donald-trump-hillary-clinton_us_578fa150e4b07c722ebd2fd1.
- [29] Daniel Denvir, «The Betrayal That Should Haunt Hillary Clinton: How She Sold Out Working Women and Then Never Apologized», *Salon*, https://www.salon.com/2015/11/02/the_betrayal_that_should_haunt_hillary_clinton_how_she_sold_out
- [30] Rebecca Traister, «The Left Is Borrowing Hillary Clinton Hate from the Republican National Convention—with Dangerous Consequences», *New York Times*, 25 de julio de 2016, <http://nymag.com/daily/intelligencer/2016/07/left-is-borrowing-hillary-hate-from-the-rnc.html>.
- [31] Michelle Goldberg, «Men Explain Hillary to Me», *Slate*, 6 de noviembre de 2015, http://www.slate.com/articles/double_x/doublex/2015/11/hillary_clinton_bernie_sanders_sexist_cover

Ya no estamos tan animadas

-Yo lo he intentado. He intentado cambiar, no abrir tanto la boca, ser más dulce, más mona. Menos viva...

Eran las palabras de Beyoncé, improvisando la música para un poema de Warsan Shire titulado «For Women Who Are Difficult to Love» (Para las mujeres a las que es difícil amar). El poema trata de una mujer que está con un hombre que se acobarda ante la intensidad de ella. Lo vemos en su álbum visual *Lemonade*, que salió al mercado en abril de 2016: una semana antes de que Donald Trump se convirtiera oficialmente en candidato republicano a la presidencia.[32]

En el vídeo, Beyoncé recorre garbosa las calles de la ciudad ataviada con un impresionante vestido amarillo; lleva en la mano un bate de béisbol con el que va destrozando las ventanillas de los coches y las bocas de riego, a su espalda surgen furiosos géiseres y llamaradas. En el vídeo las mujeres la observan con asombro y satisfacción, y los hombres la miran con expresión recelosa. Parece que en aquel momento el arco narrativo, las palabras y las imágenes de *Lemonade* respondían a la reacción airada de Beyoncé ante las infidelidades de su marido, Jay-Z, y no tenían conexión alguna con la política.

Pero el paso del manifiesto público de empoderamiento, teñido de feminismo pulido, que la estrella del pop había ofrecido en una actuación pública dos años antes, a la ira desatada ante el comportamiento inadecuado de los hombres (y de las mujeres que lo hacen posible, incluidas las mujeres a las que Beyoncé llama Becky, que es como se denomina en argot a las mujeres blancas) señala una especie de punto de inflexión. Incluso en el universo de Beyoncé, que sigue siendo brillante y glamuroso —y sigue teniendo a los hombres cerca del centro—, el feminismo amable había desaparecido y en su lugar había surgido una rabia nítida, una ira justa y vengativa que se presentaba como algo que había estado contenido, como una llama o un torrente, y de pronto se desataba y se apoderaba de las calles. En la primavera de 2016 Beyoncé estaba enfadada, y al menos una parte de esa

furia era contra los hombres —padres y maridos que aparecían en la letra de sus canciones— y contra su forma de tratar a las mujeres.

Su ira acabaría convirtiéndose en los meses siguientes en heraldo de la realidad que se avecinaba: Donald Trump iba a ser el candidato republicano a la presidencia y se estaban empezando a extender los comentarios y revelaciones sobre su comportamiento indigno con las mujeres. A Trump el cuerpo de las mujeres y sus funciones le parecían «algo grotesco»; dijo que era «asqueroso» que Clinton hubiera ido al aseo durante un debate, que a Megyn Kelly, la moderadora del debate, «le sangraba el *lo-que-sea*», y en una ocasión, a una abogada que en el curso de una reunión tuvo que hacer una pausa para sacarse la leche, le espetó: «¡Es repugnante!». Quedaba meridianamente claro que lo que Donald Trump prometía con su eslogan «*Make America Great Again*» era un regreso a la antigua versión de la masculinidad blanca y a toda la misoginia, el sometimiento y la cosificación de la mujer que aquello llevaba consigo.

Resultaba absurdo que él fuera el candidato elegido, tan anacrónico en unos tiempos que, nos aseguraban, eran posfeministas. Un estudio llevado a cabo por el Shorenstein Center de la Kennedy School de Harvard después de las elecciones analizó los principales periódicos y cadenas de noticias nacionales y advirtió que la prensa daba más o menos la misma cobertura a Trump que a Hillary Clinton, como si sus culpas fueran comparables. La ratio de cobertura, positiva frente a negativa, cuando se discutía si eran adecuados para ocupar la presidencia, era la misma: el 87 por ciento de las historias que se contaban sobre cada uno de ellos eran negativas, el 13 por ciento eran positivas.[33]

Esta relativa paridad en la cobertura, este afán de equidad que definió la cobertura que dieron los medios a la carrera presidencial, era un reflejo de la mentira que había en el núcleo de todo. Porque la realidad era que las actitudes racistas y sexistas de Trump no estaban, de hecho, muy lejos de los supuestos imperantes, así que no bastaban para descalificarlo. Y se pusieron en la misma balanza que los fallos de Clinton, reales pero poco importantes desde el punto de vista político, porque en ciertos ámbitos los sesgos de Trump se consideraban legítimos. La idea de que la nación había retrocedido en el tiempo y las actitudes de macho blanco sobre quién puede reclamar el poder político siempre habían sido una fábula, pero ahora se habían hecho realidad: se había conseguido sofocar la disensión y apagar la furia perturbadora que, en otras circunstancias, seguramente hubiera tenido más

poder para tumbar a Trump antes de que llegara tan alto.

La gente se enfadó mucho cuando, un mes antes de ser elegido, salió a la luz que habían pillado a Donald Trump gastando bromas de mal gusto con Billy Bush en un programa televisivo, *Today*, del que este último era presentador, además de miembro de una familia que había dado al país dos presidentes y primo de otro candidato a presidente, contrincante de Donald Trump. «Cuando eres famoso, te dejan. Puedes hacer lo que te dé la gana..., las agarras del coño..., puedes hacer lo que quieras». La gente se enfadó mucho. Las mujeres se enfadaron mucho. La noche en que se hizo pública la grabación de *Access Hollywood* una escritora canadiense, Kelly Oxford, puso en Twitter: «Mujeres, hacedme llegar por Twitter cómo fue vuestro primer ataque. No son solo estadísticas. Empiezo yo: un viejo en un autobús urbano me agarra el coño y me sonrío. Tengo doce años». Recibió, como respuesta, más de veinte millones de tuits y de visitas a su cuenta de Twitter, muchos de ellos con la etiqueta «#notokay», para dar visibilidad a muchas historias de contacto sexual no deseado protagonizadas por mujeres que las habían sufrido de niñas o adolescentes.[34]

Una semana después muchas mujeres comenzaron a desvelar sus experiencias, a contar que el propio Trump las había besado o manoseado contra su voluntad. Una antigua periodista de *People*, Natasha Stoyloff, había escrito un artículo contando que años atrás, mientras hacía un reportaje sobre Trump y su tercera esposa, Melania, él la había metido en una habitación donde no había nadie más: «En cuestión de segundos me estaba empujando contra la pared y metiéndome la lengua en la boca...».[35] Stoyloff recordaba la sorpresa que le produjo aquel incidente y que cuando regresó a su habitación del hotel «empezó a disolverse la conmoción, que se transformó en ira. Yo seguía preguntándome por qué no le había dado un puñetazo, por qué no le había dicho nada». Otra mujer, Jessica Leeds, de setenta y cuatro años, contó al *New York Times* que tres décadas antes había ido en un avión sentada al lado de Trump y que él la había manoseado, que le había tocado los pechos. «Era como un pulpo: tenía manos por todas partes», contó Leeds al *Times*.[36] La mujer se cambió de asiento y no comunicó el incidente, según dijo, porque en aquellos tiempos era una situación bastante frecuente. «Nos hemos aguantado durante años: nos habían enseñado que aquello era culpa nuestra», dijo al periódico. Pero cuando oyó a Trump decir en televisión, como respuesta a las reacciones que provocó la cinta de *Access Hollywood*, que él

nunca había tocado a una mujer contra su voluntad, Leeds afirma que sintió ganas de pegar un puñetazo a la pantalla.[37]

Michelle Obama, primera dama de la nación, que había sido objeto de burlas durante la campaña de su marido —la tildaron de «negra airada» y luchó denodadamente para no dar esa impresión—, decidió no disimular más su furia y en 2008 dio un discurso memorable en el que llamaba la atención sobre ese «lenguaje hiriente y lleno de odio hacia las mujeres» que Trump había estado desplegando en todos los actos de su campaña. Contó cómo el aluvión de historias, contadas por mujeres, sobre el abuso y el acoso le había conmovido en lo más hondo, según afirmó, de un modo que nunca se hubiera imaginado. Fue un discurso fundamental, en parte porque fue ese verano cuando Obama lanzó a la izquierda unos comentarios durante la convención de los demócratas tras una semana de racismo y sexismo recalcitrantes en la convención de los republicanos en Cleveland. «Cuando ellos decaen, nosotros nos alzamos», declaró la primera dama en tono de reprobación, aconsejando a los suyos que actuaran convencidos de que la moralidad acabaría ganando la partida.

Obama estaba muy enfadada. Y fue fundamental que, aunque gran parte de las reacciones más airadas ante los flagrantes casos en los que Trump se había pasado de la raya procedían de mujeres blancas, ella estuviera allí para dejar constancia de que la experiencia que de la coacción y el acoso tenían las mujeres blancas no iba a ser la única que se contara en un país en el que las mujeres negras tienen siempre menos posibilidades de considerarse víctimas de un ataque, y que casi nunca reciben un trato de respeto. Obama reprendía a la prensa por ignorar la ira de las mujeres, y amonestaba a los que abordaban la cuestión «como otro titular de tantos, el que tocaba ese día, como si esta indignación no estuviera justificada o estuviéramos exagerando».

Michelle Obama reclamaba con fuerza que había que hacer algo con esa indignación, y llamaba a la acción a todas las mujeres que estaban escuchando e hirviendo de rabia. «Nuestras madres y nuestras abuelas no tuvieron, en muchas ocasiones, la oportunidad de cambiar sus circunstancias. Pero hoy tenemos, como mujeres, el poder que nos hace falta para decidir el resultado de estas elecciones. Hoy tenemos información. Hoy tenemos voz y tenemos voto».

Muchas mujeres se tomaron las palabras de Michelle Obama al pie de la

letra. Estábamos furiosas. Yo misma oí contar a mis amigas que por primera vez se habían enfrentado a los hombres que les acosaban por la calle. Los hombres, incluido uno que había sido senador, me dijo que estaban algo trastornados por todas aquellas reacciones que veían en sus esposas, sus amigas, madres o compañeras de trabajo sobre la ubicuidad de los ataques y los acosos sexuales, por la intensidad de aquella rabia que las mujeres habían estado reprimiendo sin que ellos lo supieran. Las mujeres tomaron algunos de los comentarios sexistas de Trump y se apropiaron de ellos, convirtiendo la expresión «*nasty woman*», por ejemplo (que empleó para insultar a Clinton en un debate), en un eslogan para camisetas; en prácticamente todos los productos que vendía Etsy se imprimieron frases amenazadoras que recordaban que los coños no tardarían en ser los que agarraran. Millones de mujeres y algunos hombres corrieron a adscribirse al movimiento que surgió en Internet para apoyar a Hillary Clinton llamado Pantsuit Nation (Nación del Traje de Chaqueta-Pantalón). Pero eran tiempos en los que los seguidores de Clinton tenían que aguantar los sermones de muchos elementos, tanto de la derecha como de la izquierda, en varios aspectos de sus vidas, así que el grupo permaneció cerrado, visible únicamente para sus miembros de Facebook.

Existía un temor soterrado a que esta explosión fuera de corto alcance y a que se hubiera manifestado, tal vez, demasiado tarde. La semana anterior a las elecciones tuve que ir a Boston a dar una conferencia ante un grupo de mujeres, muchas de ellas feministas de toda la vida. La expresidenta de una sección de la Organización Nacional de Mujeres (NOW), de cincuenta y tantos años, expresó su preocupación: ¿por qué eran privados aquellos grupos? Recordaba el enfado que había provocado entre sus amigas el trato que había recibido Anita Hill en 1991, que las había impulsado a salir de sus puestos de trabajo y de los edificios en los que trabajaban y mostrar, en masa, que ya estaban hartas. Recordaba que aquella manifestación pública de rabia y la corriente de indignación y desesperación que había suscitado se saldaron con muchas mujeres candidatas a las elecciones de Washington del año siguiente. ¿Por qué no salían las mujeres en masa a la calle?, me preguntó, preocupada. Le respondí que no tenía ni idea, pero que esperaba que fuese porque sabían que no tenían que hacerlo. Como había dicho Michelle Obama, en ese momento y de un modo que no había sido posible en 1992, y mucho menos antes, todas sabían que el martes siguiente podían salir de su casa y

votar a una mujer para que ocupara la presidencia.

El fin de semana anterior a las elecciones presidenciales de 2016, un viejo profesor de ciencias políticas, amigo de la familia, me dijo en broma: «Te veo en un futuro en el que las mujeres habrán tomado la voz cantante». Le miré, haciendo como que contenía el aliento, asustada. Y él, sonriendo, respondió: «Espero que seas comprensiva conmigo en esos campos de reeducación...». Lo decía en broma, una broma optimista: parece que muchos lo eran.

Pero el optimismo era parte del truco: la reafirmación del mito del poder de Clinton. En un episodio de *Saturday Night Live* que se emitió después de hacerse pública la famosa «cinta del coño», unos humoristas imitaron a los moderadores de debates Anderson Cooper y Martha Raddatz, que presentaban así a los candidatos: «El candidato republicano Donald Trump y... ¿lo podemos decir ya? Seguramente, *la presidenta* Hillary Clinton».

Esta seguridad de que Clinton había ganado ya la presidencia fue lo que hizo que muchos votantes blancos de derechas, incluidas muchas mujeres, votaran contra el ascenso imparable de las mujeres. Especialmente contra la mujer que había sido vilipendiada, con tanto éxito, tanto por la derecha como por la izquierda. También fue lo que desengañó a muchas mujeres de izquierdas de la idea —que todos consideraban exagerada— de que el país seguía en manos de una misoginia y un racismo excesivos, hasta tal punto que los ciudadanos serían capaces de elegir a un fanático lleno de odio. De lo contrario, tendrían que manifestarse a favor de Clinton para combatir todos esos sesgos y así vencer a Trump. Al actuar como si Clinton ya hubiera ganado, y no como la única herramienta que como nación teníamos a nuestro alcance para detener a aquel monstruoso patriarca racista, nos convencíamos a nosotros mismos de que no necesitábamos aquella indignación de la que, sin embargo, tendríamos que haber hecho acopio. No tendríamos que enfadarnos *por* Hillary Clinton, decían los cantos de sirena: si acaso, tendríamos que enfadarnos *con* ella por no haber hecho por nosotros lo que debía hacer con el poder que le atribuíamos.

Después de las elecciones, la senadora por Misuri Claire McCaskill dijo por televisión que había oído expresar a las mujeres de su estado un sentimiento generalizado: «Nunca pensé que pudiera ganar [Trump]. Podríamos haber hecho más. Tendríamos que haber hecho más».[38] Los estadounidenses que podían haber puesto más empeño en oponerse a Trump o en apoyar a Clinton

—las mujeres blancas, sobre todo— se quedaron de brazos cruzados, inmóviles, convencidos de que el sexismo y el racismo eran cosas del pasado y que ponerse a trabajar para combatirlos era una estupidez innecesaria, dado que el otro candidato era manifiestamente imperfecto. Y, naturalmente, otros muchos estadounidenses —incluidas las mujeres blancas— se sintieron impelidos a apoyar a Trump básicamente por la misma razón: lo que percibían como una amenaza porque el patriarcado blanco había perdido el tirón que una vez tuvo.

Esta es la razón por la que Donald Trump seguía doblando su apuesta en lo que le convertía en candidato inelegible: alegaba que su adversaria no tenía la resistencia suficiente para acceder a la presidencia e invitaba a las mujeres que habían acusado antes a su marido de conductas sexuales inmorales a que participaran en un debate: no para impulsar una reconsideración tardía de las aventuras de Bill Clinton, sino para humillar y desestabilizar a Hillary. La defensa fundamental que esgrimía Trump ante las acusaciones de acoso y abuso sexual siempre era que las mujeres no eran lo suficientemente atractivas para lanzarse sobre ellas («Créanme: ella no era mi primera opción», dijo de Jessica Leeds)[39] y al mirar a Clinton cuando pasó ante él en un debate se cuidó de dejar bien claro: «No me ha impresionado».

Los críticos de Clinton situados más a la izquierda, ideológicamente, solían decir que había tenido suerte con los adversarios que le habían tocado, y que había conseguido (y dilapidado) una oportunidad de las que se dan una vez en la vida, porque competía contra un tipo tan horrible que parecía un personaje de dibujos animados. Lo que esta teoría no quiso reconocer fue que no fueron ni la mala suerte ni la casualidad lo que hizo que ese hombre, que había sido presentado y elegido por su partido, derrotara a la primera mujer que era candidata a la presidencia; es más, la mujer que sin ninguna duda *llegaría* a ser presidenta. Para combatirla a ella —y a su predecesor, que representó otro desafío a la masculinidad blanca—, el Partido Republicano había elegido una figura que encarnaba el descrédito y la falta de respeto que siempre habían funcionado bien para mantener lejos de la presidencia a las mujeres y a los varones que no fueran blancos, para negarles el acceso igualitario al poder político.

Y esta vez también funcionó. Ganó él.

[32] Alexis Okeowo, «The Writing Life of Warsan Shire, a Young, Prolific Poet», *New Yorker*, 21 de

octubre de 2015, <https://www.newyorker.com/culture/cultural-comment/the-writing-life-of-a-young-prolific-poet-warsan-shire>. El poema completo, «For Women Who Are “Difficult” to Love», puede leerse aquí: <https://genius.com/Warsan-shire-for-women-who-are-difficult-to-love-annotated>.

[33] Thomas E. Patterson, «News Coverage of the 2016 General Election: How the Press Failed the Voters», Shorenstein Center, 7 de diciembre de 2016, <https://shorensteincenter.org/news-coverage-2016-general-election/?platform=hootsuite>

[34] Jonathan Mahler, «For Many Women, Trump’s “Locker Room Talk” Brings Memories of Abuse», *New York Times*, 10 de octubre de 2016, <https://www.nytimes.com/2016/10/11/us/politics/sexual-assault-survivor-reaction.html?action=click&contentCollection=Politics&module=RelatedCoverage®ion=Marginalia&pgtype=art>

[35] Natasha Stoyanoff, «Physically Attacked by Donald Trump—a *People* Writer’s Own Harrowing Story», *People*, 12 de octubre de 2016, <http://people.com/politics/donald-trump-attacked-people-writer/>.

[36] Megan Twohey y Michael Barbaro, «Two Women Say Donald Trump Touched Them Inappropriately», *New York Times*, 12 de octubre de 2016, <https://www.nytimes.com/2016/10/13/us/politics/donald-trump-women.html>.

[37] *Ibid.*

[38] Personal de NTK, «Claire McCaskill Lacks Specifics on Goals of the Women’s March», *NTK Network*, 23 de enero de 2017: <https://ntknetwork.com/claire-mccaskill-lacks-specifics-on-goals-of-the-womens-march/>.

[39] Margaret Hartmann, «What Happened to the 19 Women Who Accused Trump of Sexual Misconduct», revista *New York*, 12 de diciembre de 2017, <http://nymag.com/daily/intelligencer/2017/12/what-happened-to-trumps-16-sexual-misconduct-accusers.html>.

El invierno de nuestro descontento

Las elecciones de 2016 a la presidencia de los Estados Unidos, en las que Donald Trump ganó a Hillary Clinton, fueron una punzada de dolor insoportable para muchos de los que las vivimos. Pero si las situamos en el contexto histórico del país, no tendrían que habernos sorprendido tanto. Tras el desafío a la supremacía blanca que supusieron las dos administraciones de Obama, ganó el racismo. Ante la amenaza de una posible mandataria, mujer, ganó la masculinidad más brutal.

Para las mujeres de más edad la metáfora era algo cotidiano, familiar; aquel era el material del que se hacían las películas de los ochenta, en la línea de *Cómo eliminar a su jefe*: con salas de juntas llenas de hombreras exageradas. Un fanático sexista, egocéntrico, mentiroso e hipócrita se queda con el mejor puesto cuando compite con una mujer aunque esté menos cualificado que ella. Aunque le den un toque los de recursos humanos, incluso. No era extraordinario: en aquella época, era el pan nuestro de cada día en nuestro país.

Nosotras nos habíamos tragado una mentira, nos habíamos dejado engañar por una ilusión: la de que habíamos avanzado más de lo que lo habíamos hecho en realidad. Y con ello habíamos renunciado a nuestro derecho a ponernos furiosas. Habíamos dejado que las víctimas de las bromas fueran quienes mostraron ira o pasión en su defensa de Clinton, y no los visionarios que acabarían acertando en sus pronósticos.

En los meses siguientes, tras las marchas de mujeres que tuvieron lugar en enero, muchos se preguntaron dónde estaba escondida aquella furia tan bronca antes del 9 de noviembre. Pero lo cierto era que, de haberse expresado esa furia, se hubiera considerado absurda, pasajera, impostada y nada seria. La rabia contra el sexismo podría haber sido su propia metaamenaza ante un discurso político dominado por los hombres que consideraba que el sexismo era un fantasma erradicado tiempo atrás en el país, y no se pensó que pudiera tener un impacto negativo en una mujer, por lo demás tan poderosa como

Clinton.

Incluso después de la derrota, en lugar de reconocer el poder del racismo y el sexismo —que no había disminuido lo más mínimo— y las desventajas estructurales a las que tiene que enfrentarse todo el que no sea varón ni blanco en un país que acababa de elegir a un presidente abiertamente racista y misógino, lo que se puso de manifiesto fue la enorme preocupación de algunos ciudadanos de izquierdas que se apresuraron a culpar a los progresistas de haber estado demasiado ocupados con las diferencias raciales y de género. «El liberalismo estadounidense ha devenido en una especie de pánico moral por la identidad racial, sexual y de género que ha distorsionado su mensaje político, impidiendo que se convierta en una fuerza integradora, capaz de gobernar», escribió en el *New York Times* Mark Lilla, profesor de Columbia.[40]

Pero después de la derrota ya no tuvimos una herramienta al alcance de la mano. No teníamos un candidato que pudiera abatir a este hombre con su administración de varones blancos y racistas, hombres que habían confesado que pegaban a sus mujeres y acosaban sexualmente a otras, estafadores corruptos y declarados. Iban a pasar años antes de que otras elecciones nos dieran la ocasión de sustituirle o de controlarle. Y entonces fue cuando la rabia comenzó a brotar como el agua en el vídeo de Beyoncé, y las mujeres a congregarse —si bien no siempre del modo apacible y sin problemas que habría sido deseable— y a adquirir una extraña apariencia de grupo.

La noche que siguió a las elecciones, Teresa Shook, una abuela, abogada jubilada, de Hawái, se sentía tan abatida que creó una cuenta de Facebook proponiendo la celebración de una marcha en Washington al día siguiente de la toma de posesión de Trump. A la mañana siguiente, tenía miles de respuestas; en esos mismos días el diseñador de moda Bob Bland, el que había hecho las camisetas de «Nasty Woman», tuvo la misma idea. No fue un proceso organizativo fluido: las mujeres blancas que habían tenido la idea original llamaron a aquel acontecimiento la Marcha del Millón de Mujeres, sin ser conscientes de que se estaban apropiando del nombre de una manifestación convocada en Filadelfia en 1997 por mujeres afroamericanas. Esto contribuyó a hacer más profundo el resentimiento racial que había surgido con las noticias de que mientras un 94 por ciento de mujeres negras había votado a Hillary Clinton, la mayoría de las mujeres blancas había votado por Donald Trump..., ¿y ahora las organizadoras de aquella marcha de

mujeres blancas querían poner en escena una protesta que se apropiaba del nombre de un acontecimiento que habían liderado las mujeres negras veinte años atrás?

Al cabo de un par de semanas se apuntaron también las organizadoras de otros movimientos. Tamika Mallory, que hacía campaña por el control de armas, Carmen Pérez, que había estado trabajando en la reforma de la justicia penal, y Linda Sarsour, una activista que defendía los derechos de los musulmanes y que había trabajado en la campaña de Bernie Sanders, secundaron la propuesta de Bob Bland y entre todos organizaron a los millones de personas que no solo se reunirían en Washington, sino en otras muchas ciudades de todo el país y del mundo, incluida la Antártida. La Marcha de las Mujeres, celebrada el 21 de enero de 2017, fue la mayor protesta política de un solo día celebrada en la historia de los Estados Unidos, y sus protagonistas fueron las mujeres airadas.[41]

En una de las pocas protestas comparables, celebradas con ocasión del acceso al cargo de un presidente, que fue la que organizó la Nueva Izquierda para protestar por la elección de Richard Nixon en 1969, las mujeres del movimiento tuvieron que pelear para conseguir espacio para sus dos portavoces: Marilyn Salzman Webb y Shulamith Firestone. Tan pronto como Webb empezó a hablar del aborto, del cuidado de los hijos y de cómo trataban a las mujeres los hombres de izquierdas, empezaron a oírse abucheos que ahogaron su voz, procedentes del grupo de hombres. Webb ha recordado que la gente gritaba: «¡Sacadla del escenario y a joderla!» o «¡A joderla en un callejón a oscuras!». Se bajó del estrado llorando, y décadas después contaría a la historiadora Annelise Orleck que fue entonces cuando se dio cuenta de que las mujeres «no podrían formar coalición con la izquierda, que la liberación de la mujer tenía que ser un movimiento por derecho propio».[42] Firestone, que tampoco había podido pronunciar su discurso ante los abucheos de sus compañeros de pensamiento, escribió al finalizar el evento: «¡Que se joda la izquierda! Nosotras vamos a lanzar nuestro propio movimiento».[43]

Cuarenta y ocho años después, tras varias décadas en las que el movimiento de las mujeres había tenido tiempo de explotar y retroceder de nuevo, de forcejear con sus propios sesgos y desigualdades, llegaba otra protesta que se iba a celebrar en cincuenta estados, liderada por una coalición multirracial de mujeres jóvenes que esperaban liderar una nueva manifestación del

movimiento, un impulso que lo proyectara hacia el futuro. Era una novedad que aquellas mujeres no pidieran turno de palabra para dar su discurso en una manifestación de izquierdas: ellas *eran* la izquierda y de un modo imperfecto pero muy insistente estaban colocando las prioridades progresistas de la izquierda —los derechos civiles, la justicia reproductiva, los derechos de las personas con discapacidad, la igualdad económica y la justicia medioambiental— dentro de un marco feminista.

Como dijo Angela Davis, feminista de toda la vida, en un discurso que pronunció desde el estrado de Washington D. C., aquel acontecimiento nos traía «la promesa del feminismo frente a los poderes perniciosos de la violencia del estado, un feminismo inclusivo y transversal que nos insta a todos a plantar cara al racismo, a la islamofobia, al antisemitismo, a la misoginia y a la explotación capitalista».[44]

Y al día siguiente a la marcha, cuando al presentador de ABC George Stephanopoulos le dieron diecisiete minutos para entrevistar en su programa de noticias a Kellyanne Conway, portavoz del presidente Trump, fue la propia Conway la que sacó el tema de la manifestación contra su jefe que había tenido lugar: lo mencionó dos veces antes de que Stephanopoulos preguntara, directamente, cuando llevaba trece minutos de entrevista: «¿Qué piensa el presidente de esa marcha?».[45]

Conway reaccionó criticando «los comentarios vulgares, en tono de amenazas y trufados de obscenidades» de las celebridades que subieron al estrado; citó sobre todo los de la estrella pop Madonna, que dijo que había soñado con «volar la Casa Blanca». Lo que había dicho, en realidad, fue: «Sí, estoy enfadada. Sí, estoy indignada. Sí, he pensado muchas veces en volar la Casa Blanca. Pero sé que eso no cambiará nada». Stephanopoulos —que había hablado largo y tendido con Conway sobre los comentarios, probablemente falsos, del presidente, de que la multitud congregada ante la Casa Blanca con motivo de su toma de posesión era mucho mayor que la de Obama— no quiso seguir haciendo preguntas sobre el tamaño relativo de la Marcha de las Mujeres ni sobre el impacto que podría tener una resistencia masiva sin precedentes, como esa, en la nueva administración. En el siguiente segmento del programa, Chuck Schumer, líder de minorías del Senado, dijo a Stephanopoulos que él había participado en la Marcha de las Mujeres en Nueva York, que era su estado, y Stephanopoulos respondió con otra pregunta, referida a la barbaridad con la que Madonna había manifestado su

rabia: «¿Se encontró usted cómodo con todo lo que se dijo?».[46]

Era el truco perfecto: una forma de rebajar todas las manifestaciones de ira justificada que se habían desplegado el día anterior a un corte de cinta que podía rechazarse de plano y sin más por considerarse inapropiado. Una forma de aplastar con la mano aquel despliegue de resistencia en masa, formar con él una bola de papel y tirarlo a la papelera de la incorrección pública de los medios de comunicación. Aquella intervención de Stephanopoulos agitando metafóricamente el pañuelo resultaba especialmente irracional después de dos años escuchando a un candidato presidencial que fomentaba la violencia, lideraba los gritos callejeros para que encarcelaran a su oponente y cuyos simpatizantes hablaban de fusilarla por traidora. Pero era raro que la prensa de Washington censurase a Trump por hacer que alguien se sintiera incómodo.

Y era también una forma de asegurar que era Conway —la valedora del presidente contra quien iba dirigida gran parte de esa ira y una de las pocas mujeres que había dentro de su círculo más íntimo— la que parecía estar en buena armonía con el poder potencial de lo que había visto en las calles el día anterior: tanto como para dar más relieve a esa noticia que al reportero. Fue como si de pronto las mujeres hubieran irrumpido en masa en el mundo de la política y los medios políticos, dominados por hombres, ni siquiera se hubieran percatado.

Pero la total falta de curiosidad y la indiferencia que parte de la prensa mostró fue mejor, en cierto modo, que la condescendencia —también indiferente— con la que hablaron de la marcha otros comentaristas políticos. David Axelrod, que formara parte del equipo de consejeros de Barack Obama, dijo en un tuit el 21 de enero de 2017: «Esta efusión de hoy es extraordinaria y muy inspiradora. Pero si toda esta energía no se canaliza en una actuación política fundamentada, servirá de poco». Micah White, uno de los arquitectos de Occupy Wall Street, manifestaba en *The Guardian* su preocupación de este modo: «Sin una hoja de ruta clara desde la marcha hasta el poder, las protestas acaban por ser un espectáculo de autocomplacencia del todo ineficaz, con atrezo de sombreritos rosas».[47] Bastaba con recordar el discurso de Madonna, en el que gritó: «A nuestros detractores, que insisten en que esta marcha no servirá de nada, ¡que os jodan!, ¡que os jodan!».

Cualquiera que hubiera asistido a aquel acontecimiento vería que era absurdo afirmar que no era más que un partido de sombreritos que un grupo

de aficionados había impulsado por casualidad. El día anterior a la marcha yo había formado parte de una mesa redonda sobre la resistencia de las mujeres en una librería de Washington D. C.; vino tanta gente que hubo que cerrar la puerta. Allí dentro tuvo lugar un diálogo en tono urgente, táctico: se habló de candidatos prometedores, de qué organizaciones estaban registrando votantes y de luchar contra el fraude electoral. Tan pronto como terminó la marcha, sus organizadores habían preparado un encuentro titulado «Desde aquí, ¿adónde vamos?». EMILY'S List, el comité de acción política dedicado a elegir a candidatas demócratas que estén a favor de la elección para el cargo (en contraposición a la designación o el nombramiento), asociado con otras organizaciones que trabajan para que se seleccione a candidatos latinos, gais, lesbianas, afroamericanos, asiáticos americanos y mujeres progresistas, celebró un acto de formación de candidatos en Washington D. C. Su nota de prensa decía así: «Esta lucha puede empezar en las calles, pero va a culminar en las urnas. Que nuestro ejército luche en ambos frentes».[48]

El mismo día, Planned Parenthood celebró una sesión de formación para la acción política para dos mil personas centrada en cómo organizar la protección y aumentar la atención sanitaria bajo la administración que se avecinaba. Quienes habían participado en la marcha dijeron que se estaban planteando presentarse a las elecciones presidenciales, y los que no pensaban en presentarse ellos mismos buscaban a alguien en su ciudad o en su estado que pudiera ser candidato, poniendo la mirada en aspectos como el voluntariado, la organización y la donación. Hablaban de cómo habían estado observando que los republicanos se habían presentado a las elecciones en todo el territorio nacional sin encontrar prácticamente oposición, y de la necesidad de reclutar candidatos que compitieran con quienes ocupaban los cargos. Hablaban de enviar postales y llamar por teléfono a los representantes y de constituirse en *lobbies* para incrementar la financiación de las organizaciones dedicadas a la salud de las mujeres.[49] Las mujeres se implicaban a largo plazo. «La rabia espontánea y la rabia sostenida son dos cosas distintas —explicaba a *Politico* una manifestante llamada Sarah Jaffe—. Yo me estoy preparando para estar muy cabreada durante mucho tiempo».[50]

Pero daba la impresión de que nada de lo que pudieran decir las mujeres —o poner en un cartel, o gritar o expresar mediante sesiones organizativas o de formación o de planificación de estrategias— iba a servir para persuadir a algunos de que lo que prometían, en el contexto de la historia estadounidense,

era algo revolucionario. En el programa *Morning Joe*, el analista de MSNBC Mark Halperin —un hombre que había estado años informando sobre el «enorme impacto» del Tea Party en el país— preguntó a Claire McCaskill —senadora por Misuri que había estado hablando con Mika Brzezinski del compromiso de las mujeres de la marcha con la igualdad de salarios, la sanidad de las mujeres, la defensa del Obamacare, el activismo medioambiental y sus planes de presentar su candidatura a la presidencia e implicarse como voluntaria a las elecciones de mitad de legislatura— con manifiesta condescendencia: «Senadora, ¿puedo pedirle que sea usted un poco más específica?». Se refería a cómo podrían las integrantes de la marcha incidir «en lo que está a punto de suceder en Washington, no a participar en el consejo escolar de su barrio».[51]

Y lo que sucedió en Washington fue que Donald Trump presentó su primera versión de la ley que vetaba la entrada a viajeros de varios países predominantemente musulmanes y fueron las mujeres las primeras que se pusieron en pie y le hicieron frente. La gente se fue corriendo a los aeropuertos: la congresista neoyorquina Nydia Velázquez fue una de las primeras que se plantaron en el aeropuerto de Nueva York, JFK, para exigir que se liberase a los inmigrantes retenidos allí tras la orden ejecutiva de Trump, que impedía el acceso al país incluso a personas con visado en vigor y con *green card*. Llegaron abogados dispuestos a ayudar a los que habían quedado retenidos por el veto, y el periodista Matt Ford dijo que era «sorprendente la disparidad [por géneros] que había entre los abogados que habían ido hasta allí para oponerse al veto».[52] En el aeropuerto de Dulles, tuiteó Ford, «probablemente un 70 por ciento de los abogados voluntarios son mujeres jóvenes». En un artículo posterior Ford destacó que muchos de aquellos abogados voluntarios eran de color, un dato que se corresponde con el hecho de que las mujeres y las personas de color siempre están sobrerrepresentadas en trabajos relacionados con el derecho y de interés público. Este tipo de profesionales de la abogacía, los que trabajaban por el interés público, eran los que habían ido corriendo a los aeropuertos.

Fueron cuatro mujeres jueces y un hombre los que inicialmente suspendieron el veto de Trump. Esos fueron los frutos de los últimos movimientos de mujeres furiosas, de la primera y la segunda ola, las que habían abierto las puertas de las facultades de derecho a sus colegas y dado lugar a una generación de mujeres con licenciaturas en Derecho, mujeres que

habían llegado hasta la bancada federal y que estaban, por tanto, en situación de bloquear la orden inconstitucional de un presidente.

En los mítines que se celebraron en oposición al veto, políticos como Velázquez, la defensora pública de la ciudad de Nueva York, Letitia James, las representantes Pramila Jayapal y Nanette Barragán, las senadoras Elizabeth Warren y Kirsten Gillibrand —que fue la única senadora que votó «no» a todos, salvo uno, de los nombramientos de miembros del gabinete que presentó Donald Trump— se unieron como apasionadas oradoras a las líderes de la Marcha de las Mujeres, Linda Sarsour y Tamika Mallory. Muchas de esas mujeres habían hablado ya durante las marchas del fin de semana anterior, dejando claro que aquellos que estuvieran dentro de las estructuras políticas —senadores y oficiales elegidos— ya no podrían sustraerse a la rabia furiosa que sentían las activistas que estaban a las puertas de las instituciones. «Está claro que la resistencia ante este programa tan radical de Trump la van a liderar las mujeres valientes que luchan por nuestro futuro», tuiteó Kamala Harris, que acababa de jurar su cargo como senadora por California y que era la segunda mujer negra elegida para ocupar un escaño en el Senado en toda la historia de la institución.

El lunes siguiente, en el Congreso, fueron Harris y Patty Murray, senadora por el estado de Washington, quienes dirigieron el *caucus* para objetar al veto de entrada, y escribieron una carta furibunda en la que expresaban su indignación ante la orden ejecutiva «y su implantación aleatoria, que va contra nuestros valores como país y nuestra Constitución».[53] La carta seguía, calificaba la orden de Trump de «inadmisible y anticonstitucional». Aquel día la fiscal general en funciones, Sally Yates, enviaba otra carta a los abogados del Ministerio de Justicia diciendo que no estaba muy segura de que aquella orden de Trump fuese acorde a derecho y que, en consecuencia, «mientras yo sea fiscal general en funciones, el Ministerio de Justicia no presentará argumentos en defensa de esta orden ejecutiva a menos que y hasta que yo esté plenamente segura de que es pertinente». Yates fue destituida antes de medianoche: en unas declaraciones Trump afirmó que era «débil en cuanto al tema de las fronteras y muy débil en cuanto al de la inmigración ilegal».

Naturalmente, aquellos primeros días de la administración Trump fueron la prueba de que las mujeres eran cualquier cosa menos débiles cuando se trataba de oponerse a él, y aprovecharon todos los intentos de acallarlas para reavivar su furia.

A la semana siguiente Elizabeth Warren, senadora por Massachusetts, cantó a los cuatro vientos su oposición al nombramiento, por parte de Trump, de Jefferson Beauregard Sessions iii como fiscal general. Lo hizo con las palabras de otra mujer, la fallecida Coretta Scott King. Durante las sesiones de confirmación de Sessions, Warren comenzó a leer la declaración que King había enviado al Comité Judicial del Senado y en la que mostraba su objeción a la nominación, en 1986, de Sessions como juez de un distrito federal. King había detallado en su intervención todo el historial de los esfuerzos de Sessions para negar el derecho al voto a los afroamericanos y dijo de él que «carecía del temperamento, la equidad y la sensatez necesarios para ser juez federal».

Pero cuando Warren se dispuso a leer la carta, el líder de la mayoría del Senado, republicano, Mitch McConnell, la mandó detenerse y la obligó a abandonar el estrado. Seguramente McConnell utilizó ese gesto como mensaje simbólico a sus bases: estaba dispuesto a callar a una mujer algo bocazas que se oponía, con actitud agresiva, a las políticas republicanas. Posteriormente ofrecería una explicación de su actuación, empleándola como metáfora —lo hizo quizá con toda idea, para servir a sus propios fines— de la supresión de cualquier oposición por parte de las mujeres: «Estaba advertida. Se le había dado una explicación y, aun así, ella insistió», dijo McConnell sobre el intento de Warren de leer la carta de King.

Tanto si las bases de McConnell acogieron bien esta chorrada performativa como si no, lo cierto es que las mujeres de todo el país reaccionaron a sus palabras con más fervor aún del que habían mostrado ante los comentarios sobre las «*nasty women*» o los coños que contraatacaban. En todas las redes sociales, en todas las plataformas de venta de Etsy, la frase «*Nevertheless, she persisted*» (aun así, ella insistió) se convirtió en la frase que acompañaba a la imagen de cualquier mujer decidida, desde Harriet Tubman a Malala Yousafzai. Una mujer de Minneapolis convenció a más de un centenar de amigos y desconocidos de que se tatuaran las palabras «Ella insistió», organizando —como si quisiera demostrar a todos los fanfarrones que decían que aquello no era más que un tema estético que era algo más, que estaban equivocados— una campaña en la que cincuenta y cinco dólares (de los setenta y cinco que costaba la tinta) irían a parar a una organización que apoyaba a las mujeres partidarias de la elección de candidatos que se presentaban, a su vez, como candidatas a la presidencia.[54] Y como afirmó la

propia Warren en una cadena de televisión por cable, deseosa de aprovechar la visibilidad de sus bases, cuyo potencial vio claro: «Podrán callarme a mí, pero no pueden cambiar la verdad».[55]

Igual que sucedió tras la elección de Trump, lo que se percibía como la derrota de una mujer que parecía una amenaza llevó a un millón de mujeres, muchas de ellas un millón de veces más airadas que antes, a alzar sus voces.

En junio las manifestantes habían ocupado las líneas telefónicas y registrado sus nombres en las listas de colaboradores del Congreso con gran éxito: habían logrado retrasar los avances que ya estaban en marcha para desbaratar los logros de la era Obama. Acamparon a la entrada del despacho del líder de la mayoría del Senado, Mitch McConnell. Algunas llegaban en sillas de ruedas, en protesta contra las amenazas de derogar la ley de protección sanitaria asequible, llamada *Affordable Care Act* y conocida como Obamacare. Una encuesta reveló que un 86 por ciento de las personas que diariamente se empeñaban en ponerse en contacto con sus representantes eran mujeres, la mayoría mayores de cuarenta y cinco años. Y la mayor parte de ellas habían asistido a las marchas.[56]

Las protestas asumieron formas cotidianas —cartas y llamadas— o teatrales. En marzo las mujeres protestaron contra una ley del aborto en Texas vestidas como los personajes de la serie de televisión *El cuento de la criada*, adaptación de la distopía de Margaret Atwood sobre la misoginia autoritaria. [57] En agosto se reunieron en Boston, tras la marcha pronazi de Charlottesville, Virginia, para contrarrestar otra marcha de supremacistas blancos. Entre las asistentes había un grupo de mujeres con sombreros negros de bruja y la cara cubierta con una tela negra que llevaban carteles con leyendas del tipo: «*Hex White Supremacy*» (mal de ojo al supremacismo blanco). Todas ellas formaban parte de W.I.T.C.H. Boston, un «aquelarre transversal» nacido del espíritu original de W.I.T.C.H., grupo radical de la segunda ola cuyas integrantes se vistieron de brujas para escenificar un mal de ojo a los banqueros de Wall Street en los años sesenta y cuyas siglas, originalmente, significaban —según la bruja a la que se le preguntara— Women’s International Terrorist Conspiracy From Hell (Conspiración Terrorista Internacional de Mujeres del Infierno) o Women Inspired to Tell their Collective History (Mujeres Impulsadas a Contar su Verdad Conjunta). [58]

A muchos comentaristas debió parecerles que todo esto era por Trump, pero

aquella furia era en realidad la reacción a muchas de las desigualdades, injusticias y abusos que los antecesores de Donald Trump habían dejado a la vista. Patrisse Khan-Cullors diría en 2018 que «luchar contra cuarenta y cinco no es luchar solo contra él: es una lucha de mayor calado, contra el supremacismo blanco, contra el patriarcado y contra el clasismo».[59]

En otoño la alcaldesa de San Juan de Puerto Rico, Carmen Yulín Cruz, se puso furiosa porque el Gobierno de los Estados Unidos había dejado la zona sin electricidad tras un desastroso huracán. Replicó a un comentario que hizo Elaine Duke, secretaria en funciones del Departamento de Seguridad Nacional, en el que afirmaba que la respuesta ante el huracán era una «buena noticia». El comentario de Cruz fue: «Maldita sea, de buena noticia nada. La noticia que estamos dando es que está muriendo gente». Y Donald Trump, llegado su turno de opinión, la llamó «*nasty*».

«Me importa un carajo —dijo Cruz a los periodistas cuando le preguntaron por las críticas del presidente—. Estoy harta de ser educada, estoy harta de ser políticamente correcta, y estoy muy cabreada». Unos meses después Kirsten Gillibrand invitaría a Cruz a asistir al primer discurso de Trump sobre el Estado de la Nación.[60]

También Gillibrand dejó de ser políticamente correcta. En una entrevista que me concedió en la primavera de 2017 me dijo que los funcionarios de Washington están para ayudar a la gente, «y si no ayudamos a la gente es mejor que nos vayamos a nuestra puñetera casa». En invierno de 2018 Tammy Duckworth, senadora por Illinois, veterana de guerra mutilada, atacó fuertemente a Donald Trump en un discurso en el Senado que levantó ampollas. Afirmó: «A mí no me va a dar lecciones de lo que necesitan nuestros soldados un tramposo que ha esquivado cinco veces la llamada a filas». Luego llamó «Cadete Espolones» al presidente, en referencia al certificado médico que le había permitido librarse del servicio militar cuando era joven. En enero de 2018, la senadora por Hawái Mazie Hirono empezó a preguntar a todos los candidatos al poder judicial si alguien les había acusado de conducta sexual inapropiada. Cuando le preguntaron qué diría a todos los que la acusaran de utilizar esto como estrategia partidista, Hirono respondió (era el verano de 2018): «Que les den». Y Maxine Waters, que seguía siendo congresista por California y seguía defendiendo su idea de furia como fuerza racional de reacción ante la injusticia, convirtió en un acto de resistencia el arremeter contra Trump. «Yo no puedo honrarle, no le respeto y no quiero

tener nada que ver con él», dijo Waters a comienzos de la administración. Posteriormente diría de él que era «un ser repugnante, un pingajillo».

Ahí estaba. La ira era tan intensa que se abría camino como un relámpago con sombreros ridículos e invectivas groseras que procedían incluso de fuentes oficiales, hasta de las más respetadas. Lo que fuera, con tal de que la gente se enterase de esto: «*Las mujeres. Estaban. Hartas*». Tras las elecciones ya no fue posible contener nada que hubiera estado reprimido o acallado en secreto bajo el barniz de «ascendiendo», ni manifestarlo únicamente ante los ojos de quienes pensaban igual. «De todos los sentimientos que han ido aflorando desde enero, como tristeza, depresión, desesperanza y algún rayo aislado de gozo, el único que me ha mantenido, me ha motivado, aunque en ocasiones me ha hecho pensar que me estaba destruyendo, ha sido la ira», escribió la periodista feminista Samhita Mukhopadhyay a finales de 2017.[61]

La ira que había calado en nuestro discurso se había desbordado, había salido a las calles y penetrado en las organizaciones haciendo saltar en pedazos el plan cotidiano de muchas mujeres que habían incorporado a sus vidas el acicate de dirigirse a sus representantes enviando postales, asistiendo a reuniones o a mítines en los ayuntamientos, haciendo carteles en cartulinas con rotuladores o pasando domingos enteros en manifestaciones y encuentros para aprender, por primera vez, qué era la interseccionalidad. Y lo más sorprendente, habían aprendido también algo sobre otras personas que hicieron esas mismas llamadas y confeccionaron esos mismos carteles antes que ellas, cuando la rabia aún no había llegado a sus vidas. La feminista británica Laurie Penny tuiteó en julio de 2017: «La mayoría de las mujeres interesantes que conocemos están mucho mucho más enfadadas de lo que imaginamos».[62]

Las mujeres empezaron a inscribirse como candidatas a las elecciones presidenciales en cifras muy superiores a las que se habían conocido hasta el momento: EMILY'S List la estimó en más de cuarenta mil en el año y medio posterior a la elección de Trump. Muchas de ellas hablaron abiertamente de la rabia que les inspiraba el presidente, el hecho de que hubiera ganado había dejado al descubierto los sesgos y las desigualdades que aún existían, al contrario de lo que siempre les habían contado. Y dijeron que todo eso les había animado a presentarse.

Patricia Russo, directora de la Women's Campaign School de Yale

(institución que llevaba desde los años noventa formando a mujeres que querían ser candidatas a la presidencia), habló del gran número de mujeres que se habían dirigido a ella a partir de noviembre, cifra que aumentó exponencialmente después de la primera Marcha de las Mujeres. Le decían: «Estoy loca, he ido a la marcha y quiero presentarme». Aquella rabia resultó ser una fuerza motivadora tan grande que Russo me confesó a finales del verano de 2017 que era inevitable que se atenuara, que se secase la veta, y que no habría que esperar mucho para que todas aquellas mujeres enardecidas acabaran por desanimarse con la incomodidad, el desgaste y la tristeza de su rabia.

La hora de la rabia

Y en octubre de 2017 el *New York Times* —seguido a corta distancia por el *New Yorker*— publicó una serie de historias, todas largas y aterradoras y con importantes apoyos, sobre el productor cinematográfico Harvey Weinstein, su dilatado historial de violento acoso y abusos sexuales, su comportamiento insultante y misógino, que tanto había perjudicado a la carrera profesional de las mujeres de las que había abusado, y la forma en que todo aquello había permanecido oculto durante décadas. Aunque era monstruoso y se veía venir desde hacía mucho, su historia no era muy distinta de tantas otras —Roger Ailes, Bill O'Reilly, Bill Cosby o el propio Donald Trump— que habían salido a la luz pública en los últimos tiempos, historias que atraían cada vez más interés y que se tomaban cada vez más en serio. Pero era un proceso lento y no habían cambiado el mundo ni las empresas, ni su funcionamiento.

Pero las mujeres estadounidenses eran una caja de yesca, y la historia de Weinstein una cerilla prendida. Sobre el eco que tuvo la historia en Hollywood, Manohla Dargis escribió en el *New York Times*: «El cine puede rompernos el corazón, pero ahora no es momento de llorar, y ya está: también es la hora de la rabia».[63]

Y de repente los medios de comunicación, por no decir las mujeres que los hacen posibles y que los utilizan, volvían a incendiarse. Muchas comenzaron a utilizar en las redes la etiqueta «#metoo», cuya pionera había sido Tarana Burke en 2006, liderando un movimiento que nació para luchar contra la violencia sexual y que las víctimas empleaban para contar su propia historia de acoso y abuso. Mujeres y hombres entraron en la conversación, que acabó superando las barreras de la violencia sexual, y utilizaron la etiqueta

«#metoo» para llamar la atención sobre sus propias historias de degradación y ninguneo en la esfera laboral. Salieron a la luz historias que habían estado ocultas mucho tiempo. Hombres ricos y poderosos —directores de cine, catedráticos muy conocidos, locutores de programas matutinos que ganaban millones de dólares, senadores y congresistas y magnates de la industria hotelera, locutores radiofónicos y editores— estaban perdiendo sus puestos de trabajo y las instituciones que les habían apoyado y protegido durante décadas comenzaron, de pronto, a deshacerse de ellos. Un año después de que Donald Trump no sufriera represalia alguna por declarar que él agarraba a las mujeres por el coño sin su beneplácito, las mujeres parecían resueltas a conseguir que otros hombres se vieran obligados a asumir las consecuencias.

Las mujeres habían empezado a contar historias que nunca habían contado: a los periodistas, a otras mujeres. Y mientras este tipo de situaciones no habían durado antes más de unos cuantos días, unas semanas a lo sumo, este movimiento duró semanas, meses, y eso fue lo más sorprendente: gracias a la visibilidad y a la rapidez con la que se propagan las noticias en la era de Donald Trump, no dejaban de surgir y propagarse casos de reconocimiento de acoso, insatisfacción sexual, violencia doméstica... hasta que el tema se introdujo en el debate político. El interés de Hollywood superó de pronto los temas de siempre: vestimenta, adornos, peloteo; las activistas salieron a la alfombra roja; se estableció un fondo para proporcionar asistencia jurídica a las mujeres que trabajaban en sectores menos estables económicamente; Anita Hill se ofreció para encabezar una comisión de la industria del espectáculo destinada a avanzar en ese camino.

Fue una conflagración, la erupción de muchas cosas que habían estado reprimidas, ocultas a la vista durante décadas, durante siglos. Ijeoma Oluo escribió en *Elle*, en enero de 2018: «A los hombres que se rascan la cabeza, preocupados y confusos, les digo: la rabia que ahora veis, la rabia que hoy destituye a hombres que eran invulnerables, ni siquiera ha arañado la superficie. ¿Pensáis que puede que estemos enfadadas? No tenéis ni idea de lo enfadadas que estamos ya».[64] La misma revista publicaría en marzo un sondeo que mostraba que el 57 por ciento de las mujeres estaban más enfadadas en 2018 que en 2017, y que un nada desdeñable 83 por ciento de las mujeres demócratas se enfurecía al menos una vez al día, sobre todo al oír las noticias.[65]

Quienes mostraron su preocupación por la velocidad y la intensidad con que

se propagó el movimiento #MeToo hablaban de una peligrosa confusión de niveles ante la forma en que la ira como reacción a un caso de ataque o violación se mezclaba con la ira por el acoso sexual en el trabajo, lo que a su vez devendría en ira contra la insatisfacción sexual de toda la vida. Y no iban del todo desencaminados. Había confusión, efectivamente; los límites no estaban claros, en parte porque lo que estaba saliendo a la luz era el vínculo que unía todas esas conductas: era el sexismo, simple y llanamente. El sexismo y el daño sistémico que estaba causando. El sexismo combinado con el clasismo y el racismo, como instrumentos que propiciaban la desigualdad de oportunidades y de resultados del esfuerzo. El sexismo que, de repente, quedaba meridianamente claro para muchas personas que no lo habían visto hasta entonces.

«El movimiento antipatriarcado», según previno el consejero presidencial Steve Bannon, estaba ganando enteros en su propósito de «derribar diez mil años de historia que está ya en los anales... Miren, si no: ha llegado el momento. Las mujeres se van a hacer con el control de la sociedad. Y no podrían encontrar un villano mejor que Trump para medirse con él. Él es el patriarca. Y este es un momento definitorio de nuestra cultura. A partir de ahora, ya nada será igual». Bannon, que era la encarnación del impulso patriarcal sexista, racista y blanco, parecía ver la furia que estaba tomando cuerpo y entender todo su potencial.[66]

«Coged la escoba de la ira y barred para echar fuera a la bestia del miedo», escribió Zora Neale Hurston, y yo pensé mucho en esa frase durante todo el otoño de 2017, cuando el miedo que había expresado Patricia Russo aquella vez que la entrevisté —que la ira se aplacaría— comenzó a desvanecerse. La ira que había impulsado a las mujeres a salir a las calles en enero, a coger los teléfonos y a asistir a las protestas o a hacer sondeos durante la primavera seguía ardiendo. Seguían surgiendo casos nuevos que echaban más leña al fuego, y ellas seguían emprendiendo luchas nuevas. La ira era la escoba que barrería a las mujeres estadounidenses de ese año, con su furia recién estrenada, a un año nuevo. Y 2018 sería el año en que otra oportunidad electoral les traería un nuevo canal para su furioso impulso.

Una mayoría reprimida

«La rabia de las mujeres es el principal combustible del #MeToo —escribió Caitlin Flanagan en *Atlantic*—. Desenfrenada es la poderosa fuerza que lo

destruirá».[67] Esa ira era algo ardiente, burbujeante, completamente fuera de control.

Sí, está fuera de control. Es una oposición furibunda y desbocada contra todos los tipos de control que durante mucho tiempo han estado vigentes en una nación construida por hombres blancos que, cuando llevados por la ira se liberaron del control imperialista, no tardaron en codificar la protección de las libertades y de la independencia. Pero solo para sí mismos: construyeron un país nuevo sobre una base de esclavitud y sobre la opresión de las mujeres, sobre el sometimiento jurídico y civil de la mayoría de los habitantes de ese país.

Los movimientos sociales son, necesariamente, un intento de desafiar los controles sociales. Esta es la base sobre la que se construye el cambio social y sobre la que se define la política estadounidense, ese acto político que Maxine Waters veía venir hace veinticinco años donde otros no vieron más que «revueltas» y «matones»: *insurrección*.

Pero una insurrección no suele funcionar. Con frecuencia no lo hace, en parte —como sugirió Flanagan— porque la rabia que la impulsa es un combustible que tiene la capacidad de hacerla arder y reducirla a cenizas. Y eso es, también en parte, lo que hace que nos dé miedo. Otra cosa que hace que nos dé miedo es que está concebida para desestabilizar las estructuras de poder, que son las que han ejercido el abuso, pero que son las únicas que tenemos.

A medida que los Estados Unidos se acercan al doscientos cincuenta aniversario de la declaración de la revolución, cuando solo han pasado ciento cincuenta años desde que se abolió la esclavitud, cien desde que algunas mujeres ganaron el derecho a voto y cincuenta desde que quedaron libres los afroamericanos del sur de Jim Crow —sucesos todos estos que tuvieron lugar después de los levantamientos de estadounidenses furiosos ante las injusticias que presenciaban—, las mujeres del país vuelven a estar unidas por la ira. El país está revuelto, y está dividido. La división es racial, generacional y política. No es civil, pero a veces es profana. Las llamadas al civismo están pensadas para proteger a los poderosos, haciéndoles pasar por víctimas. Todo es una furia de masas, a veces tan frenética que pone nerviosa a la gente. Si fuera de otro modo, nunca cambiaría nada.

Esta es la misión revolucionaria de la que nació la visión idealizada de lo

que este país podría ser: la furia justificada de los que no están representados. Eso se nos enseñó —dame la libertad o dame la muerte, vivir libre o morir, no me pisotees— como si fuera un catecismo patriótico, pero solo cuando la expresaron los hombres blancos sonó admirable y razonable, y así se transmitió: era el ingrediente catalizador y vital para el cambio político. Y eso es así porque los varones blancos han sido siempre la norma racional y el ideal intelectual, y es fácil entender que sus insatisfacciones hundan sus raíces en la razón y no en el fango, emocionalmente inestable, de lo femenino.

Aquellos fundadores, tan decididos a que nadie les pisoteara, se lanzaron con furia a codificar las libertades para sí mismos, libertades que construyeron sobre la opresión de otros: esclavos, mujeres. Los oprimidos contribuyeron a que los opresores tuvieran más oportunidades para todo, del mismo modo que las colonias contribuyeron a enriquecer el Imperio británico. Lo que nuestros fundadores establecieron no fue una auténtica democracia representativa, sino una democracia en la que gobernaba una minoría basándose en un mito de representación amplia y justa en el que esa minoría se beneficiaba del trabajo de una mayoría sometida, y de la escasa competencia que esta suponía. Y para mantener la regla de la minoría era preciso reprimir la resistencia de la mayoría, y no fomentar su ira.

Lo que ocurrió en la segunda década del siglo xx fue que las mujeres comenzaron a mostrar su rabia en público de muchas formas, y con eso lograban que el resto las oyera. Comenzamos a escucharnos unas a otras y a comprender que no estábamos a solas con nuestra rabia, no tanto como nos habían hecho creer. Las mujeres comenzaron a gritar, a gritar por la violencia policial, o porque salió elegido un megalomaniaco, o porque había perdido Hillary Clinton, o por las armas, o por los salarios bajos, o por el aborto. Y el efecto fue el de un seísmo.

«La gente está empezando a enfadarse, a recordar nuestra historia y nuestras raíces», dijo Jenny Craig —profesora de Virginia Occidental que luchaba por conseguir un salario más alto— a Michelle Goldberg, columnista del *New York Times*, hablando del impulso que siempre proporciona una manifestación que tiene éxito en un estado donde la huelga es ilegal.[68]

Las huelgas de profesores, que se extendieron desde Virginia Occidental hasta Arizona y Oklahoma, tuvieron lugar en las mismas fechas de 2018 (Trump llevaba ya un año en la presidencia) en que un grupo de estudiantes

del instituto de enseñanza superior, hombres y mujeres jóvenes que habían sobrevivido a la matanza de Parkland, Florida, comenzaron su propia campaña para combatir la violencia armada. La integrante más furiosa y más incandescente de aquel grupo fue seguramente la joven cubana Emma González, que se limpió las lágrimas y gritó al micrófono: «Los gobernantes a quienes han votado para que ocupen el poder nos están mintiendo... Los políticos que se sientan en el Congreso y en el Senado, en sus sillas doradas financiadas por la Asociación Nacional del Rifle, nos dicen que no se pudo hacer nada para evitar esto. Y nosotros decimos que B.S. [*bullshit*: “¡una mierda!”]». [69]

En su discurso González recordó especialmente a Rose Schneiderman, sindicalista de veintiocho años que una semana después de que un incendio en la Fábrica de Camisas Triangle acabara en 1911 con la vida de 146 obreras, casi todas mujeres, en el funeral que se celebró por los fallecidos en el Metropolitan Opera House, declaró, airada:

«Esta no es la primera vez que en esta ciudad mueren muchachas jóvenes, quemadas vivas. Cada semana me entero de la muerte a destiempo de una de mis hermanas, compañeras de trabajo. Cada año miles de nosotras se quedan tullidas. La vida de hombres y mujeres sale muy barata, y la propiedad es sagrada... Pero cada vez que los trabajadores salen como solo ellos saben a protestar contra unas condiciones de trabajo que resultan insoportables, la mano dura de la ley tiene permiso para caer sobre ellos con toda su fuerza. Los funcionarios públicos solo tienen palabras para advertirnos. Advertirnos de que debemos ser pacíficos... No puedo hablar de hermandad con vosotros, los que estáis ahí reunidos. Se ha derramado mucha sangre. Sé por experiencia que los trabajadores tienen que salvarse ellos. Y la única manera de salvarse es articulando un movimiento fuerte de la clase trabajadora». [70]

Muchos periodistas, y probablemente muchos miembros del Gobierno, se rieron del discurso de González en un país en el que la Asociación Nacional del Rifle tiene un poder que se ha mantenido inmutable, una nación en la que en los años transcurridos tras la matanza de veintiséis chicos y chicas en la escuela elemental de Sandy Hook, las restricciones para llevar armas son cada vez más laxas gracias a las modificaciones que se han hecho en las leyes de todo el país. Pero esos mismos periodistas tan críticos y seguros de sí mismos recordarán seguramente que Schneiderman y Frances Perkins —que fue testigo del incendio de Triangle y sintió tanta rabia que decidió cambiar el

curso de su carrera y dedicarse a cuestiones laborales— terminaron por esbozar algunas de las normas de seguridad en el trabajo que hoy en día continúan vigentes.

Tenemos que prepararnos para ver y oír la ira de las mujeres y aprender a juzgarla no solo como algo racional, sino muy poderoso desde el punto de vista político. Es, en realidad, la ira por la mayoría oprimida de la nación, algo que asusta porque actúa como combustible y representa una amenaza para la minoría. Estamos programados para escuchar la ira de los hombres como algo estimulante, netamente estadounidense, algo así como la canción de cuna nacional, pero el ruido que hacen las mujeres que reclaman la libertad nos suena igual que el que hacen las uñas en una pizarra, nuestra pizarra nacional. Y eso es porque la libertad de las mujeres reduciría, *de facto*, la dominación masculina y blanca.

Habrà, lo hay ya, un deseo de abordar esta iteración del levantamiento de las mujeres como si fuera pura histeria, un ataque masivo, una caza de bruzas, una fase pasajera, un berrinche de niño pequeño, algo irracional, una manifestación «de nicho», algo que puede desviarse o neutralizarse tan pronto como todo el mundo se calme un poco. Habrà quien afirme que esa ira no es auténtica, sino impostada. Habrà tremendas presiones para no tomarla en serio, para no escuchar con excesiva atención lo que dicen esas voces chillonas, una enorme insistencia en que las mujeres que verbalizan su ira tienen la guerra perdida o están, simplemente, trabajando para provocar más discriminación y desprecio. La ira de las mujeres se presentará, como ya desde hace tiempo, como algo feo, falto de atractivo, peligroso. Algo que hay que acallar o abuchear. No hay nada menos atractivo que una mujer airada, llevan mucho tiempo diciéndonos. Y estos mensajes resultarán especialmente perjudiciales —siempre fue así— para las mujeres no blancas. Pero todo esto no son más que estrategias que llevan tiempo empleándose para que la gente, incluidas las propias mujeres, desprecien, anulen y aparten la vista de uno de los principales impulsores de las turbulencias sociales y el cambio político en este país, su propio país.

[40] Mark Lilla, «The End of Identity Liberalism», *New York Times*, 18 de noviembre de 2016, <https://www.nytimes.com/2016/11/20/opinion/sunday/the-end-of-identity-liberalism.html>.

[41] Eliza Newlin Carney, «Who's Behind the Women's March», *American Prospect*, 19 de enero de 2017, <http://prospect.org/article/who%E2%80%99s-behind-women%E2%80%99s-march>. Véase también: Nina Agrawal, «How the Women's March Came into Being», *Los Angeles Times*, 21 de

- enero de 2017, <http://www.latimes.com/nation/la-na-pol-womens-march-live-how-the-women-s-march-came-into-1484865755-htmistory.html>.
- [42] Annelise Orleck, *Rethinking American Women's Activism*, Nueva York: Routledge, 2015, pp. 112-113.
- [43] Lawrence O'Donnell, «Something Is Happening: Women's March Makes History», MSNBC.com, «The Last Word», vídeo, 23 de enero de 2017, <https://www.msnbc.com/the-last-word/watch-something-is-happening-women-s-march-makeshistory-861237315678>.
- [44] Annelise Orleck, *Rethinking American Women's Activism*, Nueva York: Routledge, 2015, pp. 112-113.
- [45] ABC News, «Kellyanne Conway Interview: "Didn't See the Point" to Women's March on Washington», vídeo de YouTube, 17:15, 22 de enero de 2017, <https://www.youtube.com/watch?v=H8tErpLLFbE>.
- [46] ABC News, «Chuck Schumer on Women's Marching "Part of the Grand American Tradition"», vídeo de YouTube, 7:33, 22 de enero de 2017, <https://www.youtube.com/watch?v=tTLcREwdNp0>.
- [47] Micah White, «Without a Path from Protest to Power, the Women's March Will End Up Like Occupy», *The Guardian*, 19 de enero de 2017, <https://www.theguardian.com/world/2017/jan/19/womens-march-washington-occupy-protest>.
- [48] «Don't Just March, Run!», EMILY'S List, <https://emilyslist.org/pages/entry/getting-ready-to-run>.
- [49] Edward-Isaac Dovey y Elana Schor, «Will the Women's March Be Another Occupy, or a Democratic Tea Party?», *Politico*, 21 de enero de 2017, <https://www.politico.com/story/2017/01/womens-march-organizing-strategy-233973>.
- [50] *Ibid.*
- [51] «McCaskill on Women's March: I Hope Trump Pays Attention», *Morning Joe*, 23 de enero de 2017, <https://www.msnbc.com/morning-joe/watch/mccaskill-onwomen-s-march-i-hope-trump-pays-attention-860604483733>.
- [52] Matt Ford (@fordm): «Saliendo de Dulles ahora. Sorprendente disparidad de género: seguramente un 70 por ciento de los abogados voluntarios eran mujeres jóvenes», Twitter, 29 de enero de 2017, 18:53 horas, <https://twitter.com/fordm/status/825899790785454083>.
- [53] Patty Murray, Kamala D. Harris, *et al.*, «Letter to President Donald J. Trump», United States Senate, 30 de enero de 2017, <https://www.harris.senate.gov/imo/media/doc/013017%20Harris-Murray%20Letter.pdf>.
- [54] Nora McInerney Purmort, «How I Accidentally Convinced 100 Strangers to Get Matching Tattoos», *Cosmopolitan*, 1 de marzo de 2017, <http://www.cosmopolitan.com/politics/a9078317/how-i-convinced-100-women-to-get-matching-tattoos/>.
- [55] Megan Garber, «"Nevertheless, She Persisted" and the Age of the Weaponized Meme», *Atlantic*, 8 de febrero de 2017, <https://www.theatlantic.com/entertainment/archive/2017/02/nevertheless-she-persisted-and-the-age-of-the-weaponized-meme/516012/>.
- [56] Sady Doyle, «New Survey Says Women Are Leading the Resistance, Because of Course They Are», *Talk Poverty*, 11 de abril de 2017, <https://talkpoverty.org/2017/04/11/new-survey-says-women-leading-resistance-course/>.
- [57] Catherine Pearson, «Women Wore "Handmaid's Tale" Robes to the Texas Senate», *Huffington*

- Post, 20 de marzo de 2017, https://www.huffingtonpost.com/entry/women-wore-handmaids-tale-robres-to-texas-senate_us_58d034bee4b0ec9d29de74f5.
- [58] Ruptly, «Torched Confederate Flag & Witch Costumes: Activists Protest Against “Free Speech” Rally in Boston», vídeo de YouTube, 2:10, 19 de agosto de 2017, https://www.youtube.com/watch?v=gg5Mkiv_djA.
- [59] Timothy Bella, «Patrisse Khan-Cullors on 5 Years of Black Lives Matter», revista *New York*, 18 de enero de 2018, <http://nymag.com/daily/intelligencer/2018/01/patrisse-khan-cullors-on-5-years-of-black-lives-matter.html>.
- [60] Kirsten Gillibrand (@SenGillibrand): «Es un honor anunciar que la alcaldesa @Carmen YulinCruz of San Juan, Puerto Rico me acompañará en #SOTU. Durante la crisis de Puerto Rico la alcaldesa Cruz ha hecho gala de un extraordinario liderazgo y una valiente defensa de su ciudad», Twitter, 29 de enero de 2018, 6:21 horas, <https://twitter.com/SenGillibrand/status/957982123377545216>.
- [61] Samhita Mukhopadhyay, «2017: The Year Women’s Anger Was Unleashed», Mic, 22 de diciembre de 2017, <https://mic.com/articles/187016/2017-the-year-womens-anger-was-unleashed#.XymO8o0op>.
- [62] Laurie Penny (@PennyRed): «La mayoría de las mujeres interesantes que conocemos están mucho mucho más enfadadas de lo que imaginamos», Twitter, 18 de julio de 2017, 2:27 horas, <https://twitter.com/pennyred/status/887423515892342786?lang=en>.
- [63] Manohla Dargis, «Harvey Weinstein Is Gone. But Hollywood Still Has a Problem», *New York Times*, 11 de octubre de 2017, https://mobile.nytimes.com/2017/10/11/movies/harvey-weinstein-hollywood.html?hp&action=click&pgtype=Homepage&clickSource=story-heading&module=first-column-region®ion=top-news&WT.nav=top-news&_r=0&referrer=https://t.co/Jl3eXTRHqT?amp=1.
- [64] Oluo Ijeoma, «Does This Year Make Me Look Angry?», *Elle*, 11 de enero de 2018, <https://www.elle.com/culture/career-politics/a15063942/ijeoma-oluo-womenand-rage-2018/>.
- [65] Melissa Harris-Perry, «Women Are Angrier Than Ever Before—and They’re Doing Something About It», *Elle*, 9 de marzo de 2018, <https://www.elle.com/culture/career-politics/a19297903/elle-survey-womens-anger-melissa-harris-perry/>.
- [66] Amanda Arnold, «Steve Bannon Is Really Worried About the “Anti-Patriarchy” Movement», *The Cut*, 10 de febrero de 2018, <https://www.thecut.com/2018/02/steve-bannon-is-worried-about-the-anti-patriarchy-movement.html>.
- [67] Caitlin Flanagan, «The Conversation #MeToo Needs to Have», *Atlantic*, 29 de enero de 2018, <https://www.theatlantic.com/politics/archive/2018/01/the-rightconversation-for-metoo/551732/>.
- [68] Michelle Goldberg, «The Teachers Revolt in West Virginia», *New York Times*, 5 de marzo de 2018, <https://www.nytimes.com/2018/03/05/opinion/west-virginia-teachers-strike.html?action=click&contentCollection=opinion%20&Eion=rank&module=package&version=highlights&contentPlacement=3&pgtype=sectionfront>.
- [69] «Florida Student Emma González to Lawmakers and Gun Advocates: “We Call BS”», CNN.com, 17 de febrero de 2018, <https://www.cnn.com/2018/02/17/us/florida-student-emma-gonzalez-speech/index.html>.
- [70] Leon Stein (ed.), *Out of the Sweatshop: The Struggle for Industrial Democracy*, Nueva York: Quadrangle/New York Times Book Company, 1977, pp. 196-197.

PARTE II

MEDUSAS

Cuando mi madre estaba a punto de darme a luz en El Paso, Texas, fue al hospital porque tenían que hacerle una cesárea. Pero era negra, no la admitían. Era un hospital católico. Mi abuela, que era medio irlandesa — porque a mi bisabuela, que había sido empleada doméstica, la violó el señor de la casa, que era blanco—, parecía blanca, así que tuvo que convencer a los del mostrador de admisión de que mi madre era su hija. Al final las dejaron pasar, pero a mi madre la dejaron en el vestíbulo, en una camilla, sin atender. Comenzó a delirar. Necesitaba una cesárea. Por fin la vio un médico y la llevó al quirófano, pero era demasiado tarde para hacer la cesárea: casi se muere. A mí me tuvieron que sacar con fórceps, y por poco no lo cuento. Ella casi se muere y yo podría no haber llegado hasta aquí. ¿No es para estar enfadada? Por favor. No me gusta hablar de estas cosas, pero creo que la ira ha formado parte de mi vida desde el día que nací. Hasta cierto punto, eso es lo que me ha motivado para combatir el racismo, el sexismo, la falta de acceso de las mujeres a los servicios de salud... Durante toda mi vida, esa ha sido mi lucha.

CONGRESISTA BARBARA LEE

Ese genio, esa lengua

La congresista Barbara Lee estaba enfadada.

Verano de 2017: los mismos liberales demócratas que representaban a Oakland, California, habían obtenido no hacía mucho una de las pocas victorias bipartidistas auténticas —y sorprendentes— de aquel complicado periodo legislativo: una victoria en la que ella llevaba trabajando más de una década.

Lee, la única integrante del Congreso que votó contra la AUMF (Autorización para Emplear la Fuerza Militar) en 2001, tres días después de los ataques terroristas del 11-S, llevaba haciendo campaña prácticamente desde entonces para que se anulara esa autorización que otorgaba al presidente la capacidad de ir a una guerra sin que lo aprobara el Congreso, y que se había utilizado para justificar al menos treinta y siete intervenciones militares en catorce naciones. En junio Lee había conseguido, por fin, el apoyo republicano necesario para derogar la AUMF, y un plazo de ocho meses para revisarla y sustituirla por otra. Contra las objeciones del presidente del Congreso, Paul Ryan, la enmienda de Lee a un proyecto de ley para el gasto del Ministerio de Defensa había salido adelante gracias al voto del Comité de Presupuestos con el apoyo de demócratas y republicanos.[71] *Politico* definió el voto del Comité de Presupuestos como «el más extraño espectáculo del Congreso: un debate serio en el que hubo cambios de opinión y cuyos resultados en materia de voto nadie hubiera imaginado». En otras palabras: en un año que había sido muy turbio, el voto que permitió derogar la AUMF se revelaba como un ejemplo singular de democracia funcional; cuando lo aprobó el Comité de Presupuestos con tan arrollador apoyo, los demás legisladores de la cámara aplaudieron.[72]

Y tres semanas después de aquello, Paul Ryan retiró la enmienda de Lee del proyecto de ley antes de que pudiera votarse ante toda la cámara. La derogación se invalidó en mitad de la noche, sin votos y sin explicaciones.

«Se evaporó —me dijo Lee unas cuantas semanas después—. Como si lo

hubieran borrado y escrito algo encima. Todo esto resulta sórdido. Y es así continuamente».

Lee, profundamente sorprendida, compareció ante el Comité de Reglas y expuso sus objeciones al procedimiento por el que se había anulado la derogación ante al presidente del comité, el republicano de Texas Pete Sessions, que respondió a los comentarios de Lee, transmitidos con la mayor corrección, con vana condescendencia. «Pete Sessions me enfadó muchísimo, pero intenté contener la ira», recordaba Lee.

Lee recuerda todo lo que meditó en su fuero interno durante el tira y afloja con Sessions: «Tengo que evitar que piensen que no soy responsable, que no sé de lo que estoy hablando. Tengo que ser lógica y coherente; no puedo mostrar mis emociones porque entonces dirán: “Ya está otra vez esa negra enfadada. Siempre enfadada por algo, ya está otra vez”».

Lee decidió conservar la medida. No cesaba de expresar su incredulidad y su desaliento por cómo y por qué se hubiera retirado la enmienda a discreción de un par de legisladores aislados, a pesar de haber sido aprobada por el Comité de Presupuestos con un amplio apoyo por parte de ambos partidos. Se quedó de piedra cuando Sessions, varón, blanco y de Texas, que llevaba más o menos el mismo tiempo que ella de congresista, le explicó que así era como funcionaban las cosas.

Al final de la interacción Lee dejó salir, por fin, parte de su frustración. Dijo a Sessions: «Me sorprende mucho este procedimiento y cómo se ha llevado a cabo. Espero que en el futuro prevalezca el espíritu del bipartidismo, el orden que marcan las normas y nuestros procesos democráticos, y que esto no se haga con mucha frecuencia, porque esto es verdaderamente *injusto*». Y le dio cifras que demostraban que aquello había sucedido ya en dos ocasiones solo el pasado año. Él apoyó la cabeza en las manos, como si estuviera agotado. Lee insistió: «Espero que la gente entienda lo importante que es la democracia, lo importante que es el proceso democrático, que no pueden saltárselo tres o cuatro o cinco individuos, cuando todos los congresistas han trabajado juntos y elaborado un proyecto de ley que aprueban los dos partidos. Y después de todo eso, resulta que lo tumban... Me deja perpleja que esto pueda suceder de un día para otro».[73]

Sus colegas, que lo estaban viendo todo desde California, le mostraron su apoyo ante la insistencia con la que había señalado la injusticia que se

acababa de cometer: «Me dijeron: “Y tú seguías rebatiéndole, desarmándole”. Y podía haber funcionado, porque si yo hubiera estallado, como él esperaba que lo hiciera, es cuando no hubiera podido desarmarle». La comparecencia de Lee fue, no cabe duda, un máster de contención estratégica, y ella lo sabía. Se estaba enfrentando a un colega varón, y estaba hablando de otros colegas varones que habían jugado sucio, habían intentado engañar, y que ahora se mostraban condescendientes con ella. Y ella fue, ante todo, educada.

Los miembros de su partido se dieron cuenta y ella me contó después que la habían felicitado por ello. «Todo el mundo me alabó por haber sido tan elegante, y todos notaron que lo que yo estaba haciendo en realidad era prepararme para atacarle..., pero me contuve. Todos percibieron mi ira, pero también vieron cómo la controlé. Y eso les hizo estar orgullosos de mí», contó.

Pero la respuesta de aquellos hombres, admitió Lee, aumentó su rabia. Más aún que el juego sucio del comité.

«Esperaban que yo hiciera el papel de negra cabreada, ¿verdad? Y me aplaudían por no haberlo representado, pero yo lo único que quería era maldecirles. Porque ese era el mensaje: “Has estado tan contenida, tan elegante, lo has manejado tan bien... y hacia el final te has dejado llevar un poco, pero has estado estupenda”. Y yo pensaba: “Malditos cretinos, no tenéis ni idea de lo que decís”».

Lo que decían era que nunca se les había pasado por la cabeza lo limitada que estaba Lee —una colega respetada que tenía razones de sobra para mostrarse furibunda al ver que la enmienda que llevaba quince años intentando que se aprobara había sido retirada con malas artes por sus adversarios políticos— en su capacidad de lucha contra aquellos que la habían juzgado mal en lo profesional. Al felicitarla por no haber mostrado la ira que sentía sugerían que esa ira era un recurso inaceptable, cuando en realidad habría sido una reacción perfectamente razonable ante el impropio comportamiento profesional de sus colegas. El mensaje subyacente era que sus colegas nunca habían considerado las presiones que se ejercen sobre las mujeres por razones de raza y de género, muy especialmente sobre las mujeres negras, para que acallen su resentimiento y sus frustraciones, por muy justificados que estén.

El hecho de que Lee supiera que no podía mostrar su ira abiertamente, que

tuviera ya interiorizado que expresar su rabia, perfectamente válida, justificada y racional, contribuiría a debilitar su posición, es un síntoma de la misma dinámica distorsionada del poder que hace posible que los varones blancos sean el grupo dominante en el Gobierno, presidentes y portavoces, en número muy superior a cualquier otro grupo demográfico.

El resultado de todos aquellos hosannas que le dedicaron por no haber mostrado su ira, dijo Lee, fue que esa ira había ido en aumento: una ira contra sus colegas y sus adversarios, porque la AUMF seguía sin derogarse. «Me sentía completamente destrozada, herida y..., sí, furibunda». Pero volvería a intentarlo, afirmó Lee: «Una y otra vez, y otra, hasta que lo logre. No voy a permitir que nadie me detenga».

Barbara Lee nació en Texas, de una madre que siempre fue muy firme respecto a su ira. «Era implacable. No toleraba expresiones ni conductas inapropiadas. Hablaba claro y no consentía ninguna tontería», dijo Lee. Recordó una historia que le había contado su madre de cuando era universitaria. Ella y una amiga quisieron unirse a la hermandad Alpha Kappa Alpha, la primera de todo el país formada por mujeres negras. Pero en aquellos tiempos AKA solo admitía mujeres negras de piel clara. Aquello no representó un problema para la madre de Lee, que era nieta de una empleada doméstica que, tras ser violada por el señor de su casa, irlandés, tenía varios hijos de él. «Mi abuela parecía blanca, y mi madre tenía la piel clara y los ojos verdes». Pero la hermandad no admitió a su mejor amiga, Juanita, que tenía la piel más oscura. «Mi madre se enfureció, y dijo: “Al diablo con esto: yo no me apunto”», y llamó a la activista pro derechos humanos y educadora Mary McLeod Bethune para que fuese a la Texas Southern University y ayudara a los estudiantes a organizar una protesta. «Así era mi madre, siempre organizando algo», dijo Lee.

Cuando la propia Lee era estudiante del instituto de enseñanza superior de San Fernando, California, quería ser animadora, pero en el instituto nunca había habido una animadora negra; en parte, por la forma en que se llevaba a cabo el proceso de selección, que no era público. Lee recuerda cómo se lo tomó, siendo adolescente: «Me enfadé mucho, porque sabía que todas aquellas chicas blancas tenían la oportunidad de ser animadoras y yo sabía que no podría serlo. Así que, enfadada, me fui a la NAACP (Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color) y les pregunté si podrían ayudarme. Me dijeron que sí». Lee y sus compañeros de clase organizaron

protestas para cambiar las reglas, para asegurarse de que se permitiera a las chicas participar en el proceso de selección. Lee fue la primera animadora negra de San Fernando High; la siguió, poco después, una estudiante asiática americana. «Y fue por la ira —dijo—. Estaba realmente enfadada. Y grité esa ira. Pero también fui estratégica: conseguí lo que buscaba no solo para mí, sino para todas aquellas chicas de color que querían ser animadoras».

Con veintipocos años, siendo ya estudiante del Mills College de California, Lee era madre soltera de dos hijos y vivía gracias a un programa de protección social y al Medicaid. «Me enfadaba mucho aquel sistema de opresión y racismo porque lo veía y lo vivía a diario. ¿Cómo no iba a enfadarme? Sufría el desprecio de los trabajadores sociales, los tíos se aprovechaban de mí... Todo eso me lo sé». Se convirtió en líder del sindicato de estudiantes negros de su campus y comenzó a hacer trabajos para la comunidad con el partido de los Panteras Negras porque «quería intervenir en cualquier cosa que pudiera redundar en mejoras para la gente», aunque sus actuaciones no consideraban la política electoral: no tenía interés alguno en trabajar dentro del sistema político estadounidense, que «en aquellos tiempos era bastante chapucero». La falta de confianza de Lee en ese sistema estaba poniendo en peligro sus resultados académicos. Después, como estudiante de Políticas, tuvo que hacer un trabajo de campo para una campaña; pero a principios de 1972 ni siquiera se había registrado como votante.

Y entonces fue Shirley Chisholm a Mills College a dar una charla. Chisholm, que estaba inmersa en su propia campaña presidencial, habló a los estudiantes en perfecto español. Habló del sistema de salud, de la pobreza, de los derechos de las mujeres, la justicia racial y los derechos de los inmigrantes. Lee no daba crédito a aquello. Se acercó a Chisholm cuando terminó de hablar y le dejó caer que quería trabajar en su campaña para las primarias de California. Confesó que nunca había hecho nada que tuviera que ver con política electoral. Y recuerda Lee que Chisholm le apuntó con un dedo y le dijo: «Mira, niña...».

«¡Mira, niña! ¡Pero si tenía veinticinco años! Tenía dos hijos pequeños que seguramente iban conmigo en aquel momento... Pero dio igual, me dijo: “Mira, niña. Si de verdad crees en eso que estás defendiendo, lo que tienes que hacer es registrarte como votante, meterte en política y luchar por el cambio. Porque nos haces falta”».

Lee terminó organizando la campaña de Chisholm en el norte de California con otros estudiantes de la zona de la Bahía; asistió a la Convención Demócrata Nacional que se celebraba en Miami como representante de Chisholm y en 1973, después de la campaña de Chisholm —seguía trabajando con el cofundador de los Panteras Negras, Bobby Seale, en su campaña a la alcaldía—, comenzó a trabajar para el congresista Ron Dellums, con el que estuvo una década. Dellums fue uno de los principales apoyos de Chisholm en el Caucus Negro del Congreso, y Chisholm resultó elegida a la Asamblea del Estado de California y al Senado del Estado de California. Lee acabaría ocupando el escaño de Dellums, cuando él finalizó su etapa como congresista. Durante veinte años ha sido congresista por Oakland.

Y ese era el puesto que ocupaba cuando me dijo: «He aprendido a..., no voy a decir a *refinarlo*, pero sí a vivir la vida sin volverme irracional cada vez que me siento injustamente tratada o siento que se trata injustamente a otras personas».

Para las mujeres que participan en la vida pública, especialmente a las que luchan por la igualdad de oportunidades para una enorme diversidad de personas, el mensaje está claro desde hace mucho tiempo: su ira y su deseo de desafiar al sistema —que, irónicamente, son lo que ha motivado su compromiso por el cambio social y su participación en la vida política— serán utilizados en su contra.

¡Traed la máscara!

La mujer furiosa es —se nos ha dicho siempre de un sinnúmero de maneras distintas, sutiles o directas— una perversión de la naturaleza y de nuestras normas sociales. Es fea, se deja llevar por las emociones, pierde el control, está enferma, es infeliz, resulta desagradable estar a su lado, no es persuasiva, es irracional, loca, infantil. Y, sobre todo, no hay que escuchar lo que dice.

La máscara de tortura, también llamada máscara infamante o brida de las brujas, era un instrumento de tortura del siglo XVI que se empleaba para callar a las mujeres desafiantes o cascarrabias, era un instrumento similar a una jaula metálica que se colocaba en la cabeza para que no pudieran abrir la boca. Algunos de esos artefactos, que solían ser de hierro, incluían depresores para la lengua que se introducían en la boca de la mujer, y en algunos casos estos depresores tenían unas puntas en la parte inferior que perforaban la lengua de la subordinada. En la Torre de Londres se exhibe un collar

metálico con puntas en el interior que data de 1588 y en cuya cartela reza «collar de tortura», pero se describe en las guías como un aparato «para ponérselo en el cuello a las esposas regañonas u obstinadas».[74]

Quizá ya nadie nos ponga un collar, en sentido literal. Pero los hombres que nos dicen por la calle que sonríamos, que estamos más guapas (con lo que al tiempo nos recuerdan que tenemos que ocultar los pensamientos negativos y que nuestra finalidad es decorar su mundo), se multiplican y nos rodean incluso en el escenario político nacional. Durante las primarias de 2016, Joe Scarborough, locutor de MSNBC, se metió con Hillary Clinton tras una noche de triunfo: «Sonría, que ha sido una gran noche para usted».[75] En 2018, durante una comparecencia en la CNN, Sarah Huckabee Sanders, secretaria de prensa de la Casa Blanca, dijo de la expresión sombría de Nancy Pelosi durante el primer discurso de Trump sobre el Estado de la Unión: «Creo que debería sonreír más a menudo. Creo que así el país sería mejor. Esta mujer es la encarnación de la amargura».[76]

Esta noción de amargura, palabra y descriptor que sugiere esa acidez tiesa y envarada que nadie desea expresar, brota como los hongos en torno a las mujeres airadas. Pero la amargura tiende a ser una calumnia que se lanza solo contra aquellos que más razones tienen para la amargura, algo que James Baldwin describió hace décadas hablando de la ira de los negros. «La gente al final te dice, en un intento de ignorar la realidad social: “Es que estás muy amargado”. Bueno, no sé si estaré amargado, pero razones no me faltan, empezando por la ceguera de los estadounidenses, o su cobardía, que nos lleva a creer que la vida no ofrece razón alguna para estar amargado».

La antigua visión de las mujeres que alteran el orden, como el personaje mitológico de Medusa, a la que Minerva castigó después de haber sido violada en su templo —la condenó a llevar la cabeza cuajada de serpientes y convertiría en piedra a todos los hombres a los que mirase; Perseo la liberó, decapitándola—, no se le escapó a Susan B. Anthony, que en una entrevista que concedió al *Chicago Tribune* en 1893 dijo que se exigía a las mujeres que reprodujeran los sentimientos de los hombres que dirigían los principales periódicos «y si no lo hacen, les cortan la cabeza».[77] En la misma época un predicador describió la figura de la mujer reformadora, que irrumpía en los espacios del varón con sus argumentos de libertad y abstinencia como «una monstruosidad de la naturaleza, que pretende subvertir la sociedad [...] la cabeza de Medusa, un pájaro de mal agüero, espectro horrísono, parodia de

todo lo divino y de lo humano».[78] Esa imagen, de la que ha hablado la historiadora británica Mary Beard, es la misma que los más críticos atribuyen a Hillary Clinton, reproduciendo en un sinfín de memes las serpientes que salen de su cabeza.[79] Un periodista de Breitbart dijo que no se habían erigido estatuas de la candidata porque «cualquiera que las mirase podría convertirse en piedra al instante».[80]

Pero la crítica que se hace a las mujeres con poder en el ámbito político como seres monstruosos no se reduce a las comparaciones con Medusa. Se percibe también en el aluvión de envíos de propaganda de la campaña republicana, donde se representaba a Pelosi como una bruja riéndose o una villana macabra. Como dijo el periodista Peter Beinart en 2018, «a los pocos días de ocupar Pelosi el puesto de líder de la minoría en el Congreso en 2003, el Partido Republicano difundió una imagen de su cara “estridente y perversa”, según palabras de una revista del momento, en un anuncio contra un demócrata que se presentaba al Congreso en Luisiana». Pelosi aparecía siempre con la boca abierta, sin máscara ni bozal que la contuviera. El impulso de representar a la mujer más poderosa del Congreso como una persona amenazante o inestable, y de instar a sus contrincantes ideológicos a hacer lo que pudieran para cerrarle la boca, puede interpretarse sin lugar a dudas como pánico a su eficacia. Había sido una de las estrategias de más éxito en la época moderna; había conducido a su *caucus*, en muchas ocasiones díscolo, por el camino de la reforma sanitaria y del estímulo del gasto durante la administración Obama, todo ello en manifiesto contraste con los varones republicanos que habían ocupado antes el mismo puesto y mostrado una capacidad para el liderazgo más bien floja: desde Paul Ryan hasta John Boehner o Dennis Hastert.

Las mujeres poderosas, especialmente aquellas cuyo talento resulta, indiscutiblemente, más impresionante que el de sus compañeros varones, suelen percibirse como monstruosas o perversas, desequilibradas o insanas, solo por desafiar a la autoridad masculina. *Locura*, ese término empleado para designar la enfermedad mental, es también el que describe la ira. Y en el caso de las mujeres los dos se consideran inseparables.

La loca del Capitolio

La idea de que una mujer que se muestra airada es inestable desde el punto de vista emocional es una calumnia que se difunde a diario en el discurso

político popular, de tal modo que es probable que no entendamos cómo hemos llegado a establecer y asumir la conexión. En 2017 la senadora Kirsten Gillibrand preguntó al comandante de los marines Robert Neller, en tono agresivo, por un fallo del Ejército a la hora de abordar un patrón de acoso sexual que se había generalizado en sus filas. Aquella noche Tucker Carlson, locutor de Fox News, apareció en antena —en la televisión nacional— diciendo que «la senadora Kirsten Gillibrand de Nueva York perdió por completo la compostura», y comentando que había «ladrado» al comandante.

Cuando Maxine Waters se negó a ceder en su interrogatorio al secretario del Tesoro, Steven Mnuchin, y dijo que estaba «reclamando el tiempo que le correspondía», la web RealClearPolitics describió la situación como «un colapso»;^[81] y en páginas de noticias de derechas, como TheBlaze o Breitbart, suelen describir a Waters como «voluble».^[82] El pastor negro (partidario de Trump) Darrell Scott se ha referido a ella como «una vieja loca que no para de cotorrear y farfullar por cualquier minucia».^[83]

La idea de que la ira de las mujeres es algo injustificado porque no tienen nada real, ningún asunto importante por el que estar airadas, desde el punto de vista racional, es en parte lo que afianza la teoría de que las mujeres furiosas están locas. Pero eso también hace que las mujeres se enfurezcan. «Nuestra ira se menosprecia y se infravalora: nos hacen luz de gas —contaba la cofundadora de Black Lives Matter, Alicia Garza, hablando específicamente de las mujeres negras—. Nos enfadamos porque nos dicen que lo que está pasando delante de nuestras narices no está pasando en realidad. Y eso a mí me saca de quicio».

Tanto si se saca de quicio a las mujeres airadas como si su ira se confunde con locura, la idea que de ellas se difunde en una sociedad que trata la enfermedad mental como una aberración deslegitimadora acaba por ser la misma: se las percibe como seres irracionales en los que no se puede confiar, de gran precariedad emocional, marginales y sin atractivo.

Si buscamos en Google la imagen de cualquier mujer con poder en la política o en la vida pública, sobre todo de las que amenazan el poder de los varones blancos, ya sea haciendo presión para que acometan reformas en el Ejército, en el sistema de justicia penal o en la banca, o bien presentándose a las elecciones en condiciones de igualdad con hombres poderosos, encontraremos fotos de Waters y Pelosi, de las senadoras Kamala Harris y

Elizabeth Warren. Todas con la boca abierta, descontroladas, furiosas, en medio de un grito: pilladas en el acto de convertir el grito en símbolo de sus personalidades feas y artificiales. La mejor forma de desacreditar a estas mujeres es mostrarlas así, sin ningún atractivo: la imagen de una mujer que abre la boca y grita con fuerza, normalmente para quejarse, queda codificado en nuestro cerebro como algo feo.

«Yo me esfuerzo por pensar en alguna mujer que haya perdido los nervios en público y no se haya enfrentado al ridículo, a la ruina temporal o a ambas cosas», escribió la pensadora feminista Lindy West en 2017, citando el clamor público contra cantantes como Sinead O'Connor, Dixie Chicks y Solange Knowles, así como Juli Briskman, una contratista del Gobierno que fue despedida cuando apareció una foto suya sacando el dedo medio al paso de la caravana presidencial de Trump.[84] Caitlin Marriott, becaria del Congreso de veintiún años, gritó: «¡Señor presidente!, ¡que le jodan!» a Donald Trump cuando este entraba en el Capitolio, en el verano de 2018: la suspendieron durante una semana y le quitaron las credenciales a pesar de que su jefa, la senadora por New Hampshire Maggie Hassan, dijo a la prensa que el comportamiento de Marriott no podía compararse «con las acciones destructivas y polémicas del presidente, como retirar la protección sanitaria a los ciudadanos, separar a los niños de sus padres... Esta joven ha aceptado inmediatamente la responsabilidad de sus actos y se ha enfrentado a las consecuencias. El presidente no ha hecho ni una cosa ni otra».[85]

Tal vez toda la negatividad que rodea a una mujer que grita se remonta a la desproporcionada tarea que desempeñan como cuidadoras de los más jóvenes: las mujeres que levantan la voz nos traen recuerdos infelices de reprimendas, de tonos que hacen a los hombres sentirse otra vez como niños, bajo la mano punitiva de sus madres, abuelas, hermanas mayores, niñeras y maestras, las que los alimentaron y educaron. «Nos crían mujeres —dijo Gloria Steinem—, de modo que desde muy temprana edad experimentamos el poder de las mujeres. Y los hombres, especialmente cuando de adultos se enfrentan a una mujer poderosa, sienten una regresión a su infancia y por eso la anulan».[86]

Pero el hecho de que la reprimenda de una mujer adulta pueda devolvernos a la esfera doméstica —que es el único ámbito en el que las mujeres han gozado de un poder ilimitado— nos recuerda lo que supone que una mujer grite: eso lo pone todo patas arriba, porque nos recuerda un tiempo y un espacio en los que las mujeres tienen autoridad. Pero cuando eso sucede en la

política, o en los centros de trabajo o en el ámbito del activismo o en cualquier otro ámbito público, entonces es una aberración que no se adecúa al contexto. En ese caso las voces airadas de las mujeres, cuando se levantan para desafiar a las estructuras de poder, vibran con la amenaza de la insurgencia.

Cuando la senadora Kamala Harris, que había sido fiscal, preguntó en tono agresivo al fiscal general Jeff Sessions en 2017, el amigo de este, el senador por Arizona John McCain, le dijo que dejase de interrumpir a Sessions. Durante ese intercambio, Sessions dijo en voz alta que las preguntas de la senadora Harris «le estaban poniendo nervioso». Tras el polémico intercambio, el antiguo consejero de Trump, Jason Miller, dijo del fiscal general que parecía que tenía «vinagre y fuego en la tripa». De Harris dijo que se había puesto «histérica» en su turno de preguntas a Sessions.

Esa codificación no viene únicamente de los hombres: una mujer airada también puede poner nerviosas a las demás mujeres. Tras una airada bronca de Elizabeth Warren después de las elecciones, la presentadora de MSNBC Mika Brzezinski previno a los espectadores: «Hay una ira en ella que resultaba estridente..., desmedida y casi desatada». Incluso en el *New York Times* han tildado a Warren —cuyo principal don es su capacidad para contar con claridad historias sobre la economía estadounidense que transmiten las frustraciones y resentimientos de los ciudadanos que han sido estafados por instituciones financieras, o a los que estas han dejado colgados mientras ellas seguían creciendo— de «regañona», una palabra que parece ir bien junto a otra que le atribuyó el mismo periódico: «arrogante».

Lo que estas mujeres parecen representar es una especie de desorden. Y aquí hay una enorme reverberación histórica: en unos documentales de principios del siglo xx donde se hacía propaganda de las sufragistas, las mujeres que pedían la emancipación aparecen dejando a sus bebés en casa, con unos maridos incapaces.[87] La naturaleza se ha vuelto del revés: la furia que sienten las mujeres por quedar excluidas de la participación en las cuestiones cívicas provoca el desorden en el hogar. La ira de las mujeres en el contexto político queda codificada como algo caótico mientras la de los hombres es comprensible, se entiende perfectamente y a veces resulta incluso admirable.

Probablemente esta es la razón por la que, mientras me documentaba para escribir este libro, casi todas las mujeres con las que hablé —especialmente

en los meses que siguieron a la toma de posesión de Donald Trump— describían su ira como «cosa del pasado». Una de ellas me dijo: «Antes me enfadaba, pero ahora ya no; he convertido la ira en acción». La ira tenía que haberse sentido antes, se hablaba de ella en tiempo pasado: solo así podía transformarse en algo de lo que aquellas mujeres a las que entrevisté pudieran hablar con autoridad y confianza, quizá incluso entusiasmo. Al cabo de los diez minutos de entrevista, cualquiera de esas mujeres me aseguraba que había apartado de sí la ira que sentía y a continuación empezaba a blasfemar y a levantar la voz para gritar lo furiosa que estaba: con Donald Trump, o con su padre o con sus amigos o, en términos generales, con el país y sus injusticias. Esas mujeres estaban enfadadas, ya lo creo que lo estaban. Pero estaban condicionadas para negarlo desde el principio.

Reconocer la furia

Gloria Steinem me describió el largo proceso vital de aprender a sentir, reconocer, aceptar y expresar la ira en tiempo real. Steinem creció en Toledo, Ohio, en el seno de una familia cuya madre había abandonado su carrera de periodista para criar a sus hijos; después sufrió una enfermedad mental y sus hijas terminaron cuidando de ella. Pero Steinem tenía mucha resistencia a la ira. «Cuando naces en el Medio Oeste, tienes que tomar LSD para ver cuándo estás enfadada», dijo. Me contó que durante un tiempo había «trasplantado la ira que sentía a otras cosas», algo bastante habitual en las mujeres: Gloria podía mostrarse airada si alguien maltrataba a un animal o a otra persona, pero no airada sin más.

Cuando tenía treinta y tantos años, establecida ya como periodista y habitual de la glamurosa escena periodística del Nueva York de principios de los setenta, Steinem agitó las aguas cuando posó como conejita del Playboy Club de Nueva York y escribió contando la experiencia. Cubrió también los movimientos contra la guerra y por los derechos de los negros, e incluso la enviaron a los tribunales para que informara sobre un caso de aborto. Lo recordaba así: «Estoy segura de que [ira] es lo que sentí al principio de aquella vista en los tribunales por un caso de aborto, cuando me di cuenta de que yo también había abortado, sí, como abortaba una de cada tres mujeres en este país [aunque era ilegal]. Estoy segura de que lo que sentí fue ira: «¿Cómo puede ser esto correcto? ¡Es totalmente irracional!». La ira me impulsaba a actuar». Y ese combustible la impulsó a meterse en el movimiento de liberación de la mujer. Pero cuenta que durante muchos años podía decir a la

gente un jueves que el lunes se había enfadado mucho, «pero no podía confesarlo en tiempo real». Y ahora, con medio siglo a las espaldas como organizadora feminista y líder de colectivos de mujeres, como mujer que entiende que «la ira es un excelente combustible para el activismo político, un combustible maravilloso» que aprecia y valora mucho, afirma que hasta el día de hoy solo ha podido expresar su ira en tiempo real «en contadas ocasiones».

Si para Gloria *Fucking* Steinem es tan difícil hacer un alarde de furia sin perder la confianza en sí misma, ¿debería provocar sorpresa que en muchos lugares —cuando hablo delante de estudiantes, por ejemplo— las mujeres jóvenes me pregunten cómo pueden expresar su propia ira? Les da miedo expresar su ira abiertamente, me dicen en institutos o en los campus universitarios, porque temen que les resulte violento a sus amigos, a sus compañeras, a los hombres. Temen que les haga parecer desquiciadas o agresivas. Porque no están desquiciadas ni son agresivas. Simplemente están enfadadas. Pero ¿cómo pueden decir que están enfadadas sin suscitar condenas ni expresiones de desprecio? ¿Cómo pueden expresar su rabia sin dejar de sentirse seguras, sin tener remordimientos por ello? ¿Asustarán a la gente? Me preguntan cuál es mi secreto para subirme a los escenarios de sus institutos y hablar en tono airado.

¿Qué les diré? ¿Que cuando yo tenía treinta y dos años y fui con una amiga de visita a una población de playa y una mujer mayor que yo, muy glamurosa, a la que me habían presentado diciendo que yo escribía libros sobre feminismo, me miró de arriba abajo y me preguntó: «¿Y qué les parece a los hombres su trabajo?», como si eso fuera lo más importante del asunto? Cuando le respondí que el hombre con el que salía parecía interesado en ello, la mujer levantó una ceja y, con expresión desconcertante, me pasó un dedo por la pierna, tal vez para comprobar si iba depilada. «Ya veremos lo que dura», dijo. No quiero recordarles que al principio, cuando empecé a escribir sobre política y cultura desde un prisma feminista —casi siempre con humor y cierta ligereza, para disimular mi furia— aproximadamente la mitad de las respuestas que recibía procedían de lectores impacientes por hacerme ver lo furiosa que sonaba, como si afirmar que estaba enfadada fuera, en sí mismo, un insulto. Otros sugerían que la ira que se suponía que sentía yo tenía que tener su origen en el hecho de que era fea y ningún hombre me quería, y había un grupo que aseguraba incluso que si yo pudiera pescar a un hombre, él me ayudaría. Tal vez no debía contar a aquellos estudiantes que en una ocasión

me contaron que un amigo mío, varón —un buen amigo, un hombre en el que confío y al que tengo afecto—, había dicho en privado a otro hombre (que fue quien me lo dijo a mí): «Rebecca es tan cálida, tan divertida que es imposible relacionarla con esos temas sobre los que escribe, tan llenos de ira».

Pero me gustaría mucho decir a ese amigo, aunque él no tiene ni idea de que sus comentarios llegaron a mis oídos, que la persona cálida y divertida que soy es la misma que la escritora que se enfurece con las desigualdades, la mujer que ha sido igual de feliz estando soltera que en pareja, que está enamorada de un hombre que también la ama a ella, que se divierte y siente gozo y se ocupa de su trabajo y sus amigos, que se va de vacaciones, y bebe, come, cocina y tiene unos hijos a los que adora: esa mujer también está muy enfadada.

Tal vez la creencia de que la furia es algo que no encaja con la personalidad femenina, por lo demás afable, tenga que ver con el hecho de que las mujeres siempre han sufrido presiones para esconderla, disimularla o compartimentarla..., de que la revelación que se está cocinando en las capas más bajas resulta llamativa y desconcertante —incluso preocupante— para los demás.

Es malo para ti

Está muy extendida la idea de que estar enfadadas es malo para las mujeres. A comienzos de 2018, mi dentista me dijo que aproximadamente tres cuartas partes de las mujeres que habían ido a su consulta desde la elección de Trump estaban furibundas, un dato que yo catalogué inmediatamente como síntoma esperanzador. Pero él movió la cabeza apesadumbrado, y dijo: «Es malo para ellas: rechinan los dientes».

Y mi dentista no era el único al que le preocupaba eso: muchas mujeres activistas, feministas, participaban de esas preocupaciones sobre el efecto pernicioso que la ira ejerce en la salud. En los mismos días de 2018 en que el agua de las inundaciones cubría Houston y Donald Trump volvía a amenazar con abolir la DACA, perdonaba al *sheriff* racista Joe Arpaio e invalidaba las disposiciones aprobadas por la administración Obama que obligaban a las empresas a mostrar sus estadísticas de empleados y salarios, yo recibía un boletín de goop, la marca de productos de belleza y bienestar de Gwyneth Paltrow, donde me daban consejos para gestionar mi ira. Aunque el texto aseguraba que, según los psicoterapeutas, la ira es «esencial para nuestro

desarrollo» y actúa «como combustible que nos impulsa a recorrer las diferentes fases de nuestra vida», la sección de consulta a los expertos contaba una historia muy distinta: advertía a las lectoras del boletín de goop (la mayoría femenina era abrumadora) de que sentir ira era la salida fácil en las relaciones humanas («Preferimos enfadarnos antes que admitir nuestros sentimientos profundos, nuestra vulnerabilidad»), y en política: «A muchos políticos les ciega la ira y les lleva a cometer más errores. La marca de un líder auténtico es que no se deja llevar por la ira aunque pueda cometer un error o la gente estar en desacuerdo con él. Puede que sientan ira, pero no lo demuestran».[88]

La furia está tan estigmatizada —se percibe como algo sucio, insano— que incluso las mujeres cuya actuación política ha estado, en parte, impulsada por la ira ante las injusticias, a veces renuncian a ella y nos previenen contra sus efectos negativos. La activista pro derechos civiles Septima Poinsette Clark, hija de un hombre que fue esclavo, que creció en un entorno con pocas oportunidades educativas o económicas y llegó a ser educadora y fundadora de las «escuelas de ciudadanía», destinadas a reducir el analfabetismo entre la población negra adulta y a ofrecer a los afroamericanos las herramientas que necesitaban —y que a menudo se les negaban— para aumentar sus posibilidades de participar en cuestiones cívicas, pronunció una famosa frase: «Nunca he creído que estar enfadado haga ningún bien a la gente: perjudica a la digestión y hace que no comas, que es algo que a mí me gustaba».

Pero las mujeres se controlan con una eficacia tal que yo no he advertido hasta hace poco —cuando la ira empezó a desbordarse— a cuántas mujeres les hacen las jóvenes las mismas preguntas que me hacen a mí cuando se habla de feminismo en cualquier parte del país. La escritora Roxane Gay lo ha descrito así: «En muchos actos a los que asisto para hablar de feminismo, las chicas jóvenes preguntan cómo han de comportarse para que no se perciba su ira. Y me hacen esa pregunta como si la ira no fuese un sentimiento razonable cuando se habla de las desigualdades, los desafíos, la violencia y la opresión a la que se enfrentan mujeres de todo el mundo».

Las mujeres anhelan ese permiso, pero, simultáneamente, buscan a alguien que sienta curiosidad por lo que sienten.

«Nos dicen continuamente que nuestra ira resulta perturbadora, que distrae, que no ayuda y que para lo único que sirve es para fomentar la división y

hacernos retroceder —declaró Alicia Garza—. ¿Es que nadie se pregunta nunca por qué estamos tan cabreadas?».

«Eres la primera persona que me pregunta explícitamente por la ira —dijo Aditi Juneja, abogada de veintisiete años y cocreadora de una guía de activismo titulada *The Resistance Manual* que se publicó tras las elecciones de 2016—. Me preguntan por la inclusión, por el cuidado de una misma..., pero nadie pregunta si estoy cabreada». Aunque ella dice que sabe la razón: «Si preguntas a una mujer si está enfadada, todas dirán que no».

Juneja dijo que tras las elecciones había pensado mucho en «quién puede permitirse el lujo de cabrearse y cómo se le permite expresarlo». Dijo que había dejado de ver noticias sobre Trump y de oír sus discursos casi un mes antes de que saliera elegido: la experiencia de verle y no percibir ni pizca de la ira que él le inspiraba en la cobertura que los medios daban a las noticias la llevaba a dudar de sí misma. «Tenía la sensación de oírle decir cosas que no tenían sentido, o que contradecían las que acababa de afirmar, y que nadie más que yo se daba cuenta». Los medios informativos políticos le daban cobertura a él y difundían como legítimas las cosas que decía. «Y yo dudaba de mí misma».

En algún momento de 2017, Juneja le contó a su padre que había dejado de ver noticias relacionadas con Trump porque se sentía confundida. Su padre le respondió: «Bueno, yo confundido no me he sentido, porque ya sabía exactamente cómo era». Juneja dice que miró a su padre perpleja y entonces se dio cuenta: «Ah, estupendo, nadie se ha acercado a ti preguntándose si eras tú el que estaba equivocado. Nadie te ha dicho nunca que ese sentimiento tuyo hacia el mundo no es adecuado».

Seguramente no hay un ejemplo mejor que las elecciones presidenciales de 2016 para explicar que la ira es una emoción que se permite y se aplaude en (algunos) hombres, y que ellos pueden emplearla en su propio beneficio, mientras en las mujeres está prohibida, fuera de toda cuestión y considerada el camino más rápido a la derrota.

[71] John Nichols, «16 Years Ago, Barbara Lee's Warning Against the AUMF Was Ignored. Nevertheless, She Persisted», *The Nation*, 30 de junio de 2017, <https://www.thenation.com/article/16-years-ago-barbara-lees-warning-against-the-aumf-wasignored-nevertheless-she-persisted/>.

[72] Austin Wright, «How Barbara Lee Became an Army of One», *Politico*, 30 de julio de 2017, <https://www.politico.com/magazine/story/2017/07/30/how-barbaralee-became-an-army-of-one-215434>.

- [73] Representante Barbara Lee, «Rep. Lee Testifies on AUMF Sunset Amdt in Rules Committee», vídeo de YouTube, 51:56, 25 de julio de 2017, <https://www.youtube.com/watch?v=BS51Lr0ibLc>.
- [74] Thomas Carnan, *An Historic Description of the Tower of London and Its Curiosities*, Londres, 1787, en Google Books, p. 47. Este instrumento, llamado collar de tortura, se exhibió en la Torre de Londres en el otoño de 2017. Se describe, en términos muy coloridos, como artefacto que «se utilizaba antes para ponérselo en el cuello a las mujeres que engañaban a sus maridos o les reñían cuando llegaban tarde; pero es una costumbre que ya no se practica hoy en día para evitar peleas por conseguir un collar, dado que no hay herreros suficientes para hacerlos».
- [75] Jennifer Hansler, «A Brief History of Female Politicians Being Told to Smile», CNN.com, 31 de enero de 2018, <https://www.cnn.com/2018/01/31/politics/women-politicians-told-to-smile/index.html>. Véase también: Joe Scarborough (@Joenbc): «Sonría, que ha sido una gran noche para usted. #PrimaryDay», Twitter, 15 de marzo de 2016, 18:10 horas, <https://twitter.com/JoeNBC/status/709909770619248640>.
- [76] Hansler, «Brief History of Female Politicians». Véase también: Chris Cillizza (@CillizzaCNN): «Creo que Nancy Pelosi está así siempre. Creo que debería sonreír más a menudo. Creo que así el país sería mejor. Esta mujer es la encarnación de la amargura propia del Partido Demócrata», Twitter, 31 de enero de 2018, 5:43 horas, <https://twitter.com/CillizzaCNN/status/958697219401682944>.
- [77] Rodger Streitmatter, *Mightier Than the Sword: How the New Media Have Shaped American History*, Nueva York: Routledge, 2018. Véanse también: Elizabeth Johnston, «The Original “Nasty Woman”», *Atlantic*, 6 de noviembre de 2016, <https://www.theatlantic.com/entertainment/archive/2016/11/the-original-nasty-woman-of-classical-myth/506591/>, y Mary Beard, *Mujeres y poder. Un manifiesto*, Barcelona: Planeta, 2018, trad. de Silvia Furió.
- [78] Marjorie Spruill Wheeler (ed.), *One Woman, One Vote*, Troutdale, Oregón: New-Sage Press, 1995, p. 121.
- [79] Mary Beard, *Mujeres y poder. Un manifiesto*, Barcelona: Planeta, 2018, trad. de Silvia Furió.
- [80] Joel B. Pollack, «The Naked Hillary Clinton Statues You’ve Never Seen—and Lived to Tell», Breitbart.com, 21 de agosto de 2016, <http://www.breitbart.com/california/2016/08/21/naked-hillary-clinton-statues-youve-never-seen/>. Véase también Elizabeth Johnston, «The Original “Nasty Woman”», *Atlantic*, 6 de noviembre de 2016, <https://www.theatlantic.com/entertainment/archive/2016/11/the-original-nastywoman-of-classical-myth/506591/>.
- [81] Ian Schwartz, «Mnuchin vs Waters: “You Acknowledged I Shouldn’t Interrupt”; Waters: “I’m Reclaiming My Time!”», RealClear Politics, 27 de julio de 2017, https://www.realclearpolitics.com/video/2017/07/27/mnuchin_vs_maxine_waters_you_acknowledged_
- [82] Sarah Taylor, «This Is Exactly Why Maxine Waters’ Televised, Unhinged Threats Against Trump Need to Stop», TheBlaze.com, 23 de agosto de 2017, <https://www.theblaze.com/news/2017/08/23/this-is-exactly-why-maxine-waters-televised-unhinged-threats-against-trump-need-to-stop>. Véase también: Tony Lee, «Maxine Waters Unhinged: I’m Going to Take Ben Carson’s A** Apart», Breitbart.com, 3 de julio de 2017, <http://www.breitbart.com/big-government/2017/07/03/maxine-watersunhinged-im-going-to-take-ben-carsons-apart/>.
- [83] «Trump-Loving Pastor Darrell Scott Comes for Maxine Waters, Calls Her a “Crazy Aunt”», TheGrio.com, 2 de febrero de 2018, <https://thegrio.com/2018/02/02/pastor-darrell-scott-maxine-waters/>.

- [84] Lindy West, «Brave Enough to Be Angry», *New York Times*, 8 de noviembre de 2017, https://www.nytimes.com/2017/11/08/opinion/anger-women-weinstein-assault.html?smid=tw-nytimes&smtyp=cur&_r=0.
- [85] Andy B. Wang y Sean Sullivan, «Congressional Intern Suspended After Yelling Obscenity at President Trump in the Capitol», *Washington Post*, 26 de junio de 2018, https://www.washingtonpost.com/news/powerpost/wp/2018/06/26/congressional-intern-suspended-after-yelling-obscenity-at-president-trump-at-the-capitol/?utm_term=.e6872a3b4676.
- [86] Entrevista de la autora con Gloria Steinem.
- [87] Joanna Scutts, *Hotbed*, Sociedad Histórica de Nueva York, 3 de noviembre de 2017 - 25 de marzo de 2018.
- [88] Barry Michels y Phil Stutz, «The Root of Anger—and Using Its Force for Good», goop.com, s. f., http://goop.com/roots-anger-using-force-good/?utm_campaign=socialflow&utm_source=twitter.com&utm_medium=social-jp.

La trampa: el alto precio de la ira

En 2008, cuando Hillary Clinton se presentó por primera vez a las elecciones presidenciales, hubo muchos comentarios sobre su tono de voz y su actitud agresiva y ambiciosa, que en muchas ocasiones se confundían. En ciertos círculos tenían la impresión de que ese tono quería sonar malvado: y cuando Hillary se reía —la prensa decía que «cacareaba»— o cuando hablaba alto, todos sostenían que lo que perseguía aquella forma de hablar era amilanar a la gente con su ambición. En aquel momento Joel Achenbach, reportero del *Washington Post*, empezó a fantasear con los tiempos dorados de las máscaras de tortura, y escribía en un artículo que Clinton necesitaba «un collar de descargas eléctricas que se manejara por control remoto» para que los asistentes pudieran «neutralizarla en cuanto empezase a rechinar».[89]

En 2018 aquella reacción contra Clinton se debía en parte a lo novedoso de oír una voz de mujer en la campaña electoral y a que el volumen y el tono de su voz resaltaran especialmente en comparación con los de su adversario, Barack Obama, quien por razones relacionadas con su propia identidad histórica y porque él también era nuevo no podía permitirse el lujo de levantar la voz llevado por la ira, y cuyo tono calmado y sus dotes para la oratoria suponían un fuerte contraste con los de Clinton. Durante la administración Obama, siguieron siendo habituales las burlas a Clinton, a quien se consideraba amenazadora y airada. Dana Milbank y Chris Cillizza, del *Washington Post*,[90] dijeron que si asistiera junto al presidente a una cumbre sobre la cerveza, a ella le servirían una Mad Bitch.[91]

Pero las elecciones de 2016 fueron muy distintas. Desde el comienzo, el tema de la carrera presidencial fue la ira: Bernie Sanders estaba enfadado. Donald Trump estaba enfadado. Y hablaban de ello sin tapujos. En 2016, cuando la gobernadora republicana de Carolina del Sur, Nikki Haley, aconsejó a los votantes que no escucharan «aquellas voces tan airadas», incluida la de Donald Trump, sobre los inmigrantes, Trump dijo a la CNN: «Tiene razón. Estoy enfadado. Y por lo que a mí respecta, está bien. Ira y energía es lo que necesita este país».[92] Diez días después Sanders asumió una postura similar

cuando Bill Clinton dijo de él que estaba siempre enfadado: «¿Y sabéis qué? Que es verdad. Estoy enfadado. Y los estadounidenses también están enfadados». Cuatro días después la propia Clinton salió a escena: «Hay mucha gente que no solo está preocupada y frustrada: está enfadada. Y yo también», dijo.

Pero por algún motivo Clinton no conseguía convencer a su audiencia de que estaba igual de enfadada que ellos, quizá en parte porque no conseguía modular adecuadamente la voz. Un reportaje del *Washington Post* que daba cobertura al discurso de Clinton comenzaba con una descripción de su voz, que «sonaba como un trueno en el túnel de una bolera y luego se volvía suave y amable». El resto del reportaje incluía dos descripciones de Clinton («gritaba mucho») y finalizaba con una cita de uno de sus partidarios, que opinaba así: «Bernie Sanders tiene la habilidad de conectar con la gente porque es muy carismático. Y es ese magnetismo lo que ella no consigue transmitir».

¿Cómo podía un candidato —candidata, en este caso— cuyas expresiones asertivas de ira solo se percibían como algo teatral, interpretativo, imitativo y en absoluto auténtico, llegar a tanta gente al mismo tiempo, simplemente gritando?

Tras su primer debate con Sanders el *New York Times* evaluó al senador por Vermont —cuyo estilo comunicativo consiste en señalar con el dedo, levantar la voz y mover vigorosamente la cabeza— diciendo que «había conservado su estilo», mientras de Clinton decía que «se mostraba tensa e incluso airada, en ocasiones»^[93] y se preguntaba si esa «ferocidad» suya no iba a resultar «arriesgada, habida cuenta de que muchos votantes ya tenían formada una opinión favorable de ella». El periodista del Watergate Bob Woodward opinaba que los problemas de Clinton provenían de su «estilo y forma de dirigirse al público»: «Grita, proyecta una sensación de tensión en todo lo que comunica». En su programa de radio, tras poner una grabación de Clinton hablando a gritos —sí, enfadada— sobre la cuestión del *lobby* de las armas y cómo había que hacerle frente, Hannity preguntó: «¿Esto resulta agradable?... Enfado, amargura, gritos...».

Y no fueron solo la prensa de derechas o los principales periódicos. También fue la izquierda. «¿Es candidata a la presidencia o quiere protagonizar un *remake* de *Scream*?», se preguntaba John Iadarola, periodista

de la cadena de informativos de izquierda *The Young Turks*, aduciendo que había que tener en cuenta que «es algo que, desde el punto de vista histórico, puede ser cierto que haya una especie de discriminación o una tendencia a establecer un estereotipo con estas mujeres que gritan tanto..., se las tilda de pelmazas... Y los hombres lo han dicho en repetidas ocasiones... Pero eso no significa que una mujer no pueda hablar a gritos aunque no lo necesite».[94] En otras palabras, que sea sexista no significa que no sea cierto.

Era un círculo vicioso perfecto y enloquecedor, una trampa: una candidata que gritaba demasiado pero que no transmitía bastante ira... y cuando intentaba transmitirla mejor, se pensaba que estaba fingiendo.

«Clinton era exactamente lo opuesto a la candidata idónea para aquel momento airado y populista», escribió el periodista Thomas Frank en su análisis poselectoral, destacando que Hillary era «“de dentro” en un país que en ese momento estaba clamando por alguien “de fuera”». Frank percibía la ira de la gente que gritaba, y entendía que estaban en un momento de furia. Y sin embargo, lo que Frank vio en Clinton iba en su perjuicio, era «un fariseísmo chillón que alguien gritaba desde arriba: desde una posición de estatus social elevado, y eso predispone a la gente en su contra».[95] Y dado que sus adversarios eran también gente blanca y poderosa, dueños de varias casas, uno de ellos con tres décadas de experiencia en el Congreso y otro un magnate inmobiliario multimillonario, cuesta imaginar que fuera el «estatus social elevado» y no algo cualitativamente distinto, en su costumbre de gritar, lo que llamaba la atención de Frank por resultar chirriante.

La ironía era que aunque hubo un debate intenso y, por lo demás, razonable sobre la amistad de Clinton con los bancos y sobre la historia del compromiso centrista, su esquema económico iba dirigido al corazón de algunos de los sectores más airados, como los mineros del carbón y ciertas comunidades blancas de clase trabajadora que estaban luchando denodadamente contra una epidemia de opioides. En los planes de Clinton había una política de subsidios para el cuidado de los hijos o para la estabilidad económica de los cuidadores, y un intento de abordar las desigualdades raciales y económicas en relación con la independencia reproductiva que pasaba por la abolición de la Enmienda Hyde. Pero seguía sin lograr transmitir todo aquello de manera persuasiva, y parte de esa incapacidad provenía, seguramente, de sus deficiencias como oradora. Con todo, estas deficiencias se amplificaron sin duda por la forma en que a Clinton —como a tantas mujeres que habían

hablado en público antes que ella— se le había dicho que no hablara tan fuerte o con esa agresividad, con lo que se quedó dudando, insegura, sin saber si resultaba excesivamente apasionada, o inflamada, o gritona o regañona o visceral, o cualquier otra cosa que a los estadounidenses les pareciera que sonaban las mujeres cuando levantaban la voz, llevadas por cierto sentimiento. Tenía que andar en una cuerda floja de la comunicación y por eso a veces resultaba aburrida, como si fuera un robot, incapaz de transmitir de un modo directo y sincero su interés en la frustración de sus votantes.

Que la expresión contundente de la furia pueda no ser del todo correcta cuando procede de los varones blancos, pero sí pueda trabajar en su beneficio, mientras en el caso de las mujeres siempre trabaja contra sus iguales y sus competidores es un hecho que avalan ciertas investigaciones recientes.

La catedrática de Psicología Lisa Feldman Barrett ha expuesto en el *New York Times* un estudio en el que su equipo de investigación mostraba a un grupo de gente fotografías de hombres y mujeres haciendo distintos gestos con la cara. Se dieron cuenta de que los sujetos del estudio eran más proclives a asumir que lo que provocaba la emoción en las mujeres (fuese cual fuese esa emoción) era algo interno, mientras lo que causaba la de los hombres era algo externo o, dicho con sus propias palabras: «Ella es una zorra. Él tiene un mal día».[96]

Es un problema al que se ha enfrentado en muchas ocasiones John Neffinger, un asesor político que lleva años trabajando de *coach* con candidatos y que durante la campaña electoral escribió varias notas a Clinton para tratar de ayudarla a equilibrar su forma de expresarse. Él y otros investigadores han revisado los estudios que existían de los dos criterios que generalmente aplica el público cuando evalúa a los candidatos: fuerza y calidez. De los candidatos varones se espera que transmitan fuerza —una característica que el imaginario popular vincula a la habilidad, la autoridad y la capacidad y el poder económico— mientras de las mujeres se da por hecho que mostrarán calidez, algo que en términos políticos está vinculado a la transmisión de sensaciones como la afinidad o la diversión: la candidata quiere resultar acogedora porque le preocupa de verdad la gente a la que busca representar.

«Cuando alguien consigue proyectar mucha fuerza y mucha calidez decimos enseguida que es una persona carismática y magnética; queremos estar con

esa persona, queremos ser esa persona», explica Neffinger. Los que transmitían más fuerza que calidez se percibían como «temibles» y los que proyectaban más calidez que fuerza, como «adorables». La cuestión de cómo se valoran estas cualidades en los políticos es tan antigua como el argumento de Maquiavelo de que es mejor que le teman a uno a que le adoren, aunque lo idóneo sería que se dieran ambos casos. Pero según afirma Neffinger «es muy difícil encontrar candidatos que aúnen las dos». Los candidatos varones pueden, teóricamente, pasar por temibles, especialmente en momentos de crisis nacional, que es cuando una figura masculina autoritaria se percibe como protectora. Pensemos en Rudi Giuliani después del 11-S o en John McCain, aclamado como héroe de guerra, cuyo mal carácter le hizo famoso. No pueden ser perfectamente adorables porque eso supondría que se han feminizado y, por tanto, se tomarían menos en serio.

Para las mujeres, sin embargo, ambos extremos son malos: ser temibles las convierte en malvadas, insufribles, artificiales y monstruosas. Ser adorables supone no ser serias ni competentes. El problema estratégico para las mujeres es que la tarea que han de desempeñar para equilibrar los dos polos es delicada y precaria: resulta que a los hombres ser un poco cálidos les hace sumar enteros, pero para las mujeres un poco de fuerza casi siempre resulta excesiva.

Bernie Sanders, un gruñón desaliñado cuyo estilo era gritar siempre — justificadamente, sí, pero siempre en exceso— a sus audiencias cuando hablaba de las desigualdades, conseguía destilar encanto simplemente sonriendo a un pajarillo que se posaba en el podio durante un discurso. Pero si una mujer, afirma Neffinger, «se muestra segura de sí misma y transmite cualquier cosa que tenga que ver con la fuerza, enseguida se aparta de la categoría de los encantadores. La gente empieza a percibirla como una amenaza para el orden social. Los muchachos pueden ser un poquito encantadores sin perder un ápice de fuerza. Las mujeres no pueden añadir un toque de fuerza sin perder calidez».

Esta fue la dinámica a la que se enfrentó Hillary Clinton mientras competía contra dos hombres que competían en fuerza (en ira) ante el electorado estadounidense. Competir con ellos en este aspecto hubiera supuesto aumentar aún más la ansiedad de la gente ante el cambio que representaba Hillary solo por ser su contrincante. Y nadie, ninguno de su equipo, era tan ingenuo como para ignorar el impacto que todo eso tendría en su abanico de

expresiones.

Como me dijo en 2017 Dan Schwerin, principal encargado de escribir sus discursos: «Existe un motivo por el que los candidatos varones pueden gritar y que se les considere apasionados, pero si una candidata levanta la voz para azuzar a una multitud ya se dice que es chillona y que “rechina”». Su jefa se dio cuenta de esto, dice Schwerin, «porque es una mujer que se controla, no vocífera, no despotrica, es cuidadosa. Y resulta que todo eso resulta “poco auténtico”, supone que no siente empatía con la gente y que no se da cuenta de lo mal que lo pasa: todo porque no muestra su ira como lo hacen los hombres. Como no se muestra enfadada, le parece que todo está bien».

La propia Clinton gestionó su frustración con esta ecuación aparentemente irresoluble en las memorias de su campaña, *Lo que pasó*, cuando apenas podía contener su desdén ante la impenetrabilidad de esa dinámica a la que se enfrentaba como candidata. «He intentado acomodarme —escribía—. Después de oír una y otra vez que hay gente a la que no le gusta mi voz pedí ayuda a un experto en dicción». Este le dijo que tenía que centrarse en respirar hondo y ser positiva. Clinton muestra un seco resentimiento cuando explica cómo se sintió impelida a ofrecer, contra su naturaleza, una imagen de feminidad despreocupada y agradable: «Así, cuando la multitud percibía la energía y comenzaba a gritar —que es lo que suelen hacer las multitudes en los mítines—, yo tenía que resistirme y no hacer lo normal, que es gritar también». Clinton dijo al experto en dicción que había hecho cuanto había podido, pero tenía una curiosidad: «¿Puede citarme un ejemplo de alguna mujer, personaje público, que haya logrado esto? Que haya sido capaz de escuchar los gritos de una multitud y mantener un tono de voz suave y bajo...».

El experto no pudo.

Michelle Obama, la negra airada

Si Hillary Clinton lo pasó mal intentando averiguar cómo expresar emociones complejas, como la frustración, sin que el público la percibiera como amenazadora, su camino fue uno de rosas comparado con el de Michelle Obama.

Michelle Robinson creció en el South Side de Chicago. Su madre era ama de casa y su padre funcionario municipal. Se graduó en Princeton y en la Facultad de Derecho de Harvard, y conoció al que sería su marido, Barack

Obama, cuando le fue asignada como mentora en Sidley Austin, un despacho de abogados de Chicago con solera. Durante los años que vivieron allí, cuando Barack trabajaba como organizador comunitario y profesor de Derecho y Michelle abandonó el despacho para trabajar primero en el Ayuntamiento y después en la Universidad de Chicago, la estrella de la pareja era ella: era la carismática, la divertida, la dinámica, la que disfrutaba con la comunidad. Había crecido cerca de la maquinaria política corrupta de Chicago y desconfiaba de la política: no quería tener nada que ver con ese mundo. Pero su marido sí.

Y fue cuando Barack Obama se convirtió en la estrella más brillante de todo el paisaje político estadounidense y de toda una generación, y su mujer quedó en el punto de mira de todo el país, preparada para el escrutinio: sus discursos apasionados, su emotivo candor, su visión de la historia estadounidense, clara y bien informada, y su sombría opinión de la política o su afilado sentido del humor comenzaron, sorprendentemente, a trabajar en su contra.

Mientras su marido se convertía en la sensación del Senado, a ella la pillaba un reportero levantando la vista con gesto desesperado y comentando: «Quizá un día haga algo que justifique toda esta atención». Cuando llegó a la campaña presidencial, dos años después, ella seguía quejándose —siempre en tono afectuoso— de lo mal que hacía la cama o de que metía los zapatos en el cesto de la ropa sucia. Decía que roncaba y olía mal al despertarse y le describió en una ocasión memorable como «un hombre con un montón de cosas buenas pero, en el fondo, simplemente un hombre». Esto atrajo enseguida la atención de Maureen Dowd, columnista del *New York Times*, a quien le preocupaba que la gente considerase a Michelle «una castradora que humillaba a su marido y le trataba como un niño al que no se ha enseñado disciplina». La voz crítica de una mujer volvía a sonar a regañina de madre.

Con todo, eso fue lo más amable que dijo la prensa de Michelle Obama durante la campaña presidencial.

Cuando su marido empezó a ganar primarias y parecía viable que pudiera ser elegido candidato a la presidencia por el Partido Demócrata, Michelle pronunció un discurso en el que decía: «Los ciudadanos de este país están preparados para un cambio, y hambrientos de un nuevo tipo de política... Por primera vez en mi vida adulta me siento orgullosa de mi país, porque parece que por fin resurge la esperanza».

Aquella era una afirmación positiva, cálida, que miraba hacia el futuro. Pero viniendo de la boca de Michelle Obama, en algunos sectores se percibió como estridente, casi una afrenta antipatriótica. El columnista conservador Bill Kristol le enmendó la plana por no mostrarse agradecida por que los Estados Unidos ganaran la Guerra Fría, y Jim Geraghty escribió en *National Review*: «¿Es que este país no ha sido bueno con ella? Ha tenido oportunidades: ha estudiado en Princeton, en la Facultad de Derecho de Harvard, ha trabajado para bufetes de abogados y hospitales de primerísima línea..., ¿no es suficiente?». Parecía inconcebible que Michelle pudiera albergar cualquier sentimiento que no fuera un servil agradecimiento hacia el país en el que había trabajado duro, y destacado enormemente.

El acto mismo de la crítica benigna —de una nación en la que su tatarabuela había sido esclava, en la que su marido era el primer hombre negro nominado para optar a la presidencia, en el que se le pedía que sacrificara su trabajo y su identidad de persona independiente para irse a vivir a la Casa Blanca, un edificio construido por mano de obra esclava— bastaba para confirmar la visión popular de Michelle como una negra airada y preocupante.

Apareció en la portada de *National Review*: la boca abierta, por supuesto; los ojos amenazadores, mirando al espectador. El titular: «Señora Agravio». La columnista conservadora Michelle Malkin comenzó a referirse a ella como «el lado amargo de Barack». La columnista conservadora negra Mychal Massie escribió que Michelle se mostraba como «otra bruja negra cabreada que escupe en la cara de la nación que la hizo rica y famosa, y le dio prestigio».

La novelista Chimamanda Ngozi Adichie escribiría de ella: «Como dijo lo que pensaba y solo sonreía cuando tenía ganas, y no constantemente y sin sentido, los estadounidenses se han burlado de ella y le han dado el peor de los papeles: el de la negra airada. A las mujeres, en general, no se les permite la ira. Pero de las norteamericanas negras se espera un extra de gratitud infinita, mejor cuanto más cerca del servilismo. Como si su ciudadanía fuese un fenómeno que no pueden dar por seguro».

Los memes de Michelle representada como Medusa proliferaron en Internet. La descripción, ya incorrecta, de Michelle como «airada» la transformó en militante. Juan Williams, entonces comentarista de NPR, llamó a Michelle Obama «Stokely Carmichael con vestido de marca», vinculándola así al

activista por los derechos civiles que en los sesenta pasó de una organización no violenta a un enfoque militante que luego se conoció como Black Power. En *Slate* Christopher Hitchens, un periodista que primero era de izquierdas y luego se volvió neoconservador, publicó un intento tremendamente torticero de conectar la tesis de Michelle en Princeton —que contaba la experiencia de ser estudiante negro en Princeton— con el movimiento del Black Power, y afirmó incorrectamente que cuando tenía veintiún años había estado muy influida por Carmichael, a quien Hitchens vinculaba a su vez con Louis Farrakhan, líder de Nation of Islam. Fox News fue más lejos: preguntaba si el primer choque, o encontronazo, que había tenido Michelle con su esposo la noche que le nombraron candidato demócrata a la presidencia había sido, en realidad, un «golpe terrorista». Una portada del *New Yorker* parodiaba el pánico que inspiraba la militancia de Michelle —y resumía la visión generalizada de su cualidad de negra airada— con una caricatura de Barry Blitt que la retrataba con una ametralladora, peinada al estilo afro de los setenta. La ilustración se titulaba *La política del miedo*.

Cuando su marido aceptó la nominación en Denver, el personaje público de Michelle se había remodelado: hablaba de ropa y de medias, no de política ni del país y, desde luego, no expresaba ninguna opinión crítica de su marido. En la convención la mostraron como madre y devota esposa (no iban desencaminados), una mujer a la que de niña le gustaba ver *La tribu de los Brady*, y nada más. En su discurso expresó claramente su amor hacia el país y su gratitud por las oportunidades que le había dado. Michelle había sido silenciada: todo intento de queja había quedado asfixiado. Durante la campaña nunca expresó su verdadera ira, pero el hecho de haber abierto la boca para hablar con libertad y franqueza se había percibido como encono: con tal rapidez que sus opiniones, su boca abierta y cualquier cosa que pudiera interpretarse como frustración o queja tenían que quedar fuera.

Antes de abandonar la Casa Blanca, en una entrevista que concedió a Oprah Winfrey, Michelle dijo de esa etapa en la que la retrataban como «esa negra airada»: «Qué cansino todo... Si ni siquiera me conocían..., ¿de dónde sacaban esa idea?». [97] Más de un año después Michelle, hablando en una reunión de mujeres negras en Florida, se expresó con más franqueza incluso que la anterior consejera de la Casa Blanca, Valerie Jarrett: «Al ver uno de mis discursos, me di cuenta de que lo que para mí era algo apasionado, lleno de vida, se convertía enseguida en símbolo de ira y agresión». Y en ese punto,

dice: «Fue como “bah, es solo un juego”. Era solo un juego, ¿qué me había creído? Me había creído que era real, pero era solo un juego. Y yo no estaba jugando: yo me apasionaba porque pensaba que eso era lo que quería la gente... Pero la gente no sabe qué quiere en realidad. Así que tuve que aprender a transmitir —y aquí esbozó una gran sonrisa y se ahuecó el pelo— “el mensaje”».[98]

A principios de los años cuarenta, cuando Mary Church Terrell —activista por los derechos civiles y el sufragio— comenzó a escribir sus memorias, describió su vida como la de «una mujer de color que vivía en un mundo blanco, que nunca puede ser como una historia escrita por una mujer blanca. Una mujer blanca solo tiene una barrera que salvar: la del sexo. Yo tengo dos: el sexo y la raza. Yo pertenezco al único grupo de este país que tiene dos grandes obstáculos por delante. Los hombres de color solo tienen uno: el de la raza». La historia de Terrell es lo que las mujeres de Rutgers y la profesora de Estudios de Género Brittney Cooper consideraron «una de las primeras manifestaciones de la apuesta política por la interseccionalidad», término que acuñaría Kimberlé Williams Crenshaw casi cinco décadas después para designar todos los sesgos que se entrelazan y a los que se enfrentan las mujeres de color en los Estados Unidos. Esto era algo más que un doble sesgo, porque el racismo al que se enfrentan las mujeres que no son blancas se amplificaba y se alteraba a causa del sexismo, y el sexismo con el que se encontraban quedaba pervertido y exacerbado por el sesgo racial.

En la práctica estas dinámicas han significado, durante mucho tiempo, que el que las mujeres negras expresen frustración y resistencia o incluso presenten una leve crítica se contemplara siempre a través de la lente estadounidense de aumento, con lo que ese tipo de mujer ha quedado como modelo que define la femineidad de la raza negra. Un resultado fundamental del mito nacional en torno a la ira de las mujeres negras, dijo la escritora Joelle Owusu en 2018, es que en su doble condición de mujer y de negra, la gente las percibe como las agresoras en cualquier situación, «aunque muestren cortesía y respeto en un altercado, siempre habrá alguien que haga un comentario sobre la “actitud” o la “agresividad” de la mujer negra».[99]

La ira de las mujeres negras se convierte en problema por distintas razones: ellas tienen la necesidad de ponerse a la defensiva —y plena consciencia de ello— frente a las mujeres blancas y frente a todos los hombres, y eso, en el fondo, no es más que una resistencia a enfrentarse con la raíz de la

insatisfacción que sienten, ya se exprese esa insatisfacción con suavidad o con furia o, simplemente, se sugiera. El resultado: a las mujeres negras se las acusa, de manera irracional, de ingratitud de persona malcriada, negatividad o inestabilidad.

«Se nos tilda de irracionales, locas, desfasadas, creídas, alborotadoras; se dice de nosotras que no sabemos jugar en equipo», escribe Cooper en su libro *Eloquent Rage (Ira elocuente)*, una exploración de la ira feminista entre las mujeres negras. «A las negras airadas se las contempla como entidades que hay que contener, como ciudadanas inconvenientes que no paran de hablar de sus derechos y se niegan a cumplir con su obligación y a sonreír a todo el mundo».

La furia justificada de Maxine Waters

En octubre de 2017, mientras pronunciaba un discurso en un evento en beneficio del Ali Forney Center, un centro que acoge a jóvenes sin hogar del colectivo LGTBQ, Maxine Waters hizo algún comentario sobre lo mucho que le había conmovido la historia del joven abogado trans, negro y sin hogar que daba nombre al centro y comentó: «Con una inspiración así, hoy mismo iré a echar a Trump».

Waters, que lideraba una propuesta de *impeachment*, no se refería a ningún tipo de acción violenta, como es lógico. Pero a los pocos días los conservadores se le echaron encima por ese comentario. Un locutor de derechas, Lawrence Jones, dijo en *Fox and Friends* que «cuando uno incita a la violencia, habría que investigarle», con lo que expresaba su preocupación por que el comentario de Waters pudiera impulsar a la gente «a asesinar republicanos» y, cuando le respondieron, él dijo: «Si se refería a un *impeachment* podía haberlo dicho claramente, pero no lo hizo: habló de asesinar al presidente».[100] Omar Navarro, adversario político de Waters en California, tuiteó: «Exijo que arresten a Maxine Waters».[101]

El absurdo intento de disfrazar los comentarios de Waters de amenaza de asesinato no se limitó al entorno de Fox News y su cobertura política alternativa: lo repitió la prensa tradicional. En una entrevista realizada en directo por la CNN, el locutor Chris Cuomo preguntó a Waters por sus comentarios en un tono y con un enfoque que, desde el principio, la situaban en el ámbito de lo militar: Cuomo observó que el conflicto entre el presidente y sus críticos se había convertido «en una guerra dialéctica muy sucia» y

llamó a Waters «combatiente» de esa guerra. Cuomo reprodujo la parte del discurso de Waters donde se encontraba la famosa frase y dijo: «Esas palabras se han interpretado como un intento de acabar con la vida del presidente». Waters dijo que era un juicio «absolutamente ridículo», y afirmó: «Nadie se cree que a una abuela de setenta y nueve años que además es congresista y que lleva tanto tiempo en el Congreso y en la política en general se le pase por la cabeza hacer daño».[102]

Pero, naturalmente, la gente se lo creyó —o estaba dispuesta a creérselo— en parte porque el desafío político racional a la autoridad presidencial masculina blanca, viniendo de una mujer negra, era una alteración de la estructura de poder. Las preguntas que Cuomo hizo a Waters dejaron claro que las palabras de ella habían violado las certezas naturales sobre los tipos de persona a quienes se permite desplegar un lenguaje agresivo y hacia quién: fue cuando le preguntó si creía que debería «mostrar un nivel moral superior en la forma en que habla de aquellos a los que desea criticar, sobre todo cuando se trata del presidente de los Estados Unidos».

Waters comprendió perfectamente el calado de este análisis. «Creo que he sido extremadamente responsable a la hora de exponer que a este presidente se le debería someter a un *impeachment* —afirmó—, pero la gente no está acostumbrada a que una mujer, sobre todo una mujer afroamericana, tome una iniciativa así. ¿Cómo me atrevo yo a cuestionar al presidente de los Estados Unidos?».[103]

Una oleada de adoración se extendió en torno a Waters en 2017 y 2018, y millones de personas apreciaron públicamente su disposición a hablar y a dirigir prolongadas —y justamente agresivas— diatribas contra Donald Trump, así como su capacidad para recuperarse y no dejarse pisotear. Empezaron a recorrer por las redes sociales memes de Waters mirando con expresión censora por encima de las gafas. Un vídeo de Waters, en el que insistía en el curso de un interrogatorio del secretario del Tesoro Steve Mnuchin que «estaba reclamando su tiempo» se convirtió en un GIF viral y se hizo un remix de la frase con música de gospel. El intérprete del remix fue el invitado sorpresa durante la entrevista que Waters concedió al programa *The View*, provocando cierta confusión durante la cual los otros invitados, cuatro blancos y uno negro, junto al público del estudio —predominantemente blanco— comenzaron a bailar al ritmo de una canción cuya letra eran frases que había pronunciado Maxine Waters durante una tensa sesión del Congreso.

[104]

Era tremenda, aunque también extraña, aquella celebración popular de una mujer que se había dado a conocer en algunos sectores como Auntie Maxine, apelativo que hacía referencia a la figura de mujer negra de la familia que expresa su afecto y su interés, en parte, porque no se deja mangonear y porque no va diciendo tonterías. De Waters se ensalzaban cualidades como su «rectitud, furia, proactividad» en un artículo de BuzzFeed en el que Brittany Packnett, cofundadora de Campaign Zero y activista de Black Lives Matter, describía a Waters como «Auntie Boss», en otras palabras, «una mujer real, como nuestra tía, pero poderosa como solo una mujer negra puede serlo». Esa celebración masiva de Waters, una mujer negra de la que ya se repetía una cita de 1989 («Tengo derecho a sentir ira, y no quiero que nadie me diga que no tengo que sentirla, que no es atractivo, y que si siento esa ira es porque tengo algún problema») fue un bálsamo para una nación que rara vez ha reconocido la rabia de una mujer negra como un activo hermoso, patriótico o inspirador.

Pero Waters no estaba solo simbolizando una furia justa: estaba, además, incurriendo en los costes de esa furia, costes en los que nunca incurrieron muchos de los que utilizaron sus GIF y sus memes en todos los años que Waters pasó luchando contra viento y marea y siendo vilipendiada por ello.

Es cierto que Waters había sido objeto de una prolongada investigación a cargo de un comité de ética, acusada de haber ayudado a un banco en el que su marido tenía inversiones. Al final, quedó libre de las acusaciones, y se amonestó a uno de sus asistentes más cercanos, pero antes y después de la investigación sus detractores políticos la trataron como una atracción secundaria, y en ocasiones la atacaron con un racismo virulento. En 2012 la emprendió contra los líderes republicanos Eric Cantor y John Boehner, a quienes llamó «malignos» y Eric Bolling, el locutor de Fox News, le advirtió: «Congresista, ya sabe usted lo que le pasó a Whitney Houston... Manténgase alejada de la pipa de *crack*». En 2017 Bill O'Reilly respondió a un vídeo de uno de los discursos en los que aparecía Waters criticando duramente a Trump diciendo que no había podido prestar atención a lo que decía porque le distraía «la peluca de James Brown» que, según él, llevaba Waters.[105]

Pero sus adversarios políticos no fueron los únicos que se apuntaron a vilipendiar la ira de las mujeres negras. En verano de 2018, mientras la ira de la izquierda aumentaba en respuesta a la política de Trump de tolerancia cero

con los solicitantes de asilo en la frontera mexicana, la separación de al menos tres mil niños de sus progenitores y el aumento de los campos de internamiento para familias (que pretendían convertirse en alojamiento indefinido para los solicitantes de asilo), los airados manifestantes comenzaron a perturbar las comidas y las noches de cine de los funcionarios de la administración Trump. El propietario de un restaurante de Virginia se negó a servir a la secretaria de prensa de Trump, Sarah Huckabee Sanders. Maxine Waters fue uno de los políticos demócratas que se enfrentó a esta marea creciente de ira —justificada y llena de significado en el plano político— con respeto, reconocimiento y ganas de apoyar.

En un discurso que pronunció en California instaba a todos los que estaban furiosos a que lo demostraran «allí donde tuvieran que hacerlo», y sugería que si alguien se encontraba «con un miembro del gabinete en un restaurante, en unos grandes almacenes o una gasolinera» reuniera a una multitud «para decirle que ya no son bien recibidos en ningún sitio». Waters no estaba fomentando la violencia: estaba convocando a la gente a unirse y pasar a la resistencia activa. Y aquello estaba en línea con su historia como representante de las poblaciones desposeídas: ella escuchaba —y canalizaba— los gritos de los oprimidos furiosos contra sus opresores.

Pero en 2018, cuando Waters llevó a la práctica su visión del papel que desempeñaban aquellas protestas con tintes de insurrección, hubo miembros de su propio partido que se manifestaron y la censuraron. El líder de la minoría del Senado, Chuck Schumer, declaró que «nadie debería incitar a que se acose a un adversario político» y tildó la sugerencia de Waters de «antiamericana». Naturalmente, era una actitud muy «americana», una tradición que se remontaba a tiempos de la Revolución. Nancy Pelosi también entró en escena, diciendo que «la falta de civismo que despliega Trump a diario ha provocado respuestas que son predecibles pero inaceptables». Y fue tremendo, pero ningún líder demócrata se molestó en defender a Waters contra la amenaza implícita que el presidente puso en un tuit dirigido a ella, donde decía que era «una persona con un CI extraordinariamente bajo» y la acusaba de animar a la gente «a que hiciera daño a sus partidarios», los de Trump. Concluía con una advertencia sombría: «Ten cuidado con lo que le deseas a Max».

El hecho de reprobar en público a una mujer negra que apoyara una protesta política, pero no la llamada, ligeramente velada, del poderoso patriarcado

blanco a ejercer la violencia contra ella, era jugar con las mismas cartas con las que habían jugado Trump y el patriarcado blanco que le dio su apoyo: la inquietud racista y sexista ante las mujeres que no dan la talla y ante los no blancos, por un lado, y el impulso de castigarlos. Que sus propios colegas dijeran que Waters se excedía, que era demasiado combativa, que imponía mucho, y al mismo tiempo permitieran que el más poderoso de los hombres blancos la amenazara y no le amonestaran a él, era pura farsa. Sobre todo si se tenía en cuenta que Waters llevaba décadas trabajando para reconocer y comunicar la furia —y sus posibles consecuencias— de las poblaciones infrarrepresentadas y desposeídas, en cuyo nombre se suponía que hablaba su partido, y no se perdía de vista que sus esfuerzos iban a servir de ayuda a los que necesitaban que su furia se conociera, se viera y se reconociera como válida.

Alicia Garza me recordó cómo Waters había ganado notoriedad «luchando por visibilizar» el caso de Eula Love, una mujer negra y pobre a la que la policía mató de un disparo en su barrio, en 1979, tras una disputa por una factura del gas.[106] Cuando se habló de la cobertura que la prensa había dado al suceso, dijo Garza, «Maxine se mostró francamente enfadada, y la imagen que trascendió de ella fue la de una tía que está loca de remate. Alguien a quien no se daba crédito. Pero ella siguió adelante».

Según palabras de Garza, en los últimos tiempos «todo el mundo dice: “Venga, Auntie Maxine, adelante”. Pero esa ha sido siempre su trayectoria. Siempre ha utilizado la ira para conseguir algo importante». Garza señaló también que la ira de las mujeres negras se puede convertir en emblema, pero nunca llega a tomarse en serio. «Quizá nos encante oír a Maxine reclamando su tiempo, pero ¿nos gusta lo que dice de las condiciones en las que viven los negros? Ignoramos que, en cierto modo, convertir a una negra airada en metáfora de nuestra lucha está en las antípodas de asumir la esencia de lo que dice».

También hay que considerar que el entusiasmo por Waters ha aumentado mucho en un periodo de tiempo en el que su partido no tiene poder alguno: los republicanos no habían logrado una mayoría en el Congreso como la que tienen ahora desde los años veinte. Waters puede hablar sin ambages del deseo de someter a juicio político a un presidente, un deseo que, como ella, tienen millones de estadounidenses. Pero no está en su mano hacerlo. Es mucho más sencillo sentarse a observar cómo escupe su ira una mujer que no

representa ninguna amenaza política. Un fenómeno que también se observa en los adorables *memes* que circulan por ahí de mujeres que no son negras, como Ruth Bader Ginsburg o «Hillary Clinton cuando no es candidata», lo que arroja cierta luz sobre la forma en que en algunas ocasiones la admiración que se profesa a ciertas mujeres negras airadas en realidad refleja su relativa impotencia.

Ginsburg, cuyos furibundos desacuerdos han sido carne de Internet y que ha llegado a ser conocida en la red como Notorious RBG, está en la minoría del Tribunal Supremo. Los placeres de celebrar su dureza en parte proceden de su físico: es bajita, delgada y octogenaria, y tuvo cáncer en dos ocasiones. Toda esa admiración hacia ella radica en parte en la improbabilidad de que se convierta en amenaza. Es como una muñeca de la ira a la que todos animan aunque pierda una y otra vez. Es tremendamente difícil imaginar una admiración así, de las que inspiran tatuajes, hacia sus airadas opiniones si dichas opiniones pudieran contribuir a remodelar las leyes.

En cuanto a Clinton... Quizá nunca se ha ponderado más su agresividad que en los años posteriores a la derrota en las primarias, cuando las ganó Barack Obama. En aquel momento se unió a él, para trabajar como su secretaria de Estado, y se convirtió en objeto de todo el amor de las redes sociales. Se creó una cuenta de Tumblr llamada «Textos de Hillary» con frases que inspiraba una imagen de ella con gafas de sol y aspecto desafiante, destinada a enviar mensajes a otras personas poderosas. Pero aquello sucedía en un momento en el que Hillary era muy celebrada por haber sido una buena jugadora, parte del equipo y subsidiaria para el que antes fuera su rival político. Tan pronto como hubo ocasión de que optara a la presidencia, el poder individual que tenía y la amenaza que ese poder suponía para sus adversarios varones volvió a salir a escena, y el afecto generalizado hacia aquella versión de Hillary, dura y justamente crítica, se apagó de manera casi instantánea.

Estas celebraciones de la fortaleza en una mujer —y que se dan casi siempre en mujeres que no representan una amenaza para el poder— han de tenerse en cuenta a la hora de estudiar qué sucede con la ira de las mujeres negras, que nos llevan a jalearlas o a convertirlas en un fetiche. En muchos aspectos la caricatura de la mujer negra con gesto censor, la cabeza inclinada y mirando hacia un lado, resulta fácil de aceptar culturalmente porque no tiene ninguna vinculación con el poder real, ya sea político, económico o social, y porque pensar en ella como una posible amenaza o una perturbación real de la

autoridad del hombre puede considerarse puramente cómica. La distancia relativa a la que las mujeres negras se encuentran, tanto de la supremacía blanca como de la ventaja patriarcal, nos muestra su dureza como algo atractivo precisamente porque no supone una amenaza real para la dominación masculina blanca.

¿Y cuando esa fuerza amenaza a un hombre blanco? John Neffinger señaló el tratamiento que se había dado a Kamala Harris, cuyas aceradas preguntas dejaron fuera de juego al fiscal general Jeff Sessions en 2017. Después Sessions descargó sobre ella toda la fuerza del patriarcado blanco. «Cuando Kamala desarmó a Jeff Sessions, el asunto se convirtió inmediatamente en comidilla de los republicanos, que se dedicaron a comentar que estaba histérica. Ahora, si ve uno la escena, dice: “Dios bendito, esa mujer está en las antípodas de la histeria”. Pero sabían que para desacreditarla tenían que hacer eso, porque así es como se desarma a alguien que no pierde los estribos, y vale también para una mujer que resulta una amenaza solo por el hecho de ser competente, como Kamala Harris: diciendo que es una negra airada».

Al igual que sucedió con Waters, algunos de los que estaban de parte de Harris tomaron enseguida el vídeo para hacer un meme y comenzaron a darle ánimos y a reprochar a Sessions que diera por sentada la autoridad de los hombres blancos. Pero la popularidad de la caricatura de las negras airadas también deposita sobre estas mujeres una carga extra: la de expresar la ira que sienten las mujeres blancas y que se les obliga a reprimir. Esto es fundamental en un fenómeno que se da en las redes sociales y que se ha denominado *digital blackface*, «rostro negro digital», que designa la práctica de crear un GIF con una persona de raza negra para personificar a otra que no es negra — de hecho, casi siempre son blancos— y así expresar las emociones que los blancos se sienten obligados a disimular.

Por ejemplo, uno de los medios más extendidos por las mujeres para transmitir a hombres la rabia feminista utilizando la llamada taquigrafía digital consiste en poner un GIF de la actriz Angela Bassett extraído de una escena de la película *Esperando un respiro* (1995). En ella, la mujer que interpreta Bassett, muy enfadada porque su marido la ha dejado por su amante, blanca, mete toda la ropa y las pertenencias de él dentro del coche y lo quema todo. Cuando la gente que navega por Internet necesita exteriorizar sus suspicacias o cree que les están tomando el pelo, pone una imagen de una mujer negra que mira hacia un lado. Esa mujer puede ser la actriz Viola Davis

o la estrella del pop Rihanna, o la heroína pro derechos humanos Dorothy Height mirando al doctor Martin Luther King durante su discurso, pronunciado en 1963 y famoso por la frase «Yo tuve un sueño». Todas ellas cumplen su cometido: expresan la ira que los demás sienten.

«Nosotras somos vuestra insolencia, vuestra despreocupación, vuestra furia, vuestro goce, vuestro enfado...», dijo la escritora Lauren Michele Jackson a la periodista Amanda Hess, que adujo que «en Internet los blancos dejan en manos de los negros sus tareas emocionales, como si las subcontrataran».[107] Cuando las mujeres han de enfrentarse a un estigma social de gran magnitud por expresar su ira contra los hombres blancos —a quienes se supone que las mujeres blancas se sienten más próximas—, muchas mujeres blancas se apoyan en las mujeres negras esperando que, como vienen airadas de serie, desempeñen en su nombre ese papel.

Esta es la dinámica que expone la feminista negra Audre Lorde en su famoso discurso, pronunciado en 1981 ante la National Women's Studies Association y titulado «The Uses of Anger» (Los usos de la ira), en el que cuenta que estaba leyendo un poema suyo, «A Poem for Women in Rage» (Un poema para mujeres airadas), y una mujer blanca se le acercó y preguntó: «¿Vas a hacer algo sobre cómo podemos gestionar nosotras, directamente, nuestra propia ira? A mí me parece importante». Lorde le pregunta entonces cómo emplea su ira y acaba por apartar la vista de ella, que «mira alucinada». «Yo no estoy aquí para sentir ira por ella», dice Lorde.[108]

Estas relaciones llevan mucho tiempo en juego en la arena política. Durante generaciones se ha exigido a las mujeres negras que hicieran el trabajo de oposición a la derecha, que estaba en ascenso, porque representaban el bloque de votantes demócratas más fiable, porque entre ellas estaban algunas de las mujeres más furiosas del Congreso, porque eran la espina dorsal de la organización, el activismo y el compromiso cívico y político con el país a pesar de que el Partido Demócrata había invertido muy poco tanto en sus candidaturas como en medidas políticas que permitieran apoyarlas más y protegerlas mejor. Y durante la administración Trump la prensa política no les ha dedicado un análisis serio: se ha limitado a llenar los periódicos de un sinfín de introspecciones etnográficas sobre la vida y las motivaciones de la clase trabajadora blanca que ha apoyado a Trump.

En unas elecciones celebradas en 2017 que resultaron cruciales para el

escaño del Senado por Alabama, un 98 por ciento —¡un 98 por ciento!— de las mujeres negras con derecho a voto votó por el demócrata Doug Jones para no hacerlo por Roy Moore, abiertamente racista y acusado de depredador sexual; en esas elecciones votó casi un 50 por ciento más de mujeres negras que de hombres negros, y un 63 por ciento de mujeres blancas votó por Moore. Después de las elecciones de Alabama hubo todo tipo de mensajes en las redes sociales y de artículos de opinión que daban las gracias a las mujeres negras por «salvar a América», un mensaje que afirmaba implícitamente que las mujeres negras eran adyacentes o marginales, como grupo demográfico estadounidense, incluso en un momento en el que se suponía que se estaba reconociendo su importancia a la hora de decidir quién las representaba. El crédito que recibieron las mujeres negras después de aquellas elecciones de Alabama, según escribió Angela Peoples en el *New York Times* fue «un pequeño paso en la dirección adecuada, pero no necesitamos que nos deis las gracias: necesitamos que os apartéis del camino y nos dejéis liderar la marcha».[109]

Hombres y ángeles, dadme paciencia

Frente a todo este juicio de su furia, con tantas facetas, ¿cómo se supone que van a planificar su estrategia todas las mujeres de la esfera pública y política para canalizar la ira que sienten a veces, tantas veces?

«Hombres y ángeles, dadme paciencia», escribió Elizabeth Cady Stanton a Susan B. Anthony en 1852, frustrada por las exigencias que la maternidad y sus obligaciones como esposa imponían a su capacidad de expresar, hablando o escribiendo, la ira que le inspiraba el panorama político. «Estoy alcanzando el punto de ebullición. Si no encuentro pronto la manera de soltar la lengua en estos asuntos me moriré de represión intelectual o de convulsiones de derechos de las mujeres».[110]

En 2017 surgieron un millón de posibilidades para que las mujeres pudieran expresar su ira de una manera correcta: algo que pudiera liberarlas de esa ira, pero sin salir de los límites de lo aceptable. Las revistas recomendaban ejercicios a esas mujeres para quienes «Gritar todas las groserías» era lo primero de la lista de cosas pendientes del día;[111] Mama Gena, directora de la «School of Womanly Arts» (Escuela de Artes Femeninas), animaba a sus devotas a «SENTIR en voz alta la IRA, como si fuerais leonas [...] AULLAR como perras en celo [...] llorar MÁS [...] GRITAR hasta el límite de vuestra

VOZ».[112]

«Un pódcast dedicado a la ira de las mujeres» titulado *For A Bad Time, Call* (Llama si estás pasando un mal momento) animaba a todas las personas que se identificaran con cualquier género no masculino a llamar a un teléfono con contestador automático y dar rienda suelta a sus frustraciones. Aquello se convirtió en una letanía de ira femenina que por fin se volvía audible: «Estoy verdaderamente harta de que un tío adulto y con el culo gordo de llevar toda la vida ocupando un sillón y haciendo lo que le da la gana venga a decirme qué tengo que hacer yo con mi vida. / Estoy cansada de que a las mujeres se nos haga sentir como si nada de lo que hacemos fuera suficiente. / Estoy muy cabreada porque no puedo dejar de cabrearme: parece que lo más normal ahora es estar continuamente cabreada, porque a las mujeres no dejan de sucederles cosas malas». Al final de la grabación uno de los locutores tranquiliza a los oyentes y a quienes han llamado, diciendo: «Vuestro enfado es real. Vuestra rabia es legítima. Y queremos escucharla».

En el otoño de 2016 participé en el programa *Real Time with Bill Maher*. Fue unos días después del segundo debate presidencial, al que Donald Trump había invitado a las mujeres que acusaron al marido de su adversaria de conducta sexual inapropiada y en el que se erigió, imponente, sobre Clinton, con un odio y resentimiento que no se molestó en disimular: daba la impresión de ser un animal a punto de embestir. Clinton había agarrado el micrófono con tal decisión que tenía los nudillos blancos, pero no se enfrentó a él ni aceptó la descarada malevolencia de su ataque: no alteró su tono de voz y mantuvo una actitud profesional. Maher se quedó muy frustrado con esta actuación y en el debate posterior me dijo que Hillary «tendría que habérselo dicho a la cara: ¡si lo tenía ahí, delante...! Tendría que haberle dicho: “Eres un mierda y un gilipollas”».

Maher seguramente no había calculado los riesgos que podría correr Clinton si enfadaba a Trump, la facilidad con la que cualquier muestra de ira que se proyectara contra él podía darse la vuelta e interpretarse como que la mujer había jugado sus cartas para dar un golpe de efecto: así se habría percibido su actuación, como la de una mujer que asume el papel de víctima del acoso para ganarse la simpatía del público de un modo torticero, una mujer que podría haber dado la imagen de castradora y desquiciada; para todos los que la criticaban habría supuesto una satisfacción enorme que ella dejara ver que su oponente le había tocado la vena sensible.

Pero sí hubo alguien que hizo sus cálculos en tiempo real: la propia Hillary Clinton, que meses después me habló de aquel debate y me lo describió como uno de los momentos más difíciles de la campaña. Dijo que aún temblaba al recordar la actitud de Trump, que había sido tan invasiva: «Su forma de marcarme, su forma de mirarme...». Dijo también que había considerado, mientras duraron los debates de las elecciones presidenciales, si debía plantarle cara y gritarle: «¡Déjame en paz!». Pero lo había pensado bien y había llegado a la conclusión de que con eso él ganaría puntos y ella los perdería. Dice que recuerda haber pensado eso y yo creo que acertó: obtuvo el reconocimiento generalizado del público, que consideró que en aquel debate había vencido a Trump y dejado en evidencia la mierda que era, sin hacer nada, en realidad, por dejarle en evidencia.

Cuando comentamos cómo había agarrado el micrófono durante el debate, Clinton me dijo que de aquella manera había exteriorizado el ejercicio de autocontrol que estaba haciendo por dentro: «Piensa en todas las veces que, bien mentalmente o bien físicamente, haces eso para controlarte: te impones no responder, no dejarte llevar, no mostrar la ira que sientes por dentro... Porque sabes que irá en perjuicio tuyo. Así que te la tragas».

Así que te la tragas. Esa es la opción de millones de mujeres de todos los tiempos. Han decidido que el mejor enfoque estratégico es coger la ira que las invade y meterla bien dentro, porque dejarla salir les hará más daño a ellas que a la persona o a la fuerza contra la que va dirigida. «No se puede, no podemos: podemos indignarnos, molestarnos, podemos sentirnos frustradas..., pero no podemos mostrar nuestra ira».

Cuando Barbara Lee me contaba los esfuerzos que ha hecho, en un sinfín de circunstancias, por contener y canalizar su furia de un modo productivo para que no se volviera en su contra, yo le pregunté si creía que los hombres tenían idea de la cantidad de planificación estratégica que lleva a cabo una mujer. Me respondió con una sonrisa: «No, no creo que tengan ni idea, si quieres que te diga la verdad. No son capaces de ver a las mujeres más que como ellos se imaginan que son». Es decir, piensan que las mujeres, cuando están hirviendo por dentro, cuando sienten cualquier malestar, lo disimulan con educación. Lee, sin embargo, sostenía que el hecho de que los hombres ni siquiera imaginen cómo es una mujer, más allá de lo superficial, «va en beneficio nuestro: esa ventaja les llevamos. Y así es como ganamos».

Quizá es así como ganamos los debates, pero por el momento no es así como ganamos las elecciones. Y aceptar que muchos hombres no tienen ni idea de lo escabroso que es para las mujeres el terreno de la ira puede parecer de locos; en primer lugar porque resulta absurdo, pero también porque provoca aún más ira.

[89] Matthew Biedlingmaier, «*Wash. Post's Achenbach: Hillary Clinton "needs a radio-controlled shock collar so that aides can zap her when she starts to get screechy"*», *Media Matters*, 8 de enero de 2008, https://urldefense.proofpoint.com/v2/url?u=https-3A__www.mediamatters.org_research_2008_01_08_wash-2Dposts-2Dachenbach-2Dhillary-2Dclinton-2Dneeds-2Da-2Ddra_142081&d=DwMFaQ&c=jGUuvAdBXp_VqQ6t0yah2g&r=BLtwNjxI6xU1TowZZXPw62rxL1h5Yh02Ol72-V1YNSunoH38hlyco6RBfK8BXD8O&m=sL2dj6nPNRrhSTnketBXS3yIKp1p_iNSqJEEq9TW4t8&sgywLe-D5Cj0xCoFcoXx1XQq_2Odg&e=.

[90] Amanda Terkel, «Millbank Jokes That Hillary Clinton Should Drink "Mad Bitch" Beer», *ThinkProgress.org*, 31 de julio de 2009, <https://thinkprogress.org/milbankjokes-that-hillary-clinton-should-drink-mad-bitch-beer-fa187583bd18/>.

[91] Marca de cerveza cuyo nombre significa «bruja loca». (*N. de la T.*)

[92] MoxNews.com, «Donald Trump "I AM ANGRY"», vídeo de YouTube, 14:55, 13 de enero de 2016, <https://www.youtube.com/watch?v=v2dNzmaekmU>.

[93] Jonathan Martin y Patrick Healy, «In Democratic Debate, Candidates Clash on Money's Role», *New York Times*, 5 de febrero de 2016, <https://www.nytimes.com/2016/02/05/us/politics/democratic-debate.html>.

[94] The Young Turks, «Hillary Having Problems Controlling the volume of her voice» vídeo de YouTube, 2:54, 4 de febrero de 2016, <https://www.youtube.com/watch?v=a5sXLoXxvBM>.

[95] Thomas Frank, «Donald Trump Is Moving to the White House, and Liberals Put Him There», *The Guardian*, 9 de noviembre de 2016, <https://www.theguardian.com/commentisfree/2016/nov/09/donald-trump-white-house-hillary-clinton-liberals>.

[96] Lisa Feldman Barrett, «Hillary Clinton's "Angry Face"», *New York Times*, 23 de septiembre de 2016, <https://www.nytimes.com/2016/09/25/opinion/sunday/hillary-clintons-angry-face.html>.

[97] «Michelle Obama: "Angry Black Woman" Label Hurt», *CNN.com*, vídeo, 19 de diciembre de 2016, <https://www.cnn.com/videos/politics/2016/12/19/michelle-obama-angry-black-woman-nr-sot.cnn>.

[98] Transcribí esta entrevista inmediatamente después de que apareciera el vídeo con la conversación y una historia de Robin Givhan que hablaba de esa conversación. Después de una disputa sobre si la conversación debía difundirse o si era algo privado, la cadena (BET) que había difundido el vídeo, la retiró de la historia de Givhan: Robin Givhan, «Michelle Obama Wanted to Gain the Public's Trust. So She Started With a Garden», *The Washington Post*, 21 de marzo de 2018, <https://www.washingtonpost.com/news/arts-and-entertainment/wp/2018/03/21/michelle-obama-wanted-to-gain-the-publics-trust-so-she-started-with-a-garden/>. Véase también: Danielle C. Belton, «They Said It Was Private. She Said It Was On-the-Record. TheReality? It's Complicated», *The Root*, 23 de marzo de 2018, <https://www.theroot.com/they-said-it-was-private-she-said-it-was-on-the->

record-1824024113.

- [99] Katy Guest, «Women! Reclaim Your Rage», Unbound.com, 15 de enero de 2018, <https://unbound.com/boundless/2018/01/15/women-reclaim-your-rage/>.
- [100] Jason Le Miere, «Maxine Waters’s “Take Trump Out” Remark Was About “Assassination”, Not “Impeachment”, Says Fox News Guest», *Newsweek*, 23 de octubre de 2017, <http://www.newsweek.com/maxine-waters-trump-assassination-impeachment690761>.
- [101] Mark Swanson, «GOP Challenger Calls for Rep. Waters’ Arrest After Trump Remarks», *Newsmax*, 23 de octubre de 2017, <https://www.newsmax.com/politics/maxine-waters-omar-navarro-donald-trump-take-him-out/2017/10/23/id/821549/>.
- [102] Ian Schwartz, «Maxine Waters: Trump Supporters “Not Accustomed” to a Black Woman “Taking Leadership” to Impeach Him», *RealClear Politics*, 24 de octubre de 2017, https://www.realclearpolitics.com/video/2017/10/24/maxine_waters_trump_supporters_not_accustome
- [103] *Ibid.*
- [104] «“Reclaiming My Time”: Rep. Maxine Waters Interrupts Mnuchin’s Round-about Answer», *Washington Post*, vídeo, 1 de agosto de 2017, https://www.washingtonpost.com/video/national/maxine-waters-reclaiming-my-time/2017/08/01/30fae7f4-76d4-11e7-8c17-533c52b2f014_video.html?utm_term=.e2dd5dd34636. Véase también IdolxNews, «Maxine Waters “Reclaiming My Time” Performed Live—The View», vídeo de YouTube, 1:54, 4 de agosto de 2017, <https://www.youtube.com/watch?v=IRuRdEaatio>.
- [105] Joe Concha, «O’Reilly Mocks Dem Maxine Waters for Wearing “James Brown Wig”», *The Hill.com*, 28 de marzo de 2017, <http://thehill.com/home-news/media/326107-oreilly-mocks-maxine-waters-for-wearing-james-brown-wig>.
- [106] Jamilah King, «Maxine Waters’ Battle Against Powerful White Men Began When Eula Love Was Killed in 1979», *Mic*, 26 de abril de 2017, <https://mic.com/articles/174565/maxine-waters-battle-against-powerful-white-men-began-when-eula-love-was-killed-in-1979#.seD4bEkf9>.
- [107] «Internetting with Amanda Hess: Episode 5: The White Internet’s Love Affair with Digital Blackface», *New York Times*, 28 de noviembre de 2017, <https://www.nytimes.com/interactive/2017/11/28/arts/internetting-with-amanda-hess.html>.
- [108] Audre Lorde, «The Uses of Anger: Women Responding to Racism», documento de presentación de la National Women’s Studies Association Conference, Storrs, Connecticut, junio de 1981, *BlackPast.org*, <http://www.blackpast.org/1981-audre-lordeuses-anger-women-responding-racism>.
- [109] Angela Peoples, «Don’t Just Thank Black Women. Follow Us», *New York Times*, 16 de diciembre de 2017, <https://www.nytimes.com/2017/12/16/opinion/sunday/black-women-leadership.html>.
- [110] Lori D. Ginzberg, *Elizabeth Cady Stanton: A Life*, Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2009, p. 91.
- [111] Adjua Fisher, «4 Philly Fitness Classes Where You Can Fully Express Your Rage», *Philadelphia*, 9 de noviembre de 2016, <https://www.phillymag.com/be-well-philly/2016/11/09/boxing-classes-philadelphia/>.
- [112] Regena Thomashauer, «Get Right with Your Darkness», *MamaGenas.com*, 2 de marzo de 2017, <http://www.mamagenas.com/get-right-with-your-darkness/>.

Disimula tu ira

Como muchas mujeres piensan que la ira es un impedimento para cualquier intento eficaz de comunicación suelen disimularla, disfrazarla de otra cosa para hacerla más atractiva y darle cierta legitimidad. Aquí exponemos algunas de las formas que adquiere ese disimulo.

Con la bendición de Dios

Entre las estrategias más populares que se han empleado para justificar la ira de las mujeres en las esferas públicas, se encuentra la de atribuírsela a otro, haciendo hincapié en que esa ira que sentimos nos llega, canalizada, de una instancia superior. Por ejemplo, Dios.

Esto es algo que me explicó la senadora Kirsten Gillibrand en 2018, hablando de las mujeres en política: «Las mujeres tienen que estar enfadadas por algo o por alguien. Si no, nadie las toma en serio. Si eres Harriet Tubman o Juana de Arco tienes a Dios insuflándote esa pasión que sientes». Gillibrand me recordó el excéntrico caso de Victoria Woodhull, la primera mujer de la historia que se presentó como candidata a la presidencia de los Estados Unidos, bróker de Wall Street, visionaria y defensora del amor libre, que hizo algunas afirmaciones verdaderamente rompedoras: «Hablamos de alta traición, hablamos de secesión... Estamos planeando una revolución. Haremos saltar por los aires esta república falaz y pondremos en su lugar un gobierno justo». Pero Woodhull también se creía una médium que hablaba en nombre del orador griego Demóstenes, que tanto tiempo llevaba muerto, o de Napoleón y Josefina.

En este sentido Woodhull no era muy distinta de algunas de sus pares, sufragistas más o menos respetables, alguna de las cuales se aprovechó de la fiebre de espiritualidad que arrasó en su época para dar crédito, mediante alguna autoridad de ultratumba, a sus ideas rompedoras. La mesa de Seneca Halls, sobre la que Elizabeth Cady Stanton escribiría su Declaración de Sentimientos, se había empleado antes para celebrar sesiones de espiritismo. [113] Y la reformadora y sufragista Frances Willard escribía cómo durante el

fragor de sus viajes para hacer campaña por la abstinencia del alcohol se había sentado a orar, un domingo por la mañana, en 1876: «Arrodillada y sola, así estaba cuando surgió en mi mente la declaración como sucede, creo, en religiones más elevadas: “Tienes que hablar en favor del voto de las mujeres porque es un arma para protegerlas a ellas y a sus maridos, que se sienten tentados, de la tiranía del alcohol”».[114]

Además de contar con el beneplácito de Dios para hacer campaña por el derecho al voto como medio para luchar contra el consumo de alcohol, Willard —como apuntó la historiadora Carolyn DeSwarte Gifford— también «recibió toda una línea argumental y una completa formación para su primer discurso sobre la protección de los hogares, que daría ese mismo año en el Congreso de las Mujeres celebrado en Filadelfia». De hecho, según cuenta Gifford, las mujeres que pedían la abstinencia a través del voto (casi siempre como forma de proteger a las mujeres frente al abuso físico que podían sufrir de sus maridos, si estos se emborrachaban) «tenían que estar en situación de justificar su actividad política y de sufragio en el plano religioso. Era absolutamente esencial para ellas creer que su comportamiento lo había inspirado una experiencia con la que se habían convencido de que Dios las necesitaba para la causa y las convocaba a votar».[115]

Willard tenía una compañera mucho más radical que ella en el movimiento contra las bebidas alcohólicas: Carrie Nation, que también contaba cómo Dios trabajaba a través de ella no solo para espantar a los demonios del alcohol, sino para destruir físicamente los establecimientos donde se servían bebidas alcohólicas. Más tarde recordaría que en una ocasión, en 1900, oyó una voz «que parecía hablarme desde mi propio corazón, y que dijo estas palabras: “VE A KIOWA”. Y entonces mis manos se elevaron y cayeron». La interpretación de este mensaje procedente de las instancias divinas, según Nation, «fue muy sencilla: coge lo que sea y lánzalo contra esos lugares de Kiowa (Kansas) para destruirlos». Era un mandato divino: Dios ordenaba a Nation que se hiciera con un montón de piedras de buen tamaño y se fuera a lanzarlas contra cualquier *saloon* de Kansas. Entonces su marido le dijo en broma que por qué no cogía mejor un hacha. Nation admitió que aquello era «lo más sensato que había dicho en todo el tiempo que llevaban casados». Se divorciaron al año siguiente, pero Nation se tomó la sugerencia al pie de la letra: enarboló el hacha y se hizo famosa por ir por todo el oeste despedazando barras de bar. Se describió como «un bulldog que fuera

corriendo a los pies de Jesús, ladrando a todo lo que a él no le gusta».

Solo madre y esposa

Justo detrás de la invocación de lo divino para justificar la ira —al menos la ira que ha tomado forma de desafío social, político o económico— viene la práctica de invocar el estatus moral que otorgan la maternidad, los instintos maternales y la responsabilidad conyugal como esposa como motivación para la agitación política.

Mary Harris Jones era costurera y maestra. Se convirtió en líder sindicalista y fue una de las primeras componentes del colectivo Industrial Workers of the World tras la muerte de su familia a causa de la fiebre amarilla y del incendio de su taller de costura en 1871, durante el Gran Incendio de Chicago. Jones se oponía al sufragio femenino porque consideraba que el movimiento era un pretexto para que las señoras de clase alta se entretuvieran y solía decir: «No es necesario votar para desencadenar el infierno». Ella desencadenó algo muy parecido al infierno, y suya es la famosa máxima que los sindicatos convirtieron en una llamada a la acción: «Rezad por los muertos y luchad a muerte por los vivos». Se vestía con ropas de anciana y se refería a los mineros y a otros trabajadores por los que luchó duramente como «mis muchachos». Cuando tenía cincuenta y tantos años todos la llamaban *Mother*, «Madre». En una ocasión un senador estadounidense dijo de Mother Jones que era «la abuela de todos los agitadores», a lo que ella respondió: «Espero vivir lo suficiente para ser la bisabuela de todos los agitadores».

Veinticinco años menor era su sucesora Ella Reeve Bloor, socialista, agitadora y sindicalista que contribuyó a la fundación del Partido Comunista de los Trabajadores estadounidense. Bloor ayudó a Upton Sinclair a reunir datos para *La jungla*, donde este realiza un estudio de la pobreza urbana. Ferviente partidaria de los derechos de la mujer y del sufragio femenino, contribuyó a organizar a los trabajadores de las granjas de Iowa en los años treinta. Entre sus actuaciones se cuenta una de los trabajadores de las vaquerías en protesta por los bajos salarios en la que tiraron la leche de los camiones de reparto. La arrestaron treinta y seis veces. La revista *Life* se refería a ella como «la gran mujer del Partido Comunista de los Estados Unidos»,^[116] pero fue más conocida como Mother Bloor. La historiadora Mary Triece ha descrito a las dos, a Jones y a Bloor, dando cuenta de sus diferencias políticas, pero considerando a ambas «la personificación de la

maternidad militante que tanto éxito tuvo a la hora de organizar a familias enteras en la lucha contra los jefes corruptos y las ciudades de todo el país que eran propiedad de una compañía».[117]

En 1939 Fannie Peck se hartó de lo limitadas que eran las oportunidades profesionales que tenían los afroamericanos, un sector de la población que se había trasladado a las ciudades del norte durante la llamada Gran Migración. Reunió a un grupo de cincuenta mujeres en el sótano de la iglesia episcopal metodista africana Bethel de Detroit y entre todas planearon una estrategia para boicotear a todas las empresas que no contratasen a negros o que cobrasen cantidades desorbitadas. En su punto de mira estaban, sobre todo, las empresas cárnicas. Dicen las crónicas que el grupo prendió fuego a un enorme almacén de carne. Peck comenzó a llamar a esos grupos Ligas de Amas de Casa. En 1935 habían superado las diez mil integrantes, mujeres distribuidas por las ciudades de todo el país y con miles de ellas organizadas en una marcha multitudinaria a Chicago que obligó a cerrar a todo el sector cárnico. El historiador Stephen Tuck sostiene que Peck «era una estrategia muy astuta», porque a pesar de su éxito como organizadora de masas se las arregló para que su grupo mantuviera el perfil de una reunión de amas de casa, que no resultaba en absoluto amenazador.[118]

Es muy sencillo comprobar que se trataba de una postura en absoluto amenazadora —o lo astuta que resulta si se tiene en cuenta el lugar que se daba a la maternidad, siempre secundario, sin importancia y con cierto menosprecio— en la campaña que hizo en 1992 Patty Murray (de Washington) para acceder al Senado. En 1980 Murray era una ama de casa con dos hijos que se enfadó mucho cuando el Gobierno de su estado retiró la financiación a los cursos de preescolar. Metió a los niños en el coche y se fue hasta el capitolio de su estado a hacer constar su enfado. «Iba por todo el vestíbulo mirando a ver si encontraba alguien a quien decírselo hasta que un diputado le respondió: “Sí, si su historia está muy bien, pero usted no es más que una mamá que va por ahí en playeras”», contaba Murray a Jay Newton-Small. Aquello le sentó tan mal que se fue a casa y llamó a las demás madres, se lo contó y les dijo que acudieran con sus zapatillas de deporte. «Y ellas, a su vez, llamaron a otras madres que conocían, todas igual de enfadadas, y volvimos todas al capitolio». Las mujeres protagonizaron allí un levantamiento que culminó en el cese de los recortes en educación. A raíz de ello, Murray emprendió su carrera política y electoral motivada por el enfado

que sintió ante el tratamiento recibido por Anita Hill en 1991 y se presentó a las elecciones al Senado en 1992: estaba en el grupo de mujeres que obtuvieron un número histórico de escaños. El lema de la campaña fue: «Simplemente una mamá que va por ahí en playeras».

La reputación que se labró Murray utilizando este lema de tono humilde funcionó bien para disimular la ira que le impulsó, en primera instancia, a entrar en política. «[Patty] no se viene abajo —dijo en una ocasión el portavoz de los republicanos en el Congreso, Paul Ryan—. Algunos de estos tipos se van de la sala, empiezan a resoplar y a bufar. Ella no es así».

Durante la batalla del sufragio, que duró ochenta años, las feministas hicieron un esfuerzo concertado en la prensa para rehabilitar la imagen de la quisquillosa Susan B. Anthony y convertirla en una especie de diosa de la familia, a pesar de que había optado por no casarse ni tener hijos y no había mostrado más que desdén por la institución matrimonial en la que sí habían entrado algunas compañeras suyas como Ida B. Wells, a la que nunca dejó de despreciar por haberse casado. Unos días antes de la muerte de Anthony, en 1906, a medida que avanzaba el movimiento de liberación de la mujer, *Pearson's Magazine* publicó un perfil llamado «Miss Anthony At Home» (La señorita Anthony en su casa), en el que la escritora Ida Husted Harper se maravillaba de lo buena ama de casa que era Susan B. Anthony, «hasta en los más mínimos detalles». Harper se refería a la añosa sufragista y líder sindicalista con el apelativo de «Tía Susan» y añadía, en tono entusiasta: «Es como una abuelita encantadora [...] nunca ha sugerido modos de reparar los daños de la sociedad con la mitad de energía que emplea en enseñar a sus sobrinas su maravilloso método para remendar los desgarrones en vestidos o en la ropa de casa». Como escribió la historiadora Sara Hunter Graham, el proceso de doma de la reputación de Anthony, que le confería un aura de mujer maternal y dócil, «contribuyó a sustituir su imagen estereotipada de fanática marimacho por la de una heroína plena de virtudes domésticas y en absoluto amenazadora».[119]

Y vaya si funcionó. Cuando Anthony murió, la prensa hizo un amplio reportaje de los asistentes a su entierro. El político progresista Eugene V. Debs la describió como «una heroína moral, apóstol del progreso y heraldo de los tiempos que vienen». Graham sostiene que con la remodelación de la imagen de Anthony que se quería lograr en esa fase —el último tirón— del movimiento sufragista, «había desaparecido cualquier residuo de extremismo

que, según creían las sufragistas, había perseguido al movimiento durante varias décadas. El sufragismo había envejecido: ahora era una reunión de señoras que habían elegido a “Tía Susan” como su santa patrona».

Pero la maternalización de las mujeres que participan en la vida política hace que esta sea posible sin que haya una penalización social importante. Pero también puede oscurecer la ira que con tanta frecuencia impulsa esa participación... y la insurrección.

Tal vez el momento catalizador más visceral de los movimientos por los derechos civiles que estaban surgiendo en los cincuenta fue el asesinato de Emmett Till, un muchacho afroamericano de catorce años, de Chicago, al que mataron a palos y lanzaron al río tras acusarle de haber tirado los tejos a una mujer blanca cuando estaba de visita en casa de un tío suyo en Misisipi en 1955. Cuando por fin encontraron el cuerpo, las autoridades intentaron enterrarle en Misisipi sin dejárselo ver siquiera a su madre, Mamie, que había regresado a Chicago. «No sé qué autoridad tenían para enterrar a mi hijo, pero se aprovecharon de ella», recordaba Mamie Till en un documental de 2005. Consiguió, eso sí, que llevaran el ataúd a Chicago. Una vez allí el director de la funeraria le dijo que a él le habían prohibido abrir el ataúd que contenía el cuerpo de su hijo. Till recuerda que le respondió: «¿Tiene usted un martillo? Porque usted no podrá abrir esa caja, yo sí. Y es lo que voy a hacer».

Abrieron la caja. Cincuenta años después del suceso, Mamie Till todavía necesitaba describir con detalle lo que vio cuando contempló el cuerpo de su hijo muerto. «Tenía la lengua fuera, colgando sobre la mejilla. Tenía un ojo colgando, a la altura de la mejilla: no estaba en su sitio. Miré el caballete de la nariz y parecía que le habían acercado una picadora de carne. Le miré entonces los dientes, porque yo estaba muy orgullosa de los dientes que tenía... y vi que solo había dos... Faltaban todos los demás. Y las orejas. Una de las orejas no estaba, y me di cuenta entonces de que había un boquete a través del que pasaba la luz... Habían cogido un hacha, le habían dado un hachazo en la cabeza y la cara estaba separada del resto de la cabeza».

Mamie Till recuerda que dijo al director de la funeraria: «Ya lo creo que vamos a abrir este ataúd. Y lo vamos a dejar abierto». Cuando el hombre vio lo que ocurría, le preguntó si quería que recompusiera la cara de su hijo. Pero ella respondió: «No. Deje que la gente vea lo que yo he visto».[120]

Y la gente lo vio. Más de cincuenta mil personas vieron el cuerpo de

Emmett, a quien solo pudieron identificar por un anillo que llevaba puesto. Lo vieron porque Mamie Till, en medio del dolor que le causaba el brutal asesinato de su hijo, insistió en que se celebrara un funeral público con el ataúd abierto. Lo vieron porque Mamie quiso que las fotos con el rostro tumefacto y mutilado de su hijo aparecieran en la revista *Jet*, que se publicaba en todo el país.

Mamie Till se considera una figura transformadora, pero normalmente se la representa doliente, aferrada al ataúd de su hijo, o llorando junto a su tumba, incapaz de tenerse en pie, asistida por alguien y con la boca abierta no de furia, sino de dolor: el dolor de la pérdida. Nunca estamos preparados para considerar que junto a su dolor y sufrimiento también había rabia. Las lamentaciones y la tristeza no llevan a una mujer a luchar por recuperar el cadáver de su hijo, a jurar que va a abrir el ataúd y que no va a consentir que se olviden los crímenes que se han perpetrado a su cuerpo y a su rostro, que se va a asegurar de que todo el puñetero mundo vea la misma imagen de la brutalidad racista que acaba de entrar en su vida y en su familia.

La ira sí hace eso. En el caso de Mamie Till, la ira encendió una cerilla bajo una pujante lucha social que contribuiría a reconstruir parcialmente el país y a reducir (aunque en modo alguno anular) muchos de los obstáculos políticos y jurídicos que hacen posible la igualdad racial.

Y nunca tenemos en cuenta —nunca se nos ha pedido— que *su ira*, la de Mamie Till, fue aquella chispa justa y justificada.

Borrado simple

Naturalmente, también es cierto que cuando una mujer explota de rabia, aunque el efecto sea el de catalizador de un movimiento social, esa ira nunca se registra, ni se menciona, ni se recuerda ni se entiende como elemento que ha contribuido a remodelar un país. El hecho de que solo la furia de los hombres blancos conste como heroica está aceptado hasta tal punto que rayaría en lo cómico si no fuera tan trágico.

El 28 de junio de 1969, a primera hora de la mañana, se había reunido un nutrido grupo de gente en un bar del bajo Manhattan. En los años que han transcurrido desde entonces se han producido airadas discusiones sobre quién estaba dentro del bar, quién estaba fuera, quién dijo qué o quién lanzó lo que fuera en determinado momento. Lo que sí está claro es que se trataba del Stonewall Inn, un local sórdido sin agua corriente y que era el bar de moda

entre los gais de Nueva York donde estaba permitido el baile. Se había convertido en una meca no solo para hombres homosexuales blancos: también para *drag queens*, travestidos, algunas lesbianas, trabajadoras del sexo y jóvenes sin hogar. El bar acogía a cualquier colectivo marginal en una ciudad y en una época en las que la homosexualidad ya era una forma de marginación. Las redadas policiales en locales de ambiente gay eran habituales, y los policías se disfrazaban a veces para entrar en los baños y enseñar los genitales a los clientes. En aquellos tiempos, en la ciudad de Nueva York era ilegal hacerse pasar por una persona del otro sexo, y llevar puestas menos de tres piezas de ropa apropiadas (en virtud del sexo de cada uno) se consideraba motivo de arresto.

Historiadores y participantes pueden seguir, aún hoy, en desacuerdo sobre lo que ocurrió exactamente aquella noche de 1969, pero por la mayoría de los relatos desfilan travestidos y *drag queens* —gente a la que ahora llamaríamos trans— y un grupito de lesbianas. Martha P. Johnson, artista trans, estaba en el bar. Una lesbiana conocida como Stormé DeLarverie estaba en el bar; Sylvia Rivera, activista por los derechos de gais y personas trans, estaba fuera, en la calle.

Cuando la policía irrumpió aquella noche en Stonewall Inn, los clientes no tenían ganas de obedecer. Y como se resistieron, la redada llevó más tiempo del habitual, y a la salida del bar empezaron a congregarse muchos curiosos y amigos. Según algunos relatos, Johnson estuvo entre las primeras en resistirse, en el interior del bar: lanzó un vaso y gritó: «¡Tengo mis derechos!». Muchos se muestran de acuerdo en que fue DeLarverie quien empujó a un par de polis, y salió del bar maldiciendo y protestando porque las esposas le apretaban demasiado. Dicen que cuando los policías la metieron en un coche patrulla, DeLarverie gritó a la multitud que observaba con expresión solidaria: «¿Por qué no hacéis algo vosotros?». Y fue en ese momento cuando tal vez Rivera lanzó una botella a la policía, otros tiraron monedas y todo el grupo se fue hacia el furgón policial en el que iban los detenidos. De pronto empezaron a volar ladrillos, botellas y vasos, y la multitud que seguía fuera del bar comenzó a atacar a los policías que se habían quedado dentro: lanzaron piedras por las ventanas, arrancaron un parquímetro y lo usaron de ariete. Rivera recordaría más tarde que la furia que se apoderó de la multitud y de los clientes del bar en su intento por resistirse a la policía fue algo así: «Lleváis años tratándonos como si fuéramos mierda. Muy bien. ¡Pues ahora

nos toca a nosotros!». Dice que para ella fue uno de los momentos memorables de su vida.[121]

Las llamadas Revueltas de Stonewall duraron varios días, y marcan el comienzo del movimiento de liberación gay. Johnson y Rivera siguieron adelante: fundaron el Frente de Liberación Gay y el movimiento STAR (Street Transvestite Action Revolutionaries o Revolucionarios de Acción Travesti Callejera), con el que se dedicaron a ayudar a *drag queens* y personas trans de color sin hogar. Pasados los tiempos de Stonewall, el *New York Times* dijo sobre DeLarverie en su obituario que «había transitado las calles del bajo Manhattan como un superhéroe gay... Ni los rincones más recónditos de la mente alcanzan a imaginar lo que era».[122]

DeLarverie insistiría más tarde en que había que prestar la debida atención a los acontecimientos de aquellas noches y llamarlos por su nombre, porque en todo momento los consideró una acción política justa: «Fue una rebelión, fue un levantamiento. Fue un acto de desobediencia en defensa de los derechos civiles, y no fue una puñetera revuelta»,[123] dijo en un simposio de veteranos de Stonewall.

Pero las mujeres airadas y aquellos que no estaban de acuerdo con su sexo que se encontraron en el centro de esta rebelión quedaron más de una vez borrados de la historia cuando esta se volvió a contar, esta vez desde el punto de vista popular del movimiento por los derechos de los gais, un movimiento que tantas veces han encarnado hombres blancos heterosexuales y ricos que eran, además, figuras públicas. Cuando en 2015 Hollywood lanzó una superproducción sobre el movimiento, *Stonewall*, centrada en los sucesos de Stonewall Inn, no había entre los protagonistas mujeres trans, *drag queens*, lesbianas ni personas de raza no blanca que se rebelaban contra su género. La película era la historia ficcionada de un hombre joven, cisgénero y blanco del Medio Oeste: la figura que mejor cuadraba para lanzar el primer ladrillo por una ventana al grito de «¡Gay power!».

Optamos por callarnos

Durante la avalancha de historias sobre acoso sexual y desigualdad de género que salieron a la luz con la campaña #MeToo, especialmente en el entorno de Hollywood, un periodista preguntó a la actriz Uma Thurman su opinión sobre el movimiento. Thurman respondió: «He aprendido que cuando he hablado llevada por la ira casi siempre he lamentado después haberme expresado así.

Así que estoy esperando a que se me pase el enfado. Cuando esté preparada, diré lo que tenga que decir».[124]

La contención de Thurman puso de muy mal humor a la feminista Lindy West, que expresó así su frustración: «De las mujeres no solo se espera que aguantemos la violencia sexual, la violencia de nuestra pareja en la intimidad, la discriminación en el lugar de trabajo, la subordinación institucional, que hagamos gratis las tareas de casa, que aceptemos la culpa de nuestra propia victimización y todas esas actitudes invisibles y sutiles que día a día nos desgastan. Además, no se nos permite enfadarnos por ello».

A veces controlar la rabia es el producto de una estrategia; en el caso de Thurman, por ejemplo, que esperaba la ocasión de contar su historia completa. Lo hizo posteriormente, en una entrevista a Maureen Dowd del *New York Times*.

Cecile Richards, presidenta durante mucho tiempo de Planned Parenthood, contaba en sus memorias, *Make Trouble (Monta un lío)*, que cuando entró en el Congreso, en 2015, para someterse a un interrogatorio de cinco horas por parte de los republicanos, que hicieron acusaciones aportando como prueba una serie de vídeos de varias clínicas en los que supuestamente se mostraba a integrantes de su organización vendiendo bebés desmembrados, una amiga le envió un mensaje por el móvil diciéndole que fuese fuerte, que recordara que esa mañana llevaría consigo «la ira de muchas mujeres, acumulada durante muchos siglos». El mensaje le sirvió a Richards para reafirmarse, pero su táctica durante el interrogatorio al que le sometieron sus rivales políticos consistió en contener esa rabia. Se negó a dejar ver su ira y, según contó ella misma, aquello le permitió desconcertar a sus inquisidores, que no tuvieron más remedio que farfullar su frustración ante toda la audiencia televisiva.

Cuando, en una conversación pública con Richards, señalé que su estrategia era un fiel reflejo de las organizaciones de derechos civiles no violentas, a la manera de Gandhi —la idea de que una protesta pacífica por parte de los oprimidos provoca una rabia mucho más agresiva en los opresores, que acaba por desacreditarles, con un poco de suerte, ante las cámaras de televisión—, ella me respondió que no llevaba una estrategia premeditada cuando acudió al Congreso. «Fue todo instintivo», dijo. Mantuvo la frialdad, dejó que la ira hirviera a fuego lento y vio que sus inquisidores explotaban, en reacción a su actitud. Y todo ello no fue, en ningún momento, algo planeado.

No cabe duda de la eficacia de esta estrategia, pero hay que reconocer que forma parte de una dinámica que nos lleva a ignorar, a veces a no ver siquiera, el poder catalizador de la ira de las mujeres simplemente porque no aflora a la superficie, aunque sea algo premeditado: así nunca admitimos su existencia. Y esa técnica de protesta no violenta fue la que impulsó a Rosa Parks a no ceder su asiento en aquel autobús de Montgomery en 1955, el mismo año en el que Mamie Till obligó al mundo a ver qué aspecto tenía un linchamiento.

A Parks todo el mundo la recuerda y la celebra como heroína del movimiento de derechos civiles, pero también se ha dotado a su figura de cierto estoicismo, se la compadeció porque estaba agotada y se la apreció porque ella misma se negó a mostrar su ira.

Pero lo cierto es que Parks fue durante toda su vida una airada activista contra la violencia sexual y racial, defensora de los hombres negros a quienes acusaban, sin ser culpables, de mala conducta sexual con las mujeres blancas. Fue elegida secretaria de la NAACP, que investigó varias denuncias de violación a mujeres negras por parte de hombres blancos, incluida la brutal violación en grupo de la aparcerera Recy Taylor en Abbeville, Alabama, en 1944. Después de aquello, Parks se interesó por el movimiento Black Power, y expresó su admiración por Malcom X. Hasta 2010, año en que Danielle McGuire publicó su libro *At the Dark End of the Street (En el lado oscuro de la calle)*, no llegó al gran público la actividad antiviolación que Parks había desarrollado durante mucho tiempo, y la intensidad de sus intervenciones políticas quedó silenciada bajo una caricatura suya retocada y suavizada, que fue la que difundieron la prensa y los líderes del movimiento que ella había contribuido a impulsar en sus comienzos. Pero las mujeres que han tomado parte en el movimiento por los derechos civiles, como Pauli Murray y Anna Arnold Hedgeman, sí que mostraron su indignación ante los líderes que minimizaron el papel de Parks, agitadora política dinámica y activa, y muchas han realizado grandes esfuerzos por presentar una imagen de ella más completa y ajustada a la realidad.

«El doctor Martin Luther King es el nombre que la gente asocia habitualmente al boicot del autobús de Montgomery —decía Angela Davis en *A Place of Rage (Un lugar para la ira)*—. Naturalmente, el nombre de Rosa Parks es conocido porque se negó a sentarse en la parte trasera del autobús, pero el retrato que normalmente se ofrece de ella es el de una mujer que no ejercía el activismo político y que, sencillamente, un día se negó a dejar su

asiento, harta de viajar en la parte trasera [...] Claro que estaba harta de viajar en la parte trasera. Pero no fue esa la razón por la que se negó a levantarse. Eso fue un acto político».

Está claro que mantener la ira templada, bajo control, no siempre es el resultado de aplicar un enfoque positivo y estratégico. A veces es simple represión, hábito de contener la rabia, miedo a mostrarla o incluso a permitirnos sentirla, todo ello propiciado por una cultura que nos dice que exteriorizar la ira es malo para nosotros, física y mentalmente. Que da una idea equivocada de nosotros, nos distorsiona y nos convierte en algo feo y marginal.

En su memoria de las elecciones, Hillary Clinton describe la ansiedad que sentía ante su propia ira; explica que rezaba por mantener la esperanza y el corazón abierto, y por no volverse cínica y amargada: «Así no tendría que pasarme el resto de mi vida como la señorita Havisham, yendo de un lado a otro de la casa obsesionada con lo que podría haber sido». Muchas de nosotras reconocemos ese impulso: ninguna queremos sentirnos impelidas por una ira inagotable durante el resto de nuestra vida. Pero Clinton escribió esto cuando hacía menos de un año que había perdido las elecciones: tenía todos los motivos del mundo para sentir ira, y sin embargo le aterraba tanto que esa ira acabara por envenenarla, por enloquecerla, que rogó a Dios que la ayudase a ponerle coto.

June Jordan especulaba en *A Place of Rage* con la idea de que «una de las razones por las que se da la adicción a las drogas en comunidades negras o con ingresos bajos en todos los Estados Unidos hoy en día es que, después de los años sesenta, la ira ha dejado de considerarse respetable. Lo que hizo prosperar los movimientos por los derechos civiles fue una aceptación de la ira absoluta y sin ambages [...], pero si uno no muestra su ira contra los demonios y los enemigos que le acechan, se vuelve contra sí mismo, que empieza a desesperarse y tira la toalla [...] y eso conduce a que las drogas, por ejemplo, alcancen las proporciones de una plaga».

Muchos otros, desde Sigmund Freud hasta Gloria Steinem y la terapeuta de *Los Soprano*, Jennifer Melfi, ya nos han advertido que la ira que se queda dentro provoca depresión. Quizá no sea una coincidencia el que una de las formas más habituales que tienen de expresarla las mujeres sea el llanto.

Las lágrimas de la ira

Quizá lloremos cuando estamos furiosas en parte porque sentimos una especie de aflicción por las cosas que queremos decir, sabiendo que no podemos. Quizá es que nos causan tristeza las mismas cosas que nos enfadan.

La escritora Meghan O'Rourke, que estudió el tema de la aflicción tras la muerte de su madre, víctima de un cáncer, hablaba de amigas suyas que habían confesado la necesidad de cagarse en Shiva durante la semana siguiente a las elecciones de 2016. Comentaban que estaban experimentando «no solo el dolor de la derrota política, sino la aflicción de un duelo por algo que se ha perdido de manera irrevocable». Y aquello que nos afligía, afirmaba O'Rourke, era «la nación que podíamos haber sido, una nación que algunos de nosotros aún sentimos que somos: una nación que había elegido a una mujer como presidente y rechazado la retórica del nativismo y el miedo que Donald Trump no tuvo ningún problema en abrazar».[125]

Pero puede que sea también algo instintivo: la creencia de que conseguiremos más con la táctica de expresar nuestras emociones a través de las lágrimas, que están asociadas a la vulnerabilidad femenina —sobre todo si somos blancas— que si recurrimos a la rabia, que es la que nos convierte en amenazas. El llanto nos reafirma como mujeres, y cuando se es mujer (especialmente mujer blanca) y se comporta una como se han comportado siempre las mujeres, entonces recibirá su recompensa. Dejarse llevar, sin embargo, está mal visto. Se han hecho estudios que demuestran que cuando una mujer que acusa a un hombre de violencia doméstica se enfada mientras está testificando, los jueces tienden a ser más benévolos con el acusado; pero si una mujer muestra dolor cuando está en el estrado, y se atiene al cumplimiento de lo exigido por la imagen tradicional de feminidad vulnerable e inocua, el acusado lo tendrá más difícil.[126]

Como contó la escritora Leslie Jamison, hablando del orgullo con el que acostumbraba a exponer que estaba triste en lugar de enfadada: «La tristeza parece un sentimiento más refinado y, por tanto, menos egoísta. Es como si te guardaras el dolor dentro de ti en lugar de sacarlo para que otro tenga que vérselas con ese traumatismo que ha dejado un arma contundente».[127]

En el año 2000 se llevó a cabo una revisión de varios estudios recogidos por la catedrática de Psicología Ann Kring, de los que se desprendía que, aunque tanto los hombres como las mujeres contaban casos en los que habían sentido ira, y la frecuencia era similar en ambos sexos, las mujeres solían comentar

que sentían vergüenza ante esos sentimientos. Kring advirtió también que los hombres eran más proclives a expresar la ira mediante ataques físicos o verbales, mientras las mujeres, en palabras de Jamison, «tendían a llorar cuando sentían rabia: como si sus cuerpos les obligaran a hacer frente al surgimiento de la emoción —la tristeza— con la que se las vincula casi siempre».[128]

Sea cual sea la conexión, en política siempre se ha llorado mucho y rara vez procedía ese llanto de la tristeza de las mujeres.

En 1876 cinco sufragistas (incluida Susan B. Anthony) interrumpieron un acto oficial de celebración del centenario de la nación para leer su propia declaración de derechos de la mujer y un discurso sobre la injusticia que representaba la falta de libertad de las mujeres, que comenzaba destacando que el origen de su resistencia política se encontraba en el dolor: «Mientras la nación bulle de patriotismo y todos los corazones se acompañan para honrarla, nosotras venimos a dar, con dolor, la nota discordante».[129]

Un siglo después la congresista Barbara Lee me recordaría cómo otra congresista, Shirley Chisholm, «tuvo que llorar a puerta cerrada cuando le hicieron daño». Me dijo: «Tú sabes que el dolor conduce a la ira». En público, recordaba Lee, Chisholm «se mostraba siempre templada, con la voz y la actitud firmes, fuertes, *bum, bum, bum*. ¿Por qué tenía que llorar a puerta cerrada? Tenía que bajar la guardia y aceptar su dolor». Lee decía que la inclinación de Chisholm a las lágrimas era la consecuencia de su forma de ser: «Muy sensible, siempre herida y muy airada».

«Recuerda que era la única mujer negra entre todos aquellos hombres, blancos o negros. Llegamos a un entorno en el que lo tenemos todo en contra, porque somos negras y mujeres. Recuerdo que me decía: “Barbara, esas reglas no se han puesto ni para ti ni para mí”». Lee recordaba que Chisholm también era muy sensible a los desaires del Caucus Negro del Congreso y de sus colegas blancas que estaban en el movimiento de liberación de la mujer. «Shirley tenía muy claro que el movimiento feminista blanco no entendía la naturaleza del racismo ni sabía a lo que tenían que enfrentarse las mujeres negras, las personas negras en general. Y estaba igual de enfadada con la mayoría de los líderes afroamericanos, porque estaba convencida de que no eran conscientes de cómo se trataba a las mujeres». Y así, aunque Chisholm «nunca se permitió quebrarse en público», según aseguraba Lee, en privado

lloró muchas veces.

Y no fue la única. En 1972, en la convención a la que Chisholm llevó a sus delegados y en la que Flo Kennedy y su grupo de agitadoras gritaron a los periodistas y les dijeron que no les pusieran las manos encima, George McGovern había convencido a muchas feministas de que le apoyaran (en lugar de apoyar a Chisholm y otras). Pero McGovern las traicionó por partida doble: dio instrucciones a sus delegados de que no apoyaran una plataforma que acabaría legalizando el aborto y violó una promesa explícita, hecha a las mujeres, al permitir hablar a una activista contraria al aborto. La periodista (posteriormente directora de cine) Nora Ephron cubrió aquella convención tan revuelta para *Esquire*: a las cuatro de la mañana, escribió Ephron, Gloria Steinem, «llorando, se enfrentaba al director de la campaña de McGovern, Gary Hart, diciendo: “Nos prometisteis que jugaríais limpio, hijos de puta».

Al día siguiente Ephron tuvo que sacar a Steinem de un hotel al que había ido a pedir cuentas a McGovern, pero no había logrado verle. «Cuando eres mujer y tienes alguna relación con un político todo el mundo piensa que te estás acostando con él o asesorándole sobre cómo debe vestirse —confesó Steinem, furiosa y entre lágrimas, a Ephron mientras se alejaban del hotel—. No hay manera de que nos tomen en serio. Estoy harta de que me jodan. De que me jodan mis propios amigos. George McGovern... y eso que yo recaudé la mitad del dinero que costó su primera campaña, le escribí los discursos... Es que no se entera. Fuimos a verle por lo del aborto y surgió la cuestión de la protección social. Me dijo: “¿Por qué te preocupa tanto la protección social?”. No entiende que es un problema de las mujeres. No nos toma en serio. No somos más que úteros con patas. Y la cobertura de la televisión... diciendo que ahora que ya han llegado las mujeres lo próximo serán unos *caucus* de lituanos zurdos».[130]

La diatriba de Steinem, que pasó a la posteridad de la mano de Ephron, está perfectamente justificada: meses, años de furia desbordada... y no puede evitar llorar.

«Lloramos cuando nos enfadamos —me dijo Steinem cuarenta y cinco años después de aquello, recordando la conversación y meneando todavía la cabeza, como si se sintiera violenta por haber llorado y que Ephron la hubiera visto—. No creo que sea tan raro, ¿verdad? Que las mujeres lloremos cuando nos enfurecemos». Resulta sorprendente que Steinem buscara reafirmarse a

ese respecto: por supuesto que las mujeres lloramos cuando nos enfurecemos. Pero ella continuó hablando: «Me ayudó mucho una mujer que era una ejecutiva de no sé dónde... Me dijo que ella también lloraba cuando se enfurecía, pero que había desarrollado una técnica que consistía en lo siguiente: cuando se enfurecía y empezaba a llorar, decía a la persona con la que estuviera hablando: “Igual piensa usted que estoy triste, porque estoy llorando. Pero no. Estoy enfadada”. Y seguía llorando. Y me pareció brillante».

La desagradable revelación que acompañaba a la aceptación de que las lágrimas son uno de los escapes más habituales para nuestra ira es que se permiten, en parte, porque no se entiende su sustancia. Uno de los recuerdos más vívidos que tengo de uno de mis primeros trabajos, en una oficina dominada por hombres en la que de repente me encontré sollozando, presa de una rabia inexplicable, fue cómo me agarró por el cuello una mujer mayor — una directora de departamento fría y exigente que siempre me inspiró cierto terror— y me llevó a la fuerza hasta la escalera. «No permitas nunca que te vean llorar. No saben que estás furiosa. Creen que estás triste, y estarán encantados de haberlo conseguido», me dijo.

La congresista Patricia Schroeder, de Colorado, era directora de la campaña presidencial de Gary Hart en 1987, cuando el señor Hart, casado, fue sorprendido en un barco llamado *Monkey Business* cometiendo una infidelidad. Schroeder, muy enfadada con Hart y profundamente frustrada con la situación, pensó: «Bueno, yo he estado compareciendo en su nombre y participando en algunos debates» y decidió que con su candidato fuera de la competición podía plantearse presentarse ella a la carrera presidencial.

«No fue una decisión muy meditada —me dijo entre risas treinta años después—. Ya había otros siete candidatos en escena, no necesitábamos otro. Hubo quien dijo que aquello parecía *Blancanieves y los siete enanitos*». Comprendió que se había incorporado tarde a la competición, estaba en desventaja en cuanto al dinero recaudado y había jurado que no participaría a menos que lograra reunir dos millones de dólares. Pero fue una batalla muy dura. Al estudiar la documentación de la obtención de fondos, descubrió que algunos de sus partidarios estaban dando miles de dólares a los candidatos varones, y a ella solo doscientos cincuenta dólares. «Cuando lo leí, pensé: ¿qué se creen, que me hacen descuento?». Schroeder recordaba que a las puertas del otoño de 1987 la revista *Time* hizo una encuesta en la que ella

figuraba en el tercer puesto de las opciones demócratas. «Pero si mirabas las respuestas de los encuestados, veías que la mayoría decía que no votarían a una mujer, y de los que decían que sí me di cuenta de que muchos mentían. Así que pensé: “Nada. No es posible que esto salga bien. Voy a ser la eterna tercera, y la tercera no llega a la presidencia”».

Decidió entonces anunciar que no iba a hacer una campaña convencional, y cuando pronunció su discurso se sintió tan superada por un montón de sentimientos distintos —gratitud hacia la gente que la había apoyado y luchado por ella durante todo el verano, largo y bochornoso, frustración con un sistema que hacía tan complicado recaudar fondos y llegar a los votantes, y no quedarse en los delegados... e ira, hacia el sexismo— que se quedó sin habla.[131]

«Cualquiera hubiera pensado que me había dado un ataque de nervios — recordaba Schroeder, rememorando la reacción de la prensa al verla—. O que tenía a Kleenex de patrocinador. Recuerdo haber pensado: “¿Qué pondrán de epitafio en mi tumba? ¿‘Se echó a llorar’?”». Durante un tiempo Schroeder llevó lo que ella llamaba «un archivo de lloros», una breve lista de todos los políticos varones que habían llorado en público ese año. «Reagan soltaba la lagrimita cada vez que veía una bandera», recuerda. En su archivo incluyó algún récord: el gobernador de New Hampshire, John Sununu, que lloró cuando dejó el cargo de gobernador de New Hampshire, o George H. W. Bush, que era un llorón habitual. Pero la reacción ante las lágrimas de esos hombres era totalmente diferente a la que provocó Schroeder cuando se quedó sin habla.

Saturday Night Live hizo una parodia de Schroeder en un *sketch* en el que Nora Dunn la interpretaba y se echaba a llorar continuamente mientras moderaba un debate. Más tarde el *New York Times* la describiría como la mujer que se había disuelto «en un mar de lágrimas».[132] En el editorial de un periódico de Vermont se leía: «¡Qué presentación tan devastadora del carácter de esta chica!». Un columnista del *Washington Post* escribió que las mujeres mayores, como Schroeder, habían sido las que un siglo atrás defendieron la causa de las jóvenes, y dijo que era «una locura, un suicidio, que una de las pocas mujeres del Congreso diera munición a los que consideraban que las mujeres eran muchachitas ñoñas, y no gente seria a la que hay que tomar en serio».

A Schroeder este último argumento le pareció de lo más molesto. Recordaba a un hombre que había sufrido —en el plano político— después de llorar en público: Edmund Muskie, cuyas lágrimas acabaron con sus opciones a la presidencia en aquel año crucial, 1972. Treinta años después, ella seguía preguntándose: «¿Por qué no recuerdo a nadie que dijera que dejó en mal lugar a los hombres?».

Hay otra dimensión en esa elección de las mujeres que deciden llorar: el hecho de que el llanto es el emblema del sufrimiento inútil, pero provoca una reacción de solidaridad y protección hacia el que llora, sobre todo cuando las lágrimas las derraman mujeres blancas. La protección que esas lágrimas están destinadas a invocar suele utilizarse como justificación de la violencia racial. El «llanto de las mujeres blancas» ha dado lugar a importantes conversaciones sobre raza, ha desatado la solidaridad y la comprensión hacia cierto tipo de mujeres, pero no hacia otras. «No todas las lágrimas tienen la misma importancia —observó la escritora Shay Stewart-Bouley en 2018—. Las lágrimas de las mujeres que no son blancas rara vez tienen algún valor. La damisela en apuros nunca es negra».[133]

Cuando conté a Alicia Garza alguna de las historias que había oído mientras me documentaba para escribir este libro, ella me dijo que le habían inspirado tristeza. «Lo que subyace a mi ira es una profunda tristeza —afirmó—. Se me parte el corazón cuando oigo que una mujer visionaria como Shirley Chisholm solía llorar. Se me rompe el corazón cuando oigo que una mujer con el coraje de Barbara Lee tenía que controlarse para que no le temblara la voz. Me preocupa enormemente que se proyecte una imagen de Maxine Waters como si fuera una trastornada, con todos mis respetos por los que lo son, pero ella no lo es. Y sé cómo se siente uno en esos casos, yo misma me siento a veces trastornada. Siento a veces que no puedo con todo, y si no estuviera verdaderamente decidida a construir una comunidad de personas en torno a mí que me dan un empujoncito en esos momentos, probablemente no formaría parte de este movimiento. Y eso me causa tristeza».

Con un poco de humor, esa píldora que os dan pasará mejor

Prima hermana de la tristeza es la risa. Y la comedia, otra forma habitual —e igualmente mal entendida— de expresar la ira de un modo aceptable para el entorno social.

Pat Schroeder acostumbraba a canalizar sus frustraciones en el Congreso

con réplicas ingeniosas que no siempre eran del agrado de sus colegas. Algunas de sus ocurrencias se hicieron famosas, como el mote que puso a Ronald Reagan: «El presidente de Teflon». Cuando le preguntaron, por millonésima vez, si iba a presentarse «a presidente, como mujer» ella respondió: «¿Qué otra opción tengo?». Como miembro del Comité de las Fuerzas Armadas del Congreso, Schroeder soltó una vez a los oficiales del Pentágono que si fueran mujeres siempre estarían preñadas, porque no sabían decir que no a nada. El *New York Times* contaba que cuando Schroeder juró su escaño en el Congreso, llevaba pañales en el bolso y hacía referencia también a su famosísimo retorno tras una baja por maternidad, cuando le preguntaron cómo podía compaginar sus labores de madre con las de congresista: «Tengo un cerebro y un útero, y utilizo los dos».[134]

«Desde luego, sonó un poco cortante: no tendría que haberlo dicho», me contó Schroeder en 2017. Durante mucho tiempo ha afirmado —de esto también hablaba el reportaje del *Times*— que no creía que a nadie le gustara «tratar con una sabihonda».[135] Refiriéndose a sus experiencias anteriores, dijo que estaba convencida de que muchas de las cosas que decía no se entendían como humor, sino como agresión. Recordaba que sus colegas le habían llamado «la bruja (o la zorra) mala del Oeste». Schroeder hablaba de lo injusto que era todo aquello, y mencionó que en más de una ocasión sus pullas fueron la única defensa de que disponía cuando se enfrentaba a alguna actitud sexista: «Si un tío dice algo en su defensa, es que está en su sitio. Si lo dices tú, es que tienes la piel muy fina o que eres mezquina. Se supone que las mujeres tenemos que poder con todo esto, tragárnoslo y seguir adelante».

Lo irónico era que Schroeder estaba utilizando su ingenio con toda idea, así como su imagen femenina y agradable —dibujaba caritas sonrientes en la *p* de su nombre cuando firmaba, y se reía mucho—, para liberar la angustia que le causaban sus ambiciones políticas, su disposición a censurar a sus adversarios y su estilo, a veces beligerante. Hubo una época, en 1990, en que era la más veterana de las mujeres congresistas. El *New York Times* la describió, en su faceta política, como «espabilada, de mirada aguda, casi letal» y comentó que «con los años ha contribuido a desalojar no a uno, sino a dos presidentes del Comité de las Fuerzas Armadas». Pero ella se limitaba a citar un consejo que le había dado su padre: «Nunca pongas mala cara a un enemigo. Sonríe. Eso sí que les da miedo».

Entre las órdenes que la cruzada antifeminista Phyllis Schlafly daba a sus

soldados de infantería durante su campaña para evitar que se ratificara la enmienda a la Ley de Igualdad de Derechos en los setenta, estaba precisamente esa: que sonrieran siempre, siempre. Uno de los libros más célebres de Schlafly se titulaba *The Power of the Positive Woman*, el poder de la mujer positiva.[136] Pero una mujer positiva que no deja de sonreír solo puede ocultar sus ambiciones si se trata de una mujer que lucha del lado del patriarcado blanco. A fin de cuentas, Schlafly impidió la ratificación de la enmienda y pocas veces sufrió presiones por transmitir un mensaje, en el fondo, nada ingenuo: era mujer, política y poderosa, y recorrió todo el país diciendo a otras mujeres que su misión era quedarse en casa. A Schroeder, sin embargo, feminista y de izquierdas, a pesar de todas las caritas sonrientes que había dibujado, los más críticos seguían viendo en ella —según el *Times*— «una expresión dura, casi una mueca de disgusto, una voz nasal que emite con la mandíbula tensa y unos ojos que desaparecen de tanto como los entorna... La pura realidad es que Schroeder es una figura política resuelta con una sonrisa forzada cuya afición por los comentarios ingeniosos “oculta y, en ocasiones, socava su seriedad”». [137]

Pero incluso en el supuesto de que no siempre funcione para ocultar la ambición y la agresión, el humor puede hacerlo todo un poco más fácil. A pesar de su reputación —ganada, irónicamente, por sus objeciones a los chistes guarros y por su oposición a que se diga a las mujeres que tienen que sonreír, como si fueran objetos decorativos— de personas sin sentido del humor, muchas de las feministas de la segunda ola eran mujeres muy divertidas. Y Flo Kennedy, la que más.

Steinem, su compañera habitual en los discursos, lo cuenta así: «Su comentario típico lo soltaba siempre cuando algún tío de las últimas filas se levantaba y preguntaba: “¿Sois lesbianas?”. Ella respondía: “¿Eres tú la alternativa que se me ofrece?”». Según Steinem, Flo Kennedy «siempre conseguía decir algo que hiciera reír a la gente, pero siempre con doble intención. Quiero decir... Con sus bromas lograba que nadie se fuera de rositas».

A veces el humor es la mejor manera de meter la daga, de expresar una furia ardiente que, por muchas razones, no puede salir sin más, pero que sí tiene cabida cuando se expone como si se parodiara lo que diría una persona marginal cuando se enfada. Eso si su enfado contara con el espacio y el respeto debidos.

Durante la presidencia de Obama, los humoristas Jordan Peele y Keegan-Michael Key crearon un personaje llamado Luther que hacía de «traductor del cabreo» para el comandante en jefe siempre bien temperado: el presidente negro que nunca podía mostrar su ira. Durante la campaña de 2016, llegó a Internet la mejor selección de la ira imaginada de Hillary. Fue en la página web *Medium* y a través de un par de piezas archivadas bajo la etiqueta @shitHRCcantsay, que destrozaba la forma en que se había tratado a Clinton: «Llevo toda la puñetera vida preparándome para este puesto, así que dejad de meteros conmigo con lo del programa de Ellen [DeGeneres] y dadme ya una puta oportunidad», decía un comentario. La Hillary ficticia de esta parodia representaba todo lo que se supone que no debe ser una mujer y, por tanto, todo lo que la Hillary real no podría mostrar nunca: seguridad en sí misma, fanfarronería, condescendencia y rabia ante las estupideces a las que tenía que enfrentarse para cumplir con la norma estadounidense de feminidad. Y desde luego, animaba mucho leerlo.[138]

La liberación fue aún más necesaria cinco días después de la derrota de Clinton, cuando la cuenta ficticia publicó una entrada en la que Hillary se enfrentaba a todos los comentarios que la apuntaban con el dedo, señalándola como única culpable. En la parodia, Clinton le daba la vuelta y echaba la culpa a todo el mundo, salvo a sí misma, colocándose a la defensiva con una actitud de autoconfianza que resultaba perfecta en su formato de parodia, pero que habría estado muy mal vista en la vida real, precisamente porque era un torrente de rabia pura que, si lo hubiera soltado cualquier mujer de carne y hueso, no habría sobrevivido:

Quisiera hacer extensivo a los medios de prensa nacionales mi deseo de que les jodan. Por haber invertido más tiempo con mis correos electrónicos que con la suma de todos los demás problemas políticos que tiene el país. Por decir, constantemente, que tengo «fallos» o «defectos»... Cacho cabrones, ¡decidme uno solo! ¿Mi programa benéfico que reparte medicamentos a enfermos de sida sin recursos? ¿De verdad os creéis esas mierdas? ¿Venís ahora con soluciones mágicas, cuando ya ha terminado la función? ¿Venís a criticar mi campaña? ¡Copón! Yo gané el voto popular, y eso que competía contra América. Y nos quedaba el voto indeciso... Queridos, si no os habéis decidido después del discurso del violador mexicano solo puede ser por una cosa: necesitáis que yo sea perfecta. Y ¿sabéis una cosa? Allá por 1965 me presenté a delegada de clase en el instituto donde estudiaba y perdí. Ganó un chico que me dijo: «Tienes que ser muy boba para creer que van a elegir a una chica». Bueno, desde entonces me he echado encima cincuenta años: años de trabajo duro e incansable y ahora, por fin, después de tanto tiempo... se ve que aquel crío llevaba razón.[139]

La comedia da cobertura a lo que no se puede decir. Y, en el caso de las mujeres, a esa ira que a veces es necesario dejar cocer, justificada, sí, pero

poco atractiva y autocompasiva. ¿Por qué los partidarios de Hillary, los que se han implicado de verdad en que ganara la presidencia y que se han enfrentado a invectivas que venían de todas partes, no iban a ponerse a soltar lo suyo aunque sonara mezquino, vulgar y airado?

Muchas mujeres del ámbito de la comedia han entendido que el humor es una vía de escape para su furia, o bien que era esa ira lo que necesitaban para ejercer su profesión. «En cuanto no te cabreas por lo que sucede, en cuanto deja de afectarte..., ¿de qué hablas? —preguntaba Joan Rivers en el documental de 2010 *A Piece of Work*—. Yo me pongo furiosa con todo lo que veo..., pero si no sintiera ira no podría ser humorista. La ira es el combustible de la comedia».

Phoebe Robinson, humorista de una generación completamente distinta, ha contado en sus memorias, tituladas *You Can't Touch My Hair (No puedes tocarme el pelo)*, que el humor la ayudó a canalizar su dolor y controlar la imagen de insatisfacción que daba al público. «Si yo expresaba ese dolor bromeando, en tono inteligente, nadie se ofendía, ¿verdad?». Robinson, que es el cincuenta por ciento de la pareja de los pódcast de humor *2 Dope Queens*, escribió: «Nadie te puede llamar negra airada si todos nos reímos, ¿verdad?».[140]

El humor puede ser una manera excelente de ocultar la ira contra la degradación sexista y racista y de desafiar la autoridad masculina blanca de soslayo, sin el riesgo de un enfrentamiento frontal. Tanto es así que quizá no resulte sorprendente que la humorista Tina Fey escribiera algunos textos humorísticos sobre el depredador sexual Harvey Weinstein, textos sobre «quedarse debajo» de Weinstein o rechazar un encuentro sexual con él y que leyó en su programa *30 Rock* en 2012, años antes de que se pudiera hablar de su conducta de manera directa. En 2013, durante la ceremonia de los Óscar, el humorista Seth MacFarlane —varón blanco— también hizo un chiste sobre Weinstein: dijo que las nominadas a Mejor Actriz Protagonista ya no tendrían que fingir que se sentían atraídas por el productor. Después de las denuncias de 2017, cuando salió a la luz el alcance de las correrías del depredador Weinstein, MacFarlane explicó que una amiga suya, una actriz a la que había acosado Weinstein, había confiado en él. «No os equivoquéis», dijo en aquel momento en tono de broma; pero su comentario ingenioso venía «de un lugar de odio y de ira».[141]

Después de muchos años en que las historias de mujeres que aseguraban haber sufrido acoso sexual por parte de Bill Cosby no tuvieran repercusión alguna, el humorista Hannibal Buress, enfadado por cómo Cosby instaba a los afroamericanos a que «guardaran las formas», en el curso de un monólogo le replicó: «Sí, pero usted ha violado a muchas mujeres, Bill Cosby, así que baje un poco el volumen». Y fue precisamente después de que los medios recogieran el comentario de Buress cuando comenzaron, por fin, a tomar cuerpo las alegaciones contra Cosby.

El humor no solo proporciona el disfraz perfecto a la furia: también puede absorberla, y rebajar la tensión que provoca. Cuando comenzó su programa en TBS, la humorista Samantha Bee abrió una «línea para amenazas de violación» en reacción al tipo de abuso al que se veía expuesta a través de Internet, como mujer humorista. Los que llamaban oían el siguiente mensaje: «Aquí no hay nadie que escuche su mensaje, pero su oferta de sexo no consensuado es importante para nosotros. De modo que, si es tan amable, seleccione una opción del menú siguiente: para llamarme zorra gilipollas a la que hay que violar, pulse 1; para decirme que me la va a meter por todos y cada uno de los orificios de mi cuerpo de progre revenida, pulse 2...».

«Aquello ya no es una broma para nadie —me dijo Bee en 2016—. Es probablemente la sátira más oscura que se puede hacer del asunto, y dice mucho de lo que supone ser mujer en este negocio».

El programa semanal de Bee acabaría convirtiéndose en una de las principales salidas para el humor airado y feminista no solo durante las elecciones, sino también durante los años siguientes. Sus monólogos de apertura a veces no eran más que prolongadas diatribas, y las risas no solo procedían de chistes: a veces venían también del placer vertiginoso que proporcionaba escuchar los vituperios que se lanzaban, correctamente, contra gente que no se comportaba bien. El mero hecho de soltar el rencor ya se convertía en humor en sí mismo, y lo más gracioso es que aquella era la respuesta más racional, pero no podía verbalizarse fuera de los límites de un monólogo humorístico. O, de haberlo hecho, no se habría tomado en serio.

Durante la semana de 2018 en la que Paul Ryan anunció que se retiraba de la Cámara de Representantes, mi marido y yo pasamos mucho tiempo sentados delante de la televisión, viendo programas muy serios de emisoras por cable, con la mandíbula caída. Algunos expertos afirmaban que Ryan,

congresista de Wisconsin que había sido portavoz de los republicanos desde 2015, y que había pasado años liderando la corriente más virulenta de conservadurismo que habíamos conocido hasta entonces y que acabó con Trump en la presidencia, era en realidad un genio de la fiscalidad bienintencionado, y su dimisión una señal de que la marca de Ryan, la de un conservadurismo moderado y responsable, quedaba fuera de juego y cedía el puesto a la administración Trump. Nos pusimos rojos de ira: aquella beatificación retroactiva de Ryan, el hombre que había fantaseado con retirar a los desfavorecidos el acceso a los programas sanitarios que proporcionaba el Medicaid desde sus tiempos de universitario, cuando daba sus discursos subido a un barril, un tipo que había permanecido en la administración el tiempo suficiente para conseguir una amnistía fiscal para los más ricos, un legislador que se había pasado toda la carrera política oponiéndose de plano al derecho a abortar incluso en caso de violación o incesto..., era irracional, era mentira, era una situación de divorcio de la realidad. Pero en los informativos se había generalizado la idea de que Ryan era un hombre impulsado por unas convicciones morales personales.

Días después nos sentamos a ver *Full Frontal with Samantha Bee*, y allí estaba Bee, echando humo. «Paul Ryan es una mala persona —dijo en su monólogo de apertura—. No es un estadista: es un tarado». Pensando que Ryan se presentaría, algún día, como candidato a la presidencia, Bee siguió: «El tío cuenta con que a nosotros se nos olvide lo espantoso que es, pero eso no va a pasar. Paul Ryan, tu legado será haber obligado a los pobres a pagar los favores fiscales que se les han hecho a los ricos, luchar por desalojar a millones de personas del sistema sanitario, intentar destripar los programas sociales, defender el veto a los musulmanes y provocar una crisis constitucional convenciendo a todo el mundo de que prender fuego a las normas democráticas y a la estructura de la seguridad social es *moderado*». Mi marido y yo aplaudimos. No había ni siquiera intención de que aquello pasara como broma. Era la verdad, dicha con furia. La verdad desnuda pronunciada sin el menor disimulo. Hasta tal punto que arrancaba una carcajada.

Pero no todo el mundo percibe esa forma de expresar la ira que utiliza Bee como algo útil. En octubre de 2016 dedicó un monólogo a la cinta de *Access Hollywood*: en él decía que Trump y Billy Bush eran «un par de dildos repugnantes» y que todas las mujeres que conocía «se habían encontrado un

monstruo pagado de sí mismo y cargado de testosterona que las agarraba como si fueran una bola en la bolera». Megan Garber, de *Atlantic*, se mostró preocupada porque la respuesta de Bee a la falta de civismo del depredador Trump ponía en bandeja «una ira que no tenía la menor intención de atemperarse ni de disfrazarse de sátira... Era una ira hirviente, que se defendía por sí sola». Garber pensaba que la ira de Bee ante Trump estaba justificada, pero quedaba abierto un interrogante: «¿Es productiva? Porque la ira puede ser una vía para que las cosas cobren sentido. Sin embargo, en raras ocasiones resulta útil».[142]

La preocupación que mostró Garber ante la ira profana de Bee pudo deberse a que sabía que cuando el humor desafía al poder con una actitud demasiado directa, el poder condena a la comedia. Esa dinámica quedó patente durante la Cena de Corresponsales de la Casa Blanca en 2018, cuando la humorista Michelle Wolf interpretó una sátira venenosa de la administración Trump y los corresponsales de la Casa Blanca que se habían reunido allí con ocasión de su celebración anual de autocomplacencia. El ataque letal de Wolf contra la prensa se valió de un dispositivo para marcar la distancia muy empleado por los humoristas: la audiencia tenía que entonar una cancioncilla sobre la supuesta pobreza de Trump, cuyo estribillo era: «¿Hasta qué punto está arruinado?». Las respuestas eran comentarios previsibles que no se decían en absoluto en tono de broma: «Tuvieron que prestarle dinero los rusos y ahora está en deuda, expuesto al chantaje y posiblemente sea el responsable de que la república se venga abajo... Sí, qué juego tan divertido».[143] Wolf se cebó con la secretaria de prensa de Trump, Sarah Huckabee Sanders, y la comparó con la Tía Lydia de *El cuento de la criada*: una mujer que trabaja para sostener un régimen político patriarcal y violento, sugiriendo que Sanders «maquillaba los hechos» para que le parecieran bien a la gente y se preguntaba cómo podría referirse a ella, transmitiendo a su vez, a la audiencia, el interrogante: «¿Cómo se llamaría al Tío Tom si fuera una mujer blanca que decepciona al resto de mujeres blancas? Ah, ya lo sé: Tía Coulter».[144]

Era brutal: Wolf ya no se cortaba con la prensa. Continuaba repitiendo: «Creo que no hay nadie en esta sala dispuesto a admitir que Trump os ha ayudado a todos... Os ha ayudado a vender vuestros periódicos, vuestros libros y vuestra televisión. Vosotros habéis contribuido a la creación de este monstruo, y ahora le sacáis partido. Y si os aprovecháis de Trump, deberíais

al menos darle algo de dinero, porque el hombre no tiene un centavo».

Wolf mostraba su ira de manera directa e inconfundible. Terminó su intervención en una sala que se había quedado fría con una rúbrica doblemente airada: recordando a los invitados a aquella fiesta de postín, civilizada y bipartidista, la cruda realidad que vivían los soñadores y los residentes de la ciudad de Míchigan, donde una decisión del Gobierno para ahorrar dinero había llevado a que el agua potable contuviera cantidades tóxicas de plomo: «Y..., bueno, como inmigrante a quien sus padres trajeron hasta aquí y que no hizo nada malo, tengo que irme cagando leches. Buenas noches. Flint sigue sin agua potable».

Como escribió Masha Gessen en el *New Yorker*, aquel monólogo «hizo explotar las burbujas de la civilización y la actuación teatral y derribó las fronteras entre prensa y humor. Puso a los asistentes ante una realidad que, en la era Trump, es la materia de la que se hace la comedia. Valiéndose de su humor obsceno, Wolf mostró la obscenidad de lo ficticio y la ausencia fundamental de humor en absolutamente todo».[145]

Era de esperar que la derecha contraatacara, pero también lo hicieron algunos miembros de la prensa política. Mika Brzezinski, de *Morning Joe*, puso algún tuit en defensa de Sanders, como el que decía: «Ver a una mujer, esposa y madre, humillada en la televisión nacional solo por su aspecto físico es deplorable»,[146] y Maggie Haberman, del *New York Times*, puso otro donde decía que Sanders «se quedó sentada, asumiendo las duras críticas contra su aspecto físico» (Wolf no había criticado su físico en ningún momento) o «sobre su rendimiento laboral y todo lo demás», que había aguantado sin moverse «en lugar de ponerse en pie y marcharse de allí: fue impresionante».[147] Chris Cillizza, de CNN, se mostró maravillado ante la capacidad de Sanders para soportar el ataque, y comentó que «ser graciosa es una cosa, y meterse con la gente otra muy distinta: lo que hizo Wolf con Sanders fue acoso y derribo, y eso no está bien. Nunca». Recordemos que Cillizza fue el periodista que en 2009 dijo «en broma» de Hillary Clinton que era una «zorra chalada» y que ha publicado una lista con sus insultos favoritos de entre los lanzados por Donald Trump, en la que se incluyen referencias racistas, como cuando llamó Pocahontas a Elizabeth Warren. Llegó a decir que Trump, entonces candidato a la presidencia, era «el Michael Jordan de los apodos».

Valiéndose de ese humor resuelto pero airado, Wolf ha dejado claro el argumento que intentaba defender: la complicidad de la prensa y de las partidarias de Trump en el ascenso de un régimen político abusivo, cruel y autoritario. Los destinatarios de su monólogo cayeron en la trampa reaccionando contra este de un modo que pone de manifiesto que ella tenía razón: no se equivocó cuando les acusó de proteger y dar cobertura, precisamente, al poder.

¡A la mierda!

El uso que hacen las mujeres de la vulgaridad como herramienta de comunicación para expresar su ira de modo catártico provoca en el público sentimientos encontrados. A mí me ha sorprendido: agradablemente, eso sí. Pero a mí me encanta la vulgaridad. En 2016, durante la Convención Nacional Demócrata, entrevisté a la congresista Gwen Moore, de Milwaukee. Me estaba ella hablando de los obstáculos económicos con los que se había topado en la vida siendo negra y madre soltera, y «saludaba con el dedo medio levantado», como ella misma decía, a cualquiera que quisiera votar en noviembre a un tercer partido. Luego me miró fijamente y confesó: «Estoy acojonada». Yo no había oído casi nunca decir palabrotas a un candidato electo, especialmente si era mujer, ante el micrófono de un periodista. Pero lo cierto es que fue un alivio. A fin de cuentas, yo sabía perfectamente a qué se refería.

En 2017 muchas mujeres de Washington empezaron a decir palabrotas. Kamala Harris y Kirsten Gillibrand, senadoras de los Estados Unidos, habían sucumbido a la vulgaridad en sus intentos de transmitir la intensidad de su antipatía por la administración Trump y el partido que lo había hecho posible y lo estaba apoyando.

En 2017, en el curso de un debate sobre el plan del Partido Republicano de derogar y sustituir el Obamacare, se celebró en San Francisco un acto en el que Harris se burló de una congresista que había dicho: «Nadie se muere por no tener acceso a la sanidad». Harris dijo desde el escenario: «¿Qué cojones es eso?». Unos meses después apareció un perfil suyo en *New York Times* donde no se mostraba mucho más cauta: «Me dijeron que no podía decir [...] —el periodista dejó ahí un espacio en blanco, pero hizo una descripción detallada para que los lectores pudieran leer “cabronazo”— en entrevistas como esta. Así que no lo diré».[148] Después de aquello, Gillibrand se mostró

completamente libre en una conversación que mantuvo conmigo durante las luchas por el sistema de asistencia sanitaria que tuvieron lugar en 2017 y en la que afirmó que, como senadora que era, si no hacía nada que sirviera para ayudar a la gente, era mejor que se fuera «a su puta casa». Hubo muchos comentarios de lectores que pensaban que su abuso del improperio era una manera de imitar al presidente. De hecho, había empleado mucho lo vulgar en sus memorias (2014) y reconocido que sentía debilidad por las palabrotas, pero que la era Trump le permitía utilizarlas siempre que intervenía desde el estrado. Así que no se cortó. En julio de 2017 Gillibrand preguntó ante una multitud: «¿Ha cumplido Trump sus promesas?» y luego se respondió ella misma: «No, cojones. No lo ha hecho». Esa respuesta, claro está, le valió el calificativo de *desquiciada* en toda la prensa de derechas.

Ahora resulta que las mujeres que estuvieron inmersas en el infierno legislativo de la administración Trump podrían haberse decidido a emplear la vulgaridad como analgésico. El profesor de Psicología Richard Stephens habló al *New York Times* de un estudio que había llevado a cabo y en el que había pedido a varios individuos que sumergieran las manos en agua helada y las mantuvieran allí todo el tiempo que pudieran, mientras repetían una palabra que podía ser una palabrota o un término neutro. Los que se decidieron por la palabrota lograron mantener las manos metidas en el hielo un 50 por ciento de tiempo más que los otros, y se quejaron menos de la intensidad del dolor. Decir palabrotas, según el *Times*, «puede resultar catártico y contribuir a tolerar mejor el dolor». Hay otros estudios en curso con los que se intenta determinar si, además de mitigar nuestro malestar, maldecir puede incrementar nuestra fuerza, una posibilidad que conformaría y complicaría la idea de que los manifestantes, al sentirse impotentes ante la administración Trump, escojan siempre insultos para decorar sus pancartas.

Al igual que sucede con la ira, nunca se ha animado a las mujeres a que digan palabrotas: se considera que es algo propio de hombres, no de señoras. Pero lo cierto es que su utilidad radica, precisamente, en que representa una vía de escape para toda la ira que han guardado dentro. «Maldecir permite sobrellevar la ira y darle rienda suelta, y nos ayuda a gestionar el estrés», dijo el profesor Timothy Jay al *New York Times*. Las vulgaridades nos permiten, según él, «expresar de manera simbólica nuestras emociones hacia los demás, sobre todo las de ira y frustración», y así no tenemos que hacerlo físicamente o empleando la violencia.[149]

A diferencia de lo que sucede cuando una mujer expresa abiertamente la ira o el disgusto, el lenguaje sucio se ha convertido en una especie de tarjeta de presentación del atractivo y el buen humor, en un símbolo de la integración con los hombres. Puede resultar simpático, puede humanizar. Y además, en momentos de auténtica rabia explosiva, puede ser instintivo, casi animal.

Alicia Shepard, que fuera mediadora de la radio nacional, NPR, recordaba una reunión del gremio en la que pidió al director que le explicara una cosa. El director era un hombre blanco, mayor. Cuando él respondió: «Está en la página web, querida», ella replicó sin pensarlo: «No me llames querida, gilipollas». En 2017 Shepard contó a la organización de prensa Poynter que no sabía de dónde había sacado aquella palabra. «Pero estaba harta de que me llamaran cielo y querida... Y todo eso, que estaba cociéndose dentro, salió a la superficie y provocó un estallido».[150]

«Hay gente a la que de verdad le ofenden las palabrotas —me dijo Gloria Steinem—. Pero a mí me parece que el arte está en colocar el *puto* en mitad de la palabra, no decirlo sin más». Steinem dijo que había aprendido el truco del musical *Hair*, una de cuyas canciones —*Abie Baby*, dedicada a Abraham Lincoln— se refiere al decimosexto presidente como «el *Emancimotherfucking-pator* (¡“Liberta-puto-dor”!) de los esclavos». A Steinem le encantó, y suele meter palabrotas en medio de algunas palabras para dar énfasis y jugar con las frases. «Así que ahora digo “fan-puto-tástico”, por ejemplo».

Pero si pensamos cómo han llegado las palabrotas a adquirir tanto peso, veremos que encierran muchas cosas. Según los investigadores citados en el *New York Times* «las expresiones vulgares tienen poder solo porque se lo damos nosotros. Si no estuvieran censuradas, si no se llamaran palabrotas, serían términos estándar».[151] Lo que hace potente a la vulgaridad es suprimirla y censurarla, y eso es algo que hacen muy bien los que siguen vestidos con el poder de reprimir la furia de las mujeres.

Ponte volcánica

Cuando fallan todos los demás métodos —la supresión, la todopoderosa justificación, las lágrimas y las palabras obscenas— algunas mujeres de la política han decidido, simplemente, lanzar los naipes al aire y mostrar su ira. Sin parar ni pedir disculpas. En 2014, cuando el Congreso no logró aprobar la llamada *Paycheck Fairness Act* (Ley de Equidad Retributiva), que hubiera

permitido proteger la Ley de Igualdad Salarial y garantizar un sueldo justo e igualitario a las mujeres —sobre todo a las de color—, la senadora Barbara Mikulski, de Maryland, pronunció un discurso en el Senado: «Les voy a decir de qué estoy cansada. Estoy cansada de oír que cuando hablamos nos dejamos llevar por la emoción. Muy bien. Pues me voy a dejar llevar por la emoción: se me llenan los ojos de lágrimas sabiendo que las mujeres trabajan duro día tras día y que les pagan menos. Me dejo llevar por la emoción cuando lo oigo. Y luego, cuando oigo todas las razones que lo justifican, unas mezquinas y otras sin sentido, me dejo llevar por la emoción. Me enfado. Me indigno. Y entro en erupción, como un volcán».

Hay muchos ejemplos que muestran que la expresión de la furia de las mujeres, cuando es directa y descarada, ha resultado eficaz desde el punto de vista retórico. Incluso si, como en el caso de Mikulski, no tuvo la repercusión deseada en lo legislativo, lo jurídico o lo político.

La gente suele considerar a Gloria Steinem —mujer blanca, cisgénero, femenina en el sentido tradicional y atractiva— la gran comunicadora de la ira feminista. Durante todo el tiempo que estuvo en escena (fueron décadas) la prensa la colocó siempre —y con muy mala baba— en el puesto de «única feminista a la que América tiene interés en escuchar». Pero en aquellos días habló mucho con Flo Kennedy, proveedora de la furia directa y sin disimulos: «Yo siempre tenía que hablar en primer lugar, porque si hablaba detrás de Flo se producía una especie de anticlímax. Así que no había discusión: yo iba primero».

Puede que no haya mejor personificación de la ira no disimulada que funciona como superpoder que Flo Kennedy. La vida de Kennedy fue un estudio de la resistencia furiosa y sin disimulos ante la injusticia. Durante su juventud, en Kansas City (Misuri), había participado en un boicot a la embotelladora de Coca-Cola de la zona porque no contrataban camioneros afroamericanos. Cuando le denegaron la entrada a la Facultad de Derecho de Columbia —no por ser negra, sino por ser mujer, según le dijeron en la administración—, amenazó con denunciarles por discriminación y fue admitida junto a otras siete mujeres: ella era la única negra de su clase. Como abogada representó a los miembros de los Panteras Negras acusados de conspirar para llevar a cabo una serie de bombardeos, llevó a los tribunales a la Iglesia católica y, en 1969, organizó una protesta feminista contra el veto al aborto en el estado de Nueva York, que se anuló en 1970. En 1973, durante la

protesta de los estudiantes de Harvard para que la ratio de género en la escuela fuese de 50-50, Kennedy metió baza y llamó a Harvard Yard «el culo del mundo». Orquestó una protesta legendaria (la Gran Meada) contra la escasez de aseos para mujeres^[152] y estuvo en el reparto de la película feminista *Born in Flames* (1983) sobre un grupo de mujeres revolucionarias que se reúnen y forman un ejército de renegadas para combatir la opresión racial y de género.

La revista *People* la describió como «la dueña de la boca más grande, que más gritaba y que mayores groserías decía de todo el campo de batalla en el que activistas feministas y políticos radicales se unían en causas comunes».

Cuando hablaban en algún acto conjunto, recuerda Steinem, Kennedy la reñía por su estilo «de institutriz», porque era demasiado contenida y no gritaba ni mostraba ninguna emoción. Al contrario, se ceñía en exceso a las notas que llevaba consigo para pronunciar sus discursos. «Al principio me llamaba aparte, porque yo siempre aportaba hechos y cifras: sentía que tenía que demostrar cómo nos discriminaban. Entonces Flo me llamaba y me decía: “Corazón, estás metida en una zanja, con el tobillo debajo de la rueda de un camión. No puedes mandar a alguien a la biblioteca a que averigüe cuánto pesa el camión: tienes que quitártelo de encima”».

Pero aunque Kennedy era infatigable a la hora de expresar su ira, su dinamismo no siempre era del gusto de otros integrantes del movimiento. Steinem recuerda haberla invitado a hablar en Washington, en una importante reunión para una organización de mujeres. «Miles de personas que venían de todas partes con la más absoluta desorganización. Y yo invité a Flo — recuerda Steinem—. Recuerdo que me llamó Betty Friedan toda enfadada y me dijo: “No puedes invitarla, no podemos traerla aquí. Nos va a hacer el *mau-mau*” (esta es una expresión racista tomada de la rebelión keniana, que se emplea para indicar un ataque hostil)». Steinem ignoró a Friedan. Kennedy fue e intervino en el acto. «Y, por supuesto, todo fue bien». Más que bien, porque junto a la rabia de Kennedy se percibía una «generosidad increíble» y buen humor, según recuerda Steinem. Con todo lo que se retorcieron las manos, nerviosas ante el riesgo de sentir una rabia excesiva o ante la idea de que mostrarse demasiado airadas les haría parecer quisquillosas, poco hospitalarias, agresivas..., lo que suele dejarse de lado casi siempre es que liberar la ira puede acompañar, a veces incluso propulsar, el gozo, la buena voluntad, la calidez y la amabilidad.

«Flo aceptaba la idea de que la gente puede ser activista de muchas formas distintas, y eso está bien», recordaba Steinem. Pero la disposición de Kennedy a liberar la ira, ese impulso que muchas mujeres reprimen con tanta fuerza, también fue un hábito que inspiró (y en ocasiones aterró) a muchas otras.

«Una razón por la que para las mujeres de la esfera pública es muy importante poder expresar su enfado en nombre de todas nosotras, que también lo sentimos, es que necesitamos una abanderada», decía Steinem recordando a otra amiga y contemporánea suya, la congresista Bella Abzug: bajita, robusta, gritona y aficionada a las expresiones duras. En la Conferencia de Mujeres de 1977, celebrada en Houston, en la que Maxine Waters (que entonces tenía treinta y nueve años y era miembro de la asamblea) estaba esperando para hablar con Abzug, Steinem recuerda: «Bella me estaba gritando a mí, dándome a entender que lo había echado todo a perder». Steinem recuerda que se dio cuenta de que Waters estaba observando su altercado con Abzug: «Vi que Maxine estaba consternada. Así que la llevé a un lado y le dije: “No te preocupes. Así es como hablamos entre nosotras en Nueva York”».

Pero por sorprendente que resultara su aspereza, continúa diciendo Steinem, «Bella podía perfectamente ser nuestra abanderada. Quiero decir..., espantó a mucha gente, pero en el fondo todo el mundo la adoraba por enfadarse tanto. Y Flo también: Flo también podía ser nuestra abanderada».

Emily Jane Goodman, buena amiga de Kennedy, que fuera juez del Tribunal Supremo de Nueva York, dijo cuando murió Kennedy, en el año 2000, que «había enseñado a toda una generación el modo correcto de vivir una vida». La exuberancia de la ira de Kennedy era contagiosa. Era un modelo de furia de mujer, perfectamente justificada: el que la gente quería escuchar. Como Kennedy escribió en sus memorias: «Yo no soy más que una señora de color, de mediana edad, con la boca muy grande, con la columna vertebral fusionada y sin un metro de intestino, y mucha gente piensa que estoy loca. Quizá ustedes también lo piensen, pero yo nunca me paro a preguntarme por qué no soy como los demás. El misterio para mí es por qué no hay más gente como yo».

[113] Richard Brookhiser, «The Happy Medium», revisión de *Other Powers: The Age of Suffrage, Spiritualism, and the Scandalous Victoria Woodhull* y *Notorious Victoria: The Life of Victoria Woodhull, Uncensored*, *New York Times Books*, 29 de marzo de 1998, <https://archive.nytimes.com/www.nytimes.com/books/98/03/29/reviews/980329.29brookht.html?scp=>

- 9&sq=Napoleon%2520and%2520Josephine:%2520A%2520Love%2520Story&st=Search.
- [114] Marjorie Spruill Wheeler (ed.), *One Woman, One Vote*, Troutdale, Oregon: New-Sage Press, 1995, p. 127.
- [115] *Ibid.*, p. 126.
- [116] «Mother Bloor: U.S. Communist Heroine», *Life*, 26 de julio de 1937, <https://books.google.ca/books?id=pEUEAAAAMBAJ&pg=PA27&lpg=PA27&dq=grand+old+woman+of+the+U.S.+communist+par+SP8GXcvZf&sig=2lwUS5XCddb5z-6VAGT95wMGZ9I&hl=en&sa=X&ved=0ahUKEwui6ofQrNLMAhXi44MKHYUtBrgQ6AEIIDAC#v=onepage&q=grand%20old&f>
- [117] Mary Triece, *On the Picket Line: Strategies of Working-Class Women During the Depression*, Champaign: University of Illinois Press, 2007, p. 19.
- [118] Stephen Tuck, *We Ain't What We Ought To Be: The Black Freedom Struggle from Emancipation to Obama*, Nueva York: Belknap Press, 2011, p. 189.
- [119] Marjorie Spruill Wheeler (ed.), *One Woman, One Vote*, Troutdale, Oregon: New-Sage Press, 1995, p. 175.
- [120] Mamie Till Mobley, «The Untold Story of EMMETT LUIS TILL (Documentary 2005) by Keith Beauchamp», vídeo de YouTube, 1:08:18, 19 de noviembre de 2012, <https://www.youtube.com/watch?v=bvijYSJtkQk>.
- [121] David Deitcher (ed.), *The Question of Equality: Lesbian and Gay Politics in America Since Stonewall*, Nueva York: Scribner, 1996, p. 67.
- [122] Manny Fernandez, «A Stonewall Veteran, 89, Misses the Parade», *New York Times*, 27 de junio de 2010, https://www.nytimes.com/2010/06/28/nyregion/28storme.html?_r=1.
- [123] Alexandria Piette, «In Remembrance of the Stonewall Riots», *Women's Republic*, 8 de junio de 2017, <http://www.womensrepublic.net/in-remembrance-of-thestonewall-riots-the-lasting-impact-on-the-lgbtq-community/>.
- [124] Megan Garber, «All the Angry Ladies», *Atlantic*, 6 de noviembre de 2017, <https://www.theatlantic.com/entertainment/archive/2017/11/all-the-angry-ladies/545042/>.
- [125] Meghan O'Rourke, «Mourning Trump and the America We Could Have Been», *New Yorker*, 10 de noviembre de 2016, https://www.newyorker.com/culture/culture-desk/mourning-trump-and-the-america-we-could-have-been?irgwc=1&source=affiliate_impactpmx_12f6tote_desktop_Skimbit%20Ltd.&mbid=affiliate_impactpmx_12f6tote_desktop_Skimbit%20Ltd.
- [126] Lisa Feldman Barrett, «Hillary Clinton's "Angry" Face», *New York Times*, 23 de septiembre de 2016, <https://www.nytimes.com/2016/09/25/opinion/sunday/hillary-clintons-angry-face.html>. Véase también: Mary Lay Schuster y Amy D. Proppen, *Victim Advocacy in the Courtroom: Persuasive Practices in Domestic Violence and Child Protection Cases*, Boston: Northeastern University Press, 2011.
- [127] Leslie Jamison, «I Used to Insist I Didn't Get Angry. Not Anymore», *New York Times Magazine*, 17 de enero de 2018, <https://www.nytimes.com/2018/01/17/magazine/i-used-to-insist-i-didnt-get-angry-not-anymore.html>.
- [128] *Ibid.*

- [129] National Woman Suffrage Association, «Declaration of Rights of Women of the United States», en *Selected Papers of Elizabeth Cady Stanton and Susan B. Anthony*, vol. 3, *National Protection for National Citizens, 1873 to 1880*, ed. de Ann D. Gordon, New Brunswick, Nueva Jersey: Rutgers University Press, 2003.
- [130] Nora Ephron, «Miami», *Huffington Post*, s. f., <https://highline.huffingtonpost.com/articles/en/lets-go-full-crocodile-ladies/essay/>.
- [131] Warren Weaver Jr., «Schroeder, Assailing “the System”, Decides Not to Run for President», *New York Times*, 29 de septiembre de 1987, <https://www.nytimes.com/1987/09/29/us/schroeder-assailing-the-system-decides-not-to-run-for-president.html>.
- [132] Susan Ferraro, «The Prime of Pat Schroeder», *New York Times*, 1 de julio de 1990, <https://www.nytimes.com/1990/07/01/magazine/the-prime-of-pat-schroeder.html>.
- [133] Robin DiAngelo, «White Fragility», *The International Journal of Critical Pedagogy*, vol. 3, n.º 3, 2011, <http://libjournal.uncg.edu/ijcp/article/view/249>.
- [134] Susan Ferraro, «The Prime of Pat Schroeder», *New York Times*, 1 de julio de 1990, <https://www.nytimes.com/1990/07/01/magazine/the-prime-of-pat-schroeder.html>.
- [135] *Ibid.*
- [136] pbs, «Makers: The Women Who Make America», temporada 1, vídeo *Stop era*: <https://www.pbs.org/video/makers-women-who-make-america-stop-era/>.
- [137] Susan Ferraro, «The Prime of Pat Schroeder», *New York Times*, 1 de julio de 1990, <https://www.nytimes.com/1990/07/01/magazine/the-prime-of-pat-schroeder.html>.
- [138] Hillary Clinton (parodia), «Let Me Remind You Fuckers Who I Am», *Medium*, 25 de julio de 2016, <https://medium.com/@shitHRCcantsay/let-me-remind-youfuckers-who-i-am-e6e8b297fe47>.
- [139] Hillary Clinton (parodia), «Are you Fucking Kidding Me», 13 de noviembre de 2016, <https://medium.com/@shitHRCcantsay/are-you-fucking-kidding-me86bdc2c638d6>.
- [140] Phoebe Robinson, *You Can't Touch My Hair (And Other Things I Still Have to Explain)*, Nueva York: Plume, 2016.
- [141] Nellie Andreeva, «Seth MacFarlane Opens Up About His 2013 Harvey Weinstein Oscars Joke, Condemns “Abhorrent” Abuse of Power», *Deadline*, 11 de octubre de 2017, <https://deadline.com/2017/10/seth-macfarlane-harvey-weinstein-oscarjoke-explained-1202186425/>.
- [142] Megan Garber, «The Anger of Samantha Bee», *Atlantic*, 11 de octubre de 2016, <https://www.theatlantic.com/entertainment/archive/2016/10/the-angers-of-samanthabee/503612/>
- [143] Callum Borchers, «Michelle Wolf’s Caustic Comedy Routine at the White House Correspondents’ Dinner, Annotated», *Washington Post*, 29 de abril de 2018, https://www.washingtonpost.com/news/the-fix/wp/2018/04/29/michelle-wolfs-causticcomedy-routine-at-the-white-house-correspondents-dinner-annotated/?utm_term=.2beb058203b6.
- [144] *Coulter*: «cuchilla de arado». (*N. de la T.*).
- [145] Masha Gessen, «Michelle Wolf Blasted Open the Fictions of Journalism in the Age of Trump», *New Yorker*, 30 de abril de 2018, <https://www.newyorker.com/news/our-columnists/how-michelle-wolf-blasted-open-the-fictions-of-journalism-in-theage-of-trump>.
- [146] Mika Brzezinski (@morningmika): «Ver a una mujer, esposa y madre, humillada en la televisión nacional solo por su aspecto físico es deplorable. He recibido insultos por mi apariencia de boca del

presidente. Todas las mujeres tenemos el deber de unirnos cuando se dan estos ataques y la WHCA le debe a Sarah una disculpa», Twitter, 29 de abril de 2018, 6:37 horas, <https://twitter.com/morningmika/status/990585968825597954>.

[147] Maggie Haberman (@maggieNYT): «Esa @PressSec se quedó sentada asumiendo las duras críticas contra su aspecto físico, su rendimiento laboral y todo lo demás, en lugar de ponerse en pie, en la televisión nacional: fue impresionante», Twitter, 28 de abril de 2018, 20:14 horas, <https://twitter.com/maggieNYT/status/990428993542414336>.

[148] «Can you Guess Kamala Harris' Favorite Curse Word?», *The Week*, 6 de julio de 2017, <http://theweek.com/speedreads/710360/guess-kamala-harris-favoritecurse-word>.

[149] Kristin Wong, «The Case for Cursing», *New York Times*, 27 de julio de 2017, <https://www.nytimes.com/2017/07/27/smarter-living/the-case-for-cursing.html>.

[150] Katie Hawkins-Gaar, «The Cohort: Don't Call Me "Dear", f**kface, and Other Ways to Approach Anger at Work», *Poynter*, 31 de agosto de 2017, <https://www.poynter.org/news/cohort-dont-call-me-dear-fkface-and-other-ways-approach-anger-work>.

[151] Kristin Wong, «The Case for Cursing», *New York Times*, 27 de julio de 2017, <https://www.nytimes.com/2017/07/27/smarter-living/the-case-for-cursing.html>.

[152] Eric Grundhauser, «The Great Harvard Pee-In of 1973», *Atlas Obscura*, 23 de diciembre de 2016, <https://www.atlasobscura.com/articles/the-great-harvard-peeinof-1973>.

El dominio de la minoría

Una de las dinámicas más complejas e importantes que relacionan a las mujeres airadas es la intensidad del enfado que con frecuencia sienten unas con otras —muchas veces justificada— por razones económicas, de raza o de desigualdad sexual, que han contribuido a que la solidaridad entre las mujeres sea tan difícil de lograr, tan complicada y, en ocasiones, tan dolorosa.

En enero de 2017, doce días antes de que millones de mujeres se reunieran en Washington D. C. y en otras muchas ciudades del mundo en furiosa protesta masiva, el *New York Times* publicó una historia en primera plana sobre el previo de la manifestación. El titular era: «La marcha de las mujeres da lugar a un diálogo abierto sobre la raza» y detallaba los conflictos internos que existían entre las mujeres que pensaban ir o no a la marcha ese mismo mes.

«Se espera que muchos miles de mujeres se reúnan en la capital del país», decía el primer párrafo. O «Jennifer Willis ya no piensa estar entre ellas». Willis, según se explicaba en el reportaje, oficiante de bodas de cincuenta años procedente de Carolina del Sur, tenía pensado llevar a Washington a sus dos hijas, pero cambió de idea al leer un comentario en el perfil de la marcha abierto en Facebook que le hizo pensar que «no sería bien recibida por ser blanca».

El artículo, de mil seiscientas palabras, continuaba con un examen de todas las cuestiones raciales que estaban aflorando en torno a la marcha, cuyos objetivos no se limitaban a tratar la desigualdad de género, sino también la reforma de la justicia penal, el conflicto con Oriente Medio, el maltrato de las poblaciones nativas, el racismo medioambiental y un enfoque abierto de la justicia reproductiva que iba más allá del derecho al aborto. Era un avance esperanzador, aunque arriesgado, de un debate que ya estaba sobre la mesa: podía sacar partido de un momento de insatisfacción generalizada, y era la ocasión perfecta para ampliar el alcance del debate feminista y enmendar sus anteriores imprecisiones y omisiones.

La cobertura del *Times* corría a cargo de la periodista Farah Stockman — ganadora del Pulitzer, que citó a la organizadora, Linda Sarsour, para explicar que se iba a imponer la contención al espíritu de una marcha que era «la ocasión idónea para profundizar en el debate»— y se centró, dado el titular que había elegido y dónde había decidido poner el acento, en la fragilidad de aquella coalición imaginada. Describía a la mujer blanca de Carolina del Sur como una participante «ofendida por el tono» del comentario de una activista negra de Brooklyn que instaba a las «aliadas blancas» a hablar menos y escuchar más, y recordaba a las mujeres blancas que acababan de despertar al mundo de la ira política que había muchas mujeres —mujeres de color— que nunca habían podido permitirse el lujo de no estar cabreadas. Fue ese comentario el que impulsó a Jennifer Willis a cancelar su viaje y a declarar al *Times*: «Se supone que estamos en el mismo barco en cuanto a sueldos igualitarios, matrimonio, adopción... ¿A qué viene ahora eso de que “las mujeres blancas no entienden a las mujeres negras”?».

El reportaje del *Times* abría un interrogante sobre si los debates relativos a la raza reflejaban problemas de mayor calado, como el futuro del progresismo en la era Trump. Y se preguntaba abiertamente si esa marcha se iba a centrar en lo que divide a las mujeres o en lo que las unía.

La ironía estaba en que el propio relato lo decidía: elegía un titular que ponía de manifiesto lo que dividía a las activistas, en lugar de centrarse en la posibilidad de que centenares de miles de mujeres y hombres pudieran superar esas diferencias y luchar juntos por lo que tenían en común, en una jornada que acabaría siendo la mayor protesta celebrada en un solo día en la historia de los Estados Unidos.

Al año siguiente, en 2018, cuando las mujeres se prepararon para otra protesta del mismo signo —que en algunas ciudades del país acabaría superando a la anterior— el *Times* volvió a poner en primera plana su relato del escenario previo: «Un año después de la Marcha de las Mujeres, más activismo y menos unidad».

Hay que señalar que la atención —exagerada— que normalmente se presta a los conflictos internos del feminismo no debe oscurecer la gravedad y la importancia que esos conflictos tienen: son reales, y conocer su origen es fundamental para entender los mecanismos de los sesgos, la opresión y la desigualdad con los que el movimiento de las mujeres en teoría pretende

acabar.

Conflicto es el otro nombre del activismo

En el imaginario popular el feminismo ha estado siempre, desde sus albores, a punto de desbaratarse. Y siempre gracias a la intensidad de sus conflictos internos, tremendamente reales: disensiones sobre la raza, la clase, la sexualidad y la brecha generacional, por no mencionar los ataques de celos personales y los juegos de lucha por el poder. Estas desavenencias han sido en ocasiones graves y muy perjudiciales, pero nunca han logrado separar las reivindicaciones de las mujeres de las de otros movimientos que luchan por la justicia social, ya sea el de derechos civiles, el Black Power, la inmigración o los derechos de los gais, la Nueva Izquierda o el movimiento socialista: todos ellos se han visto en algún momento resquebrajados por distinciones de clase, generacionales, raciales o de género, por la homofobia, por diferencias estratégicas o por feudos personales. Hasta cierto punto, es algo que está en la naturaleza del activismo de masas.

La naturaleza díscola de cualquier movimiento político o campaña de amplio espectro es tal que llegó a representar uno de los aspectos clave de la retórica de la revolución americana. La primera caricatura política de la nación, atribuida a Benjamin Franklin, es una serpiente cortada en segmentos que representa a las colonias: la empleó para ilustrar un artículo suyo sobre la importancia de aglutinar a un «Estado desmembrado» y formar una fuerza unificada. La caricatura incitaba a los colonos a «unirse o morir». Existe otra historia muy famosa de la época de la revolución que muestra una pelea de bolas de nieve que se desencadena entre los miembros de las milicias de las distintas colonias (hombres de zonas rurales y urbanas, vestidos cada uno a su manera, unos negros, otros del norte, otros del sur...) que estaban intentando formar un ejército para combatir a los británicos en Harvard Yard. La pelea se volvió tan violenta que el general George Washington tuvo que intervenir y pararla. A mí me contaron esta historia cuando era pequeña como ejemplo perfecto de lo mejor de los Estados Unidos en aquel momento de su nacimiento revolucionario: la capacidad de unir a tanta gente diversa para trabajar, todos juntos, por un objetivo común, nacional y cívico, y más elevado en lo político.

Como me dijo Linda Sarsour en 2017, hablando de los rumores de disensión interna que se estaban forjando en el núcleo que lideraba la Marcha de las

Mujeres, «es una insensatez creer que nos íbamos a unir tantas personas dispares, de repente y sin problemas, para formar un equipo que marchara entonando el *Kumbayá* cuando la procedencia es muy diversa, las experiencias son muy diferentes, como lo son las creencias religiosas o el lugar de residencia, porque no es igual vivir en el centro de una ciudad que en las afueras». Había dado en el clavo: eran unas expectativas completamente absurdas, a la luz de lo que había supuesto la fundación misma de nuestra nación y de lo que nos habían enseñado como ejemplo de superación de las diferencias para formar un frente revolucionario unido y victorioso.

Sin embargo, hay muy pocos movimientos —desde la formación de las primeras fuerzas rebeldes americanas hasta las campañas por los derechos civiles— de los que lo primero que se dice es que han tenido sus diferencias (notables, por otra parte) en lugar de destacar lo que tienen en común sus integrantes, y donde lo primero que se resalta es que es improbable que lleguen a ningún lado. Destacar la disensión y obviar los logros es la mejor forma de socavar cualquier movimiento, y esto está en relación con la realidad estructural de la campaña, que ya tiene mucho tiempo de vida, por la igualdad de género.

El movimiento de las mujeres no es un movimiento de una minoría oprimida, sino de una mayoría sojuzgada. Las mayorías, por la naturaleza de su alcance, están abocadas a incluir grupos con distintos objetivos y prioridades, que entran en conflicto. Debido a su extensión, la mayoría siempre tiene poder sobre la minoría, a menos que se erosionen sus cimientos. Y la manera más simple de debilitar y socavar un movimiento de masas es empleando sus divergencias para fragmentarlo y así mantenerlo bajo control.

Pero ha habido épocas en las que se han establecido alianzas —entre las mujeres y entre grupos divergentes— que han abanderado unos ciudadanos marginados que veían un denominador común en su lucha. En la década de 1830, por ejemplo, empezó a germinar la semilla de lo que luego se convertiría en un movimiento de gran trascendencia a escala nacional que contribuiría a reducir las presiones del poder capitalista masculino y blanco.

Las jóvenes que trabajaban en Lowell Mills (Nueva Inglaterra) fueron las primeras que se pusieron en huelga, estableciendo lo que serían los antecedentes del movimiento obrero; al mismo tiempo empezaron a constituir una de las primeras sociedades de mujeres del país contra la esclavitud, que

supuso un reconocimiento de los vínculos que existen entre todas las injusticias y formas de opresión.[153] En 1833 William Lloyd Garrison fundó la American Anti-Slavery Society (Sociedad Estadounidense Contra la Esclavitud), uno de cuyos miembros fue Frederick Douglass. En 1835 Garrison publicó en su periódico abolicionista, *The Liberator*, una carta escrita por Angelina Grimké, hija del dueño de una plantación sureña. Grimké y su hermana, Sarah, llegaron a ser decisivas en el movimiento abolicionista, pero también simpatizaron con la lucha por los derechos de las mujeres y estuvieron entre las primeras del país, junto a Maria Stewart, que pronunciaron discursos ante audiencias mixtas de hombres y mujeres. A principios de la década de 1830 Stewart, hija de negros libertos de Connecticut, se convirtió en la primera mujer americana que habló ante una audiencia mixta (de varias razas) y la primera mujer negra que dio conferencias en público sobre la abolición de la esclavitud y los derechos de las mujeres. En 1837 las mujeres estadounidenses, negras y blancas, participaron juntas por primera vez en tres conferencias que pedían el final de la esclavitud. La segunda de estas, que se celebró en Filadelfia, representaba una amenaza de enorme magnitud, y la sala donde iba a tener lugar la conferencia se quemó entera. En la Convención Mundial contra la Esclavitud celebrada en Londres en 1840 se impidió hablar a las mujeres asistentes — entre ellas, Elizabeth Cady Stanton y Lucretia Mott—, pero hubo lugar para que muchas de ellas se conocieran y comenzaran, juntas, a poner los cimientos del movimiento sufragista.

En 1848 Frederick Douglass asistió a la Convención de Seneca Falls, en la que Stanton esbozó la Declaración de Sentimientos. De ella diría Douglas que «vio, con más claridad que nosotros, que el centro vital que había que destacar por encima de todo y que incluía todo lo demás era el voto, y lo dijo claramente». Más tarde el propio Douglass afirmaría: «Hay pocos hechos en mi humilde historia que contemplo con más satisfacción que el de haber estado lo suficientemente inspirado, en aquellos primeros días en que el final de la esclavitud estaba tan reciente, para decidirme a apoyar su determinación en la lucha por el sufragio de las mujeres».

Parecía que era posible que la mayoría de aquella joven nación, gente sobre cuyo sometimiento y esfuerzo se estaba construyendo la fuerza económica y el poder político del país, pudiera unirse, fundirse en torno a lo que todos entendían como situaciones compartidas, dispuestos a batallar contra una

minoría patriarcal blanca que les oprimía. Iban a luchar por la abolición de la esclavitud, por el sufragio de las mujeres y por la reforma del capitalismo explotador.

La brecha del voto

Pero el poder de la minoría siempre encuentra la forma de mantenerse contra viento y marea cuando se enfrenta a los ataques de una mayoría de aliados. Después de la guerra civil y de la emancipación de los esclavos, cuando el Gobierno de la nación otorgó el derecho a voto a los hombres negros, pero no a las mujeres (de cualquier raza), esta ampliación del poder patriarcal consiguió romper los lazos de cooperación que se habían creado. Algunos de los más comprometidos con la abolición de la esclavitud se alinearon con quienes luchaban por otorgar el voto a los hombres negros, aunque eso representara dejar fuera a las mujeres. Frederick Douglass creía que los hombres negros estaban en peor situación, debido al tratamiento violento que habían sufrido, que las mujeres blancas, que ya disfrutaban de cierto poder político a través de sus maridos blancos.

Pero hubo otros activistas que vieron el avance que se hacía para otorgar el voto y la ciudadanía a los hombres negros como una manera de fortalecer el sexismo sistémico, porque por primera vez la ciudadanía se definía claramente como masculina. «Los hijos de los peregrinos» del Congreso — escribió Stanton— estaban, sencillamente, «tratando de incluir al incontenible “ciudadano varón” en nuestra constitución inmortal».[154] Y se dice que Sojourner Truth, abolicionista y sufragista que había sido esclava, afirmó: «Hay mucha alharaca porque se ha reconocido a los hombres de color sus derechos, pero no se dice ni una palabra de las mujeres de color. Y si los hombres de color adquieren unos derechos y las mujeres de color, no, los hombres de color acabarán dominando a las mujeres de color, y todo seguirá igual de mal que antes».

Algunas sufragistas blancas, como Stanton y Susan B. Anthony, muy enfadadas porque con la guerra civil y la abolición de la esclavitud se había dejado de lado la cuestión del derecho a voto de las mujeres, y más enfadadas aún con sus aliados abolicionistas por lo que consideraban un «abandono político», se tomaron muy mal lo de quedar atrás mientras esos aliados daban un paso adelante y reaccionaron de manera violenta, dejando a la vista su propio racismo.

Stanton empezó a dar discursos en los que hablaba sin cortapisas del desprecio que sentía por los hombres negros que ya podían votar, mientras las mujeres blancas, como ella, seguían sin poder hacerlo. Tras años de trabajo para conseguir el sufragio de las mujeres y la abolición de la esclavitud, en 1865 escribió: «El problema se agrava cuando parece que somos nosotras (las mujeres blancas) las que tenemos que hacernos a un lado y ver a “Sambo” entrar primero en el reino». Las fuerzas del activismo se resquebrajaban aún más al oponer el sufragio de las mujeres al sufragio de los hombres negros, en una estrategia que incluyó algún referéndum en los estados, como el que se celebró en Kansas en 1867, y gracias a ciertos argumentos racistas que afirmaban que dar el voto a las mujeres blancas (que se suponía, no sin razón, que votarían lo mismo que sus maridos blancos) supondría negar a los votantes negros un poder recién adquirido y, por ende, que el poder siguiera en manos de los blancos.

Ignorando los ruegos de sus colegas sufragistas, Susan B. Anthony aceptó la oferta de George Francis Train (un demócrata de los llamados *copperhead*, o pacifistas, que se había opuesto a la abolición de la esclavitud) de fundar una publicación para el sufragio femenino. Se llamaría *The Revolution*. Anthony y Stanton recorrieron Kansas con Train denunciando al Partido Republicano (que estaba a favor del sufragio de los varones negros) y poniéndose de su parte cuando hizo, en palabras del historiador Andrea Moore Kerr, «unas declaraciones demagógicas sobre los peligros del sufragio de los negros».[155]

Train aprovechó la lucha entre facciones para alimentar su propia plataforma política, de corte racista, y para dar su apoyo a los proyectos de las mujeres blancas contra los afroamericanos, tanto en el plano retórico — argumentando que si se concedía la ciudadanía y el derecho al voto a los afroamericanos se acabaría viendo cómo en un caso de violación por parte de un negro a una mujer blanca a ella la juzgaría un jurado de doce hombres negros— como en el estratégico, al ofrecer a Anthony los recursos económicos que necesitaba desesperadamente pero que sus anteriores aliados no le proporcionaban. Como explicó Anthony en el momento de su asociación con Train, «lo único que sucede con él es que ha hecho posible que tengamos un periódico. Si el mismo demonio viniera a decirnos: “Señoras, yo les ayudaré a montar un periódico”, yo habría dicho: “¡Amén!”». En ese periódico Anthony y Stanton asumieron una postura aún más racista, según escribe Kerr, «al hacer frecuentes referencias a la “barbarie”, la “fuerza bruta”

y la “tiranía” de los varones negros».[156]

En 1869, durante los meses posteriores a la aprobación de la Decimoquinta Enmienda por parte del Congreso y después de que los activistas se pusieran manos a la obra para lograr que la ratificaran los estados, se produjo una fea confrontación en el encuentro anual de la American Equal Rights Association (Asociación Estadounidense por la Igualdad de Derechos). Aunque para entonces Train ya se había desvinculado de *The Revolution*, Anthony y Stanton seguían haciendo campaña contra la ratificación, mientras su compañera sufragista y acérrima defensora de la Decimoquinta Enmienda, Lucy Stone, intentaba pastorear al resto de sus aliados sufragistas y abolicionistas para que apoyaran la enmienda y otra, una supuesta decimosexta, que vendría detrás y traería consigo el derecho a voto de las mujeres.

«Incluso hoy sigue sucediendo que no hay en casi todo el país hombre ni mujer de raza negra que goce del mismo tipo de reconocimiento, público o privado, que encuentran los blancos, sean hombres o mujeres», había dicho Stone en un discurso que pronunció cuando intentaba denodadamente alejar la falacia de que el movimiento sufragista se oponía a que los hombres afroamericanos obtuvieran el derecho al voto. Stone temía —y acertaba— que si los argumentos racistas de Stanton y Anthony contra la Decimoquinta Enmienda conseguían que no se llevara a cabo la ratificación, la culpa recaería sobre las sufragistas. «No es verdad que nuestro movimiento vaya contra el de los negros —escribió Stone en tono airado a sus colegas sufragistas—. Pero será muy fácil hacer creer que es así, lo que irá en perjuicio de ambas causas [...]. Y me siento terriblemente herida por esta nueva carga que tenemos que llevar, innecesariamente».[157]

Naturalmente, se ratificó la Decimoquinta Enmienda. Y la siguiente, que Stone había imaginado que otorgaría el voto a las mujeres, no llegó a materializarse... al menos en los siguientes cincuenta años, hasta que se aprobó la Decimonovena. Las tensiones raciales que habían dividido el movimiento de las mujeres no se rebajaron, y las sufragistas se dividieron en dos organizaciones separadas: una, encabezada por Anthony y Stanton, y otra por Stone. Ambos grupos tardarían en reconciliarse otros veinte años, y esa división inhibiría el progreso del movimiento sufragista durante décadas.

Incluso la aprobación y, al final, la ratificación de la Decimonovena

Enmienda en 1920, fecha considerada como el momento en el que las «mujeres americanas» lograron el derecho al voto, representó un paso adelante sobre todo para las mujeres blancas, dado que a las mujeres negras que aún vivían en el sur de Jim Crow se les seguía dificultando el acceso a las urnas mediante los impuestos, las pruebas de analfabetismo o la amenaza del linchamiento. La victoria de las mujeres, que tantos años costó, fue en realidad la victoria de algunas mujeres, y dio lugar a resentimientos que duraron mucho más de cuarenta años: los que costó que se aprobara la Ley de Derecho al Voto, en 1965.

Hacer campaña representando únicamente a poco más de la mitad de la población es por definición una empresa difícil de manejar que trata de representar intereses enfrentados, perspectivas divergentes y a personas de procedencias diversas que tienen un sinfín de motivos para la desconfianza, el resentimiento y el desacuerdo. La inmensidad y la diversidad del movimiento de las mujeres son factores que siempre han utilizado para atacarlo aquellos que temían su poder potencial. Como me dijo Gloria Steinem dos días antes de la Marcha de las Mujeres: «Como se trata de un movimiento mayoritario, está sometido a las mismas tácticas de “divide y vencerás” que aplicaron los poderes coloniales a los países colonizados, volviendo a unas cuantas razas, clases y generaciones contra otras» y utilizando como garrote «el mito de que las mujeres no pueden ir juntas y son sus peores enemigos».

Y así, en momentos en los que parecía que las mujeres podrían unirse formando grupos verdaderamente numerosos para expresar su ira en voz alta, como lo hicieron en 2017 y 2018, desde Hawái a Houston, desde Polonia a la Antártida, no fue una sorpresa que el marco ofrecido al público para un acontecimiento tan destabilizador y posiblemente tan perturbador fuera el de las tensiones internas, y no el de una voluntad compartida de superar, todas juntas, esas tensiones con una solidaridad temporal pero cargada de furia.

Sin embargo, es muy importante saber que el aumento de los resentimientos internos para disminuir el poder de los movimientos insurgentes no es la única herramienta de la que se valen los poderosos para combatir a los marginales: las minorías poderosas también tienen el poder de crear desigualdades que son las que provocan esos resentimientos.

La norma de la minoría patriarcal blanca la establecieron los fundadores de nuestra nación cuando codificaron la esclavitud en los documentos

fundacionales y montaron un aparato electoral tendente a protegerla. Esto se fortaleció cuando concedieron el derecho al voto a los blancos y protegieron violentamente esa exclusividad durante casi un siglo, garantizando que solo ellos pudieran crear y controlar el poder judicial, los negocios y los sistemas económicos, los que redactaran las leyes y crearan las aduanas y establecieran las normas sobre las que se construiría el país. Los mecanismos de dominación de la minoría masculina blanca han sido muy diversos: desde la negación de la protección al sueldo igualitario a la criminalización de la autonomía reproductiva y la negación de unas opciones amplias de protección a la salud de las mujeres, especialmente las más pobres y las que no son de raza blanca; desde la política, racista, de la vivienda a la red de la asistencia social y los beneficios sufragados por el Gobierno, que han ido a parar predominante o exclusivamente a ciudadanos blancos; desde la obligación de cumplir una ley conyugal que impedía a las mujeres ejercer una independencia financiera o jurídica hasta los defectos de la protección frente a la violación, el linchamiento, el acoso, el ataque y la discriminación.

Los hombres blancos han tenido casi siempre el mando político, económico, social y sexual en los Estados Unidos, a pesar de que son solo un tercio aproximadamente de la población. El poder que tiene una minoría de protegerse frente al hipotético ascenso de una mayoría radica en su estrategia de impedir la cohesión de esa mayoría. Y la mejor manera de hacerlo es dividiendo a la mayoría, poniendo a sus integrantes unos en contra de otros, u ofreciendo beneficios y protección al poder de algunos, solo unos pocos, mientras se lo niega al resto.

¿Qué pasa con las mujeres blancas?

Y así, algunas mujeres estadounidenses han contado con las ventajas de la supremacía blanca, ventajas que se convierten en desventajas para las demás mujeres. Pero hasta los privilegios de las mujeres blancas han redundado, hasta cierto punto, en el sometimiento patriarcal de todas las mujeres y en la dinámica de dependencia que provoca el patriarcado: a lo largo de la historia a las mujeres se les ha negado el derecho a poseer propiedades, las oportunidades educativas y profesionales, la ocasión de construir su propia reputación y la capacidad de controlar su vida reproductiva. Algunas de estas cuestiones siguen siendo un desafío, lo mismo que la desigualdad salarial, que significa simplemente que las mujeres ganan menos que los hombres. Esta situación les ha hecho dependientes de los hombres y esa dependencia ha

provocado, a su vez, que las mujeres —en su propio interés— apoyen a los partidos que protegen el estatus económico y político de los hombres de los que dependen, y las políticas que esos partidos defienden.

Esta dinámica se aplica sobre todo a aquellas mujeres blancas que como esposas, hijas, madres, hermanas, vecinas, empleadas, colegas o amigas de hombres blancos han tenido acceso a una especie de «poder por proximidad» y, a través de su relación con hombres blancos poderosos, a la riqueza, los empleos, las oportunidades educativas, la vivienda y el cuidado sanitario que elijan. Esa dependencia de los varones blancos incentiva la dedicación de las mujeres blancas a esos hombres y la protección de su poder, porque las ventajas de las que gozan estas mujeres están estrechamente vinculadas a los hombres blancos que tienen la potestad de desposeerlas.

Pero esa forma particular de sometimiento de las mujeres blancas que garantiza su dependencia logra otro objetivo: separarlas de las mujeres no blancas, para quienes no existe ninguna de las ventajas de esta supremacía social o política. Como consecuencia de ello, no se establecen las posibles alianzas entre mujeres blancas y mujeres no blancas que, en otras circunstancias, lucharían juntas para combatir el poder de los hombres blancos. Esto es lo que Hillary Clinton intentó explicar en los meses posteriores a las elecciones, cuando ella, de un modo bastante torpe, hablaba de las mujeres, «sobre todo... las mujeres blancas» que se enfrentaban a «una tremenda presión por parte de sus padres, maridos, novios o jefes para que no votaran “a la chica”».[158]

Muchos de los que se mostraron críticos con Clinton, de derechas o de izquierdas, se tomaron este análisis como una tesis fundamentalmente antifeminista y acusaron a Hillary de haber considerado a las mujeres de ser una banda de cobardes sin capacidad intelectual ni de decisión política.

Pero el error estaba en el uso de un lenguaje que aludía a relaciones y opciones individualizadas (que seguramente se aplicaban a algunos casos) cuando lo que estaba intentando explicar era que había unos incentivos estructurales y sistémicos que siempre han funcionado para garantizar el vasallaje de la mujer blanca y su protección del poder del varón blanco. Estaba exponiendo cómo el patriarcado blanco sobrevive, en parte, haciendo a las mujeres blancas dependientes de los hombres blancos, y garantizando luego a esas mujeres el disfrute de una serie de beneficios a cambio de su

apoyo al dominio continuado de esos hombres, a costa siempre de lo mismo: dejar de identificarse con otras mujeres, de establecer conexiones con ellas, de apoyarlas, independientemente de si esas mujeres son candidatas políticas o seres marginados que podrían beneficiarse de una reducción del control que ejerce el varón blanco.

Esto explica en parte la enorme división entre mujeres casadas y mujeres que nunca lo han estado, sobre todo mujeres blancas. Las mujeres blancas que están o han estado conectadas con hombres blancos mediante el vínculo matrimonial son mucho más proclives a votar a los republicanos que las que nunca lo han estado. Según un estudio publicado por los politólogos Dara Strolovitch, Janelle S. Wong y Andrew Proctor, que revisaron las cifras del Comité Cooperativo para las elecciones al Congreso y los patrones de voto, un 59 por ciento de mujeres blancas que nunca han estado casadas votó por Hillary Clinton, mientras un 57 por ciento de mujeres blancas casadas votó por Donald Trump. Un 60 por ciento de las viudas blancas votó por Trump; un 56 por ciento de mujeres blancas separadas de sus maridos votó por Trump y un 49 por ciento de mujeres blancas divorciadas votó por Trump. Dicho de otro modo, el estudio concluía que «cuanto más lejos ven las mujeres blancas los beneficios que les reporta el matrimonio heterosexual tradicional, menos proclives son a apoyar a candidatos republicanos a la presidencia» o, lo que es lo mismo, a los candidatos del partido que seguramente apoyará al heteropatriarcado blanco.

Hace mucho tiempo que se cumple un postulado: muchos de los más enérgicos adversarios de las mujeres y quienes han impedido su avance político han sido, precisamente, las mujeres. En el siglo XIX fueron mujeres las que lideraron las campañas contra el sufragio; la campaña que acabó con la ERA en 1982 también la lideró una mujer: Phyllis Schlafly. Y esta dinámica se repitió en grupos de debate que condujeron a las elecciones de 2016.

Jessica Morales, una activista de izquierdas que trabajó en la campaña de Clinton, recordaba estos grupos. «En cada grupo de debate —durante al menos dos años— siempre había mujeres blancas, con estudios universitarios o no, que decían cosas como: “No estoy segura de si a mi marido le gusta [Hillary Clinton]. Y para que yo la vote le tiene que gustar a él”. O: “A mí no me importa tanto que sea la primera mujer presidente...”. “¿De verdad es tan importante eso?”. De lo que la gente no se daba cuenta era que nosotros

sabíamos que el problema lo representaban las mujeres blancas que no tenían estudios universitarios». Morales creía que esas mujeres eran el quid de la cuestión. «Son ellas, sobre todo, las que tienen que decidir si están de nuestro lado, y no ser Phyllis Schlafly. Y lo cierto es que hemos perdido porque estas mujeres nunca han decidido ponerse de nuestra parte. Nunca, nunca, nunca».

Tú también puedes ser un patriarca

Sin embargo, las ventajas raciales no son lo único que el patriarcado blanco pretende eliminar para dividir a la gente: del patriarcado se han beneficiado varones de todas las razas, y aunque los votantes no blancos eligieron a Clinton —con gran diferencia sobre Trump—, en todas las categorías raciales votaron por Trump más hombres que mujeres. Solo un 4 por ciento de mujeres negras votaron a Donald Trump, frente a un 13 por ciento de hombres negros. Según el analista Harry Enten, el número aumentó ligeramente (al 15 por ciento) en el caso de los hombres negros que ganaban más de 100.000 dólares al año.[159] Los varones negros pueden disfrutar de una serie de ventajas —que trabajan para perpetuar— que reciben en virtud de su género incluso aunque en virtud de su raza sufran cierta opresión.

La estudiante, activista y líder del movimiento por los derechos civiles Diane Nash ha recordado que cuando estaba intentando fundar el Comité de Coordinación de Estudiantes No Violentos tuvo «enormes problemas para captar chicos», y que ella era la única mujer del grupo que, en sus comienzos, estaba trabajando para establecer el comité. «Más tarde, en la Conferencia de Liderazgo Cristiano del Sur, los que llevaron la voz cantante fueron los ministros negros. Había mucha misoginia... Se esperaba que el liderazgo fuera masculino».[160]

Las líderes pro derechos civiles como Nash, Rosa Parks, Gloria Richardson, Dorothy Height y Anna Arnold Hedgeman (acusada de arrastrar a treinta mil protestantes blancos a la Marcha de Washington en 1963) se indignaron durante una parte del discurso de Martin Luther King de aquel día, frustradas porque les habían dicho que no pronunciaran discursos: les habían ordenado ir en la marcha junto a las esposas de los líderes, detrás de los hombres. Height recordaría después que no había visto nunca una fuerza como aquella, absolutamente inamovible: «No había manera de que se tomaran en serio la participación de las mujeres». Lo que aprendió, según explica, fue que «si las mujeres negras no exigían sus propios derechos, nosotras no íbamos a poder

hacer nada». Después de aquello Hedgeman les lanzaría una advertencia bien clara: «Alguien tendría que aconsejar a los hombres que pasaran menos tiempo lamentándose por perder su superioridad y más trabajando en equipo con las mujeres».

Como ha observado Brittney Cooper en más de una ocasión, es el hecho de que a las mujeres negras no se les haya dado nunca una ventaja ni patriarcal ni racial a cambio de su apoyo lo que ha hecho que permanezcan a la cabeza de la resistencia, inmutables e infatigables, contra el poder patriarcal de los blancos en los Estados Unidos. «Las mujeres blancas y los hombres negros quieren, ambos, lo que tienen los hombres blancos: las mujeres blancas quieren tener poder empresarial y los hombres negros quieren ser patriarcas. Pero las mujeres negras: a) saben que nunca van a conseguir nada de eso y b) no lo quieren. No queremos ejercer el poder empresarial ni queremos oprimir a la gente. Por eso yo veo que el futuro político está en las mujeres negras».

Las mujeres negras han sido durante mucho tiempo la espina dorsal de nuestro pasado político y progresista: estrategas, manifestantes, organizadoras y voluntarias. Son estas mujeres las que han conseguido votantes y chupado los sobres, las pioneras y las mentes pensantes de movimientos que han sido revolucionarios. Y sin embargo, siempre han estado infrarrepresentadas como líderes en los partidos políticos a los que han apoyado, pocas veces se han reconocido y se han tenido en cuenta sus prioridades políticas, aunque su participación siempre se ha dado por hecha. Y cuando las mujeres blancas han llegado al puesto que durante mucho tiempo ocuparon las mujeres negras, en muchas ocasiones se han apropiado de él sin darles el merecido crédito por el trabajo que han hecho estas últimas, ignorado por las que tenían ventajas económicas, culturales y raciales.

En los años treinta del siglo xx la abogada negra Sadie Alexander, de Filadelfia, escribió mucho sobre el trabajo de las mujeres fuera del hogar y los beneficios que eso había reportado a las mujeres negras y a sus familias. Pero hubo que esperar a 1963, cuando Betty Friedan publicó *La mística de la feminidad*, para que aquel argumento se considerase revolucionario. Naturalmente, las mujeres blancas que vivían en las afueras necesitaban que alguien las despertara: las despertó Friedan, y el estudio que hizo de su soledad y de la asfixia que sentían viviendo en el hogar de un hombre blanco en el que el Gobierno había depositado tanto poder y autoridad se convirtió en revolucionario precisamente por la fuerza que encerraba ese sector

anestesiado de la población. A pesar de todo, en el libro no se reconocía el mérito de las mujeres negras ni lo relevante de sus circunstancias: que el racismo y sus desventajas económicas significaran que la mayoría de las mujeres negras estadounidenses siempre hubieran tenido que trabajar para mantenerse suponía que nunca habían experimentado, como colectivo, «el problema que no tiene nombre». El asfixiante hastío de la subordinación del ama de casa afectaba principalmente a una generación de mujeres blancas que habían sido desalojadas de las universidades y de las plantas de fabricación — en las que habían entrado hacía poco tiempo— para entrar en los primeros hogares de clase media, por los mismos mecanismos (préstamos hipotecarios, la ley de reajuste económico para los soldados que habían combatido en la Segunda Guerra Mundial, conocida como GI Bill, y las nuevas autopistas) que habían impedido a las familias negras acceder a unos recursos que podrían haberles introducido en la clase media. *La mística de la feminidad* se centraba exclusivamente en las mujeres blancas, y Friedan pasaría a la historia como «la madre del movimiento».

Pero cuando las mujeres negras impiden el avance de las mujeres blancas que irrumpen en escena y acaparan una cuota de espacio desproporcionada, cuando sus propias quejas sobre la raza complican un movimiento que es de mujeres blancas, casi siempre recae sobre las mujeres negras la culpa de ser «las que dividen». Esta dinámica se reflejó en la cobertura de la Marcha de las Mujeres, donde las mujeres negras que dijeron a las blancas que ellas no habían inventado la resistencia política frente al patriarcado blanco fueron las que quedaron como hostiles.

Parte del problema radica en que entendemos que lo normativo es ser blanco, y cualquier desafío al que se enfrente ese postulado se considera una perturbación. Como lo son los desafíos al patriarcado, porque incomodan al grupo más poderoso. Pero eso no lo percibe un buen número de mujeres blancas que han hecho grandes esfuerzos por adaptarse a unos comportamientos propios de los hombres —y con los que las han marginado— y que ahora emplean ellas para marginar a las mujeres no blancas.

Alicia Garza decía que se había sentido confusa, al leer las memorias de Hillary Clinton sobre las elecciones de 2016, escritas en un tono de ira perfectamente justificado. Sobre ellas afirmaba Garza: «La ira de las mujeres no se considera válida ni legítima. Así que en cierto modo [Hillary] tiene todo el derecho del mundo a sentirse cabreadísima por la forma en que el

patriarcado ha afectado a sus aspiraciones, a sus objetivos. Y eso que yo no estoy de acuerdo con ella en muchísimas cosas, pero hay que reconocerle humanidad y dignidad». Sin embargo, continuaba diciendo Garza: «Yo me enfado muchísimo cuando leo esos pasajes. Es para estar rabiosísima. Pero lo que siento por dentro es que esa rabia suya no iba dirigida a los hombres que la han impedido llegar, sino a gente como activistas de Black Lives Matter o reformadores de la justicia penal, que intentaron atraer su atención hacia otras cosas en las que se tenía que fijar, y no lo hizo».

Saira Rao, abogada y editora que vive en Colorado y que se enfadó mucho tras las elecciones de 2016, decidió presentarse como candidata a la presidencia: competía contra la congresista demócrata que estaba en el cargo, Diana DeGette, y dijo que cada vez que sacaba el tema de la raza o de los privilegios de los blancos cuando hablaba con sus amistades, «este grupo de mujeres blancas perdía los estribos». Contó que tiene una amiga «blanca, feminista y liberal» que le dijo que lo que le pasaba era que para ella todo era cuestión de raza. Rao explica: «Creo que el motivo por el que las mujeres blancas son como son es que el sistema las favorece, porque están muy cómodas con su ropa de yoga de Lululemon y la licenciatura en Derecho en el armario. Por eso quieren que nosotras nos callemos, porque con el sistema les va bien».

Esta es la dinámica que Audre Lorde describe en «The Uses of Anger» (Los usos de la ira) cuando recuerda a «la mujer blanca más bocazas» que, hablando de un foro de una semana de duración sobre mujeres, blancas y negras, respondió: «Creo que ha sido fructífero. Creo que las mujeres negras ahora me entienden mucho mejor; tienen una idea más clara de mi procedencia». Y esto, afirmaba Lorde, es un ejemplo de que asumir que «se entiende» a la mujer blanca es el quid del problema racista.

Las mujeres de color, especialmente las mujeres negras, son el grupo de población cuyas luchas es más probable que estén vinculadas a las de otras mujeres y a las de los varones negros, y que para ganarlas tengan que trabajar junto a mujeres blancas y hombres negros —en muchas ocasiones, con ideas novedosas, tanto con respecto a organización como a implantación— que participan en movimientos por la liberación o la igualdad. Esto hace que sea terriblemente injusto que los movimientos destinados a liberar a las mujeres y los afroamericanos se entiendan muchas veces como movimientos liderados por mujeres blancas y hombres negros. Y se perciben así porque la

supremacía y el patriarcado de los blancos ofrecen a las mujeres blancas y a los hombres negros un acceso más fácil al dinero, a los medios de comunicación que cubren los movimientos sociales y a los políticos que reaccionan ante ellos del que logran tener las mujeres negras.

Así que no debería sorprendernos que cuando las mujeres blancas decidieron participar en una protesta contra Donald Trump, tras unas elecciones en las que las mujeres se mostraban dispuestas a proteger al poder masculino blanco eligiendo a un incompetente misógino, abiertamente racista y cuyas tendencias autoritarias habían quedado claras, las mujeres negras estuvieran impacientes por explicar que las mujeres blancas, que acababan de despertar a la ira, fueran justo eso: mujeres que acababan de despertar y que tenían mucho que aprender.

Los tiempos que siguieron a las elecciones de 2016 dieron a las mujeres blancas la ocasión de despertar, porque tenían un sinfín de motivos para estar airadas. Pero no se trata de estar airada sin más, sino ante las injusticias que sufren otras mujeres que han experimentado esas injusticias en parte gracias a los mismos mecanismos que protegen y enriquecen a las mujeres blancas. Y para que el nuevo despertar blanco pueda integrarse en un movimiento contemporáneo hay que evitar que se apodere de él: las mujeres blancas tienen que admitir que llegan tarde a la fiesta.

¿Por qué está mal visto que algo sea desordenado?

«Yo he empezado a decir a la gente, cuando doy una conferencia, que no ha habido un solo movimiento en la historia que no haya sido desordenado o que no haya tenido problemas internos —contaba Alicia Garza—. Es un rasgo definitivo del comportamiento humano y de las relaciones humanas. La cuestión para nosotras es: ¿estamos preparadas para intentar convertirnos en el primer movimiento de la historia que aprende cómo avanzar, valiéndose de la ira? Nada de evitarla, ni de reprimirla, sino de aprender a utilizarla para combatir lo que hay al otro lado. Yo creo que ese es, en este momento, el principal desafío».

«Un diálogo contenido no es espontáneo —me dijo Linda Sarsour antes de la Marcha de las Mujeres—. Cuando nos hemos metido en esto, siendo mujeres de color, no lo hemos hecho solo para movilizar y organizar: también para educar, para quejarnos de que no podemos hablar de derechos de las mujeres, de derechos reproductivos o de sueldo igualitario sin hablar también

de raza y de clase social». Los organizadores, según Sarsour, «no tienen ningún problema con que la gente se ofenda. Esperamos que el debate continúe y así podremos pasar al siguiente nivel y centrarnos en los puntos en los que estamos de acuerdo *a pesar de todo*».

Luego está el argumento de que el movimiento por la liberación de la mujer ha sobrevivido a lo largo de los siglos no a pesar de, sino precisamente por su cacofonía: porque las que lo han impulsado desde dentro, obligándolo a crecer y a cambiar y a mejorar —aunque no siempre se hayan puesto de acuerdo respecto a lo que significaba mejorar en cada caso— han conseguido ponerse de acuerdo y adecuarlo a las formas y expresiones de desigualdad que han ido cambiando con el tiempo.

E independientemente de las tensiones que hubiera antes de su celebración, la Marcha de las Mujeres acabó convirtiéndose en la mayor manifestación de toda la historia estadounidense celebrada en una sola jornada. Millones de mujeres, muchas de ellas blancas, muchas de ellas nuevas en materia de activismo, llegaron conduciendo su coche, caminando, en tren o en avión, y se reunieron tras las pancartas junto a otras mujeres que llevaban tiempo luchando por la vida de los negros, los derechos de los indígenas, mejoras en la atención sanitaria y unos sueldos más justos. Y no solo por los derechos reproductivos, sino por la justicia reproductiva, que tiene en cuenta las desigualdades raciales y económicas. En una foto icónica de aquella marcha se veía una pancarta que decía: «A todas esas mujeres blancas tan monas quiero verlas en la próxima marcha de #BlackLivesMatter, ¿de acuerdo?». Muchas mujeres blancas vieron esa pancarta y al menos algunas aceptaron su premisa molesta pero atinada.

En el verano de 2017, después de la marcha de los supremacistas blancos en Boston —la continuación del desfile con antorchas de Charlottesville—, se celebró una contraprotesta con gran afluencia de público también en Boston, una ciudad con una veta profunda y antigua de supremacistas blancos y racistas. Esa marcha iba encabezada por un buen número de «esas mujeres blancas tan monas». Cuando la Marcha de las Mujeres celebró su convención en 2017 en Detroit, en la sesión denominada «Frente a las mujeres blancas», de la que se decía que había sido «concebida para mujeres blancas decididas a formar parte de un movimiento feminista interseccional destinado a desentrañar la manera en que las mujeres apoyan y se benefician de la supremacía blanca», habían puesto una cinta delante de la puerta: había tanta

gente inscrita que tuvieron que repetirla, y el segundo día que se celebró, tuvieron que trasladarse a una sala con capacidad para quinientas personas. [161]

Fue una actriz blanca, Ashley Judd, quien utilizó por primera vez en 2018 la palabra *interseccionalidad* en referencia a la teoría de Kimberlé Crenshaw que habla de sesgos interseccionales y estudia cómo se configuran las distintas experiencias y perspectivas de opresión. Lo hizo en el escenario de los Óscar. En el verano de 2018, cuando seiscientas mujeres ocuparon el vestíbulo principal del edificio Hart de oficinas del Senado envueltas en mantas de papel aluminio y se sentaron en el suelo con los brazos entrelazados, en protesta por la política de inmigración, la mayoría de ellas parecían blancas; un buen número de esas mujeres fueron detenidas. A la semana siguiente, después de que Nancy Pelosi enmendara la plana a Maxine Waters por fomentar la protesta agresiva y no la defendiera ante la amenaza implícita que le lanzó Donald Trump, algunas mujeres blancas escribieron una carta abierta. «Cuando atacas a una mujer negra por hablar en voz alta contra la injusticia y reclamas “civismo” en un caso de racismo flagrante —decía—, estás invocando un pasado de supremacismo blanco que se remonta muy atrás... Y para nuestro descrédito, las mujeres blancas continúan asumiendo, con demasiada frecuencia, actitudes que refuerzan la supremacía blanca, incluso cuando va en detrimento nuestro [...] cuando reprendes a la representante Waters por hablar en nombre de los marginados con pasión y valentía, estás en el lado equivocado de la historia». Al cabo de una semana, más de seis mil mujeres habían firmado la carta.

Parece posible que estemos ante un proceso de educación cívica y social a gran escala. Que tras la elección de Trump millones de estadounidenses que antes estaban sonámbulos han tenido que reaccionar, aun en *shock* y presas del pánico, y evolucionar. Algunos de ellos han decidido aprender, informarse de cómo funcionan las elecciones locales y estatales, o el Gobierno de la nación, o la política, y enterarse de lo que significa el racismo, el sexismo y la desigualdad económica, que son sistémicos. Algunos comenzaron a ver cómo todas estas cuestiones se relacionan unas con otras de formas que superan la jerga académica.

Kat Calvin, cuya organización Spread the Vote se dedica a ayudar a la gente a conseguir la identificación que les acredita como votantes en estados con leyes restrictivas, ha comentado sorprendida que mientras las mujeres negras

van a votar en gran número, «las mujeres que nutren el voluntariado y que llevan organizaciones de resistencia son de una diversidad increíble. Me ha sorprendido mucho. Yo soy mujer, negra, y llevo una organización de resistencia. Y todos los días me sorprendo». Según Calvin, la gran mayoría de las voluntarias de su organización «son mujeres blancas que van todas las semanas a algún albergue para personas sin techo o transportan a gente a la que no conocen de nada y con la que no hablarían si se la encontrasen por la calle. Y se dedican a ello en cuerpo y alma. Es impresionante».[162]

«Mira, las abuelas se pusieron a tejer una cosa que llamaron *pussy hat* —contaba maravillada Jessica Morales en la Marcha de las Mujeres—. Y lo guardan como recuerdo. Si entrabas en las redes sociales había un Caucus de Mujeres Nativas con pinta de locas, cantando junto a las empleadas domésticas que llevaban puestas las batas rojas, tienen el inglés como segunda lengua y ganan unos once mil dólares al año. Todas ellas junto a una tipa rica con una pancarta de algo de su vagina... Y entonces piensas..., bueno...: “Esto es América”».

«En la Marcha de las Mujeres había algo que me desestabilizaba profundamente —dice Alicia Garza—. Porque este cambio de régimen no se parece a nada que yo haya visto antes. En mi vida y en la de mis padres. Y eso me pareció lo más importante de todo». Garza reconocía que muchas de sus congéneres pensaban de otro modo, que el sufrimiento de sus respectivas comunidades había quedado estabilizado y que ahora no es peor que antes. Pero tiene la impresión de que la diferencia fundamental con el pasado es que la democracia se está desmantelando: «Así que solo pensar que no tendríamos por qué intentar averiguar cómo articular un movimiento que trasciende a nuestros partidarios nos parece tan serio como una sentencia de muerte».

Pero se apresura a añadir que eso no significa que ya no nos fiemos de la gente, que no les demos una responsabilidad. «Pero mi trabajo no es hacer que las mujeres blancas sean menos racistas: esa tarea corresponde a las demás mujeres blancas. Yo considero a las mujeres blancas responsables de cada paso que avancemos, pero, al mismo tiempo, cuando alguien dice: “Quiero aprender”, quiero ver si es verdad».

Según dice Morales: «A mí me gusta jugar al ajedrez, no a las damas. Las damas lo veo como: “Ah, mira todas esas damas blancas...” ¿Y tú, dónde estabas? Pero lo cierto es que no quiero formar parte de un movimiento que te

exige flagelarte para demostrar que eres real». Y así, afirma, es como intenta cultivar un enfoque distinto: «Hay que dar la bienvenida. Acoger. Necesitamos a los blancos: porque si todas las personas de color se despertaran gritando: “¡La raza!”, solo supondrían el 38 por ciento del país. Y vosotros controláis los bancos, las empresas y las principales compañías de ocio. Así que..., vamos, os necesitamos».

Esto, naturalmente, no es ni satisfactorio ni reparador. Pedir a las activistas no blancas que puntúen a las manifestantes blancas que acaban de salir del cascarón en una curva de perdón es, por sí mismo, injusto. Pero también forma parte del proyecto, si lo que queremos es avanzar y equilibrar ese poder de proximidad que disfrutaban las mujeres blancas (que pueden atraer la atención de los medios, que tienen más acceso al poder político y sin las cuales perdemos las elecciones, con efectos desastrosos) y utilizarlo como garrote contra la minoría de hombres blancos que tienen pillados a todos los demás.

Dice Garza que ha pensado mucho en «The Uses of Anger», de Lorde, donde según ella «Lorde proyecta una visión». «¿Y si pudiéramos mostrar nuestra ira de forma responsable? Sí, chicas. Hay que estar muy cabreada por todas estas cosas que han pasado, pero ¿qué hay de esas situaciones en las que habéis sido la causa de la ira de otras? Se trata de “lo uno y lo otro”, y no de “lo uno o lo otro”».

«Que las mujeres, negras y blancas, se enfrenten cada una a la ira de la otra sin negar, sin inmovilismos ni silencios ni culpas, es en sí una idea herética, pero también generadora», escribió Lorde aduciendo que la expresión honesta de la ira entre mujeres de distintas razas es necesaria para poder establecer alianzas en un futuro. «Se supone que las mujeres se encuentran con sus iguales en aquellos ámbitos que tienen en común, para hablar de las diferencias y modificar las distorsiones que la historia ha creado en torno a esas diferencias. Porque son esas distorsiones las que nos dividen. Y tenemos que preguntarnos quién se beneficia de todo eso». La ira entre mujeres, decía Lorde, «puede transformar las diferencias a través de la introspección, convirtiéndolas en poder. La ira entre iguales da lugar al cambio, no a la destrucción. Y la incomodidad y la sensación de pérdida son muchas veces un síntoma de crecimiento y no algo fatal».

Garza sigue luchando con esto. «Para mí, la ira que siento hacia las mujeres

blancas por excluir a las mujeres de color en general y a las mujeres negras en particular, durante generaciones, sigue siendo muy palpable. No ha cambiado. Lo que ha cambiado es que ahora entiendo que la alianza que nos va a salvar tiene que tener un alcance mucho mayor del que tiene. Yo quiero que la gente sea libre. Y a mí hay un montón de cosas que me cabrean muchísimo todos los días. Traspasan la superficie y me calan por dentro. Pero deseo más ser libre que estar cabreada. Y quiero trabajar con gente que también desee más ser libre que estar cabreada, porque así tal vez consigamos algo que tenga sentido».

Epitafio

El día que murió Frederick Douglass (en 1895), había estado por la mañana con Susan B. Anthony en una reunión de sufragistas. De hecho, lo había pasado tan bien en la reunión que se lo estaba contando a su mujer, y cuando en el curso del relato se cayó de rodillas con las manos agarrotadas, su mujer pensó que estaba haciendo teatro llevado por el entusiasmo que le provocaba la narración. No se dio cuenta de que Douglass estaba a punto de morir.

En su obituario del *New York Times* se podía leer: «Es un hecho singular que dedicara la últimas horas de su vida a uno de los principios a los que dedicó sus energías desde que se libró de la esclavitud. El señor Douglass era miembro de la Asociación Nacional por el Sufragio de las Mujeres y siempre asistió a sus reuniones». El obituario destacaba que su compañera, en la reunión por el sufragio que celebraban aquel día, era «la señorita Anthony, amiga suya de toda la vida», y que cuando «la señorita Susan B. Anthony supo que el señor Douglass había muerto, durante la sesión vespertina del consejo, se mostró muy afectada. La señorita Anthony siempre hace gala de un maravilloso control de sus sentimientos, pero esta noche no ha podido ocultar su emoción».[163]

El racismo que había dividido el movimiento de las mujeres no se había calmado, en absoluto: tardaría en hacerlo. Veinte años después una de las líderes de la siguiente generación de sufragistas blancas, Alice Paul, intentaría sin éxito obligar a su antecesora, la sufragista negra y líder en la lucha contra los linchamientos, Ida B. Wells, a no ir a su lado junto a la delegación de su estado en la enorme marcha por el sufragio que se celebró en 1913 en Washington D. C. Pretendía que desfilase junto al resto de mujeres sufragistas negras donde les habían dicho que se pusieran: detrás de las mujeres blancas.

Y Anthony había pedido a Douglass, el mismo año de su muerte, que no compareciera en una convención por el sufragio que se celebraba en el sur, porque estaba intentando ganarse a las mujeres blancas para la causa. Pero ninguna mujer de ninguna raza consiguió el derecho al voto ni casi seis décadas después de las primeras reuniones de mujeres, blancas y negras, que lucharon juntas por la abolición de la esclavitud, ni más de cuarenta años después de que Douglass se uniera a Stanton en Seneca Falls.

Frederick Douglass tenía setenta y ocho años en el momento de su muerte; Susan B. Anthony murió once años después, a los ochenta y seis. Elizabeth Cady Stanton, que había abrazado la peor retórica racista en su temor a que se diera el derecho al voto a los hombres negros antes de lograrlo ella misma, tenía setenta y nueve cuando murió Douglass y viviría siete años más. Casi al final de su vida, Douglass diría de sus batallas conjuntas: «Tendríamos que ver lo absurdo y lo estúpido que es intentar conseguir una parte de lo que solo se puede conseguir uniendo las fuerzas de todos».[164]

Naturalmente, ninguno de los tres vivió lo suficiente para ver aprobar y ratificar la Decimonovena Enmienda, ni mucho menos para pensar en una Ley de Derecho al Voto. De hecho, solo una mujer de las que asistieron a la Convención de Seneca Falls vivió para votar la ratificación de la Decimonovena Enmienda. Estas luchas, y las disensiones internas que provocan, tienen la capacidad de durar más que muchos de nosotros, incluso más que aquellos que han dedicado toda su vida a la lucha externa o interna. Pero muy de cuando en cuando, si lo miramos en perspectiva, existe una oportunidad extraordinaria de luchar conjuntamente por la liberación y la igualdad, aunque esa conjunción no sea perfecta.

[153] Alice Kessler-Harris, *Out to Work: A History of Wage-Earning Women in the United States*, Nueva York: Oxford University Press, 2003, p. 41.

[154] Leigh Fought, *Women in the World of Frederick Douglass*, Nueva York: Oxford University Press, 2017, p. 195.

[155] Marjorie Spruill Wheeler (ed.), *One Woman, One Vote*, Troutdale, Oregón: New-Sage Press, 1995, p. 38.

[156] *Ibid.*

[157] *Ibid.*

[158] «Transcript: Hillary Clinton's Full Interview with NPR's Rachel Martin», npr.com, 12 de septiembre de 2017, <https://www.npr.org/2017/09/12/549430064/transcriphillary-clinton-s-full-interview-with-npr-s-rachel-martin>.

- [159] Harry Enten (@ForecasterEnten): «No me puedo creer que yo haya hecho esto..., pero... Según el CCES [Estudio de Elecciones del Congreso Cooperativo] de 2016 (y sigo sin creerme que yo esté haciendo esto), solo un 8 % de votantes negros apoyó a Trump. Sin embargo, de los hombres negros que ganan al menos cien mil al año, lo votó un 15 %. Así que Kanye no es el único», Twitter, 25 de abril de 2018, 13:18 horas, <https://twitter.com/ForecasterEnten/status/989237343948328960>.
- [160] Travis Deshong, «Diane Nash: An Activist's Lessons for a New Generation», *Yale Daily News*, 27 de enero de 2017, <https://yaledailynews.com/blog/2017/01/27/dianenash-an-activists-lessons-for-a-new-generation/>.
- [161] The Women's Convention, Women's Convention Schedule: <http://www.womensconvention.com/schedule.html>.
- [162] Kat Calvin (@KatCalvinLA), «Esto es cierto, de verdad. Una mayoría de nuestras voluntarias son mujeres blancas que van todas las semanas a algún albergue para personas sin techo, o transportan a gente a la que no conocen de nada y con la que no hablarían si se la encontrasen por la calle, y se dedican a ello en cuerpo y alma. Es impresionante», Twitter, 13 de diciembre de 2017, 8:31 horas, <https://twitter.com/KatCalvinLA/status/940982502126006272>.
- [163] «Death of Fred Douglass», *New York Times*, 21 de febrero de 1895, <https://archive.nytimes.com/www.nytimes.com/learning/general/onthisday/bday/0207.html>.
- [164] Ta-Nehisi Coates, «Frederick Douglass “A Woman's Rights Man”», *Atlantic*, 30 de septiembre de 2011, <https://www.theatlantic.com/personal/archive/2011/09/frederickdouglass-a-womens-rights-man/245977/>.

PARTE III

Temporada de brujas

He meditado mucho sobre la forma en que se nos exige a las mujeres que gestionemos nuestras emociones en estos momentos, y especialmente en la cantidad de planificación y esfuerzo que invertimos en reducir el riesgo de que se nos vea airadas. Estos intentos ocultan una realidad: si te consideras mujer cien por cien humana e investida de dignidad, la ira es una reacción perfectamente razonable ante el acoso o el abuso sexual o cualquier otra forma de violencia de género. Y hay otra cosa en la que he estado pensando: en cómo la ira me ha limitado por una parte y me ha apartado del camino, pero también ha sido una extraordinaria motivación. La ira siempre me ha llevado a buscar respuestas, a perseguir el cambio.

MOIRA DONEGAN, en Twitter

Irse de rositas

Harvey

Durante varios meses, a finales del verano y principios del otoño de 1789, tras la toma de la Bastilla y la escasez de alimentos que vino detrás, algunos de los hombres que lideraron el cambio político en Francia hablaban de organizar una protesta en el palacio real de Versalles. Habían planeado una manifestación masiva de parisinos muertos de hambre a las puertas del opulento hogar del rey Luis XVI y su familia, pero no la habían llevado a cabo.

Pero la mañana del 5 de octubre una parisina, al borde de la locura por la escasez y el alto precio del pan en los mercados de la ciudad, comenzó a aporrear un tambor de desfile. No tardaron en unirse a ella otras mujeres, y empezaron a recorrer las calles de París. La multitud fue creciendo. Algunas llevaban consigo sus cuchillos, otras obligaron al párroco de la iglesia a que tocara las campanas para atraer la atención sobre aquella protesta. Llegaron hasta el Hôtel de Ville, el ayuntamiento de París, exigiendo comida y armas.

Desde ahí la turba, que integraban ya unas diez mil personas, se dirigió a Versalles arrastrando unos cañones que habían cogido. Al terminar la noche, la multitud había aumentado a cincuenta mil. Cuando regresaron a París, la tarde siguiente, el rey y su familia iban con ellos.

Doscientos veintiocho años después, el 5 de octubre de 2017 —casi un año después de hacerse pública la cinta de *Access Hollywood* con la que no se había conseguido deslegitimar al hombre que estaba ya sentado en el sillón presidencial—, el *New York Times* publicó una historia de Jodi Kantor y Megan Twohey con el titular: «Harvey Weinstein sobornó a quienes le acusaban de acoso sexual durante décadas». Era la crónica de múltiples alegaciones de acoso y de ataques sexuales de muchas mujeres —algunas de ellas, actrices famosas— contra Weinstein, un poderoso productor de cine.

Era una historia cuya aparición llevaba yo tiempo aguardando esperanzada

y, en la medida en que me había sido posible, animando a la gente a que la contara, durante casi veinte años. Y francamente, nunca pensé que llegaría a verla impresa.

Uno de los primeros trabajos que tuve al terminar la universidad, en 1999, fue el de asistente de edición en una revista que financiaba Miramax, la empresa de Harvey Weinstein. Yo, desde mi puesto de secretaria júnior de una revista de la que entonces era su empresa, tuve conocimiento de su brutal acoso a las empleadas: había empezado a oír rumores de habitaciones de hotel, desnudos y sobornos que se contaban en un susurro. Había oído también muchos cotilleos sobre ciertas actrices de determinadas películas, o mujeres que se habían beneficiado de ofertas y contratos para publicar un libro, que se habían acostado con Harvey para conseguir todo eso. Ya entonces había rumores, pero era impensable que cualquiera que los oyera pudiera enfadarse por ello, y que el enfado pudiera tener algún efecto. Harvey era la clave del resurgir de la cultura cinematográfica neoyorquina: él abría la puerta al estrellato, a los Óscar, a la primera línea a directores y guionistas... Llegó incluso a financiar películas feministas dirigidas por Jane Campion.

Mi siguiente trabajo, que había comenzado a ejercer con unos veinticinco años, fue el de reportera de semanario neoyorquino, donde parte de mi tarea era la cobertura del negocio cinematográfico de la ciudad. En las semanas previas a las elecciones presidenciales del 2000, había estado trabajando en mi primer reportaje serio sobre *O*, una versión nueva —llena de estrellas rutilantes— de *Otelo* que Dimension Films, filial de Miramax, se había negado a sacar quizá por deferencias hacia el mensaje sobre periodismo limpio (que tanta vergüenza ajena daba) de Al Gore y Joe Lieberman, a los que Weinstein apoyaba públicamente. Ya se hablaba de las ambiciones políticas de Weinstein en el Partido Demócrata.

Como Weinstein no había respondido a mis llamadas para pedirle su opinión, mi editor me envió, la víspera de las elecciones del 2000, a cubrir una presentación de un libro en la que él era el anfitrión junto a un colega mío, varón, mayor que yo y con el que, qué casualidad, yo estaba saliendo. Le pregunté a Weinstein qué opinaba de aquella historia sobre la que versaba mi reportaje, y no le gustó la pregunta. Hubo un altercado: comenzó a gritarme, me golpeó con el dedo índice en el hombro, me llamó «coñazo» y «zorra», y declaró que se alegraba de ser «el puto *sheriff*» de aquella «puta ciudad, pedazo de mierda sin ley». Cuando mi colega intervino, primero para intentar

calmar a Weinstein y luego para tratar de convencerle de que se disculpara, Weinstein se puso hecho un basilisco: empujó a mi amigo por unas escaleras abajo y le golpeó con tal fuerza que su grabadora le cayó a una invitada en la cabeza y la dejó sin conocimiento. Luego gritó a la multitud que mi amigo había agredido a una mujer y a él le arrastró hasta la calle, a la Sexta Avenida, en pleno Manhattan, y casi le ahoga.

Era tal el poder que tenía Harvey Weinstein en el año 2000 —cuando eres una estrella puedes hacer lo que te dé la gana— que a pesar de que en aquella acera se dispararon docenas de *flashes* para captar la imagen de un famoso ejecutivo cinematográfico, con el aspecto de un Gargantúa, que tenía agarrado por el cuello a un joven periodista, yo jamás vi una foto. No se publicó ninguna. Harvey era famoso por tener el poder de trastocar, y eliminar, cualquier cosa.

Al día siguiente, día de las elecciones, el *New York Post* informó del asunto diciendo que «un par de periodistas muy insistentes» habían «presionado tanto a Weinstein que este había perdido los estribos». El *New York Times* publicó que Harvey y mi amigo «habían tenido unas palabras» y que yo había empezado el lío al preguntarle por «un artículo que no tenía nada que ver con “la fiesta”». Según dijo al *Times*, un ejecutivo de Miramax, Weinstein, «consideró que aquello no era apropiado y se sintió molesto».

Y ahí estaba el quid: el poder en el entorno laboral. La agresión física de Weinstein, el acto de golpear a un periodista, se transformaba en un intercambio de palabras, cuando las palabras que realmente se intercambiaron —mis preguntas a un hombre poderoso que yo hacía como parte de mi cometido, de mi trabajo de reportera— se describían en aquel periódico como inapropiadas y molestas. Y aunque había sido él el autor de la agresión física, éramos nosotros, los seres humanos menos poderosos a los que él había agredido, los que la prensa que él controlaba describía, cómodamente, como «muy insistentes».

Durante los meses —y los años— posteriores a mi desencuentro con Weinstein, comencé a oír historias de otros reporteros que habían oído por ahí otros tipos de abusos de poder: los devaneos que yo había oído en un susurro en mi anterior puesto parecían peores de lo que yo había llegado a entender: quizá yo no lo sabía todo. ¿Podía, desde mi posición de testigo de sus agresiones físicas y verbales, ayudar a aquellas personas a recabar pruebas de

su comportamiento sexual inadecuado? Hablé con todos los periodistas que se acercaron a mí, a pedirme ayuda con estas historias, y vi que había muchos: algunos de ellos eran periodistas de investigación verdaderamente legendarios. Les conté lo que había oído: rumores y cotilleos; anoté números de teléfono y direcciones de correo electrónico de todos aquellos a los que pudiera ayudar a contar la historia completa de Harvey.

Pero de la mayoría de estos periodistas aprendí más de lo que podía ofrecerles. Yo había oído las historias de las que ellos me hablaban, sí, y sabía de la universalidad de su comportamiento, de su imagen de monstruo, cada vez más clara, tal vez de violador. Pero mucho más importante que eso: aprendí lo que es sentir la impotencia, propia de Sísifo, de sacar esa información a la luz. Porque todos esos periodistas, algunos de los cuales llevaban años trabajando para contar la historia de Harvey Weinstein, viajaron de un lado a otro del planeta, siguieron pistas y vencieron el mismo miedo que yo tuve, después de mi incidente con él, a que les hubieran pinchado el teléfono o alguien les estuviera siguiendo (cosas que, al parecer, eran ciertas). Nunca consiguieron esa historia.

Quedaron claros el peligro y la imposibilidad de desafiar a un hombre tan poderoso. Recuerdo bien lo que era sentir toda la fuerza de aquel hombre mastodóntico gritándome obscenidades, escupiéndome en la cara. Le recuerdo arrastrando a mi amigo hasta la calle, agarrándole del cuello. Entre las razones por las que nunca albergué la idea de contar su historia yo misma, había una fundamental: había comprobado que no podía vencer a una fuerza de tal magnitud: una fuerza física, pero también una capacidad indiscutible de manipular los sistemas y las instituciones para mantener ocultos sus abusos.

Y luego estaba la fuerza asfixiante de la expectativa cultural, organizada desde tan antiguo en torno a unos abusos patriarcales que era casi imposible para cualquier mujer conseguir que alguien creyera que se habían aprovechado de ella. Naturalmente, sabíamos que la violación e incluso el acoso sexual no son correctos (esto sucedía años después de la historia de Anita Hill), pero la idea normalizada del *casting* del sofá, la visión nostálgica de magnates de brutalidad legendaria, como Louis B. Mayer, y de actrices ambiciosas desesperadas y dispuestas a hacer cualquier cosa por un papel... habían funcionado muy bien en nuestro imaginario romántico. Y ese romance, ese camino recto, lo habíamos aceptado como parte de los intercambios que se hacían antes entre hombres que tienen el poder y mujeres que necesitaban

una porción de ese poder. Lo habíamos aceptado porque así era como funcionaban las cosas, y con ello otorgamos la impunidad a esos hombres.

Luego había otro tipo de protección, menos sentimental: Weinstein obligaba a sus empleados a firmar acuerdos de confidencialidad muy puntillosos. Encargaba trabajos de consultoría o libros a periodistas que podrían haber sacado a la luz su comportamiento. Financiaba a personas con poder político y lograba de ellos una disposición, basada en su buena voluntad, que funcionaba como capa protectora, una especie de sordera frente a los rumores atroces que podrían circular entre personas menos poderosas. Y durante décadas los periodistas que intentaron contar la historia chocaban contra un muro de poder puro y simple que le protegía de aquellos que, en otras circunstancias, habrían intentado enfrentarse a él: actores ambiciosos, asistentes vulnerables y todos los ejecutivos y subordinados cuyas carreras, salarios y reputaciones estaban en manos de Harvey.

Y luego, de repente, el poder se desequilibró. La revelación de los abusos de Weinstein —la sumisión sexual como fetiche, sí, pero también la sumisión sin más, la humillación, la transformación del poder en un arma de degradación a través del masaje, la masturbación y el deterioro diario— quedó a la vista de todos.

Tras el artículo del *Times* llegó otro, publicado por Ronan Farrow en el *New Yorker*, en el que hablaba de las alegaciones —esperadas desde hacía tiempo— de que Weinstein no era un simple acosador, sino un violador. Y después vinieron más. Y más. Y más. Muchas mujeres y algunos hombres fueron en masa a las redacciones de revistas y periódicos y a la televisión a contar sus historias sobre Harvey y otros tantos: el actor Kevin Spacey, el locutor de televisión Charlie Rose, el editor de revistas Leon Wieseltier, el comentarista político Mark Halperin, la estrella de la televisión matinal Matt Lauer, el chef Mario Batali, el humorista Louis C. K., el restaurador John Besh, catedráticos, directores de la planta de fabricación de Ford, activistas progresistas, directivos de cadenas de restaurantes de comida rápida, senadores y congresistas. Quienes contaban las historias eran trabajadores agrícolas, auxiliares de vuelo, empleados hoteleros, líderes sindicalistas y oficiales de policía o mujeres de Silicon Valley, Suecia, China o Francia.

La rabia que se había ido acumulando afloró ya en algunos pequeños estallidos y en la insistencia en que otros hombres —cuya conducta había sido

un secreto a voces, desde el cómico Bill Cosby hasta los titanes de Fox News Bill O'Reilly y Roger Ailes— pagaran al fin el precio de su comportamiento con las mujeres. Pero algo había cambiado. Tal vez fue la elección de Donald Trump, el hecho de que él figurase como la encarnación última y amplificadora del abuso de poder del patriarcado blanco que no había sufrido ninguna de las consecuencias de sus actos inadecuados, o tal vez el hecho de ver cómo las mujeres montaban una especie de ejército, empeñadas en abatir a Cosby y Ailes y en protestar contra la toma de posesión de Trump y su veto a los musulmanes y sus esfuerzos por acabar con la asistencia sanitaria. Y luego, tal vez fue simplemente la imposibilidad de aguantar esa rabia por más tiempo cuando ya se conocía aquella injusticia, su extensión y su profundidad.

Los periodistas y los que contaron aquellas historias habían golpeado por fin, en 2017, el tambor de desfile convocando a miles de personas a salir a las calles y tocar las campanas, e insistiendo en provocar un cambio histórico con el desalojo de los reyes de sus grotescos palacios protegidos por la guardia.

El día del Juicio

Se había abierto la ventana de la ira. Durante décadas, durante siglos, había estado cerrada. Cada vez que nos sucedía algo malo nos lo tragábamos: quizá se lo contábamos a alguien, pero el relato no nos había satisfecho ni en lo emocional ni en lo práctico. Quizá aquello se volvía contra nosotras. A nadie le importaba gran cosa y, desde luego, nadie pensaba hacer nada al respecto.

Pero en los cuatro meses que siguieron a las denuncias de abusos sexuales del magnate cinematográfico, se abrió en el ciclo de noticias estadounidense un agujero del tamaño de Harvey y, de súbito, hubo espacio y aire para que las mujeres hablaran, chillaran y gritaran su ira.

En el otoño de 2017 las mujeres adoptaron una etiqueta, «#metoo», que había lanzado la activista Tarana Burke en 2006: era un movimiento destinado a revelar la universalidad de la violencia sexual que se ejerce sobre mujeres y niñas, pero se le dio un alcance mayor al lanzarlo como campaña en redes sociales. Gracias a esa etiqueta, las mujeres pudieron soltar toda la ira que habían tenido embotellada durante tanto tiempo. Contaron historias de jefes y colegas, profesores y mentores que las habían acosado o coaccionado o insultado o ninguneado. Se produjo un enorme despliegue de relatos de todo tipo, desde ataques violentos, besos que no se querían recibir u ofertas *quid pro quo* de ascensos profesionales a cambio de sexo hasta ofensas algo

menores por parte de compañeros de trabajo, como toquetear el culo o las tetas, avances no deseados y mensajes indecentes a altas horas de la noche.

Lo que tenían en común todas aquellas historias era cómo se habían sentido sus narradoras, lo que los acontecimientos les habían llevado a pensar: que en las esferas públicas, siempre se les había considerado, tratado o valorado como si fueran diferentes, que los hombres poderosos las habían utilizado y degradado y no las habían tomado en serio profesionalmente. Muchas de las mujeres que contaron su historia (también hubo hombres entre los narradores, pero la mayor parte eran mujeres) sintieron que el trato recibido había perjudicado a sus carreras profesionales, había ensombrecido sus perspectivas y reprimido sus ambiciones, y les había supuesto un obstáculo para conseguir los objetivos, en la esfera pública, que habían alcanzado los hombres poderosos de los que se quejaban.

Muchas de las que hablaron lo hicieron por primera vez: algunas se lo contaron a amigos o familiares. Algunas pusieron reclamaciones, años después, en sus departamentos de Recursos Humanos. Otras se lo contaron a la prensa, aportando pruebas y testimonios de personas que lo presenciaron, fotografías o diarios. Mostraron sus acuerdos de confidencialidad e iniciaron procedimientos jurídicos. Presentaron a los amigos o a los maridos a los que se lo contaron cuando sucedió. Pero muchas muchas de ellas nunca se lo habían contado a nadie.

Hubo otras que, simplemente, hicieron públicas todas aquellas cosas que siempre habían sido privadas —los susurros, los empujoncitos y las miradas llenas de significado que habían servido de aviso—, y las dijeron en voz alta y sin mediación de ningún tipo. Escribieron sus historias en sus muros de las redes sociales, en Twitter y en Facebook, de tal forma que podían llegar a todo el planeta en cuestión de segundos. Algunas mujeres que pertenecían al ámbito de la comunicación recopilaron aquellos mensajes y compusieron un documento anónimo en el que detallaban encuentros con «tíos asquerosos» de la industria, hombres a los que pusieron nombre. Era peligroso, irresponsable y una muestra de lo desesperadas y lo furiosas que estaban y de cómo, convencidas de que no tenían ya nada que perder, habían decidido contárselo al mundo.

También se produjeron actos revolucionarios más creativos y extraños: cuando la escritora feminista Nicole Cliffe se enteró de que la agitadora

antifeminista Katie Roiphe estaba pensando hacer público en *Harper's Magazine* el nombre de la mujer que había confeccionado la lista de «Tíos asquerosos», anunció que pagaría a las autoras que iban a participar en ese mismo número a cambio de que sus artículos no salieran publicados en la revista en protesta. Cliffe reconoció que no había dicho nada a su marido de que el dinero que ofrecía lo iba a sacar de la cuenta conjunta de ambos, un movimiento que recordaba al de la feminista de la segunda ola Alix Kates Shulman, que había extendido un cheque contra su cuenta conjunta, el primero sin pedir antes permiso a su marido, para pagar con esos fondos a las integrantes del colectivo de mujeres radicales de Nueva York que iban a introducirse en el concurso de Miss América de 1968 para poner una pancarta en la que se leería: «Liberación de la Mujer» en el momento en que fuese coronada la ganadora.[165]

Yo no tenía muy claro que me gustara el enfoque de Cliffe, ni tampoco lo de la lista de «Tíos asquerosos». Estaban desestabilizando mi profesión y las normas de comportamiento profesional y ético que a mí me habían enseñado a respetar y, mucho me temía, también desestabilizaban el feminismo. Aquello era demasiado: demasiado arriesgado, demasiado intenso. Yo tenía la sensación de estar en una película o en una nave espacial en el momento de salir propulsada por el fuego a una velocidad a la que nunca había viajado antes. ¿Resistiría la nave? ¿Sobreviviríamos los tripulantes? Creo que fue la primera vez que sentí algo parecido al radicalismo en mi propio entorno, y no me sentía segura. Era excitante, aterrador, incómodo, necesario y muy esperado, desde hacía mucho tiempo. Y parecía que acabaría, bien por arrasarnos como un incendio, bien por salvarnos.

Definitivamente, aquello no era el feminismo que yo había conocido en su renacer contemporáneo, el que se encontraba en artículos, ensayos, actuaciones sin ánimo de lucro, obras de teatro de Eve Ensler o espectáculos de Beyoncé en los Video Music Awards. Aquello había encontrado su sitio y hecho su tarea, había sacado al feminismo de las tinieblas sofocantes de la reacción violenta. Pero esto era otra cosa. Esto era orgánico, como en los setenta. Era una rabia masiva y radical que estallaba en direcciones impredecibles. Era ruidoso, gracias a ese megáfono humano que son las redes sociales y a las «redes de susurros» que cada vez hablaban menos en voz baja y más con textos escritos en tono frenético, todo en mayúsculas.

Hombres extremadamente poderosos perdieron su trabajo: Harvey

Weinstein perdió su empresa, Charlie Rose fue despedido y Mario Batali exiliado de su emporio de restaurantes. Matt Lauer fue destituido de su puesto en el programa *Today*; al senador Al Franken sus compañeros —mujeres, en su mayoría— le pidieron que dimitiera. La lista de hombres siguió aumentando hasta que hubo tantos que fue imposible contarlos, tantos relatos que fue imposible leerlos. Nunca, desde que tengo memoria, se había despreciado y sometido a la censura a tantas figuras de autoridad masculina blanca.

Aquello era de una intensidad salvaje, no resultaba divertido ni para las que estábamos totalmente convencidas de lo urgente y correcto que resultaba el juicio. Porque las historias eran terribles, muchas de ellas de ese material nauseabundo y escalofriante del que están hechas las pesadillas, pero también porque las condiciones que habían creado aquella tormenta perfecta de ira femenina, la generalización del acoso y el abuso, la elección de un depredador múltiple que era el que controlaba la judicatura y las agencias que se suponía que iban a protegernos de todos los actos criminales y discriminatorios..., todo ello era muy sórdido, no podía negarse.

Era además desgarrador de puro confuso, porque la ira podría ser feroz, pero no era simple. Con la conmoción que supuso que se encendieran las luces de la casa, que se nos obligara a contemplar aquel feo andamiaje sobre el que se habían construido tantas de nuestras vidas profesionales, había pocas posibilidades de analizar qué era exactamente lo que nos había inflamado, y quién. Eran los torturadores, por descontado. Pero también nuestros amigos, nuestros mentores y nosotras mismas.

Enfadadas con los hombres

Entre los mayores desafíos a los que se ha enfrentado el movimiento de las mujeres en todas sus manifestaciones, a lo largo de la historia, se encuentra la dificultad estructural de convencer a las mujeres para que expresen una ira pública y sostenida hacia sus más directos opresores: los hombres.

Esta dificultad se da por muchas razones, y nos lleva al hecho de que las mujeres, a diferencia de otros grupos que existen en los Estados Unidos —grupos raciales, étnicos o religiosos—, no son una minoría oprimida, sino un grupo de población mayoritario que forma parte de hogares, familias y redes personales y profesionales de todas las categorías geográficas, religiosas, raciales y étnicas. O, dicho de otro modo, prácticamente todo hombre tiene

una mujer en su vida y toda mujer, un hombre en la suya.

El lado oscuro del sexismo y la misoginia es que incluso cuando las mujeres reconocemos y sentimos de verdad el peso de las muchas y variadas formas en que hemos sido sometidas a causa de nuestro género, y el hecho de que cada vez se nos hayan ofrecido menos opciones, tenemos que enfrentarnos a la realidad de que los tipos malos son, en muchos casos, nuestros tipos buenos: los hombres que tenemos en la cama, en el corazón, en la familia. Son nuestros padres y hermanos, nuestros tíos, amigos, amantes, maridos, compañeros de piso e hijos.

Y los queremos.

Y muchas veces, además, los necesitamos: necesitamos que sean nuestros colegas y familiares, nuestros novios y amigos, los que nos ayuden a criar a nuestros hijos, los que traigan a casa un sueldo con el que podamos subsistir. Porque tienen mucho más poder económico y profesional que nosotras: los hombres suelen ser nuestros jefes y mentores, los que nos dan vacaciones, de los que dependemos para lograr un ascenso, un aumento de sueldo, un encargo importante. Y como los varones blancos son los que han tenido siempre un poder político desproporcionado, lo habitual es que las mujeres — feministas y activistas de izquierdas— dependan de ellos: como representantes, como defensores, como líderes de partidos políticos. Y desafiar ese poder suyo es arriesgarse a poner en peligro a todo un partido político y, por ende, a perder protecciones que resultan vitales, o apoyos, o toda una agenda ideológica.

Naturalmente, es precisamente esta realidad —una vez más, esta dependencia— la que ha hecho posible que los hombres poderosos traten de manera inadecuada o discriminen a quienes tienen menos poder que ellos. También por eso las mujeres han estado casi siempre paralizadas por el miedo, por el temor al riesgo, por amor o lealtad, y lo que ha hecho que sean reacias a rebelarse contra ese maltrato, contra ellas o contra otras mujeres.

El perjuicio que pueden sufrir las relaciones de las que dependen las mujeres es una realidad: las consecuencias pueden ser emocionales y materiales. Las mujeres que desafían a la autoridad masculina o al abuso de poder pueden provocar la ruptura de una familia, el fin de un matrimonio o el despido laboral de una mujer, pero también de un hombre, de quien dependen económicamente otras mujeres, colegas y familiares. El miedo a estas

repercusiones junto al temor —realista y enquistado desde hace mucho tiempo— a la simple futilidad suelen ser lo bastante intensos como para inmovilizar a las mujeres e impedir que expresen su ira, en muchos casos incluso que la sientan, ante esos hombres a los que, en otras circunstancias, se lo habrían hecho saber.

Es mucho menos cansado no enfadarse, no pensar siquiera en las atroces injusticias que salpican nuestras interacciones cotidianas con los hombres: dobles raseros, desprecio intelectual, cosificación, acoso sexual, brecha salarial, diferencia de expectativas y cargas en la esfera doméstica, una representación no igualitaria, la banalidad del ninguneo diario. A veces es mucho más fácil no ponerse a pensar en estas cosas y, por descontado, no ponerse a luchar contra ellas, sobre todo cuando luchar significa combatir contra hombres de los que quieres seguir teniendo un buen concepto.

«En cuanto tienes conocimiento de una cosa, ya no puedes dejar de saberla —escribió Judith Levine (reflexionando sobre lo que significa sentir esa ira feminista hacia los hombres) en su libro *My Enemy, My Love*—. No te puedes inscribir en un grupo para borrar la memoria, pero los conocimientos recién adquiridos tampoco borran los sentimientos que los han precedido... ¿Qué haces si además amas al hombre al que odias, si le necesitas en el plano emocional o si dependes de él económicamente, si te sientes obligada a aplacarle o temes molestarle? Un tema muy importante y del que se ha hablado muy poco en el feminismo posterior a la Segunda Guerra Mundial y a la vida de las mujeres después de la aparición del movimiento feminista es la lucha constante que mantenemos con la ira que nos provoca la opresión».

Durante la avalancha de acusaciones que inspiró el movimiento #MeToo, algunas de las mujeres que apoyaban la iniciativa y que estaban, además, más cerca de los hombres públicos acusados de acoso, dieron voz con gran elocuencia a la paradoja del dolor que sentían.

Gayle King, presentadora de *CBS This Morning*, dijo de su anterior colega, Charlie Rose, acusado por más de treinta mujeres de acoso sexual, de mostrar los genitales y forzar a las colegas más jóvenes: «He disfrutado de la amistad de Charlie, y de trabajar con él, durante estos últimos cinco años. Le he tenido siempre en tan alta estima que ahora mismo estoy en plena lucha interior. ¿Qué podemos decir cuando alguien que de verdad te importa ha hecho cosas tan espantosas? Yo no dejo de pensar en la angustia de todas esas mujeres, en

el daño que ha sufrido su dignidad, en el daño que ha sufrido su cuerpo y, posiblemente, su carrera profesional».[166]

La humorista Sarah Silverman habló de Louis C. K., su amigo íntimo y colega profesional, al que otras humoristas acusaron de haberse masturbado delante de ellas sin su consentimiento y de valerse de toda una red de cómplices para amenazarlas con consecuencias profesionales si lo divulgaban. El proceso de exposición de esa cultura del acoso generalizado era, en palabras de Silverman, «como extirpar tumores: desagradable, complicado y doloroso, pero necesario para que todos estemos más sanos». Sin embargo, ella misma reconocía que era «un asco. Y con ello caerán algunos de nuestros héroes y descubriremos cosas muy feas de gente que nos gusta. A veces, de gente a la que queremos». Hablando de su amistad, de toda la vida, con C. K., afirmó: «Yo quiero a Louis, pero Louis ha hecho todo esto. Y estas dos premisas son ciertas. Así que sigo preguntándome: ¿puedes querer a alguien que haya hecho cosas malas? Espero que se considere lícito que yo me enfade por todas las mujeres de las que ha abusado y por la cultura que se lo ha permitido, sin dejar de sentirme triste por él al mismo tiempo, porque es mi amigo».[167]

Esta dinámica no solo era dolorosa para las mujeres que acusaron y para las amistades de los acusados, sino un punto débil que aquellos que no apoyaban el movimiento #MeToo se apresuraron a explotar, en su intento de establecer una defensa frente a la ira de las mujeres y parar la campaña. «Cuando empezamos a confundirlo todo, a poner todas las cosas en la misma cesta, estamos haciendo daño a nuestros padres, hermanos, hijos y abuelos», dijo Greg Gutfeld, de Fox News, en pleno fragor de la campaña. El presentador de la NBC Tom Brokaw, ya retirado, se defendía de las acusaciones de una antigua colega de profesión —que decía que él había ido a su habitación en un hotel y la había besado a la fuerza en los años noventa— en una carta cargada de ñoñería en la que afirmaba: «Estoy orgulloso de ser quien soy, esposo, padre, abuelo, periodista y ciudadano».

En mayo Samantha Bee habló, en tono de broma sombría, de la dinámica de cautividad emocional que nos inmoviliza cuando se trata de hombres cercanos a nosotras, tanto en su acepción personal como en la política, en una famosa invectiva contra Eric Schneiderman, fiscal general de Nueva York que acababa de dimitir de su cargo. Schneiderman no solo había asistido como invitado al programa de Bee, sino que era una figura a la que ella había

considerado, en su función de fiscal, un superhéroe feminista: las mujeres feministas dependían de él..., pero acababa de revelarse como perpetrador de abusos violentos sobre sus amigas.

«Todo lo bueno que has hecho por las mujeres en el ámbito jurídico no te absuelve de esto —gritó durante la apertura de uno de sus monólogos, en tono arrasador—. Nada me va a impedir que te destrozé en televisión y que te deje como un capullo delante de todos. Lo digo en serio. Si tuviera que hacerlo, no dudaría en preparar una pieza titulada “Mi papi es un monstruo”. Eric Schneiderman: eres basura y no nos haces ninguna falta».

La ira de Bee resonó en 2018, en parte porque reflejaba la sorpresa liberadora y catártica de haber llegado a ese punto: hacen falta muchos años y unas cuantas situaciones de emergencia, la descarga eléctrica que supone descubrir tantas injusticias, las cifras enormes de mujeres que se dirigen a los hombres de su vida, a los políticos que han elegido, a sus padres, a sus parejas o a sus jefes... para que esas mujeres digan lo que Bee dijo a Eric Schneiderman una y otra vez en aquel monólogo de siete minutos: que te jodan, que te jodan, que te jodan.

Quizá resultó catártico en su cualidad repetitiva, propia de la cultura pop, o porque venía de una humorista que presentaba su propio programa. Pero lo que realmente lo hacía catártico fue el hecho de que soltar una carga comparable de ira en un puesto de trabajo o en el entorno familiar podría tener un precio muy alto para otras mujeres que no dirigían sus propios programas.

«He visto evaporarse a gente que ha levantado la voz», dijo la productora de la radio pública Kristen Meinzer, que acusó públicamente al locutor John Hockenberry de acoso sexual durante una conversación con algunas participantes en el movimiento #MeToo. «Yo no podía perder mi puesto», dijo. Y continuó afirmando que «gran parte de lo que se nos enseña en la vida, como mujeres, es que de nosotras depende mantener la paz. Tenemos que sonreír, reírnos de los problemas, decir: “Bueno, no importa...” cuando sí que importa... ¿Cómo conservas tu empleo, cómo preservas tu propio espacio y tu integridad física, como mujer? Pues en gran medida, siendo agradable».[168]

No somos señoras agradables

Existe una larga historia de mujeres que, en momentos de crisis personal o política, toman la revolucionaria decisión de no ser agradables. Aunque las

implicaciones personales y políticas de esa elección rara vez han sido desconocidas.

«No hay que depositar un poder tan amplio en manos de los maridos», dijo Abigail Adams a su propio marido en la primavera de 1776. Fue un comentario profético. «Hemos de recordar que todos los hombres serían tiranos si tuvieran la ocasión. Si no se presta a las señoras un cuidado y una atención especiales, estamos dispuestas a suscitar una rebelión».

Setenta y dos años después, en 1848, doscientas mujeres y cuarenta y tantos hombres se reunieron en Seneca Falls, Nueva York, para redactar un borrador de la Declaración de Sentimientos, un documento inspirado en la Declaración de Independencia que había firmado el marido de Adams, John. La Declaración de Sentimientos también era una declaración de independencia: era el rechazo directo, por parte de las mujeres, del poder masculino, y parecía una reacción a la promesa de rebelión de Abigail: «La historia de la humanidad es una historia de repeticiones: repetición de daños y de usurpación por parte del hombre y sobre la mujer», decía la Declaración. Afirmaba, además, que el objetivo de todos esos daños y usurpaciones había sido «el establecimiento de una tiranía absoluta sobre ella». Y a continuación, describía al tirano:

Él nunca ha permitido a la mujer ejercer su derecho inalienable al voto.

Él la ha obligado a someterse a leyes en cuya redacción ella no ha tenido voz. [...]

Él ha dejado a la mujer como una difunta a ojos de la ley y como ciudadana a través del matrimonio.

Él le ha arrebatado todos los derechos de propiedad, incluso el salario que gana.

[...] En el pacto matrimonial ella está obligada a prometer obediencia al esposo que se convierte, a todos los efectos y para todos los fines, en su amo: la ley le da poderes para privarla de su libertad y castigarla. [...]

También él ha redactado las leyes de divorcio [...] para que no tengan en cuenta en absoluto la felicidad de la mujer. En todos los casos la ley, dando por hecha la supremacía del hombre, pone en su mano todos los poderes.

Él ha monopolizado casi todos los empleos más cotizados, y las mujeres perciben una remuneración mínima de los pocos a los que pueden aspirar.

Él ha cerrado a la mujer todos los accesos a la riqueza y la reputación, de las que solo él se considera digno. Las mujeres no son conocidas como profesoras de teología, medicina o leyes.

Él ha negado a la mujer la posibilidad de obtener una educación completa: todas las universidades se le han cerrado.

Él permite la entrada a la mujer en la Iglesia y en el Estado, pero siempre en una posición

subordinada [...].

Él ha hecho todo lo posible para destruir la confianza de la mujer en sus propias capacidades, para menoscabar su concepto de sí misma y para lograr que ella acepte llevar una existencia abyecta y de dependencia.

Fue un documento tremendamente subversivo. Con el guiño a la Declaración de Independencia, las sufragistas estaban empleando el lenguaje y la lógica de una ira justificada que toda América veneraba —la de los fundadores, hombres blancos que estaban furiosos por los límites que se habían puesto a su libertad— y utilizando ese esquema para expresar su enfado en nombre de una población a cuyas libertades habían puesto límite aquellos fundadores, precisamente en su momento de mayor justicia.

Sucede además que esta llamada a la independencia es un boceto del material con el que se construye la dependencia, precisamente lo que ha codificado y encarnado el desequilibrio del poder según el género y lo que nos ha traído hasta el momento presente, ciento setenta años después.

Las mujeres que escribieron aquello sabían que su declaración no sería bien recibida. «Es de esperar que haya confusión, tergiversación y menosprecio».

No se equivocaron. Como ha comentado la historiadora Marjorie Spruill: «Los editores de prensa, furibundos, denunciaron aquella convención a la que tildaron de chocante, poco propia de las mujeres, monstruosa y antinatural, y a ellas las ridiculizaron llamándolas amazonas o solteronas necesitadas de amor».[169] El director del *New York Herald*, James Gordon Bennett padre, opositor a ultranza tanto de la abolición como del sufragio, dijo de las activistas que eran «un grupito variopinto de mestizos fanáticos y abuelitas, hombres y mujeres, esclavos fugitivos y lunáticas fugitivas» y predijo que «la consumación total de sus diabólicos proyectos reduciría la sociedad a la confusión más animal y promiscua». Un artículo sin firma que se publicó en *The Daily Oneida Whig* de Utica (Nueva York) se preguntaba en tono de lamento: «¿Hubo alguna vez una revuelta tan horrenda? Esta explosión es el incidente más chocante y antinatural que se ha registrado en la historia de las mujeres. Si nuestras señoras insisten en votar y legislar, caballeros..., ¿qué será de nuestras cenas?».[170]

La misma pregunta reverberaba tras las manifestaciones feministas de la segunda ola, más de un siglo después de Seneca Falls. Ese movimiento feminista de masas que impulsó *La mística de la feminidad*, de Friedan, y cuyo testigo cogieron después activistas más radicales, con prioridades más

diversas, coincidió con la revolución sexual e hizo posibles cambios materiales y jurídicos en cuestión de oportunidades para las mujeres, que les permitirían rediseñar sus vidas en relación con los hombres: las activistas de la segunda ola exigían más oportunidades de acceso a la educación y al mundo profesional para las mujeres, más protección de la ley frente a la violación, el acoso y la discriminación en el lugar de trabajo. Las feministas lucharon por la legalización del aborto y el control de natalidad, y por conseguir una legislación que les facilitara la salida de un mal matrimonio. Ampliaron su lucha a la pornografía y trabajaron para que se reconociera el apetito sexual de la mujer y establecer su derecho a la autonomía sexual y a la autodeterminación.

En muchos aspectos la segunda ola se enfrentaba a la misma lista de injusticias que ya había puesto de manifiesto la Declaración de Sentimientos. Esto se debió en parte a que, aunque la declaración tenía unas exigencias muy amplias y las mujeres de finales del siglo XIX y principios del XX ya habían conseguido ver aumentadas sus oportunidades educativas y profesionales o modificar algunas leyes de propiedad, el mayor avance material que se logró más de siete décadas después de la Declaración de Sentimientos fue la Decimonovena Enmienda. Todavía quedaba mucho por hacer.

Las activistas de los años sesenta y setenta, cuya revolución duró menos de veinte años, lograron muchos cambios en un periodo breve de tiempo, y desafiaron a sus propias circunstancias y convicciones con tal rapidez y eficacia que consiguieron alterar la dinámica del poder dentro de sus propios matrimonios, haciendo sentir a sus maridos incómodos y confusos al reprenderles de pronto por comportamientos y actitudes que nunca se habían percibido como problemáticos. Muchos hombres habían ido al matrimonio con una serie de expectativas que la agitación del «lo personal es político» que esgrimía la segunda ola dejó sin validez de un plumazo. Los hombres no se habían equivocado: las normas habían cambiado a mitad del juego. Y seguramente ya no les pondrían la cena en la mesa.

Cecile Richards, la anterior presidenta de Planned Parenthood, ha contado que su padre, un abogado progresista que había luchado por defender a los sindicatos, por el derecho al voto y por los derechos civiles, se quedó atónito ante la subversión de la lucha de las mujeres. La madre de Cecile, Ann, también progresista, había experimentado un cambio en la década de los setenta, cuando hacía campaña en favor de la Enmienda de los Derechos

Civiles. Su padre, escribió Richards, estaba confuso: «Tenía una esposa que había criado a sus hijos, que se hacía cargo de cualquier perro o gato que lleváramos a casa, que daba cenas en casa y cultivaba verduras orgánicas. Mi padre vivía en un hogar similar al de su infancia, en el que las mujeres se dedicaban al trabajo de voluntariado y no tenían una carrera profesional. Ahora me doy cuenta de que para él (y para tantos otros hombres de su generación) la perspectiva de una revuelta total de la escena doméstica debía ser bastante aterradora. De repente el tumulto que se formó en torno al rol de la mujer y a sus aspiraciones no era algo que solo pasaba en la televisión: era algo que estaba ocurriendo en nuestra casa». El hogar de los Richards, como tantos otros de aquella época, terminó en divorcio.[171] Y Ann empezó a prepararse para ser gobernadora de Texas.

Desde luego no era en absoluto divertido vivir una época en que los matrimonios se desintegraban a toda velocidad, pero hemos de reconocer que tampoco lo era vivir en una época en que era muy difícil obtener el divorcio, y los matrimonios, aunque fueran infelices o hubiera abusos en su seno, eran una trampa de la que a las mujeres no les resultaba fácil salir. Por otra parte, la rapidez con que el feminismo acabó con las expectativas del matrimonio heterosexual supuso una oleada de divorcios rápida, enorme y que produjo muchas separaciones amargas. Muchos niños la sufrieron. Muchas mujeres y muchos hombres la sufrieron. Y el caos que provocó el auge del divorcio dio oxígeno a una potente línea de combate antifeminista: las feministas, con sus ambiciones políticas, eran enemigas de la familia, de los hombres y del matrimonio.

«Si hay algo que les encanta a las feministas es el divorcio». Ese era el estribillo favorito de Phyllis Schlafly, que lo repitió prácticamente hasta su muerte.[172] Lo que no reconoció fue que lo que a las feministas les encantaba de verdad era la igualdad de los sexos, y que los divorcios que se produjeron durante la segunda ola y después del fin de esta se debieron sobre todo a que las mujeres se negaron a seguir legalmente vinculadas a hombres que no deseaban una relación igualitaria. O se dieron cuenta de que si podían acceder a una estabilidad económica propia no tenían que continuar atadas a un matrimonio que no les hacía felices o en el que sufrían maltrato.

Como ha señalado la historiadora Stephanie Coontz, que ha escrito sobre la historia del matrimonio, «el feminismo nunca hizo que un buen matrimonio fuera mal».[173] Lo que sí hizo fue desafiar a los hombres, impulsarlos a ser

mejores. A las mujeres les ofrecía la oportunidad de planificar sus vidas en torno a sus deseos y ambiciones, que no tenían por qué estar vinculados a sus maridos. Estas oportunidades de escapar o de tomar una ruta alternativa fueron, de hecho, asombrosamente parecidas a las postuladas en la Declaración de Sentimientos: algo de lo que los reformadores del matrimonio llevaban hablando más de un siglo.

Cuando se cuestiona el poder de los hombres, o se atempera, o se reprocha, o se desafía, ellos se sienten incómodos y es frecuente que se perciba el malestar masculino como algo intolerable.

El doctor Larry Nassar, acusado de abusos sexuales por más de un centenar de jóvenes gimnastas, se quejó de haber tenido que escuchar los testimonios de un montón de mujeres que le acusaban, y hablaba de que sintió miedo de perder el conocimiento durante el juicio, celebrado en 2018. El senador Jeff Sessions también berreó sobre la agresividad del interrogatorio de Kamala Harris, que le estaba poniendo nervioso, cuando compareció en el Senado por la injerencia rusa en la campaña de Trump.^[174] Recordemos que cuando George Stephanopoulos entrevistó a Chuck Schumer y le preguntó cuál era su reacción ante la Marcha de las Mujeres, la pregunta del locutor al senador fue: «¿Se ha sentido cómodo con todo lo que ha oído?», como si la comodidad de Schumer fuera una preocupación perentoria.

También resulta molesto que se dé por hecho, cada vez con más frecuencia, que la «incomodidad» que las mujeres hacen sentir a los hombres al rechazarlos o desafiarlos explica por qué algunos de esos hombres ejercen la violencia sobre ellas. Tras el tiroteo del instituto Marjory Stoneman Douglas, perpetrado por un exalumno, una superviviente, Isabelle Robinson, escribió en el *New York Times* que había leído «un número perturbador de comentarios que decían algo así: “Tal vez si los compañeros de clase y los colegas [del tirador] hubieran sido más amables con él, esto no habría sucedido”».

Muchos hombres poderosos, y las mujeres que buscan perpetuar su asociación con ellos, luchan por aliviar su incomodidad, en parte por considerar que cualquier cosa que haya incomodado a los hombres es algo problemático y antinatural, en lugar de una contrapartida merecida por sus actos.

«Censurar públicamente a las mujeres como si fuéramos seres rabiosos solo porque hablamos sin pedir disculpas por el mundo en que vivimos es una

estrategia de amenaza que normalmente funciona —escribió Andrea Dworkin en el prefacio a *Intercourse*, su incendiaria obra publicada en 1987 sobre la desigualdad por sexos en política y poder—. Los hombres suelen reaccionar a las palabras de las mujeres, las hayan dicho o escrito, como si fueran actos de violencia; a veces los hombres reaccionan con violencia ante las palabras de las mujeres. Así que bajamos la voz. Las mujeres susurran. Las mujeres piden disculpas. Las mujeres se callan. Las mujeres trivializamos lo que sabemos. Nos encogemos. Reculamos».

Andrea Dworkin no reculó ni se encogió —ni tampoco sus palabras— para ser mejor, según el rasero de preferencias masculinas. Era una escritora feminista radical, lírica y furiosa, cuyo pensamiento y cuya prosa eran tan provocativos y tan furibundos que leer su obra, incluso ahora, quema.

Había sufrido abusos de niña y malos tratos de su primer marido. Trabajó un tiempo como prostituta en Holanda antes de despertar al feminismo, aunque había participado activamente en otros movimientos sociales como las protestas contra la guerra de Vietnam y el *apartheid* en Sudáfrica. Como activista del feminismo participó junto a la abogada feminista Catharine MacKinnon (una especie de versión de la pareja formada por Elizabeth Cady Stanton y Susan B. Anthony del siglo xx, en la que Dworkin era la amanuense y MacKinnon la ejecutora) en una revisión de la Primera Enmienda en la que proponían una ley que prohibiese la pornografía.

Dworkin y MacKinnon no estaban solas en aquella lucha contra la industria pornográfica. Gloria Steinem, Audre Lorde y otras pidieron también que se pusieran límites y se expusieran sus abusos misóginos. Pero Dworkin y MacKinnon fueron más lejos: en 1983 escribieron una serie de ordenanzas locales que se conocieron con el nombre de «ordenanzas de derechos civiles contra la pornografía», que intentaban prohibir la pornografía por considerarla una violación de los derechos civiles de la mujer. Su misión, que se lanzó por primera vez en Minneapolis y luego se repitió, con distintos niveles de éxito o de fracaso, en Indianápolis, Cambridge y Bellingham (Washington), desencadenó una batalla en el seno del feminismo (otro eco de Stanton y Anthony) entre las que se describían como «feministas prosexo» y las antiporno (que, como ellas mismas aclararon, no eran antisexo), que comulgaban con los postulados de Dworkin y MacKinnon. Al final ganaron las feministas prosexo.

Quizá el párrafo más famoso de Dworkin en *Intercourse* fue el que dice que «violación es sinónimo de coito», lo que se podía entender, en términos generales, como «todo el sexo es violación». Ella mantuvo durante años, de forma incondicional, que se había entendido mal lo que había querido decir, que lo que defendía era que «el sexo no debe poner a la mujer en posición de subordinación: tiene que ser recíproco y no un acto de agresión de un hombre que lo único que busca es su propia satisfacción». Pero prevaleció el significado literal de sus palabras porque permitía desacreditarla como hereje marginal y desquiciada, como si hubiera algo no resuelto en su incapacidad de aceptar el estándar estético de feminidad establecido por los hombres (Dworkin fue obesa durante toda su vida y solía ir vestida con petos). Su supuesta disfunción podía interpretarse como una ira desbocada ante las estructuras de poder sexista y, por tanto, acabar invalidando esa ira.

«No es que la gente no estuviera de acuerdo con Dworkin: es que la odiaban», escribió uno de sus críticos más elegíacos de los últimos tiempos, el periodista Ariel Levy. Esa afirmación se podía aplicar a buena parte de las mujeres públicas del país que estaban desafiando al sistema, incluidas muchas que no eran del parecer de Dworkin ni apoyaban su política radical y que sugerían que lo que provoca el odio no es tanto lo específico de la ideología como la amenaza que representa para el confort y la supremacía masculina. «Para sus detractores, Dworkin era el horror del movimiento de liberación de la mujer personificado: la mujer más enfadada de América».

La amenaza más perniciosa, y la que peores consecuencias tuvo, de la censura que provocó la ira de Dworkin fue que aquella furia impenitente de la que hacía gala fue declarada culpable de apartar a otras mujeres del feminismo. Tras su muerte en 2005, un escritor de *The Guardian* sugirió, con muy mal gusto, que «el verdadero legado de Dworkin había sido que muchas mujeres jóvenes de hoy en día prefirieran que les mordiera un perro rabioso a que las considerasen feministas».[175] Era una paradoja terrible: se sugería que su legado era que el hecho de animar a las mujeres a manifestar su rabia daría lugar a una generación de mujeres menos dispuestas a expresar su ira a gritos y más dispuestas a seguir siendo complacientes.

Sin embargo, la reputación de Dworkin fue su metatestamento, porque aunque se equivocara en muchas cosas, la historia le dio la razón en otras, desde la pornografía a la prostitución. Su medio era parte del mensaje, y explica por qué Gloria Steinem dijo una vez que Dworkin era para el

feminismo como «un profeta del Antiguo Testamento que grita su rabia en las colinas y dice la verdad».

Ella sabía lo que hacía: «Yo soy una feminista radical, no del tipo que gusta», dijo una vez. En un reportaje del *New York Times* que se publicó en 1988 sobre el libro de Dworkin *Letters from a War Zone* (Cartas desde una zona de guerra) la periodista, una mujer llamada Lore Dickstein, escribió que «gran parte de lo que Andrea tiene que decirnos es de gran importancia..., pero la forma en que lo dice debilita el argumento. Se queda resonando en los oídos, apabulla el cerebro, y uno ruega que le libren de esa arenga infinita. Pero ese es precisamente el quid de la señora Dworkin: su mensaje, pero también su método; perseguir y acosar, y responder a la indiferencia o incluso a la cortesía con un estallido estridente de rabia».[176]

Una de las experiencias más duras que viví cuando escribía este libro y era testigo del movimiento #MeToo fue constatar la tristeza que me provocaba que Dworkin no estuviera allí para ver lo que estaba pasando. No es que me pareciera que habría estado satisfecha del todo con el #MeToo, pero sí creía que se habría alegrado de que tuviera lugar. Y estaba triste también porque durante su carrera, como ha apuntado Levy, Dworkin nunca tuvo miedo de decir que quería que la leyeran, que la escucharan, que la entendieran. Y el tono del diálogo feminista, tal y como se manifestó en los años posteriores a las elecciones de 2016, se encontraba en un momento muy similar al espíritu de lo que ella había escrito. De hecho, al volver a su obra, he descubierto sentimientos que no sacó entonces a la luz del debate político, pero que hoy, esta semana, esta tarde, resultan perfectamente adecuados para lo que está sucediendo: podrían, incluso, ganarse un puñado de emoticonos de llamadas en Twitter.

«Aquí es donde muere el feminismo, porque muchas mujeres que dicen que son feministas son colaboracionistas o cobardes», escribió Andrea Dworkin. También escribió: «Los hombres son una mierda y están orgullosos de ello». Y sobre el canon occidental de novelistas varones blancos y su sexismo, declaró: «Me encanta la literatura que escribieron esos hombres, pero no pienso vivir mi vida como si ellos fueran reales y yo no», un sentimiento que yo tuiteé cuando estaba escribiendo este capítulo y que obtuvo en poco tiempo trescientos «me gusta».

Con la marcha sostenida e incansable del #MeToo —un impulso airado que

yo no esperaba que durase más de unos días o unas semanas, pero que duró meses y luego, incluso tras un breve receso, regresó rugiendo más que antes, exponiendo sin descanso más relatos de abusos de poder sistémicos, de demandas, de comités que pedían nuevas leyes para proteger a las mujeres que habían sufrido abusos—, me quedó claro que las mujeres contemporáneas no tenían ganas de andarse con chiquitas. Aunque hubiera sido mucho más sencillo, mucho más fácil, dejar que todo se detuviera y que el riesgo y la incomodidad pasaran.

Me recordaron la insistencia de bulldócer de Dworkin, su determinación arrolladora y su negativa a tomar el camino más fácil. Su trabajo, como ella misma escribió, «no dice “perdóname” y “ámame”. No dice “te perdono” y “te amo”. No. Yo digo no».

[165] Joy Press, «The Life and Death of a Radical Sisterhood», *The Cut*, 15 de noviembre de 2017, <https://www.thecut.com/2017/11/an-oral-history-of-feminist-group-new-york-radical-women.html>.

Véase también: Roxane Gay, «Fifty Years Ago, Protesters Took on the Miss America Pageant and Electrified the Feminist Movement», *Smithsonian*, enero de 2018, <https://www.smithsonianmag.com/history/fifty-years-ago-protestors-took-on-miss-america-pageant-electrified-feministmovement-180967504/>.

[166] CBS This Morning, «Gayle King and Norah O’Donnell respond to Charlie Rose allegations», vídeo de YouTube, 3:18, 21 de noviembre de 2017, <https://www.youtube.com/watch?v=-Slp6xSP7ds>.

[167] Bryn Elise Sandberg, «Sarah Silverman Addresses Louis C.K.’s Sexual Misconduct: “It’s a Real Mind—”», *Hollywood Reporter*, 16 de noviembre de 2017, <https://www.hollywoodreporter.com/live-feed/sarah-silverman-addresses-louis-cks-sexualmisconduct-a-real-mindf-1059117>.

[168] «To Tell the Truth», *The Cut*, vídeo, 20 de diciembre de 2017, https://www.thecut.com/2017/12/rose-mcgowan-harvey-weinstein-sexual-assault-and-harassment.html?utm_source=nym_press.

[169] Marjorie Spruill Wheeler (ed.), *One Woman, One Vote*, Troutdale, Oregón: New-Sage Press, 1995, p. 38.

[170] E. W. Capron, «Women’s Rights Convention», *National Reformer*, 3 de agosto de 1848, <http://facstaff.elon.edu/dcopeland/fourth%20hour/seneca%20falls.pdf>.

[171] Cecile Richards, *Make Trouble: Standing Up, Speaking Out, and Finding the Courage to Lead*, Nueva York: Simon & Schuster, 2018.

[172] Beverly Willett, «Feminists Love Divorce!» *Huffington Post*, 25 de mayo de 2011, https://www.huffingtonpost.com/beverly-willett/feminists-love-divorce_b_825208.html.

[173] Jill Brooke, «Did Feminism Cause Divorce?» *Huffington Post*, 25 de mayo de 2011, https://www.huffingtonpost.com/jill-brooke/did-feminism-cause-many-d_b_836327.html.

[174] Tracy Connor, «Larry Nassar Complains It’s Too Hard to Listen to Victim Stories», *NBCNews.com*, 18 de enero de 2018, <https://www.nbcnews.com/news/us-news/larry-nassar-complains-it-s-too-hard-listen-victim-stories-n838731>.

- [175] Havana Marking, «The Real Legacy of Andrea Dworkin», *The Guardian*, 15 de abril de 2005, <https://www.theguardian.com/world/2005/apr/15/gender.politicsphilosophyandsociety>.
- [176] Lore Dickstein, «Street Fighting Feminist», *New York Times*, 29 de octubre de 1989, <https://www.nytimes.com/1989/10/29/books/street-fighting-feminist.html>.

No te fíes de nadie

Durante los tres meses de otoño en el que el movimiento #MeToo vivió su punto álgido, yo recibía entre cinco y veinte correos diarios de mujeres que querían contarme sus experiencias de acoso en el lugar de trabajo: alguien las había mirado con lascivia, o manoseado, o se había frotado contra ellas. Me contaban historias de todo tipo de hombres —actores, mandos intermedios, jueces y filántropos, propietarios de tiendas y defensores de la justicia social, mis propios colegas, pasados o presentes— que les habían hecho daño a ellas o a otras mujeres conocidas suyas. Había sucedido el día anterior, o hacía dos años, o veinte.

«Es un momento “veo Matrix” —me contaba una mujer en medio de todo el barullo—. Es terriblemente extraño estar pasando por esto. Es agotador, horrible y lo detesto. Pero estoy contenta. Estoy contenta de que lo estemos haciendo. Aunque esté en el infierno».

Aquel momento nos obligó a muchas a esquivar la ira —nuestra tarea cotidiana— que nos hacían sentir los hombres que nos gustaban, a los que queríamos, con los que trabajábamos y a los que necesitábamos, examinando todos los rincones de los que brotaba aquella rabia, estudiando cómo habían quedado marcadas nuestras vidas y carreras por los abusos sistémicos del poder patriarcal, en torno al que se mueve cualquiera que pertenezca al sistema. Y, al mismo tiempo, maldita sea, teníamos que gestionar la incomodidad y la molestia de tantos hombres que acababan de enterarse de que las mujeres tenían motivos para estar enfadadas con ellos.

En mis conversaciones con hombres notaba su preocupación: me escribían mensajes de teléfono, me llamaban sin decirme el motivo... Mis propios amigos y colegas, conscientes de lo que estaba pasando, se sentían incómodos porque sabían, o pensaban, que podrían estar en alguna lista. No dejaban lugar a la duda: en alguna ocasión se habían propasado con alguna colega; alguna vez se habían tomado libertades que sospechaban que no eran correctas, porque no estaban seguros de si esos avances eran bien recibidos. ¿Merecían

ser condenados? ¿Cuál era la naturaleza y cuál la gravedad de su delito? La ansiedad que me provocaba todo aquello —hablar con hombres que buscaban la absolución feminista y tranquilizarles, diciendo que no estaba enfadada con ellos, pero hablar claramente con los que creía que estaban en un brete— era enorme.

Algunas de mis amigas no tenían paciencia con aquel repentino afán de introspección que mostraban los hombres, pero yo siempre fui una inocentona. Me ponía en su lugar. Cuando venían a mí, mi impulso básico era reconfortarles, perdonar. Pero la razón, y la determinación dworkiniana de no ablandarme, no en ese momento, me impulsaba al mismo tiempo a ser directa, más fría de lo acostumbrado y decirles: «Sí, claro, es un problema. Es posible que tengas un problema. Así que abórdalo».

Luego estaban los hombres que miraban el mundo con ojos nuevos, aparentemente sorprendidos por aquel desfile indecoroso de manipuladores y acosadores sexuales. Aquellos hombres habían empezado a entender los temas de mis artículos, en los que yo tanto insistía: nunca imaginaron que fuese tan fuerte. No habían visto lo robusta que era su estructura, no se habían dado cuenta de que era sistémico. Y ellos formaban parte de todo, se habían beneficiado de aquel entramado aunque no hubieran sobado a nadie, aunque no hubieran violado a nadie. Y aquella facción incluía a mi propio marido, abogado defensor de lo penal que, desde luego, no ignoraba que el acoso sexual se da en todas partes, y a pesar de ello leía el torrente interminable de informes con el ceño fruncido. «Pero ¿quién hace esto? —me preguntaba—. ¿Quién demonios hace esto?». Y una noche, con verdadero sentimiento, me dijo incluso: «¿Cómo te puedes acostar conmigo, llegados a este punto?».

Meses después de que publicara yo esta anécdota de mi compañero, Katie Roiphe la citó hablando de la ira que yo había expresado en algún otro momento: suponía que, dados mi furia y mi disgusto, no le sorprendía en absoluto que mi marido dudara de mi deseo hacia él. Era una elisión absurda, dirigida a ponerme a mí como esposa castradora y a mi marido como víctima de la frigidez de las feministas airadas, en lugar de lo que era: mi compañero en la furia y el disgusto.

Lo que buscaba Roiphe, en cierto modo, era el arma más rápida, antigua y fiable para atacar a las feministas: la calumnia de que no queremos ni sexo ni hombres. Pero en las capas más profundas lo que estaba haciendo era

rebelarse contra una posibilidad aún más aterradora: que la lucha del #MeToo no solo estuviera moviendo masas de mujeres, sino también a muchos hombres que se solidarizaban con ellas en el plano real, que veían el mundo a través de la lente femenina desestabilizando así su propia centralidad y el argumento de que el feminismo es el enemigo natural de los hombres. Y, al hacerlo, amenazaban a varias generaciones de antifeministas que habían hecho carrera de restañar las heridas de los hombres caídos bajo el asedio feminista.

Por muy contenta que estuviera yo con aquella reflexión de algunos de mis colegas varones, impulsada por la angustia, sentía también la frustración de los que se quejaban de que ellos no podían distinguir entre un flirteo inocente y un acoso, porque yo estaba convencida de que la mayoría de las mujeres sí podían. Mi parte racional estaba satisfecha porque estos tipos habían hecho las cuentas y habían estudiado en qué casos habrían abusado de su poder. Quizá alguno no había entendido hasta qué punto situaba en desventaja al objeto de sus atenciones, pero como Sarah Silverman, o Gayle King o Judith Levine o Samantha Bee, o cualquier mujer que haya conocido, amado y confiado en un hombre, que se haya apoyado en un hombre, yo tenía que reconocer que algunos de ellos, incluso mis amigos, lo habían captado perfectamente. Un día mis amigos y yo nos enteramos de que un hombre que se había estado quejando de que el acoso seguía existiendo había metido la mano bajo la falda de una colega cuando era su jefe. «Como Allison Williams con las llaves en *Déjame salir* —dijo una amiga mía, la periodista feminista Irin Carmon, haciendo referencia a la película de miedo sobre el racismo sistémico—. No te fíes de nadie».

Una de las revelaciones del #MeToo, y de la ira que provocó en mí y en mis amistades, fue comprobar la cantidad de hombres poderosos que podrían haber estado actuando mal durante toda su carrera, mientras lo que se juzgaba casi siempre era la reacción de las mujeres ante ese comportamiento. Las mujeres tenían que hacer de policía: eran las responsables de patrullar y controlar y castigar como se merecían o premiar con generosidad las infracciones de los hombres. Y que Dios las protegiera si erraban.

«¿Por qué creen las mujeres que tienen que apoyar a esos tíos?», me preguntó en una ocasión Pat Schroeder recordando su indignación contra el excandidato demócrata a la presidencia, Gary Hart, cuya campaña dirigió ella hasta que le pillaron siendo infiel a su esposa y él lo negó. «Estaba deseando

librarme de la campaña de Hart», dijo. Pero la esposa de Hart siguió con él. Y lo peor fue que tanto Hart como su mujer se enfadaron con ella por marcharse. «Supongo que esperaban que yo me tragara el sapo y saliera en su defensa —dijo Schroeder—. Pero no me puedo creer que los hombres sean tan débiles. Lo siento de verdad, pero si los hombres son tan débiles y tenemos que defenderlos siempre..., ¿por qué tienen tanto poder?».

El hecho de que ellos concentren todo el poder es precisamente lo que les permite convertir todos sus casos de mala conducta en un referéndum sobre si las mujeres que les rodean están reaccionando adecuadamente. Esa es otra forma de exigir a las mujeres que paguen la cuenta por los malos actos de los hombres, otro patrón que quedaba expuesto y que daba paso a otro nivel de ira en las mujeres que, por primera vez, se daban cuenta de la posición de mierda en la que habían estado y la imposibilidad de encontrar un espacio donde librarse de ella. Incluso ahora.

El hecho de que con cada revelación de abuso de poder por parte de los hombres se desviara la atención hacia las mujeres de su vida o su círculo profesional, pasado o presente, quedó patente en la política electoral del otoño de 2017, cuando cada vez que había una acusación contra un político varón los titulares se centraban inmediatamente en la reacción de sus colegas mujeres.

Después de que Al Franken, senador liberal y anteriormente humorista de *Saturday Night Live*, querido y admirado, fuese acusado por una mujer de haberla besado contra su voluntad y haberla manoseado mientras ella dormía en una gira de United Services Organization, Franken se disculpó y pidió que un comité de ética investigara su conducta. Se consultó a sus compañeras del Senado, especialmente a las que habían apoyado abiertamente el movimiento #MeToo, qué pensaban de aquello: todas se mostraron de acuerdo en esperar al veredicto del comité de ética. Pero entonces empezaron a aparecer más mujeres que tenían historias que contar de Franken: que si les había tocado el culo o las tetas, o había intentado darles un morreo. Esos relatos se comieron todos los titulares diarios, y resultaron especialmente perjudiciales en la precampaña de una elección crucial al Senado de Alabama en la que Doug Jones, demócrata, intentaba ganar un escaño y vencer a Roy Moore, republicano acusado por un buen número de mujeres de haberlas acosado cuando eran adolescentes.

Tras su primera declaración, Franken no respondió a las demás acusaciones, pero a sus colegas mujeres se les preguntaba continuamente por qué —dada la ausencia de tolerancia de su partido en casos de acoso y abuso sexual— no exigían a su colega que dimitiera. La renuencia del partido a condenar a Franken estaba dando cancha a los republicanos que querían volver a apoyar al acusado de abusos de Alabama. La conducta de Franken, ambigua y decepcionante pero no violenta, estaba teniendo consecuencias muy negativas para su partido, devorando el tiempo y las energías de sus colegas y, en muchos aspectos, reproduciendo patrones de comportamiento de veinte años atrás, cuando el entonces presidente Bill Clinton reveló que había tenido un lío con una becaria de la Casa Blanca, Monica Lewinsky. En 2017 se había hablado mucho de la hipocresía de tantas feministas que apoyaban a Clinton pero que en los años noventa no se habían puesto de parte de Lewinsky, incluidas Gloria Steinem y Susan Faludi.

Habían defendido a Bill Clinton en parte porque dependían de él después de doce años de administraciones Reagan y Bush: él era el líder del partido que apostaba por los derechos de las mujeres, el presidente que había colocado a Ruth Bader Ginsburg en el Tribunal Supremo, que había firmado la Ley de Baja por Maternidad y Enfermedad, que estaba casado con una feminista por la que muchas de ellas profesaban una enorme admiración. Pero la decisión de no condenar a Clinton por su abuso de poder profesional y sexual había tenido, *de facto*, otra consecuencia: la de detener el impulso feminista en los años en los que las acusaciones de Anita Hill contra Clarence Thomas pusieron la expresión «acoso sexual» en el diccionario nacional.

Esta historia suponía que cualquier feminista que en ese momento quisiera decir algo del #MeToo —incluso las que estábamos en el instituto o en la universidad durante la administración Clinton— tenía que opinar sobre el comportamiento de Clinton: ¿lo condenábamos? Claro que sí. Pero también se nos pedía que evaluáramos a las feministas que nos habían precedido y defendido a [Bill] Clinton: ¿había sido el suyo un error estratégico y moral? Claro que lo había sido. Y cualquiera de nosotras que hubiera apoyado a Hillary Clinton en 2016 tenía que responder, además, a la pregunta de si el argumento feminista se veía comprometido por la complicidad que mostró al defender a su marido y denigrar a Lewinsky en una conversación con una amiga que trascendió después.

La respuesta a aquella última pregunta —al menos para mí— era

especialmente delicada, pero en algún momento llegó a ser imposible no darse cuenta de que parecía haberse formado un círculo de censura extraordinariamente amplio en el que todo el mundo, desde las antiguas feministas a las nuevas feministas, hasta Hillary Clinton y hasta cualquiera que hubiera dicho alguna vez algo bueno de Hillary Clinton o del feminismo, tenía que responder por el comportamiento de mierda de Bill Clinton. Mejor dicho: todo el mundo, excepto Bill Clinton.

Entre los que se vieron atrapados en este bucle de culpabilidad insustancial y retroactiva se encontraba la senadora por Nueva York Kirsten Gillibrand, que como legisladora se había concentrado en asuntos de acoso y abuso sexual en el Ejército y en los campus de las universidades, y a la que preguntaron, naturalmente, si podía responder por aquellos hombres que habían mostrado una conducta inadecuada, pues las asociaciones que había establecido con ellos demostraban su falta de compromiso real con los asuntos que supuestamente defendía.

En pleno auge del #MeToo, el *New York Times* preguntó a Gillibrand si creía que Bill Clinton —a cuya esposa había citado Gillibrand en muchas ocasiones como mentora, y cuyo asiento en el Senado ocupaba ella en ese momento— tendría que haber renunciado a la presidencia. Respondió que sí, que esa habría sido la reacción correcta. Se enfrentó a un impresionante despliegue de furia: Philippe Reines, que fuera asistente de los Clinton durante mucho tiempo, escribió en Twitter: «¡Hipócrita! Te has aprovechado del apoyo de los Clinton, de su dinero y hasta de su asiento durante más de veinte años». El estratega demócrata Hank Sheinkopf tachó a Gillibrand de «traicionera», «desleal» y «oportunista».

Una semana después, *Meet the Press* entrevistó a la líder de la minoría del Congreso, Nancy Pelosi, que habló bien del movimiento #MeToo y dijo que era «transformador» y «muy íntegro». Pero cuando le preguntaron por las acusaciones que había sufrido uno de los miembros de su *caucus*, el congresista de Michigan John Conyers (decían que había acosado a miembros de su personal y llegado al menos a un acuerdo económico para acallar las acusaciones), Pelosi no condenó a su colega: al contrario, le defendió, dijo que era un referente. El resultado fue una condena a Pelosi: dura y correcta. La estratega demócrata Lis Smith observó que «no demostramos la menor altura moral ante los que son como Roy Moore si nos quedamos de brazos cruzados cuando vemos que Al Franken y John Conyers van a seguir en sus

puestos... No podemos ser el partido que diga que defiende a las mujeres solo cuando ello nos da una ventaja política. Tenemos que aplicarnos el mismo rasero». Y en su cobertura de los comentarios de Pelosi, *NBC News* comentó que ellos «habían hecho preguntas sobre la credibilidad de los mensajes del partido y hasta qué punto sus líderes electos estaban dispuestos a poner la protección de las mujeres por delante de las consideraciones políticas».[177]

De modo que una mujer que había condenado a un demócrata acusado de acoso sexual quedaba como traidora y a una que había defendido a otro la llamaban hipócrita. Y cada día que amanecía acercaba a los demócratas a unas elecciones que podrían llevar al Senado a un acusado de abusar sexualmente de chicas jóvenes, por no decir a otro republicano.

El 6 de diciembre salió a escena la séptima acusadora de Al Franken. Horas antes de que apareciera la octava, Gillibrand emitió un comunicado en el que decía así: «Aunque el senador Franken tiene derecho a que el Comité de Ética concluya su estudio, creo que sería mejor para nuestro país que enviase un mensaje diciendo claramente que cualquier tipo de maltrato a una mujer es inaceptable en una sociedad como la nuestra y se apartara de la carrera, dejando que otra persona ocupe su puesto». A los pocos minutos otras mujeres del Senado, incluidas Patty Murray por Washington, Kamala Harris por California, Claire McCaskill por Misuri y Mazie Hirono por Hawái, emitieron comunicados similares.

Enseguida se unieron a las mujeres algunos senadores demócratas, pero estaba claro que habían sido las mujeres las que lideraron la carga. Un ujier del Senado me dijo que las mujeres demócratas habían estado hablando entre ellas, muy enfadadas, algunas veces incluso en los baños del edificio, de la frustración que les causaba aquella situación y la mala posición en que se encontraban desde hacía días.

Quizá lo más difícil de aceptar de la decisión de Franken fue que a fin de cuentas no se trataba de él: se trataba del partido, del *caucus*, de las elecciones de Alabama, de las mujeres que habían ido apareciendo, del futuro de su compromiso en defensa de las leyes que protegían contra el abuso y el acoso. La dinámica enloquecedora a la que hicieron frente los colegas de Franken, muchos de los cuales le respetaban y apreciaban de verdad, fue que ninguna de las opciones que tenían (podían resistir y apoyarle, o pedirle que se retirase) representaba un riesgo para ellos. Las mujeres del Senado optaron

por hacer lo que las denunciadas no habían podido durante el lío de Clinton: reprendieron abiertamente a un hombre poderoso y muy querido por todos, cosechando un montón de reacciones adversas.

Pero aquellas senadoras entendieron, sin duda, que si no hubieran hablado en contra de Franken, las habrían tachado de hipócritas interesadas que solo se implicaban en la tolerancia cero con casos de abuso sexual si las acusaciones iban dirigidas contra alguien del otro partido. Habrían puesto en entredicho todo el movimiento #MeToo, porque el hecho de no condenar a uno de los suyos habría dado a los críticos combustible suficiente para afirmar que aquella era una decisión partidista y que no partía de un auténtico afán de luchar contra el abuso de poder ejercido contra el otro sexo. Y desde luego también entendieron que, si hablaban en contra de Franken, se las tacharía de ejecutoras interesadas.

Así que eligieron el segundo camino (si es que era una opción: al menos eran numerosas, tenían fuerza y también confianza), lo que dio que hablar lo suyo sobre el cambio sin precedentes que parecía anunciar aquella ocasión, en aquel momento y sobre su impacto acumulativo, que podría redundar en una mayor participación de las mujeres en política: en el Senado había veintiuna mujeres, mientras durante el escándalo de Bill Clinton solo habían sido nueve.

Inmediatamente después de que pidieran la dimisión de Franken, la cuenta de Twitter de la sección «Metro» del *New York Times* se hacía esta pregunta sobre Gillibrand: «¿Es valentía o simple oportunismo?». Un artículo de opinión publicado en 2018 en el *Daily Beast* se había hecho la misma pregunta: se cuestionaba si no sería «una oportunista demasiado transparente como para ser candidata a la presidencia». Era ilógico acusar de oportunista a una mujer que se opone a un hombre querido y poderoso, sobre todo porque rara vez se han ofrecido oportunidades fantásticas a una mujer que ha ejercido una transgresión como esa; y una mujer que apoya a un hombre poderoso que se enfrenta a las críticas también puede estar siendo oportunista, quizá más todavía.

No solo era ilógico, también absurdo: oportunismo es tocar el culo a una mujer que está a tu lado en una fiesta, o besarla en un escenario solo porque te ampara la impunidad; es aprovecharte de una mujer que está dormida para contar un chiste que tiene que ver con tocarle las tetas porque eres un humorista que alcanzó la mayoría de edad en los ochenta, cuando no se

pagaba ningún precio por cosificar a las mujeres, es más: se ganaban con ello risas y estatura profesional. Oportunismo es convertir una carrera de humorista en una carrera al Senado. Pero nada de eso se considera oportunismo porque, sencillamente, se asume que así es como funciona el poder con los varones blancos, así es como se supone que se mueve todo: se aprovechan las oportunidades que uno tiene al alcance de la mano.

La mayoría de las mujeres a las que yo conocía no querían tener «la oportunidad» de patrullar las fronteras que limitan el poder patriarcal; nos sentíamos divididas entre la vaga perspectiva y la realidad observada de que esos hombres perdieran sus puestos de trabajo. Pensábamos en sus sentimientos y en sus familias, nos horrorizaba que la publicación de sus fechorías les pudiera costar un empleo futuro o inducirles a hacerse daño. También se nos obligó a asumir esto: las múltiples formas en que seguiríamos estando obligadas a preocuparnos por los hombres sin ceder a sentir la misma compasión por las mujeres, por sus familias, por sus sentimientos, por sus planes de futuro... Aunque se suponía que todo aquello era por nosotras y no por ellos.

Como escribió la editora de *n+1*, Dayna Tortorici, en 2017: «Supongo que hay gente que se siente bien cuando lleva a un delincuente ante la justicia, como ocurre en un sistema como el nuestro. Pero imagino que muchos no quieren cargar con la responsabilidad del castigo de su agresor. Tal vez digan: “Por favor, que mi decisión no suponga que pierdas tu trabajo, o que tus colegas te hagan el vacío, o que termines en la cárcel. La cárcel, el desempleo, el exilio social no son lo que queremos para los hombres. Yo no estoy aquí para hacer de policía. Yo no quiero estar a cargo vuestro”».[178]

Y esto fue solo una parte de lo que nos enfadó tanto.

Error de categorización

Las mujeres, naturalmente, estábamos haciendo nuestras propias cuentas, intentando clasificar aquellos momentos de nuestro pasado y calibrando cómo podían encajar en la escena: «Sí, a mí me envió un mensaje de madrugada preguntándome cuáles eran mis fantasías sexuales, pero no se masturbó contra mi pierna ni amenazó con matarme. No contrató a un exagente del Mossad para desenterrar toda la mierda que había por ahí sobre mi vida sexual. No me violó».

Sabíamos cuál era la diferencia. No éramos tontas. Sabíamos, cuando

veíamos documentos como la lista de «Tíos asquerosos» y leíamos en redes sociales todo lo que se decía —desde citas incómodas hasta abusos físicos—, cuando oíamos a nuestras amistades revisar a conciencia todos sus recuerdos, que había diferencias legales entre todas aquellas conductas, y diferencias morales también. Estaban los babosos que nos hacían proposiciones, los que iban de muchachitos ingenuos, que nos tiraban los tejos torpemente en algún almuerzo de trabajo, los jefes que nos tocaban contra nuestra voluntad, los hombres que tomaban represalias profesionales si osábamos rechazarlos. Había conductas distintas, con distintos costes, y merecían diferentes reacciones y repercusiones.

Sin embargo, la rabia que sentíamos muchas de nosotras no se correspondía necesariamente con la gravedad del delito. En aquellos meses tumultuosos, un buen número de mujeres estábamos tan enfadadas con el tipo que nos había mirado el escote de la camisa en el viaje de la empresa como lo estábamos con Weinstein, aunque reconociéramos que había algo irracional en ello, que era una reacción exagerada.

Pero hasta ese sentimiento se asentaba en la premisa, deformada por varias generaciones de normalización del poder patriarcal, de que no teníamos motivo para enfadarnos. Llevábamos décadas sufriendo presiones para no reaccionar exageradamente y nuestras objeciones ante las cosas insignificantes (y las que no lo eran) se quedaban en mera cháchara, se ignoraban o se atribuían a nuestra incapacidad para desenvolvernos en el mundo real. Y los resentimientos se habían acrecentado, habían madurado, se habían convertido en ira.

«Yo decidí meter todos los recuerdos de acoso que tenía en un compactador emocional de residuos: eran demasiados —contaba mi amiga, la escritora y creadora de pódcast Aminatou Sow—. Pero el compactador se ha roto y están saliendo todos». Sow decía que entre los recuerdos que habían aflorado ese otoño estaba un antiguo jefe suyo «que, estoy segura, se la machacaba en la oficina y siempre se aseguraba de que me diera cuenta de que estaba viendo porno en el ordenador. Ahora tiene un trabajo más importante. Y hubo un tío que me empotró contra la pared del cuarto de la fotocopidora y me dijo que debería dar gracias de que se fijara en mí, porque soy una lechona gorda. Denuncié ambos incidentes, pero no sucedió nada».

Parte del asunto era que aunque existían muchas gradaciones, variedades y

niveles de gravedad del delito sexual y del traspaso de la línea física, todos ellos tenían en común una cosa: reflejaban que a la mujer se le daba un valor físico y público inferior al hombre.

Algunas mujeres, como la periodista Masha Gessen, del *New Yorker*, mostraron su preocupación ante el hecho de que, en nuestro intento de analizar cómo se podía poner al mismo nivel que te tocaran el culo o te dieran un beso sin tu consentimiento con una violación en sentido estricto, nos arriesgábamos a transformar la catarsis del juicio en una estampida antisexo, volviendo de ese modo a la idea de la mujer vulnerable e infantil en el plano sexual. Si todo contacto sexual se insertaba, en medio de esta tormenta, en la categoría de «peligroso para las mujeres», volveríamos a la idea victoriana de la mujer como víctima, sin apetito sexual y sin independencia.

Pero lo que Gessen veía como una posible eliminación de barreras entre categorías era, en realidad, un error de categorización fundamental. Porque lo que tenían en común todas aquellas revelaciones tan diversas no era el daño sexual, sino el daño profesional y el abuso de poder. La campaña original de Me Too que emprendió Tarana Burke quería denunciar el abuso sexual y la violencia. Pero en el otoño de 2018 los debates que se llevaron a cabo bajo el paraguas del #MeToo trataban muchos más aspectos del abuso de poder, entre ellos el acoso sexual. Y sí, el daño sexual y el profesional estaban vinculados en muchos casos, en algunos incluso combinados. Pero la razón por la que compartían espacio en conversaciones y prensa durante ese ajuste de cuentas era que el acoso sexual se entiende como delito no en cuanto que violación, sino en cuanto que forma de discriminación.

La expresión «acoso sexual» la utilizó por primera vez en público la autora feminista Lin Farley en 1975, en el curso de una conferencia sobre las mujeres en el lugar de trabajo que se presentó ante la Comisión de Derechos Humanos de la ciudad de Nueva York.

Farley, que daba clases sobre mujer y empleo en la Universidad de Cornell, había contribuido a acuñar dicha expresión cuando conoció la historia de Carmita Wood, una administrativa del laboratorio de estudios nucleares de la Universidad de Cornell que era la primera mujer que ocupaba aquel puesto. Tras años de soportar a un jefe que la toqueteaba, se frotaba contra ella, la besaba contra su voluntad, que daba la impresión de que se estimulaba sexualmente en su presencia y que llegó incluso a meterle la mano por la

camisa en una fiesta de Navidad de la empresa, la universidad denegó a Carmita el traslado a otro departamento y ella dejó el empleo. Cuando fue a solicitar la prestación por desempleo, el Departamento de Empleo del estado de Nueva York rechazó su petición. Recurrió la decisión, presentó una declaración que corroboraron dos excompañeros que habían sido testigos de los abusos y, con todo, su solicitud se volvió a rechazar.[179]

Sin saber muy bien a dónde dirigirse, Wood acabó en la oficina del programa de derechos humanos que había en Cornell, donde conoció a un grupo de mujeres en el que estaba Farley. Conmovidas por su caso, celebraron varias reuniones en las que trataron de encontrar una palabra que describiese el tratamiento que Wood había recibido: degradante, despreciativo en lo profesional. Un tratamiento que, por otra parte, era demasiado habitual, se había integrado en la vida profesional de las mujeres de tal manera que era necesario encontrar una palabra que lo describiera y que no existía hasta el momento. «Era algo de lo que todas hablábamos, pero no teníamos un nombre que lo determinara, y no sabíamos si todas nos referíamos a lo mismo»,[180] comentó Farley, que buscó junto a sus colegas algo que lo abarcara todo y que, finalmente, se materializó en «acoso sexual».[181]

En abril de 1975 Wood publicó un artículo en el *Ithaca Journal* en el que decía: «Las mujeres han de ser juzgadas según su capacidad para realizar un trabajo, y no en función de si mantienen o no una relación sexual con sus jefes». Junto a las mujeres del programa de derechos humanos de Cornell y a la abogada Eleanor Holmes Norton, que ocupaba entonces la presidencia de la Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de Nueva York, Wood formó un grupo llamado Working Women United (Mujeres Trabajadoras Unidas), que envió una carta a centenares de abogados.[182] La carta aterrizó en el escritorio de Catharine MacKinnon, que comenzó entonces lo que se convertiría en una batalla legal que duraría varios años, encaminada a dejar claro que el acoso sexual es una violación de las leyes que prohíben la discriminación profesional tal y como se había expuesto ya en la Ley de Derechos Civiles, en ese caso en relación con la raza.

En 1977 un tribunal de apelación ratificó algunas sentencias que definían el acoso sexual como acto de discriminación sexual, prohibido en el título VII de la Ley de Derechos Civiles. En 1979, cuando el sistema judicial estadounidense empezó a recibir caso tras caso de acoso sexual, MacKinnon dijo que había una relación entre acoso sexual y discriminación laboral,

haciendo referencia, entre otras cosas, a que las mujeres están condenadas a quedarse estancadas en trabajos mal pagados que exigen su sexualización. «El acoso sexual perpetúa una estructura en virtud de la cual las mujeres han sido, por un lado, esclavas sexuales de los hombres y, por otro, han estado condenadas a la escala más baja del mercado laboral —escribió MacKinnon—. Convergen aquí dos fuerzas de la sociedad estadounidense: el control de los hombres sobre la sexualidad de las mujeres y el control del capital sobre la vida laboral de los empleados».

En 1986 el Tribunal Supremo falló a favor de Mechelle Vinson, directora adjunta de un banco, que explicó que había sido acosada y violada por su jefe en las bóvedas y en los sótanos del banco en más de cuarenta ocasiones. El juez William Rehnquist escribió en el veredicto, que fue unánime: «Es incuestionable que cuando un supervisor acosa sexualmente a un subordinado a causa de su sexo, la discriminación se hace en virtud del sexo». En otras palabras, el acoso sexual podría llevar aparejadas otras conductas que serían delictivas *per se*, como el abuso sexual o la violación, pero la definición jurídica de sus daños está en relación con la desventaja sistémica de un género con respecto a otro en la esfera pública y profesional.

Estas desventajas estructurales no comenzaron ni terminaron con las incursiones físicas: los manoseos, los besuqueos, el abuso. De hecho, la desigualdad de género, que hizo necesario establecer una serie de protecciones a los derechos civiles, es lo que perpetuó estos delitos y aumentó su frecuencia. La desigualdad de género explica por qué las mujeres son vulnerables al acoso antes, incluso, de que hayan sido acosadas: es un factor que reduce su estatura, su autoridad y su seguridad económica, y merma su capacidad de resistencia u objeción al maltrato. Eso explica por qué ha sido tan complicado para las mujeres dar un paso adelante y contar sus historias cuando ya habían sufrido el acoso, y por qué se les ignoraba o castigaba si lo hacían. Aclaraba por qué tantas mujeres trabajaban o mantenían relaciones con acosadores y por qué las reacciones que mostraban hacia ellos eran clave para recibir un trato determinado en lo profesional. Y es que cuando los hombres, sobre todo los blancos, tienen una cuota desproporcionada de poder público, profesional y político, las mujeres tienen que actuar y reaccionar en función de ellos: dependen de la aprobación de los hombres en el trabajo, para su seguridad y para obtener cualquier cuota de poder a la que aspiren. La desigualdad de género es cíclica y lo abarca todo.

Muchas de las mujeres que contaron sus historias durante el auge del #MeToo explicaron que no lo habían hecho antes porque tenían por su puesto de trabajo. Cuando las mujeres se quejaron, a muchas les dijeron que soportar esa conducta era algo que formaba parte del cargo, que iba implícito en el hecho de trabajar para hombres poderosos. «Es que Charlie es así» o «es que Harvey es así» eran frases que se oían sin cesar cuando se empezaron a contar historias sobre las hazañas de depredadores de Charlie Rose o de Harvey Weinstein, frases que siempre se decían para justificar por qué estos hombres se habían expuesto, habían intentado coaccionar, zaherido o arrimado el pene a compañeras de trabajo más jóvenes que ellos.[183] Durante años —siempre— ser el varón poderoso era una exculpación aceptable para cualquier comportamiento monstruoso contra la mujer.

Llevarse bien con estos hombres, que se estaban comportando tal como eran, porque eran los jefes, los anfitriones, los que hacían las leyes o interpretaban el papel de rey Midas, era la única vía que les quedaba a las mujeres a las que habían agredido para conservar su empleo. Y no solo el suyo: muchas veces se trataba de oficinas enteras, llenas de empleadas de baja categoría, todas mujeres, que dependían de que sus jefes varones conservaran el poder. Cuando un supuesto acosador perdía su puesto, no era él el único que dejaba de cobrar el sueldo: eso suponía normalmente que gran parte de su plantilla, en su mayoría mujeres, también se quedaba sin paga (que, por supuesto, era mucho menor). Cuando los hombres ocupaban los puestos de trabajo de mayor influencia, sus empleados, menos poderosos, dependían de ellos, que los representaban y los defendían. Las quejas que ponían en peligro a estos líderes ponían en peligro también a partidos políticos y agendas ideológicas enteras, tanto de la derecha como de la izquierda.

Y eso suponía que los daños provocados por una conducta sexual y profesional inadecuada iban mucho más allá de aquellos que sufrían los colegas de la víctima de los abusos, mucho más allá del objeto del acoso; llegaban en ocasiones a afectar a personas de las que el acosador ni siquiera tenía conocimiento.

Consideremos el daño que ha hecho Bill Clinton al feminismo, a su mujer y, por extensión, al Partido Demócrata. Consideremos cómo los toqueteos de los que se acusó a Franken pusieron en peligro los intereses de su partido en Alabama, algo que resultó, además, muy perjudicial para sus colegas mujeres, que no pudieron hacer su trabajo sin que las tacharan de hipócritas, y cómo al

acusarle esas mujeres perdieron parte de su estatura moral a ojos de muchos de sus seguidores incondicionales. Consideremos a Ted Kennedy, el legendario liberal del Senado de los Estados Unidos. Kennedy estaba en el Comité Judicial del Senado compuesto íntegramente por varones, todos blancos, que con tanto desprecio trató a Anita Hill cuando declaró por el acoso sexual que había sufrido mientras trabajaba para Clarence Thomas. Kennedy, en cuyo correcto proceder confiaba su partido, tuvo que mantener la boca cerrada dada su propia historia de maltrato a una mujer (la historia de Mary Jo Kopechne, a quien había llevado a Martha's Vineyard en 1969 y había dejado morir ahogada en un estanque mientras él huía, tras un accidente de coche) y porque al mismo tiempo que declaraba Anita Hill, el sobrino de Kennedy estaba a punto de ser juzgado por violación en Florida. Aquel suceso —y lo que supuestamente había hecho su sobrino— dejó a Kennedy paralizado, lo que facilitó la confirmación de Clarence Thomas, un juez que votaría a favor de echar abajo los mandatos contra el acoso sexual, facilitaría la anulación del derecho al voto y convertiría en inaccesible el sistema de salud reproductiva.

Pero enfadarse y desafiar la autoridad de estos hombres no solo suponía arriesgar un puesto de trabajo en un determinado despacho, sino la posibilidad de perjudicar a sectores enteros en los que los hombres podían ejercer su dominio. Lauren Greene —una ambiciosa empleada del Congreso que había acusado de acoso sexual a su anterior jefe, el congresista republicano Blake Farenthold, después de que él contara a otro ayudante que tenía sueños eróticos con Greene y comentara algo de sus pezones— dijo a los periodistas que aquel desafío a su jefe le costaría a ella su salida de la política, que era donde quería trabajar. En el otoño de 2017 ella estaba trabajando a media jornada con un constructor de Carolina del Norte y cuidando niños para sacar algo de dinero extra.

Esa era la economía del acoso sexual, pero también, dicho de un modo más sencillo, del sexismo. El movimiento inspirado por #MeToo en 2017 y 2018 supuso el reconocimiento del sexismo, a veces combinado con la supremacía blanca, y el inicio de una revuelta para combatirlo.

Una de las razones por las que la historia del locutor radiofónico de WNYC John Hockenberry resultó especialmente impactante fue que dejaba claro que había un entramado de maltrato, una conexión entre sus avances, relativamente suaves pero incómodos, hacia sus colegas, y su feo (aunque no

sexualizado) tratamiento de las compañeras. A una de ellas, Farai Chideya, cuentan que le dijo: «Tú no deberías estar aquí simplemente como “ejemplo de diversidad”». Otra, Celeste Headlee, se quejó de que la había interrumpido y saboteado cuando estaba en antena. Aquel hombre difundía por las ondas de radio, literalmente, el desdén que sentía por las mujeres, sobre todo las de color, que eran sus compañeras de trabajo, iguales a él. Headlee dijo que le comunicaron que lo estaba haciendo tan mal que por eso había provocado el comportamiento violento de Hockenberry; ella, como las dos mujeres que la precedieron, acabaron perdiendo su puesto en el programa, mientras Hockenberry lo conservaba. Todo aquello era de dominio público. Pero nada de eso habría llegado a la prensa impresa si no hubiera habido, además, una acusación de conducta sexual inapropiada.

¿Cómo dejar claro que el trauma de los pequeños abusos no tenía nada que ver con el acto en cuestión? Aquello era, además, un cruel recordatorio para las mujeres de cómo nos valoraban nuestros jefes, nuestros compañeros, en ocasiones incluso nuestros competidores. No es que estuviéramos horrorizadas —como temían algunos críticos del «pánico al sexo»— como damiselas victorianas: estábamos horrorizadas como mujeres de 2017 que habían creído, fugazmente, que eran iguales a sus compañeros varones y de pronto se les había recordado que no lo eran, se les había recordado su relativa falta de poder, su desigualdad esencial. «Yo iba detrás de un puesto de trabajo —dijo una de las mujeres que acusaron a Charlie Rose de abuso—. Y él iba detrás de mí».

Una mujer que había sido acosada, o que trabajaba en un lugar donde lo había sido alguna otra mujer, podía sentir vívidamente todo el peso de un sistema que no se había establecido pensando en ella, podía ver con claridad cuánto más difícil sería su trayectoria profesional; cada paso, cada curva del camino: no lograría el éxito con arreglo a sus términos y condiciones, sino según habían establecido unos hombres con poder. Tal vez se preguntara si fue haberse reído de una broma humillante de su jefe lo que le había colgado el sambenito de mujer dispuesta a jugar un poco, o si habría acelerado su ascenso; o, por el contrario, si no haberse reído le había granjeado una reputación de mujer sin sentido del humor que había tenido como consecuencia que no le invitaran a la siguiente reunión o al siguiente viaje. Tras haber aceptado o rechazado la proposición —no buscada— de un jefe, podría haber sentido vergüenza o apuro: esos sentimientos se habrían abierto

camino en su cabeza y podrían afectar a su confianza. Y entonces se debilitaría su ambición y se vería apartada de la profesión en la que había esperado triunfar.

Heather McLaughlin, profesora de Sociología en la Universidad del estado de Oklahoma, explicaba en una entrevista en el programa de radio *Marketplace* un estudio que había realizado en el que se comprobaba que alrededor de la mitad de las mujeres que se acercan a los treinta años y que han vivido una experiencia de acoso comenzaban a buscar otro trabajo a los dos años del incidente. Y si habían sufrido experiencias más duras, la cifra ascendía al 80 por ciento, y muchas optan incluso por abandonar su profesión e intentarlo en sectores en los que la supremacía masculina es menor, lo que redundaba también en una paga más baja. Eso hizo Ina Howard-Parker, que se dedicaba antes a la publicidad en el sector editorial: me dijo que había sufrido acoso en varias editoriales. «Acabé pensando que, para eso, prefería trabajar en Trader Joe's [una cadena de supermercados]. Ahí al menos tienen un departamento de recursos humanos y unas normas de compromiso con el trabajo». Ahora se dedica a renovar casas en las áreas rurales de Pensilvania.

Otra razón por la que los colegas con la mano un poco larga terminaban en el mismo saco que los depredadores violentos fue que el daño que hicieron a las mujeres no terminaba con la ofensa original: se trataba más bien de cómo nos valoraban, castigaban o promocionaban basándose en nuestra relación ante esos «avances»: ¿sonreíamos?, ¿o nos quedábamos de piedra?, ¿correspondíamos o más bien nos apartábamos, les ignorábamos o nos quejábamos? Nuestro destino dependería de la reacción adoptada.

Y lo que quedó patente —y resultaba más indignante— a lo largo de todo el proceso fue la cantidad de tiempo y energía que las mujeres se ven obligadas a invertir en maniobras en torno al acosador; tiempo y energía que de otro modo habrían invertido en aportar ideas, trabajar, progresar. Este fue el precio que durante mucho tiempo tuvieron que pagar tantas mujeres que habían dedicado un porcentaje de su carrera a luchar contra los muchos sesgos que mermaban sus oportunidades y verdaderos impulsores de la ira ante la injusticia: la cantidad de tiempo que roba al trabajo y que, en otras circunstancias, dedicarían a desempeñarlo. «La verdadera función del racismo es la distracción —dijo una vez Toni Morrison—. Nos aparta de hacer nuestro trabajo. Nos mantiene explicando, una y otra vez, nuestra razón de ser».[184]

Jennifer Scanlon, biógrafa de la organizadora de derechos civiles Anna Arnold Hedgeman, ha escrito sobre cómo Hedgeman, una mujer «educada para buscar la excelencia y mostrar su talento», se había preguntado en más de una ocasión qué habría sido de su vida si no hubiera sentido la necesidad de luchar sin descanso por la justicia racial. La propia Hedgeman recordaba una conversación «con una mujer blanca que se sorprendió mucho cuando le dije que me había visto obligada a pasar toda la vida discutiendo las implicaciones del color de la piel, y que aquello había sido para mí una pérdida de tiempo y de todo el talento que pudiera tener».

Ese mismo sentimiento se vio plasmado en una historia sobre la investigación que realizó una catedrática de Harvard para demostrar que el todopoderoso jefe de su departamento era culpable del acoso y la discriminación de los que ella fue víctima. Según la publicación *Chronicle of Higher Education*, Terry Karl (que acabó por marcharse de Harvard a pesar de que su jefe y supuesto acosador, Jorge Domínguez, se quedó) «todavía lamenta el tiempo que pasó peleando en esa guerra cuando tendría que haberse centrado en su investigación y en sus estudiantes. Aún siente que aquello ralentizó su carrera y que perdió un tiempo precioso en presentar quejas, en lugar de terminar su libro».[185]

Redes de poder masculino

Naturalmente, luchar por la justicia no es una pérdida de tiempo, ni trabajar por arreglar lo que está mal. Pero sí es otro peaje que han de pagar quienes trabajan en condiciones de déficit de poder: tiempo y energía que dilapidan personas que, en otras circunstancias, podrían avanzar en sus propias carreras, hacer su trabajo, cultivar su arte, conseguir una estabilidad económica o aspirar a un puesto más alto en la esfera pública: precisamente las cosas que, según parece, los varones sí pueden hacer, y lo hacen durante mucho tiempo aunque sean ellos los acusados de haber cometido algún abuso contra las mujeres.

Y esto se debe a que las redes —a veces en el sentido de redes o cadenas de noticias— de poder masculino siempre se han puesto en marcha para construir, proteger y reforzar el poder masculino. El jefe de Fox News, Roger Ailes, protegió a Bill O'Reilly y le mantuvo en un puesto con sueldo multimillonario durante muchos años después de que salieran a la luz pública las acusaciones de acoso contra él; O'Reilly, por su parte, había defendido a

Ailes cuando este fue acusado de perseguir a varias mujeres de su cadena. Y su cadena de televisión había defendido a Donald Trump, cuya imagen de nativista y, en general, de político, la construyó en buena medida el equipo de Fox News. Y luego Trump defendió a O'Reilly y a Ailes contra las acusaciones de acoso sexual a mujeres.[186]

Que finalmente Ailes y O'Reilly perdieran sus trabajos, incluso que Ailes estuviera ya muerto, suponía poco alivio a tanta injusticia. A fin de cuentas, el partido y el candidato que Fox había contribuido a crear y vender a América estaban en el poder, colocando a jueces y a responsables de instituciones que reforzarían aún más la anquilosada dominación de los varones blancos.

Las mujeres que acusaron a esos hombres no recibieron tanto apoyo, ni tanta defensa. En lugar de eso las tildaron de mentirosas en los púlpitos públicos, políticos y de los medios informativos, fueron expulsadas del sector periodístico, humilladas con una compensación económica y con acuerdos de confidencialidad e insultadas por el hombre que había llegado a la presidencia, que dijo que eran demasiado feas para sobetearlas. Todo ello, mientras los hombres acusados de acosarlas continuaban cobrando nóminas y configurando nuestra narrativa nacional, incluido el aspecto de género y poder.

Matt Lauer, acusado de conducta sexual inapropiada por muchas de sus subordinadas en el programa *Today*, había dado a Donald Trump paso libre a un foro presidencial sobre política extranjera que se celebró en 2016, sin hacer siquiera una pregunta introductoria sobre la afirmación —claramente falsa— de que él siempre se había opuesto a la invasión de Irak en 2003. En el mismo foro, Lauer había pasado un buen rato interrogando a Hillary Clinton con el asunto de su servidor de correo, interrumpiéndola continuamente y luego —tras hacerle una única pregunta, al final, sobre política— instándola a que se diera prisa porque se acababa el tiempo.

En sus años de copresentador del programa *Today*, el caballo ganador de la NBC había amasado un largo historial de comportamiento grosero y despectivo hacia las mujeres en antena, en el que figuraba una excompañera suya, Ann Curry: se decía que había sido él quien la había quitado de su puesto. En 2014 Lauer preguntó a Mary Barra, primera mujer en ocupar el cargo de directora ejecutiva en General Motors, si su designación podía deberse a que la compañía tenía problemas y ella, «al ser mujer y madre,

podía ofrecer un rostro más amable y una imagen más agradable de la empresa», y también si, al ser madre de dos hijos y «dada la presión que representa su cargo en General Motors», podía desempeñar bien las dos funciones.

Lauer no fue el único hombre cuyo supuesto maltrato a determinadas mujeres parecía corresponderse con un desprecio público hacia otras mujeres y las peticiones de igualdad de estas. El presidente de Amazon Studios, Roy Price, un hombre que había cancelado el programa profeminista *Good Girls Revolt*, que se basaba en *El cuento de la criada* y *Big Little Lies*, dimitió tras ser acusado de hacer comentarios agresivos y procaces a una productora. Las decisiones de este tipo estaban en una escala diferente a la que había influido en los resultados de unas elecciones presidenciales, pero con todo eran importantes: los ejecutivos de la industria del entretenimiento contribuían a determinar qué historias —y de quién— sobre mujeres y poder llegaban a la audiencia.

Leon Wieseltier, anterior editor literario de *New Republic*, había sido una fuerza temible dentro de su institución de altos vuelos: había contribuido a dibujar la visión del mundo de varias generaciones de periodistas de lo que llamó, medio en broma, «la revista del Air Force One, para leer en el vuelo». Wieseltier también besaba a sus subordinadas contra su voluntad, hacía comentarios sobre el cuerpo y la forma de vestir de sus colegas —mujeres— jóvenes, pasaba gran parte de las reuniones editoriales criticándolas —entre ellas, Hillary Clinton y la escritora Nora Ephron— y dejando ver lo que pensaba de ellas: que eran demasiado estúpidas, pero que habían logrado llegar lejos en la vida. Parecía una extraordinaria ironía —que quizá se perdía en Wieseltier— el hecho de que la historia de los Estados Unidos fuera la historia de un montón de varones blancos mediocres que disfrutaban de una influencia inmerecida y que, en ocasiones, habían construido su poder a base de acumular animadversión contra todas aquellas personas que no fueran hombres de raza blanca, ninguneando y denostando a la gente. La revista de Wieseltier había hecho esto solo en el plano editorial: es bien conocido su apoyo a la reforma de la protección social de Clinton y su política económica, que tanto había repercutido en los sectores más desfavorecidos de la población estadounidense, que mostró publicando una portada con la imagen de una madre negra fumando un cigarrillo.

En 2008 el presentador de MSNBC, Chris Matthews, dijo en televisión que

Hillary Clinton había llegado al Senado y a la candidatura presidencial solo «porque su marido había tendido sus redes por ahí», y no por méritos propios. En 2018 apareció una cinta en la que se oía a Matthews pidiendo un vaso de agua —había un micrófono abierto— antes de la entrevista a Clinton durante la campaña de 2016, y diciendo: «¿Dónde está la píldora esa de Bill Cosby que me he traído?», en referencia a la medicación que supuestamente administró Cosby a docenas de mujeres antes de violarlas. En 2017 se supo también que Matthews había sido acusado de acoso sexual en 1999 por una anterior ayudante de producción de su programa.

Joel Achenbach, periodista del *Washington Post* que en 2008 había sugerido que Hillary Clinton necesitaba un collar antiladridos, se enfrentó en 2018 a una suspensión temporal de empleo por lo que se describió como «conducta inapropiada en el lugar de trabajo». Mark Halperin, comentarista de NBC y autor del empalagoso *best seller* político *El juego del cambio*, había presentado a Hillary Clinton como una mujer avariciosa y perseguida por el escándalo, mientras su cobertura de Trump —al que sí perseguía el escándalo— en 2016 había sido increíblemente blanda: casi denotaba admiración. Halperin afirmó en una ocasión que las acusaciones de acoso sexual contra Trump lo único que iban a hacer era dar lustre a la marca de matón del candidato.[187] En 2017 Halperin fue acusado por muchas mujeres de haberlas abordado contra su voluntad cuando trabajaban para él, como subordinadas, en ABC News. Una mujer explicó que le había frotado el pene en el hombro cuando ella estaba sentada en el despacho.

El mismo poder que otorgaba a Halperin la potestad de frotarse con compañeras de trabajo más jóvenes que él —colegas con historias comunes, pero que nunca habían sentido que tuvieran el poder suficiente para presentar una queja formal ante la ABC, donde él era tan influyente— le había permitido conformar una imagen de Hillary Clinton que se extendió por todo el país: la imagen de una mujer cuya historia política ya habían moldeado otros hombres que abusaron de su poder, incluidos su marido y su adversario político en 2016, Donald Trump, por no hablar de Anthony Weiner, antiguo legislador de Nueva York y marido de su compañera Huma Abedin que, en 2017, se declaró culpable de haber practicado *sexting* con una menor.

Mientras escuchábamos todas esas historias de acoso sexual nos íbamos formando una imagen de la arquitectura del sexismo que mantenía en pie todo aquel entramado. Podíamos ver que los hombres que habían gozado del poder

necesario para aprovecharse del cuerpo y la mente de tantas mujeres a lo largo de su carrera profesional eran, también, los que estaban en posición de escribir nuestro relato político y cultural. Y lo peor posiblemente no era que hubieran llegado tan lejos por haberse ido librando de la competencia por el camino, al acosar y ningunear a las mujeres que les rodeaban: lo habían conseguido porque habían capitalizado un amplio deseo cultural de ver a las mujeres empujadas, humilladas, denostadas.

La realidad fue que en muchos muchos casos los hombres no habían triunfado a pesar de su comportamiento dañino o su desprecio por las mujeres: en muchas ocasiones habían triunfado por ello. Les habían dado una palmadita en la espalda y les habían guiñado un ojo —aquel retromachismo suyo resultaba gracioso y ocurrente— en los mismos lugares de los que ahora les estaban echando.

«Esa hipocresía increíble de los integrantes de los consejos de administración, empresarios, instituciones, publicistas, hermanos o amigos que han estado protegiendo durante años a hombres poderosos, acosadores y violadores y ahora los despiden... —dijo una de mis colegas de la revista *New York*, entre deprimida y airada—. ¿Qué ha cambiado? Desde luego no ha sido lo que piensan de ese comportamiento, ¿verdad? Solo sus intereses. Por un lado, me hace muy feliz que por fin hayan quedado al descubierto y se enfrenten a las consecuencias, pero hay algo muy cobarde en todo eso, un intento moralizador tremendamente superficial por parte de la misma gente que les ríe las gracias y los protegió».

Y es que aunque seguramente resultaba catártico verlo todo ahí expuesto, aunque fuera brevemente, esa visión no deshacía los daños. No podíamos retroceder en el tiempo y hacer que la historia de Hillary Clinton la escribieran hombres que no hubieran presionado su pene erecto sobre el hombro de una mujer joven que trabajaba para ellos. No podíamos retroceder para recolocar a las mujeres que habían perdido sus empleos y quizá arruinado su carrera por dedicarse a esquivar riesgos, abusos diarios, por intentar escapar de ellos. No veríamos las películas ni las obras de arte que esas mujeres habrían creado, no podríamos vivir con las leyes que podrían haber aprobado ni leer las noticias que nos habrían proporcionado si hubieran tenido la oportunidad, justa e igualitaria, de recorrer su propio camino. El tsunami de confesiones del #MeToo no solo había dejado a la vista el comportamiento de los hombres que habían agarrado, sobado, castigado y

avergonzado a aquellas mujeres: también nos enseñó que lo habían hecho todo mientras construían el mundo en el que estábamos obligadas a vivir.

[177] Jonathan Allen, «Pelosi Stumbles on Alleged Harassment in Her Own Ranks», *NBCNews.com*, 27 de noviembre de 2017, <https://www.nbcnews.com/politics/congress/pelosi-stumbles-alleged-harassment-her-own-ranks-n824041>.

[178] Dayna Tortorici, «In the Maze», *n+1*, invierno de 2018.

[179] Jessica Campbell, «The First Brave Woman Who Alleged “Sexual Harassment”», *Legacy.com*, 5 de febrero de 2016, <http://www.legacy.com/news/culture-and-trends/article/the-first-brave-woman-who-alleged-sexual-harassment>.

[180] Kyle Svenson, «Who Came Up with the Term “Sexual Harassment”», *Washington Post*, 22 de noviembre de 2017, https://www.washingtonpost.com/news/morning-mix/wp/2017/11/22/who-came-up-with-the-term-sexual-harassment/?utm_term=.d49729fccc2a.

[181] *Ibid.*

[182] Susan Brownmiller y Dolores Alexander, «From Carmita Wood to Anita Hill», *Ms.*, enero-febrero de 1992, <http://www.nfwfwf.org/wp-content/uploads/2018/02/BROWNMILLER-ALEXANDER-MS-MAG-1992.pdf>.

[183] Megan Twohey, Jodi Kantor, Susan Dominus, Jim Rutenberg y Steve Eder, «Weinstein’s Complicity Machine», *New York Times*, 5 de diciembre de 2017, <https://www.nytimes.com/interactive/2017/12/05/us/harvey-weinstein-complicity.html>. Véase también: Irin Carmon y Amy Brittain, «Eight Women Say Charlie Rose Sexually Harassed Them— with Nudity, Groping and Lewd Calls», *Washington Post*, 20 de noviembre de 2017, https://www.washingtonpost.com/investigationeight-women-say-charlie-rose-sexually-harassed-them—with-nudity-groping-and-lewd-calls/2017/11/20/9b168de8-caec-11e7-8321-481fd63f174d_story.html.

[184] Toni Morrison, «A Humanist View», que forma parte de una conversación pública en el Black Studies Center, parte 2, 30 de mayo de 1975.

[185] Tom Bartlett y Nell Gluckman, «She Left Harvard. He Got to Stay», *Chronicle of Higher Education*, 27 de febrero de 2018, <https://www.chronicle.com/interactives/harvard-harassment>.

[186] Gabriel Sherman, *The Loudest Voice in the Room*, Nueva York: Random House, 2014.

[187] Ella Nilsen, «Mark Halperin Once Downplayed Sexual Harassment Claims Against Trump. Now He’s Facing His Own», *Vox*, 27 de octubre de 2017, <https://www.vox.com/2017/10/27/16559880/mark-halperin-trump-sexual-harassment>.

Daños colaterales

Cuando pensé en mi propia historia de acoso, lo primero que recordé fue al encargado de aquel restaurante que me mandó dejarme abiertos los botones de la blusa cuando servía *pizzas* con un huevo frito encima en el instituto, el encargado de Bruegger's Bagels que me frotaba la polla contra el culo cuando pasaba por detrás de mí por las mañanas, sirviendo la crema de queso. Yo no había tenido nunca un empleo en el que no hubiera un acosador residente, pero cuando salí de la universidad pensé que ya habría quedado fuera de su punto de mira.

Quizá eso me ocurría, me decía yo, porque a mí nunca me habían entrado hombres poderosos que, en algún ámbito puramente visceral, pensaba que eran los que más mierda llevaban dentro. Así que busqué la mentoría de las mujeres. Pero incluso con la desconfianza que me producían los Hombres Importantes, de joven me había resultado verdaderamente difícil creer que los miembros del otro sexo pueden ser tan grotescos y caricaturescos como lo son a veces. Me costó incluso después, al cabo de años de verles dar pruebas de ello.

Recuerdo haber oído que una persona que se está asfixiando sale instintivamente de la habitación porque siente cierto apuro de que otros la vean intentando recobrar el aliento. No tengo ni idea de si es verdad, pero así es como me he enfrentado siempre al acoso por parte de un hombre fuera del lugar de trabajo. Una vez, en el metro un hombre que iba a mi lado me metió la mano entre las piernas y yo no me moví, debatiéndome entre ponerme en pie y gritar o quedarme quieta porque no quería dejarle en evidencia delante de todo el vagón. Por el mismo motivo, cuando un importante escritor me invitó a tomar café y se ofreció a ayudarme a encontrar trabajo y me preguntó si había fantaseado alguna vez con follar con un hombre casado, me limité a reírme como una loca, como si acabara de contar un chiste sobre un viejo de sesenta y cinco años que sugiere a una joven de veinticinco que folle con él en el curso de una cita para tomar café en la que, por cierto, iban a hablar de mentoría profesional.

En otra ocasión iba yo corriendo por la acera para parar un taxi; estaba lloviendo a cántaros, y un tipo mayor que yo, blanco y vestido con ropa cara, se me adelantó y me quitó el taxi. Cuando cerró la puerta, justo antes de que el coche arrancara, me miró a través del cristal, se llevó dos dedos a la boca, sacó la lengua y la meneó, en un gesto que sugería un *cunnilingus*. Mientras se alejaba, me dedicó una sonrisa perversa. Y yo me quedé allí y pasé los diez minutos siguientes —¿o fueron diez años?— imaginando de cuántas maneras podría haber reaccionado, deseando haberle sacado un dedo o, mejor aún, haberme reído de él. Pensé en aquel desconocido varias veces durante el otoño de 2017. Y era extraño, porque de todos los castigos que se me ocurrían, los que más placer me causaban eran aquellos donde aparecía humillado en lo profesional, caído en desgracia.

Pensé en él de nuevo en una fiesta en la que hablando con Laura Miller, crítica literaria de *Slate* y antigua compañera mía, ella me recordó lo mal que les había sentado a los hombres la película *Thelma & Louise* (1991): un hermoso panegírico, aunque tuviera sus defectos, de la ira de las mujeres. Recordaba que les había trastornado particularmente la escena en la que las dos protagonistas, convertidas en renegadas, vuelan el camión cisterna de un tipo que les saca la lengua igual que me la había sacado a mí mi pesadilla endomingada. La escena fue la ilustración perfecta de la capacidad de combustión que tiene la ira de una mujer, enmarcada en el contexto de una película y en el momento de auge del #MeToo: hablaba de la furia de las mujeres que han sufrido una violación y de cómo esa furia se convierte en ira asesina, pero también de cómo se extiende y se vierte sobre maridos, camioneros libidinosos y todos los hombres que alguna vez las hayan tratado como objetos. Cuando yo vi la película en el cine, en el momento de su estreno, era una adolescente, pero Laura ya era adulta, y me recordó la escena en la que hacen explotar el camión cisterna como uno de los momentos más estimulantes y catárticos que ella había vivido jamás en una sala de cine, y lo mucho que había asustado a los hombres a los que ella conocía.

—Pero mi sensación —me dijo sonriendo y encogiéndose de hombros— fue como: «Es muy sencillo: no vayas por ahí haciendo eso a las mujeres y no te quemarán el camión, así de fácil».

Y mientras lo decía, imitaba el movimiento de la lengua.

En uno de mis primeros trabajos había un acosador de manual: un capullo

con sobrepeso de los que envían mensajes a altas horas de la noche haciendo proposiciones y que a veces se acostaba con sus subordinadas. Podía ponerse vengativo si se le rechazaba y gastaba bromas misóginas muy planeadas, como enviar correos electrónicos provocativos bajo el nombre de otro empleado. Una de las víctimas del depredador fue una mujer que era mayor que yo: con talento, glamurosa. Desde luego, no daba el perfil. En 2017 me contaba que al principio creyó firmemente que podía hacerle frente, pero que al final no había soportado el desconcierto y la humillación de que la tomaran por tonta, por una niña. Dejó el puesto después de aproximadamente un año en la empresa.

Recuerdo haberla visto paralizada, incapaz de creer que pudiera suceder algo tan indignante. Y también recuerdo que no quería acercarme demasiado a ella, como si su condición de elegida fuera contagiosa. Recuerdo oír decir a algún mandamás de la empresa que sabía perfectamente que había entre nosotros «un pleito con patas». Incluso entonces me sorprendió mucho que la preocupación se centrara en el perjuicio que aquello podría suponer para la institución, no para las mujeres que estaban sufriendo por ello.

Aquel acosador no me persiguió con intenciones sexuales, pero sí intentó sabotearme cuando empecé a salir con un compañero de trabajo algo mayor que yo, mi supervisor directo (un hombre casado por el que sentía una fuerte atracción nunca correspondida, en parte, supongo, porque estaba segura de que aquello no avanzaría más: había sido siempre un mentor modélico). Me llevó aparte y me dijo que otras personas de la empresa —es decir, el Acosador— habían ido diciendo por ahí que las ideas que yo aportaba en el trabajo me las daba mi amiguito, en un intento de dejar claro a todo el mundo que mi propósito era llegar más arriba pasando por la cama.

Hace solo unos años me ocurrió en otro trabajo. Había venido un jefe nuevo y quería contratar al Acosador de mi anterior empresa. Le dije que de ninguna manera iba a trabajar en la misma oficina que aquel hombre. Yo estaba de baja por maternidad, y él me prometió que sería un contrato temporal y que, cuando yo me incorporase, él se habría marchado. Así fue. Pero cuando volví las empleadas más jóvenes me contaron que en los meses en los que había estado en la empresa las había estado rondando y enviándoles mensajes de madrugada. Yo había tomado una decisión que me protegía a mí, pero no había pensado en mis compañeras, menos poderosas.

Así que no, yo nunca había sufrido un acoso sexual grave. Pero de todos modos, la peste me había tocado también. Estaba implicada. Todas lo estamos: nuestra aportación profesional siempre se mide en una escala de follabilidad y de disposición a ir más allá; se busca que seamos buenas chicas y no unas gruñonas sin sentido del humor, unas gorgonas de oficina. Nuestros logros se atribuyen a la colaboración de algún hombre: el novio que supuestamente te da esas ideas o el encargado que te ha acogido bajo su ala porque quiere que te metas en sus pantalones. Podemos rechazar al acosador, podemos optar por no follar con nuestro jefe, podemos tener la suerte de que no nos elijan como favoritas o que no nos castiguen directamente. Pero en un mundo donde los hombres gozan de un poder exorbitante, seguimos yéndonos a la cama con ellos.

Cuando estaba escribiendo sobre mi propia experiencia me debatía internamente entre decir el nombre del Acosador de mi anterior trabajo. Decidí no hacerlo, en gran medida porque entendía un poco cómo eran las cosas. Aunque era una situación poco habitual, en aquel momento yo —junto a alguna otra de las mujeres a las que había molestado— gozaba de más poder que él. Como diría Caitlin Flanagan en un artículo donde expresaba su ansiedad ante el riesgo de caer en el exceso al que nos conducía el #MeToo, las mujeres que sí decían los nombres eran «poderosas por un tiempo». Tenía razón: lo éramos. Y como yo no tenía noticia de que en aquel momento tuviera a ninguna mujer joven a su cargo, tras consultarlo con algunas colegas, decidí no revelar su nombre.

Pero aquí se escondía una razón fundamental por la que él se había comportado tan mal, con tal desvergüenza, durante tanto tiempo: nunca pensó que las mujeres a las que había torturado, y mucho menos aquella joven que había observado muda y nerviosa su actuación y había intentado denodadamente apartarse de él, podrían un día alcanzar un poder superior al suyo, aunque fuese temporalmente. Eso nunca se lo había planteado porque nunca nos había considerado sus iguales.

Y aquello también me cabreó.

Chicas guais en un lugar sumergido

Mi aportación a aquel ajuste de cuentas me puso más cerca que nunca de que se me fuera la olla: me di cuenta de que las mujeres, todas nosotras, habíamos participado en ese sistema. Estábamos implicadas.

Cuando Leon Wieseltier perdió su puesto en una nueva revista, al descubrirse que llevaba décadas acosando a mujeres, oí decir a muchos amigos y antiguos compañeros de trabajo que su situación les entristecía mucho. «Dio la cara por mí —me dijo una mujer—. Todo eso que dijeron de él era cierto, pero también lo es que si le caías bien te sentías especial: protegida, cuidada. Él creía en ti y quería que triunfases». En una profesión donde son tan pocas las mujeres que encuentran el apoyo en hombres poderosos, tener a Wieseltier como mentor era una especie de premio.

Pero muchas, incluso entre aquellas de sus antiguas admiradoras a las que les resultaba difícil definir sus sentimientos, admitían que con todas las historias que se contaban de él —agradecer a las mujeres que se pusieran faldas cortas, besar a sus compañeras de trabajo contra su voluntad, amenazar con contar a toda la empresa que se estaba follando a una subordinada si esta no le complacía— comprendían que lo correcto era despedir a Wieseltier. Y lo sentían por él, por su familia, pero me reconocieron que un hombre así no debería tener empleadas a su cargo. Algunas de ellas se preguntaban cómo habían podido justificar su conducta, excusarle. «A mí me dio mucho... intelectual y emocionalmente. Pero me pregunto si no sería en parte porque me tenía en el punto de mira —dijo una mujer—. ¿Y cuál es el coste de eso?».

No todas las mujeres que habían seguido el juego a sus jefes expresaban el mismo sentimiento de vergüenza o de culpa. Algunas hablaban de ello con orgullo. «Los hombres tienen sus fraternidades y el golf. ¿Por qué no iba yo a aprovecharme de mi sexualidad para medrar? Maldita sea, ¿qué se suponía que tenía que hacer?», dijo una mujer de cincuenta y pocos años.

Luego estaban las que no decían nada en absoluto o, si hablaban, lo hacían en defensa de los hombres a los que se estaba acusando o criticando. La escritora Daphne Merkin contaba en el *New York Times* que sus «amigas feministas» de todas las edades habían estado hablando, por lo bajo, de las mujeres que se quejaban del acoso: «¡A ver si maduráis! Esta es la vida real», decían, o: «¿Qué fue del ligoteo?». Merkin afirmaba que «despojar al sexo del erotismo no era la solución». Una vez más se confundían conceptos: se pensaba que se trataba de poner objeciones al divertimento erótico. Pero se trataba de desigualdad.

Muchas de estas mujeres parecían creer que sus críticas al movimiento #MeToo eran transgresivas y peligrosas. En un artículo en el que mostraba su

desacuerdo decía Katie Roiphe que estaba canalizando los susurros aterrados de sus amigas, a las que asustaba convertirse en las víctimas de una violenta retribución feminista si se les ocurría introducir un matiz en la conversación. Merkin dijo que el movimiento #MeToo estaba supeditado a una especie de «corrección política» que reprimía toda disensión.

En opinión de Merkin y Roiphe, ellas eran las valientes forajidas, las herejes que atacaban los parapetos feministas. Se equivocaban en un par de aspectos, como cuando afirmaban que el debate del #MeToo era unidimensional y sin matices. Todo ello, incluida alguna intervención de las feministas que con más radicalidad criticaban el acoso (incluida la creadora de la lista de «Tíos asquerosos de los medios de comunicación», Moira Donegan), encerraba un sinfín de contradicciones, dudas, ambivalencia, angustia y preocupación. El movimiento #MeToo había dado lugar a buena parte de la escritura feminista más rica y compleja que yo haya leído en mi vida. Era absolutamente falso que las voces de la disensión se hubieran ahogado: esas mujeres, junto con muchas otras personas críticas con el movimiento (incluso algunas de las que lo habían propuesto, porque el diálogo era variado y autocrítico), habían publicado en revistas y periódicos de primera línea y habían tenido el mismo espacio del que gozaban los reporteros del #MeToo y los autores de artículos de opinión.

Pero lo fundamental era que las ideas que Roiphe y Merkin presentaban como transgresiones, como objeciones provocadoras, eran cualquier cosa menos eso. Lo que estaban poniendo en bandeja, disfrazado de crítica feminista y de preocupación, era en realidad una clara posibilidad de justificar el patriarcado blanco. Estaban dando voz a los mismos argumentos y defensas que habían ahogado cualquier objeción a la existencia de una cultura del acoso y la humillación. Y, al hacerlo, como mujeres, estaban favoreciendo a un sistema en el que ellas habían medrado, y especialmente a hombres poderosos cuyo poder protegían.

Esas mujeres podían decir cosas que afirmadas por hombres sonaban defensivas: que la ira de las integrantes del #MeToo era histérica y cruel, que las incursiones de los hombres en el cuerpo de las mujeres eran naturales y normales. Esas mujeres podrían decir a los hombres que estuviesen tranquilos, que a ellas les gustaba que las trataran como ellos querían tratarlas. Hacían los deberes a los hombres al confundir toqueteos con erotismo y coacción en el lugar de trabajo con flirteo.

Las mujeres que están dispuestas a defender el patriarcado blanco y sus abusos, normalmente mujeres cercanas a hombres poderosos que tienen la posibilidad de ganar algo con ello y, por lo tanto, también blancas casi siempre, han recibido su recompensa a lo largo de la historia de manos de esos hombres poderosos, en forma de atención sexual o romántica, alianzas matrimoniales, puestos de trabajo o reputación, a cambio de que defiendan la estructura de poder de la que se benefician.

Parte de esa defensa que ejercen las mujeres se basa en asegurar que la ira que cualquier otra mujer puede sentir ante un hombre poderoso no es real, no es racional o no está justificada. Con ello constatan su lealtad y su afecto hacia esos hombres y manifiestan que aprecian su comportamiento, que consideran natural o incluso atractivo en su recalcitrante adhesión a las viejas normas masculinas.

Tal vez la imagen más repetida y popular de la mujer que incrementa su valor en el patriarcado porque se adhiere a todo lo que este espera de la feminidad y se distancia de otros tipos de mujeres que lo ponen en peligro es la figura de la «chica guay». La Chica Guay es un tipo de mujer que imaginamos en todo momento joven y de raza blanca que no opone objeción quejumbrosa a las normas masculinas (de hecho, las acepta) y se ajusta a un ideal de feminidad considerado por los hombres el mejor apoyo para la dominación masculina. La descripción literaria más conocida de una Chica Guay está en *Perdida*, la novela de Gillian Flynn sobre la ira de las mujeres convertida en psicopatía. De hecho, la voz narradora de Flynn explica que el que a una la llamen Chica Guay es «el cumplido». Con él, parte de los hombres definen a una mujer «guapa, brillante, divertida, a la que le gusta el fútbol, el póquer, los chistes guarros y eructar». Y continúa: «La Chica Guay nunca se enfada [...] y deja a los hombres hacer lo que quieran. Vamos, sigue, cágate en mí, no me importa: soy la Chica Guay».

Pero cuando se supone que lo que la Chica Guay va buscando es la afirmación personal (a veces, sexual o romántica) a través de los hombres, surge otra versión de esa figura que quedó a la vista durante el auge del #MeToo: mujeres, algunas de ellas de cierta edad y con cierto poder, que hablaron en defensa de los hombres acusados de acoso. En Francia, un grupo de mujeres en el que se encontraba la actriz Catherine Deneuve escribió una petición defendiendo el derecho de los hombres a molestarse por las incursiones del #MeToo y su movimiento «hermano» francés,

#BalanceTonPorc (#DelataATuCerdo). Con su petición Deneuve se distanciaba explícitamente del tipo de mujer que mostraría objeciones al acoso sexual: «Como mujeres, no nos reconocemos en este feminismo que, más allá de denunciar un abuso de poder, practica el odio contra los hombres y la sexualidad».

No tan agresivo en su antifeminismo, pero también inquietante, fue el despliegue público de apoyo al presentador de la NBC jubilado, Tom Brokaw, después de que una periodista de la cadena, Linda Vester, dijera a la prensa que Brokaw había ido a su habitación en un hotel y había intentado besarla contra su voluntad en los noventa. Vester corroboró su relato con una serie de anotaciones que había hecho entonces en su diario y con el testimonio de una amiga que dijo que había hablado con ella la noche del supuesto encuentro. Su historia era, en realidad, una mínima parte de un artículo del *Washington Post* sobre una cultura dominada por los hombres en una cadena de noticias en la que habían trabajado Matt Lauer y Mark Halperin; sin embargo, nadie pedía el despido de Brokaw. Pero al día siguiente de hacerse pública la noticia empezó a circular una carta firmada por sesenta y cuatro mujeres, muchas de ellas figuras importantes de la NBC, entre las que se encontraban Andrea Mitchell, Mika Brzezinski y Rachel Maddow, que aseguraron al mundo que «Tom las había tratado a todas con equidad y respeto, que les había dado oportunidades de ascenso y defendido sus éxitos a lo largo de su carrera».

La carta tenía un par de puntos oscuros: la avalancha de historias del #MeToo tendría que habernos hecho olvidar la idea de que si un hombre trata bien a algunas mujeres, significa que ha tratado bien a todas las mujeres. Muchos de esos hombres que habían sido excelentes mentores para muchas mujeres también habían acosado o abusado sexualmente a esas mismas mujeres o a otras. Y aunque su carta no defendía directamente a Brokaw de las afirmaciones de Vester, desde luego actuaba como diluyente y disuadía a cualquier otra mujer que quisiera contar su historia con Brokaw de corroborar la de Vester: ¿por qué arriesgarse a enfadar a un hombre al que aquellas mujeres poderosas y admirables, ¡como Rachel Maddow!, se habían molestado en defender y al que habían mostrado su solidaridad?

Sin embargo, aquella carta también aclaraba un par de cosas: decía explícitamente lo que había quedado implícito en la mayor parte de las críticas feministas, internas, del #MeToo: que algunas de las mujeres que con más denuedo defendían a los hombres acusados lo que defendían, en realidad,

era su propio ascenso dentro de ese sistema que permitía a los hombres abusar. La apreciación del hombre en cuestión dependía de las experiencias de las mujeres, de si les había ofrecido personalmente alguna oportunidad de medrar, porque en ese caso estaban en deuda con él. A quién le importaba que aquel mismo poder —o la oportunidad que aquel hombre pudiera brindarles, su capacidad de ofrecer a las mujeres de la cadena alguna ocasión para ascender— fuera exactamente lo que había entendido Vester, lo que según afirmó la había impulsado a dejarle entrar en su habitación en aquel hotel o lo que hizo que no quisiera arriesgarse a enfadarle en los primeros momentos de su carrera, si contaba al mundo lo que había sucedido o si le denunciaba.

Mis amigas y yo —incluida Irin Carmon, que fue quien hizo la referencia a *Déjame salir* con la frase «no te fíes de nadie»— comenzamos a llamar a aquellas mujeres que defendían a los hombres con poder, las «mujeres del lugar sumergido», otra referencia de la misma película a su incapacidad de resistirse al poderoso tirón del patriarcado blanco. No era más que un chiste tonto del que se habían hecho muchos memes en las redes sociales, en otros contextos; pero pensé mucho en ello. Había mucha gente hablando de Weinstein y de otros tipos como si fueran monstruos, pero la verdadera peli de terror no iba de un Freddie o de un Jason aislado: era la revelación de una amenaza sistémica, del hecho de que todas nosotras estábamos amenazadas.

Mucha gente, yo incluida, entendió en un principio que lo que dividía a las feministas cuando se hablaba de si era útil —y si estaba justificada— la campaña del #MeToo era una brecha generacional que separaba a las jóvenes airadas de las mujeres de generaciones anteriores, más optimistas. En un lado de esa línea divisoria, pensé por un momento, estaban las mujeres que habían alcanzado la mayoría de edad antes del testimonio de Anita Hill contra Clarence Thomas, a las que tal vez habían educado para aceptar que se tendrían que enfrentar al acoso y que habían decidido aguantar el chaparrón. Mujeres cuyos deseos y calentones habían sido moldeados por una serie de supuestos sobre el poder y el sexo, la masculinidad y la feminidad, todo ello muy distinto de lo que las mujeres jóvenes querían y estaban dispuestas a aceptar. Para este contingente, las reivindicaciones de las mujeres jóvenes podían resultar tremendamente exageradas: ¿qué esperaban estas chicas?, ¿acaso la emoción de un encuentro heterosexual no estaba siempre vinculada a la dominación y a la diferencia de poder?

Pero aquí se ocultaba una terrible ironía: como periodista y feminista,

muchas mujeres mayores que yo llevaban años preguntándome qué pasaba con las jóvenes: ¿por qué no se enfadaban?, ¿por qué no se identificaban con el feminismo?, ¿por qué eran tan complacientes?, ¿por qué no querían ir más allá, cambiar el mundo?

Muy bien, pues ahí estaba la reacción: las mujeres jóvenes se habían enfadado. Y algunas mujeres mayores reculaban horrorizadas ante la intensidad de su enfado y el hecho de que gran parte de esa rabia se centrara en cuestionarse todo el sistema, precisamente el que había encumbrado a sus antecesoras feministas. El momento histórico no solo pedía a los hombres, también a las mujeres que habían triunfado junto a ellos, que se dieran cuenta de cuántas cosas no había resuelto el feminismo, hasta qué punto aquellas feministas mayores habían vivido con esas desigualdades y se habían beneficiado de ellas.

En otras palabras: con lo que no contaban las feministas que tanto habían esperado que se produjera una oleada de furia juvenil era con que parte de esa furia podía ir dirigida contra ellas, o al menos contra los hombres que se habían convertido en sus amigos, amantes, maridos y colegas; que toda una generación nueva de activistas airadas las mirase a los ojos a ellas, sus antecesoras en el feminismo —la generación de la que las mujeres jóvenes se habían apartado durante décadas, porque las imaginaban como viejas malvadas e histéricas que odiaban a los hombres—, y las acusaran de no haber mostrado suficiente ira.

Pero la justificación generacional de esta división de opiniones sobre el acoso no era del todo acertada: por un lado, había muchas mujeres mayores que acogían el movimiento con gozo y satisfacción y, por otro, había muchas mujeres jóvenes a las que aquella intensidad les resultaba disuasoria. El voto confirmaría que no había tanta diferencia de opinión respecto al movimiento #MeToo en función de la edad.

Sí era cierto que las voces intrafeministas que habían sido escépticas y que habían estado en posición de recibir alguna crítica en programas de televisión por cable, en periódicos y revistas, esas mujeres que eran lo bastante prominentes como para hacer una crítica útil del movimiento, eran mujeres que habían logrado cierta notoriedad y acumulado una importante cuota de poder: se habían beneficiado de un sistema que ahora se preparaban para defender contra la censura rabiosa del #MeToo. Ese sistema había estado

siempre bajo el control de hombres cuyo honor defendían ahora. Y defender eso era defender también las instituciones en las que ellas mismas habían triunfado. Y sí, una buena parte de esas mujeres eran mayores: eran las que más éxitos habían logrado simplemente porque llevaban más tiempo en ello.

De todos modos, hemos de ser justos: a muchas de las mujeres que llevaban años abriendo camino en algunos sectores no se les había permitido enfadarse —había pruebas de sobra— con determinados patrones de conducta aceptados culturalmente y con la dominación de las instituciones por parte de los hombres.

Yo, como mujer joven, al darme cuenta de que todo esto —la coacción, el acoso, el abuso— le había sucedido a tanta gente y de manera habitual, tenía la sensación de que nadie que viviera en el mismo mundo adulto que yo parecía preocupado por el tema: no pensaban que había que plantar cara a esa situación, que había que apostar fuerte. La crítica de cine Manohla Dargis escribió sobre ello en el *New York Times*. Tras enterarse de que muchas mujeres estaban denunciando a Harvey Weinstein por violación, se había puesto a pensar en sus propias experiencias, incluida una en la que un director de cine se había abalanzado sobre ella mientras le entrevistaba, y ella se había limitado a seguir hablando con toda la calma. «En ese momento se convirtió en un hombre distinto, un hombre que intentaba imponer su poder a una mujer. No fue traumático porque era... habitual». Dargis continuaba diciendo que «la perversión, insistencia y naturalidad del ataque que ejerce un hombre, como depredador sexual, sobre una mujer» y «la banalización del abuso» que habían empezado a planear sobre la industria del cine fueron para ella una revelación: algo le había hecho darse cuenta de que había llegado «la hora la de ira».[188]

Irin Carmon, que publicó en el *Washington Post* algunos artículos sobre el acoso de Charlie Rose a más de treinta jóvenes empleadas, dijo que había pensado mucho en la época en la que llegó a Harvard, cuando era una joven estudiante feminista: se había quedado pasmada ante la enorme cantidad de asociaciones elitistas formadas por hombres. Se había negado a asistir a los actos que celebraban en esas asociaciones durante los dos primeros años que pasó en la universidad. Pero con el tiempo, tras años de observar que todo el mundo actuaba como si la existencia —y las exclusiones— de aquellas asociaciones fueran normales, ordinarias, parte de la vida universitaria, supuso que ella era la rara y acabó aceptando que estuvieran ahí, incluso

cedió y asistió a alguna de las fiestas que organizaban.

Después de graduarse comenzaron las protestas contra aquella práctica. Las lideró Drew Faust, entonces presidenta de Harvard, que anunció un plan para imponer multas a los que se unieran a las asociaciones en 2017. Y entonces Irin pensó: «Vaya, no sabía que uno podía enfadarse por esto».

La perplejidad de la Irin adolescente ante el hecho de que las mujeres no mostrasen su ira ante cosas por las que tenían todo el derecho a sentirse airadas y toda la razón por hacerlo se aprecia perfectamente en la pregunta que lanzó a Andrea Dworkin cuando era estudiante de primer curso, en una entrevista para el *Harvard Crimson* que le hizo con motivo de una conferencia que dio en la universidad tres años antes de su muerte:

—¿Cómo puede salvar a gente que no cree que haya tantas cosas que van mal? —preguntó Irin a Dworkin.

La respuesta de Dworkin fue toda una profecía:

—Ahí es donde ha sido tan importante el testimonio de las mujeres en primera persona —dijo—. Porque la voz popular dirá siempre: «Bah, eso no sucede nunca», y entonces un grupo de mujeres responderá: «Sí, sí sucede: a mí me pasó».[189]

Efectivamente. A mí también. *Me too*.

Y eso era lo que había conseguido el movimiento: ofrecer a las mujeres la oportunidad de oír contar a otras lo que les había sucedido: lo mismo que a ellas. Que también estaban enfadadas. Y que podían decirlo en voz alta.

Kristen Meinzer, productora de radio que había presentado acusaciones contra John Hockenberry, dijo en una conversación con *The Cut* que se sentía «afortunada» porque todas aquellas mujeres que habían decidido romper su silencio contra Weinstein habían contribuido a crear un mundo «en el que todas tenemos derecho, por fin, a mostrarnos airadas». «Siento que durante mucho tiempo no se nos ha permitido ceder a la furia, y digo yo: ¿cómo no íbamos a estar rabiosas todas? Y no me refiero solo a las mujeres que hay en esta sala: decidme, ¿no tendríamos que estarlo todas?».

Sin duda. Pero no era tan sencillo. Había sido un gran paso el que las mujeres cuyas experiencias habían agitado, por fin, la furia feminista de toda una nación, las mujeres que habían dado a otras mujeres —blancas— permiso

para reconocer por fin su ira y expresarla, eran todas actrices ricas, blancas, famosas y bellas que, por primera vez, se levantaban contra Weinstein y lo hacían constar. Claro que importaba, desde el punto de vista estructural, que hubieran tenido el poder social, profesional y económico necesario para arriesgarse a cabrear a su poderoso torturador, que hubieran tenido acceso a medios y plataformas también poderosos que, gracias a la combinación de belleza, fama y, en muchos casos, el hecho de ser de raza blanca, les garantizaba la simpatía y la comprensión del público.

El hecho de que fueran ellas, de todas las personas posibles, las que descubrieran que tenían derecho a estar airadas y que podían vocear la rabia que sentían resultó fundamental a la hora de ayudar a otras mujeres a reconocer su propia ira. Durante años se aseguró a las mujeres —sobre todo a las mujeres blancas y muy especialmente a las mujeres blancas con un estatus económico alto— que no tenían motivos para estar enfadadas por nada que tuviera que ver con la desigualdad de género: ni los clubs sociales, ni el acoso sexual ni la falta de representación en la política.

Pero al igual que sucedió con la derrota de Hillary Clinton a manos de Donald Trump, había algo en la declaración de aquellas mujeres que habían vencido al patriarcado blanco que seguía siendo peligroso, porque dejaba la verdad al descubierto. Si ellas habían sido discriminadas, habían sido acosadas, habían perdido trabajos a causa de una conducta impropia por parte de unos hombres más poderosos que ellas, si ellas tenían algún motivo para cabrearse, quizá otras mujeres, las que se mataban a trabajar en cubículos infectos, en restaurantes, en fábricas, que tenían que desempeñar varios trabajos para ganar el mismo dinero que los hombres o un salario mínimo humano, una baja remunerada o un seguro de salud a precio razonable, no estaban locas cuando pensaron que ellas también tenían motivos para la ira.

Y fueron todas esas estrellas de cine guapas y delgadas y la poderosa candidata a la presidencia, puesta ahí por el sistema, las que dieron permiso a las mujeres corrientes para hacer explotar la rabia que habían estado cociendo dentro durante tanto tiempo. Desde cierto punto de vista, las primeras acusadoras de Harvey no fueron más que emisarias benévolas, enviadas de avanzadilla para liberar la rabia de las masas.

Pero había algo más: el hecho de que hiciera falta que estas mujeres blancas privilegiadas contaran sus historias para que todo el mundo se tomara en serio

la cuestión del abuso sexual también las convirtió, por fin, en emblema de las desigualdades, tan crudas como irritantes, que se daban a la hora de evaluar esas historias: cuáles eran de interés, cuáles se creían enseguida a pies juntillas.

«¿Trabajas en una granja? ¿Limpias oficinas? ¿Eres prostituta o inmigrante? Entonces, tú no contarás tu historia», me dijo un congresista demócrata desesperado en el otoño de 2017. Lin Farley, la mujer que había acuñado la expresión «acoso sexual», se había mostrado de acuerdo. «Si lo cuenta Angelina Jolie, es un titular —dijo al *Washington Post*—. Si lo cuenta una mujer de la línea de montaje de Grayson Heat Control, no es un titular: nadie lo ve y nadie se entera».[190]

Estas omisiones resultaban especialmente molestas habida cuenta de que había sido la disposición de las mujeres negras a manifestar su ira y presionar para que hubiera un cambio lo que había dado pie a que se aprobara una ley contra el acoso sexual, y que los primeros casos habían sido los de Carmita Wood, Mechelle Vinson, Paulette Barnes y Diana Williams. Estas mujeres fueron las primeras que se enzarzaron en una batalla legal porque trasladaron a la discriminación por sexo la lógica que se había aplicado a la discriminación por raza. «El racismo puede aportar la claridad necesaria para ver que el acoso sexual no es ni una manifestación de alabanza ni una insinuación social mal interpretada, sino un acto de discriminación intencionado que resulta insultante y amenazador y que debilita a la víctima», escribió Kimberlé Crenshaw.[191]

Había sido Anita Hill la que puso de moda la expresión «acoso sexual» y las otras mujeres negras —Angela Wright, Rose Jourdain, Sukari Hardnett— las que se mostraron dispuestas a corroborar su historia, aunque el Comité Judicial del Senado no lo pidió. Había sido Tarana Burke, defensora durante toda su vida de los derechos y el acceso a los cuidados sanitarios de las mujeres de color, la que acuñó la expresión «*me too*» precisamente porque quería decir a las mujeres, «sobre todo a las mujeres jóvenes de color, que no estaban solas».[192]

Y sin embargo, las primeras manifestaciones de la oleada contemporánea del movimiento se dirigían más bien a dejar a la vista a los acosadores de mujeres blancas, principalmente hombres que pertenecían a sectores de actividad dominados por personas de raza blanca —cine, televisión, arte,

restauración, política—, mientras se dejaban de lado otros como las trabajadoras de las fábricas, empleadas que dependen de las propinas, mujeres que trabajan en el sector servicios, empleadas con sueldos muy bajos..., todas sujetas a una precariedad económica que las hacía vulnerables al acoso y que probablemente no eran blancas en su mayoría.

[188] Manohla Dargis, «Harvey Weinstein Is Gone. But Hollywood Still Has a Problem», *New York Times*, 11 de octubre de 2017, <https://mobile.nytimes.com/2017/10/11/movies/harvey-weinstein-hollywood.html?hp&action=click&pgtype=Homepage&clickSource=story-heading&module=first-column-region®ion=top-news&WT.nav=top-news&r=0&referer=https://t.co/Jl3eXTRHqT?amp=1>.

[189] Irin Carmon, «Porn Free: Talking to Andrea Dworkin,” *Harvard Crimson*, 22 de marzo de 2002, https://www.thecrimson.com/article/2002/3/22/porn-free-talking-to-andrea-dworkin/?utm_source=thecrimson&utm_medium=web_primary&utm_campaign=recommend_sidebar.

[190] Kyle Swenson, «Who Came Up with the Term “Sexual Harassment”», *Washington Post*, 22 de noviembre de 2017, https://www.washingtonpost.com/news/morning-mix/wp/2017/11/22/who-came-up-with-the-term-sexual-harassment/?utm_term=.d49729fcce2a.

[191] Raina Lipsitz, «Sexual Harassment Law Was Shaped by the Battles of Black Women», *The Nation*, 20 de octubre de 2017, <https://www.thenation.com/article/sexual-harassment-law-was-shaped-by-the-battles-of-black-women/>.

[192] Cristela Guerra, «Where Did “Me Too” Come From? Activist Tarana Burke, Long Before Hashtags», *Boston Globe*, 17 de octubre de 2017, <https://www.bostonglobe.com/lifestyle/2017/10/17/alyssa-milano-credits-activist-tarana-burke-with-founding-metoo-movement-years-ago/o2Jv29v6ljOb-kKPTPB9KGP/story.html>.

Simpatía por los diablos

Fue Woody Allen el primero en llamarlo «caza de brujas», al menos públicamente, en una entrevista especialmente mal planeada que concedió diez días después de que salieran a la luz las acusaciones contra Weinstein. Allen profesaba su tristeza por todas las mujeres que habían acusado a Weinstein, productor de varias de sus películas, y avisó: «Tampoco queréis que esto nos lleve a un ambiente de caza de brujas como la de Salem, donde cualquier tipo que trabaje en una oficina y guiñe un ojo a una mujer tenga que llamar de repente a un abogado que le defienda».

La analogía era inane por un sinfín de razones, sobre todo porque el ambiente de Salem, Massachusetts, entre 1692 y 1693, fecha en que fueron ejecutadas veinte personas —catorce de ellas mujeres— y otras cuatro murieron en la cárcel tras haber sido acusadas de practicar la brujería, seguramente no se parecía en nada al ambiente de una oficina en la que un tipo guiña un ojo a una chica una vez y ya tiene que llamar a su abogado.

Pero incluso dejando aparte estos detalles insignificantes, los muchos muchos críticos que siguieron a Allen y se decidieron a tildar el movimiento #MeToo de «caza de brujas» (y en este agosto grupo se incluía el actor Liam Neeson, el director de cine austríaco Michael Haneke, uno de los abogados que defendía a Bill Cosby en el juicio por violación y el gobernador de Misuri, Eric Greitens, que estaba siendo investigado^[193] por —supuestamente— atar a una mujer en su sótano, abusar de ella y chantajearla, lo que le obligó a dimitir en 2018) pasaron por alto algunas de las diferencias clave que existen entre un juicio por brujería y una historia de abuso sexual.

Para poder llamarlo caza de brujas era preciso que hubiera unos agentes de la autoridad que procesaran y juzgaran a unos cuantos civiles, mujeres y algún hombre, por —y esta parte es importante— *un delito que no era real*. A continuación esos mismos agentes todopoderosos del Estado, magistrados y gobernadores, dictaban sentencias contra los civiles, normalmente a muerte o a cadena perpetua, basándose en la evidencia fantasiosa de que se habían

reunido con el diablo en la oscuridad de los bosques.

El movimiento desatado por el #MeToo, sin embargo, afectaba también a civiles, mujeres y algún hombre, que contaban cómo otros hombres más poderosos les habían discriminado, habían abusado de ellos, les habían tocado, coaccionado y perjudicado profesionalmente. En los casos en los que los acusados sufrieron alguna consecuencia —por ejemplo, un despido o una dimisión obligada—, la sentencia no la dictaba el Estado ni los acusados, sino una serie de empresarios e instituciones que en muchos casos lo único que buscaban era salvar su propio culo y ocultar su complicidad. En el momento de escribir esto ninguno de los hombres acusados, ni siquiera por violación, había sido entonces objeto de un proceso sumarísimo ni enviado a la cárcel. Solo Weinstein había sido imputado, aunque no quedaba claro si iría o no a la cárcel. A ninguno se le había exigido que devolviera el pingüe salario —o renunciara al jugoso ascenso— que había obtenido mientras se propasaba con sus colegas. Algunos seguían recibiendo su sueldo según lo estipulado en un contrato blindado y otros habían vuelto a su trabajo.

Así que no era una caza de brujas, sino un caso en el que algunos hombres perdieron su puesto o vieron perjudicada su reputación, lo que según parece muchos consideraban equiparable a que les hubieran masacrado. Aquel lenguaje hiperbólico ofrecía una pista de la forma instintiva en que los hombres entendían el poder posiblemente revolucionario de la ira de las mujeres, y daba otras sobre lo que les había impulsado a asfixiarlo mediante tantas estrategias y durante tantos años. Porque, según parece, cuando las mujeres airadas levantaban la voz o se atrevían a criticar el comportamiento de estos hombres, ellos se mostraban aterrados.

«A mí me hicieron una emboscada y luego una especie de paseíllo mediático —escribió Tom Brokaw en una carta enviada a unos colegas después de que Linda Vester contara que él había intentado besarla contra su voluntad—. Me llevaron al patíbulo y me despojaron de todos los honores y logros que había acumulado en más de medio siglo de periodismo y ciudadanía». (No había habido ni patíbulo ni paseíllo ni se le había despojado de su honor. Al menos, no hasta que esta estúpida carta salió a la luz).

El comentarista de la MSNBC, Mike Barnicle, se había lamentado públicamente por el daño que había sufrido su amigo y excolega Mark Halperin: «Merece tener lo que él condenaba —declaró Barnicle en un

programa de televisión—. ¿Pero merece morir? ¿Cuántas veces se puede matar a un hombre?» (Halperin no estaba muerto).

Cuando la gente se puso desagradable con Matt Damon en Internet por mostrarse paternalista y reduccionista en cuanto a lo que a él le parecían defectos del movimiento #MeToo, el director de cine británico Terry Gilliam dijo que a Damon le habían «matado a palos» (se encontraba perfectamente). Lo afirmó en la misma entrevista en la que se encogía de hombros ante las experiencias que contaban las mujeres a las que Weinstein había violado, y dejó caer que ya sabían dónde se metían.

Pensar que un hombre muere cuando pierde su trabajo es una idea que se ha incrustado en nuestra mentalidad hasta tal punto que, cuando leí la noticia en el periódico, al día siguiente de que Eric Schneiderman dimitiera de su puesto como fiscal general de Nueva York tras ser acusado de pegar y ningunear a un montón de novias suyas, el *New York Times* hablaba de su «muerte repentina»[194] (sigue vivo).

De Charlie Rose, un periodista absolutamente mediocre que había ascendido, en parte gracias a una industria construida sobre la marginación de las mujeres, el magnate Barry Diller dijo a Maureen Dowd: «Te acusan, te destruyen. Charlie Rose ha dejado de existir». Desde luego, Rose no había dejado de existir: de hecho, solo unos días antes de la entrevista de Dowd a Diller, Rose había tuiteado por accidente la letra *h* [de «*help*» (ayuda)] y recibido un torrente de respuestas de apoyo de hombres y mujeres, preguntándole cómo lo llevaba, diciéndole que le echaban de menos, que querían que volviera, que estaban preocupados por él. El *Hollywood Reporter* no tardó en publicar un perfil suyo cuyo titular le calificaba de «brillante, arruinado y solo».[195]

El hecho de que montones de personas hubieran mostrado tanto apoyo a Rose —un hombre del que se decía que había encerrado a sus jóvenes asistentes en una lujosa mansión al borde del mar y las había forzado, que había mostrado sus partes ante múltiples empleadas, que había llamado a sus subordinadas de madrugada para contarles sus fantasías sexuales— y, sin embargo, no hubieran mostrado ni un ápice de ese apoyo a las mujeres a las que él echó del negocio, ponía de manifiesto unas cuantas cositas. En primer lugar, que el mundo se inclina siempre por los hombres, sí, de un modo que en el imaginario popular se entiende como algo habitual, invisible: porque así

es la vida.

Pero también nos recordaba la facilidad con la que se ve el talento en los hombres, incluso en los peores: ellos son brillantes, complejos, humanos. Nos las arreglamos para pasar por alto sus defectos y violaciones y nos fijamos únicamente en lo que hacen por el mundo. Y es precisamente lo contrario, en muchos sentidos, lo que vemos en las mujeres, cuyos éxitos siguen atribuyéndose al hecho de que su jefe quería follárselas.

En la primavera de 2018 hubo una avalancha de relatos de hombres que habían caído en desgracia y estaban preparando su retorno: flotaba el rumor de que Rose iba a presentar un programa en el que entrevistaría a otros acusados. Hubo unas cuantas tentativas de retorno escenificadas por el presentador de *Today*, Matt Lauer, y el chef Mario Batali. Una de las mujeres que acusaron a Batali leyó un escrito en el que fantaseaba con lo que haría el chef a continuación: «Tiene que elegir: ¿volverá a su negocio?, ¿se irá a Ruanda?, ¿o planea, simplemente, retirarse a Italia? Esas son sus opciones», decía apretando los dientes. Otra mujer, una que había acusado a Weinstein, añadió: «La mayoría de nosotras nunca tuvimos ocasión de llegar profesionalmente adonde habíamos soñado».[196]

Y aún había más: cuando un hombre blanco tiene una cuota de poder público, político y social tan desproporcionada, cuando a los hombres se les ha permitido ser líderes y se les ha animado a ser la celebridad, el jefe, la voz que nos da las noticias, que rueda nuestras películas y cuenta nuestras historias, tienen también un control desproporcionado sobre nuestro apoyo, nuestra imaginación y nuestro afecto. La gente a la que no vemos tan a menudo, que no entra en nuestras vidas a reconfortarnos, explicarnos, tranquilizarnos o servirnos de guía, gente con menos acceso al tipo de fama que insta la costumbre y da esa sensación de humanidad, sencillamente no es tan valorada ni reconocida. No de la misma forma que ellos.

No tenemos en cuenta, ni siquiera vemos, lo que perdieron todas esas mujeres que fueron apartadas o marginadas, que se desvanecieron, que se autoexiliaron, y que podrían haber sido más talentosas o brillantes, que podrían habernos reconfortado a través de las ondas o de las instituciones que nos gobiernan, y a las que nunca tuvimos siquiera la ocasión de conocer.

La escritora Rebecca Solnit ha comentado que esa dinámica ya estaba en marcha cuando el *New York Times* describió a Robert Lewis Dear —que

disparó y mató a tres personas en una clínica de Planned Parenthood en 2015 — como «un solitario amable», lo que indujo a Associated Press a definir en 2018 al pistolero de Maryland como un «adolescente con mal de amores» y al *New York Times* a decir en su cuenta de Twitter que un tipo que enviaba paquetes bomba y que se disponía a matar y aterrorizar a personas de raza negra era «un joven silencioso, un poco *nerd*, que procedía de una familia piadosa y muy unida». Lo mismo que impulsó a la policía a comprar una hamburguesa a Dylann Roof —que acababa de matar a nueve personas en una iglesia— porque tenía hambre.

No es que esté mal sentir compasión por estos criminales: desde el punto de vista moral, es correcto. Pero no se aplica a cualquiera que no sea varón blanco: a estos la prensa los describe, sistemáticamente, como «terroristas» si son musulmanes, y si son negros, tendrán suerte si los arrestan con vida.

Es una dinámica desproporcionada sobre la que ha escrito mucho la catedrática de Filosofía Kate Manne. La llama «él-patía», porque conecta el impulso descrito con la forma en que se controlan nuestros sentimientos, cómo debemos sentirnos hacia los votantes varones blancos de clase trabajadora, a los que los medios informativos políticos empezaron a dar importancia a partir de 2016. «Tenemos que mirar [...] no solo hacia los misóginos dominantes, los “triunfadores” —dijo Manne en una entrevista concedida a *Slate*—, sino también al pobre tipo decepcionado, agraviado, sin suerte, que siempre inspira compasión: el tipo blanco estándar de clase trabajadora que siempre tiene acceso franco a todo tipo de conductas reprobables porque está desmoralizado y siente que, en muchos aspectos, no le han dado lo que se merecía».[197]

En otras palabras, la dinámica de comprensión de los agravios que afectan al varón blanco como paradigma de nuestros intereses nacionales y como argumento para justificar el racismo y la violencia —por ejemplo, eligiendo a un hombre que promete vetar a los musulmanes, deportar a los mexicanos y que se pavonea de agarrar a las mujeres contra su voluntad— tiene una conexión con la dinámica que nos lleva a preocuparnos por esos hombres que apartan a las mujeres de su carrera profesional enarbolando el pene delante de sus narices hasta que ellas salen corriendo, y por nuestra incapacidad para imaginar —de priorizar mejor no hablamos— que los musulmanes, los mexicanos o las mujeres también son humanos.

La capacidad de dar la vuelta, en lo narrativo, a la dinámica de la agresión y el abuso y ver a los menos poderosos como una amenaza para sus agresores ha sido clave para la persistencia de las estructuras patriarcales. Así es como la policía ha llegado a matar sistemáticamente a personas negras, pero cuando otras personas negras se manifiestan en protesta por esas muertes en una marcha de Black Lives Matter, por ejemplo, sí se puede llamar «terroristas» a los manifestantes en las noticias o, como dice la comentarista republicana Meghan McCain, «grupos de odio». Y por eso en 2015, cuando la policía metió a Freddie Gray, residente de Baltimore, en una furgoneta por la fuerza, le trasladó contraviniendo la ley y le propinó una paliza que acabaría con su vida, muchos artículos afirmaban que «la violencia había comenzado» cuando los manifestantes lanzaron piedras protestando por su muerte, no cuando fue asesinado.

La violencia ejercida por una entidad poderosa —la policía o el Estado— contra otra menos poderosa ha llegado a normalizarse, a banalizarse hasta tal punto que se da por segura y a veces ni siquiera es visible, no se percibe. Pero la resistencia airada ante esa violencia se entiende automáticamente como perturbadora, peligrosa, eléctrica. Alterar la dinámica del poder produce caos.

La ira de las mujeres, expresada públicamente y en voz alta, es todo eso: antinatural, caótica y altera la forma en que se supone que tiene que funcionar el poder. La decisión de las mujeres de dar voz a la furia que sentían hacia los hombres en 2017 y 2018 llevó a dichos hombres a sentir una parte de la ansiedad que sienten quienes no son ni varones ni de raza blanca todos los días de su vida.

Que estos hombres sientan cierta ansiedad o incomodidad es tan inconcebible que en 2018 un psicólogo clínico llamado Jordan Peterson se convirtió en autor de un mega *best seller*, una especie de manifiesto de los hombres que se tituló *12 reglas para vivir. Un antídoto al caos*. «El orden se da cuando la gente que te rodea actúa según las normas sociales aceptadas. [...] El caos, por el contrario, se da donde —o cuando— sucede algo inesperado». Y por si no quedaba claro, Peterson dota de sexo a ambos lados del paradigma: según el simbolismo taoísta, dice: «El orden es la serpiente blanca, masculina; el caos es su opuesto negro, femenino». El caos es lo que Peterson y sus devotos lectores iban buscando para que sirviera de antídoto en su lucha por volver a imponer... el orden.

Estos supuestos estructurales son la razón por la que casi todas las llamadas al orden y al civismo acaban redundando positivamente en el opresor, porque como la falta de civismo contra el opresor no está normalizada, es reconfortante que casi nunca pueda detectarse como un ejercicio de opresión. Mientras, hasta el desafío más trivial hace saltar las alarmas cuando viene de los menos poderosos. Donald Trump puede llamar a las mujeres cerdas, vacas o perras, y a los mexicanos violadores, puede prometer que va a construir un muro o fomentar la violencia racista y, aun así, salir elegido presidente. Pero una mujer, humorista, cuenta un chiste sobre una secretaria de prensa de la Casa Blanca y enseguida recibe una reprimenda de Andrea Mitchell por haberla «insultado groseramente». Andrea Mitchell, por cierto, también firmó la carta a la NBC apoyando a Tom Brokaw.

En la época en que los periódicos hablaban de que los inmigrantes que buscaban asilo eran separados de sus hijos, Ivanka Trump, hija y consejera del presidente, tuiteó una fotografía suya donde aparecía abrazando beatífica a su hijo de corta edad. Samantha Bee arremetió contra la falta de sensibilidad de Trump hija por apoyar la administración de su padre mientras presumía de su propia familia, y acabó llamándola «zorra inútil». Y fue ese epíteto, que tantas veces había usado el propio Trump para insultar a las mujeres, lo que puso a la prensa en una especie de espiral de alarmas e impulsó al presidente a pedir en Twitter a la cadena donde trabajaba Bee, la TBS, que la despidieran. Sin embargo, ni el uso que había hecho anteriormente Trump de la palabra para insultar a las mujeres ni su posible violación de la Primera Enmienda provocaron tanto horror como el empleo por parte de la humorista feminista de una expresión que había usado antes en su programa, muchas veces en referencia a ella misma.

Como es habitual, solo la falta de civismo del menos poderoso hacia el más poderoso se considera como tal, y por ello puede ser objeto de una férrea censura. Eso es lo que convirtió al movimiento #MeToo en algo tan tenso y revolucionario: que durante un tiempo algunos muy poderosos sufrieron sus consecuencias.

La experiencia de que el control patriarcal quedara en entredicho se percibió, algo irónico, como una violación, una amenaza contra el estatus profesional, un ninguneo... Todo lo que representa el acoso sexual para quienes lo sufren.

Durante aquellos meses me preguntaron muchas veces cómo iba a manejar la confusión de los hombres y, una vez más, su incomodidad: ¿cómo se suponía que iban a ligar?, ¿qué ocurría si sus gestos de acercamiento, respetuosos y profesionales, se malinterpretaban? Las madres me decían que sus hijos tenían mucho miedo a que sus actos se interpretaran mal, a que la expresión de sus afectos se pudiera ver como una coacción, que sus palabras o intenciones se leyeran incorrectamente, que podían enfrentarse a consecuencias muy injustas que dañarían su futuro.

Y lo más alucinante era la falta de reconocimiento de que todo eso es lo que siente, normalmente, cualquiera que no sea varón y blanco: a las madres negras les preocupa, diariamente, que un juguete, un teléfono o una bolsa de Skittles se puedan confundir con una pistola, que la mera presencia de sus hijos (en el dormitorio de una residencia estudiantil, sentados en un Starbucks, haciendo una barbacoa junto al río, vendiendo limonada en la calle) se pueda percibir como una amenaza, y que las repercusiones de esto puedan ser más graves que un despido de un trabajo bien pagado o la expulsión de una universidad de alto rango: que puedan ser un arresto, un encarcelamiento o una ejecución en manos de la policía o de un vecino asustado. Las mujeres llegan a la edad adulta siendo conscientes de que estar borrachas puede considerarse consentimiento para un abordaje sexual, o que aceptar alguna guarrada, o admitir que alguna vez han estado borrachas o aceptado hacer guarradas podría, en un futuro, invalidar cualquier denuncia que pudieran poner si han sido agredidas. Las mujeres acceden al mundo laboral convencidas desde el principio de que tienen que hacer malabares para acomodar los avances lascivos y los chistes groseros de sus colegas, convencidas de que una reacción inadecuada podría cambiar el curso de su vida profesional.

Se nos ha dicho que la incapacidad de ampliar el alcance de nuestra compasión para incluir a la clase blanca trabajadora —cuyo bienestar se ha visto menoscabado por el desempleo y la drogadicción— nos ha costado unas elecciones; ahora se nos dice que la incapacidad de mostrar empatía hacia esos hombres cuyas vidas han quedado arruinadas por las acusaciones de acoso sexual podrían provocar una reacción de ira antifeminista. Pero todo esto no trajo consigo el reconocimiento de otras empatías que nunca se nos había pedido que «ampliáramos»: las que incluirían a los varones negros que siempre habían convivido con la tasa más alta de desempleo y que siempre se

habían enfrentado, sistemáticamente, a condenas de prisión más prolongadas y a una desaprobación social más fuerte por consumir drogas, o a las mujeres cuyas carreras y cuyas vidas habían arruinado unas prácticas habituales de acoso sexual, a veces violento. Ahora se nos llamaba a considerar el dolor subyacente de aquellos que se enfrentaban a las consecuencias.

Rose McGowan, una de las primeras en acusar a Weinstein y de las que más ruido hicieron, recuerda que le preguntaron, «con esa voz suave de la NPR: “¿Y si lo que está usted diciendo incomoda a los hombres?”. Pues muy bien. Yo llevo incómoda toda la vida. Bienvenidos a este mundo tan incómodo». [198]

De repente los hombres se veían obligados a vivir con el miedo a las consecuencias, y resultó que no era divertido. Y querían parar aquello a toda costa. Una de las lecciones que muchos hombres sacaron del #MeToo no tenía que ver con la amenaza que ellos habían supuesto para las mujeres, sino con la amenaza que las mujeres suponían para ellos.

La reacción

Todo el mundo, incluida yo, esperaba la reacción prácticamente desde el momento en que despegó el #MeToo. Y luego, con cada manifestación de desacuerdo llegaba el temor a una pregunta: ¿y la reacción?, ¿era esto?

Muchas de nosotras conocíamos nuestra historia lo suficiente como para saber que ya estaba en marcha: en cualquier momento vendría a tragarnos y nos serviría como cena al fantasma de Phyllis Schlafly: sucedería antes de que nos diéramos cuenta. Y hubo muchas reacciones. Muchas de ellas, contenidas en predicciones sobre la inestabilidad del movimiento, los peligros que supondrían para nosotras la furia de la masa y la revuelta social. «Estas manías siempre acaban llegando a un punto de extinción», escribió el columnista conservador Andrew Sullivan con toda calma, a pesar de que él tenía cierta tendencia al paroxismo y la irritación cuando se hablaba de la cruzada del #MeToo.

«Quizá os hayáis dado cuenta de que estamos empezando a perder músculo —escribió Caitlin Flanagan, que fue simultáneamente partidaria del #MeToo y una de sus críticas más feroces—. Esto se llama reacción: es lo que hace que parezca un producto del sexismo, pero hasta cierto punto es también el resultado de la propia rabia y de las decisiones irracionales, como los ajustes de cuentas, que hace tomar a la gente». Flanagan estaba muy preocupada por

la intensidad de la ira de las mujeres. «¿Cuántas mujeres han alienado a las mismas personas que necesitan para que este movimiento triunfe, porque la rabia las ciega hasta tal punto que solo pueden expresarse en términos radicales y de alienación?».[199]

Laurie Penny escribió: «Así es como ha funcionado siempre la contranarrativa: esto se iba a convertir en un cataclismo sobre si se castraba a las harpías feministas que empujaban a sus seguidores al frenesí cibeliaco [...] Ya sabemos lo que pasa cuando las mujeres se salen de madre, ¿verdad?».[200]

Sí. En ese momento es cuando cambiamos el mundo.

Parecía que buena parte de la resistencia al fragor del #MeToo era ciega ante el hecho —o tal vez se daba perfecta cuenta de ello— de que el desorden desestabilizador que caracterizaba a esa fase era síntoma de que el movimiento podía formar parte de una verdadera revolución.

Caos era lo que la exsenadora Barbara Mikulski había recordado en 1991, cuando las mujeres del Congreso llamaron a la puerta e insistieron en que el líder del Senado, George Mitchell, hablara con ellas y permitiera a Anita Hill declarar contra Clarence Thomas. «Teníamos la sensación de que todo aquel proceso, si no se nos estaba yendo de las manos, por lo menos se estaba volviendo muy caótico», contó Mikulski[201] en un testimonio oral en el que Hill recordaba que «la postura del senador Mitchell había sido: “Mantengamos las cosas bajo control”. Bajo el control de él, claro». Y al insistir las mujeres en hablar y repetir una y otra vez que había que dejar a Hill que contara su versión, George Mitchell perdió el control.

Y sí, las cosas quedaron fuera de control. De eso se trataba. Porque el control suponía que no había nadie para informar de la historia de Harvey Weinstein, que violaba a las mujeres. El control suponía que Donald Trump saldría elegido presidente gracias a la supresión de votantes y al sistema de colegios electorales, concebido para suprimir (y, por lo tanto, controlar mejor) a las poblaciones no blancas. El control suponía proteger los dominios de Bill O'Reilly, Roger Ailes y Bill Cosby. El control suponía que las mujeres estarían demasiado asustadas para hacer frente a Eric Schneiderman y amenazarle con contar que les pegaba; el control suponía que a nadie le importaban los abusos padecidos por las empleadas de la planta de Ford o las auxiliares de vuelo; el control suponía que todos los presidentes y

vicepresidentes serían varones; el control suponía que solo había dos mujeres negras en el Senado y que ninguna mujer negra, en la historia del país, había llegado a ocupar el cargo de gobernador; el control suponía que la violación en el seno del matrimonio había sido legal hasta los setenta; el control suponía que había mujeres esclavizadas y encerradas trabajando en fábricas de camisas sin garantías de seguridad. El control era la serpiente blanca taoísta de Jordan Peterson, que se lanzaba contra nosotras sin nuestro consentimiento.

Y las mujeres, las mujeres de a pie, entendieron esto. Tresa Udem, que hizo un estudio de la actitud de los estadounidenses en materia de género, me dijo en 2017 que sus sondeos habían revelado que una inmensa mayoría de los votantes, el 86 por ciento, vinculaban el acoso y el abuso sexual al «deseo de ejercer el poder y el control sobre las mujeres». Udem me dijo que también había percibido un cambio repentino, muy llamativo, tras años de sondeos en materia de derechos reproductivos: por primera vez oía a los votantes utilizar las expresiones «control» o «controlar a las mujeres» cuando se hablaba de poner límites al acceso de las mujeres al aborto y a los métodos anticonceptivos.

Hasta cierto punto, las mujeres que pedían libertad e igualdad tenían que crear un poco de caos. Y sí, iba todo a tal velocidad y con tal intensidad que resultaba impredecible y aterraba. Pero para que la gente prestara atención y para alterar de verdad la dinámica del poder, aquello tenía que ser radical y enérgico, y estar lleno de ira. Había que cambiar las reglas: como en la segunda ola, cuando dejaron de aceptarse los matrimonios en desigualdad de condiciones y el hecho de que alguno de ellos terminara en divorcio fue una conmoción para el sistema, y algunos hombres se sintieron injustamente acosados por unas expectativas que cambiaban a toda velocidad. Tocar el culo o intentar un acercamiento lascivo o, directamente, acosar eran comportamientos inaceptables; y como consecuencia de ello, habría hombres que perderían su puesto de trabajo y otros que se sentirían injustamente acosados.

Pero eso era lo que representaba afirmar, por nuestra parte, que queríamos un mundo diferente: no en un futuro nebuloso, cuando todos esos hombres mayores que no eran diferentes se hubieran bajado de sus púlpitos y hubieran muerto apaciblemente mientras dormían. Queríamos que todo fuese distinto ahora, y eso suponía que a alguno le íbamos a destronar enseguida. Las cosas

estaban fuera de control.

Dijo Shirley Chisholm: «La ley no puede hacer esto por nosotras: tenemos que hacerlo nosotras mismas. Las mujeres de este país tienen que convertirse en revolucionarias».

Las mujeres sabían que serían castigadas. En cada conversación había una amenaza: los hombres no serán vuestros mentores, no comerán con vosotras, no os contratarán. Pero esas amenazas —seguramente ciertas— no consiguieron detener el avance sostenido del #MeToo.

Eso se debió en parte a que muchas de nosotras entendimos que parte del problema era que los hombres que ya no nos iban a invitar a comer eran los mismos que nos hubieran seguido acosando de todos modos. Intentar convencernos de que nosotras solas podíamos protegernos de esos hombres, evitar el sometimiento siendo agradables con ellos, formaba parte del control que intentaban ejercer sobre nosotras.

Y también entendimos que la reacción contra el empoderamiento de las mujeres no estaba de camino: ya estaba aquí. Era Donald Trump. «Aquí está la reacción —dijo Tarana Burke en una conferencia que dio en 2018—. Hay millones de mujeres con el corazón latiendo a toda marcha, ¿y creéis que lo único que buscan es bajar los humos a unos cuantos hombres poderosos? Lo que queremos es desmantelar el sistema que los mantiene ahí».[202]

El sistema seguía trabajando a pesar de que los hombres se resistían a ir hacia el patíbulo. El sistema trabajaba para desposeer a las mujeres: en lo social, en lo profesional, lo político y lo económico. Como escribió Susan Faludi en el *New York Times*, Trump había aprobado un proyecto de ley que «lanza una bomba sobre las mujeres, que está eliminando sistemáticamente todos los beneficios de que disfrutaban las mujeres que más necesitan esa ayuda. Esto significa que terminarán todas las exenciones personales y a dependientes (un desastre para los que percibían un salario mínimo, casi dos tercios de los cuales eran mujeres). Significa que las deducciones por el cuidado de los hijos tienen fecha de caducidad, y que se niegan esas deducciones a los inmigrantes con hijos que no tengan tarjeta de la Seguridad Social. Se acabó lo que teníamos con la *Affordable Care Act* [Obamacare]. Y gracias a las objeciones de los demócratas, casi no nos libramos de la “sacralización del feto como persona” en forma de cuentas de ahorro para hijos no nacidos, una bomba de relojería contra el aborto legal».[203]

A la cabeza de las instituciones que se suponía que iban a defender a las mujeres del acoso y la discriminación había personas que no creían que existieran el acoso y la discriminación. El Gobierno había pedido que se pusiera fin a la financiación de informes sobre la desigualdad salarial y había revocado leyes que prohibían a los concesionarios de coches discriminar a los compradores que pertenecieran a una minoría étnica; había sobre la mesa un decreto para retirar la financiación federal a las clínicas denominadas «Title X», que proporcionaban a las mujeres embarazadas volantes para acudir a clínicas donde se realizaban abortos; Donald Trump separaba a los inmigrantes de sus hijos y a estos últimos los metía en almacenes; y Jeff Sessions iba por ahí declarando que la violencia doméstica ya no era una circunstancia que diera prioridad a las mujeres que pedían asilo en los Estados Unidos. Trump prometía cubrir el puesto del juez Anthony Kennedy, del Tribunal Supremo, que se jubilaba, con un juez que podía dejar en nada el asunto Roe contra Wade. El tribunal más importante del país, creado por Donald Trump a su imagen y semejanza, dejaría fuera de la legalidad el aborto, recortaría el acceso a los anticonceptivos, dismantlaría la discriminación positiva, mermaría aún más los derechos de voto y de negociación colectiva y fortalecería la política contra la inmigración.

Tener miedo de la reacción que se avecinaba no era nada comparado con la situación en que nos encontrábamos, que era la reacción al desorden encarnado en un presidente negro y en una posible presidenta o al espacio, cada vez mayor, que ocupaban en la educación, en el ámbito profesional y en el sector del entretenimiento las mujeres y las personas de color. Esta era la reacción a los *remakes* con mujeres de *Los cazafantasmas* y *Mad Max*, a las mujeres *jedis* y a Beyoncé. Era la reacción ante Elliot Rodger, que había matado a seis personas en 2014 porque las mujeres se negaban a acostarse con él y se había convertido en santo patrón de los llamados *incels* (hombres célibes involuntarios); entre ellos, Alek Minassian, que en 2018 estrelló un coche en una acera de Toronto y mató a diez personas.

Así que no bastaba que nuestros jefes nos amenazaran con no volver a comer con nosotras, a estas alturas, para detener el avance de la ira de las mujeres. A muchas de ellas ya había dejado de preocuparles si habían ido demasiado lejos, y ahora se preocupaban por no llegar lo bastante lejos.

«Lo que me molesta es que este momento, por muy bueno que sea, nos lleva a preguntarnos: ¿de qué huyen las mujeres? —me dijo Kristen Gwyne, una

mujer que había trabajado para varios acosadores—. Yo perdí mucho tiempo. Todo eso me minó la autoestima y mermó mi capacidad de trabajo. Así que aunque la gente que me hizo daño haya sido castigada, sigo teniendo la sensación de que merezco una compensación de algún tipo. No quiero que pidan disculpas públicamente: quiero que me envíen un cheque. Me gustaría poder entrar a saco en los despachos de esos hombres, sacarlos de allí a patadas y cambiar las cerraduras. Tendríamos que pedir a los hombres algo más que su rehabilitación: que entregaran el poder a las mujeres».

Eso era lo que querían muchas mujeres: que se remodelaran las estructuras, los sistemas y las instituciones. Y visto lo que había sucedido en las elecciones en 2017 y 2018, no era tan descabellada su petición. Porque a nuestro alrededor había mujeres presentándose a las elecciones: a elecciones especiales y primarias. Y estaban ganando. Tal vez el #MeToo no buscaba solo la retribución: buscaba la sustitución.

La noche de las elecciones en el otoño de 2017 en Virginia salió elegido un número récord de mujeres para su asamblea general, entre ellas, la primera mujer asiático-americana, las dos primeras mujeres latinas y la primera mujer transgénero, Danica Roem, que había competido contra el delegado de Virginia, el que había redactado el proyecto de ley de los aseos transfóbicos. En Nueva Jersey, Ashley Bennett había competido contra un terrateniente de la capital del condado, republicano, que se había burlado abiertamente de las mujeres que asistieron a la marcha (puso un meme preguntando si la protesta terminaría a tiempo para que a él le hicieran la cena), y le había derrotado.

Mientras veía los resultados de las elecciones, me llegó un mensaje de texto de una antigua amiga, una mujer que había trabajado en la campaña de Clinton: estábamos juntas la noche en que Clinton perdió. En el mensaje me decía que al ver el resultado de Virginia había roto a llorar.

—Tal vez la reacción somos nosotras —me escribió.

[193] Jason Hancock y Bryan Lowry, «Missouri Gov. Eric Greitens Says He’s Target of “Political Witch Hunt”, Vows to Fight», *Kansas City Star*, 27 de abril de 2018, <http://www.kansascity.com/news/politics-government/article208615764.html>.

[194] Alan Feuer, «Lawyers for Two Schneiderman Accusers Brought Their Claims to Michael Cohen», *New York Times*, 11 de mayo de 2018, <https://www.nytimes.com/2018/05/11/nyregion/eric-schneiderman-michael-cohen.html>.

[195] James Oliver Cury, «Charlie Rose’s Life Now: “Broken”, “Brilliant” and “Lonely”», *The Hollywood Reporter*, 12 de abril de 2018, <https://www.hollywoodreporter.com/features/what->

happened-charlie-rose-we-asked-his-friends-associates-1101333.

- [196] Anna Graham Hunter, «How #MeToo Accusers Cope After Going Public: “My Hatred Has Deepened”», *The Hollywood Reporter*, 9 de mayo de 2018, <https://www.hollywoodreporter.com/news/how-metoo-accusers-cope-going-public-my-hatredhas-deepened-1109891>.
- [197] Isaac Chotiner, «Punishment Is Not Enough», *Slate*, 11 de diciembre de 2017, http://www.slate.com/articles/news_and_politics/interrogation/2017/12/the_limitations_of_punishment
- [198] «To Tell the Truth», *The Cut*, vídeo, 20 de diciembre de 2017, https://www.thecut.com/2017/12/rose-mcgowan-harvey-weinstein-sexual-assault-and-harassment.html?utm_source=nym_press.
- [199] Caitlin Flanagan, «The Conversation #MeToo Needs to Have», *Atlantic*, 29 de enero de 2018, <https://www.theatlantic.com/politics/archive/2018/01/the-rightconversation-for-metoo/551732/>.
- [200] Laurie Penny, «We’re Not Done Here», *Longreads*, enero de 2018, <https://longreads.com/author/pennyred/>.
- [201] Anny Shin y Libby Casey, «Anita Hill and Her 1991 Congressional Defenders to Joe Biden: You Were Part of the Problem», *Washington Post*, 22 de noviembre de 2017, https://www.washingtonpost.com/lifestyle/magazine/anita-hill-and-her-1991congressional-defenders-to-joe-biden-you-were-part-of-the-problem/2017/11/21/2303ba8a-ce69-11e7-a1a3-0d1e45a6de3d_story.html.
- [202] Sarah Kendzior, <https://twitter.com/sarahkendzir/status/996395282828091392>.
- [203] Susan Faludi, «The Patriarchs Are Falling. The Patriarchy Is Stronger Than Ever», *New York Times*, 28 de diciembre de 2017, <https://www.nytimes.com/2017/12/28/opinion/sunday/patriarchy-feminism-metoo.html>.

PARTE IV

Las furias

Después de las elecciones me sentí, en primer lugar, completamente insensible, desinflada. Inmediatamente después, muy enfadada. Mientras se estaban celebrando yo estaba en Nueva York. Había quedado para comer con una amiga e iba por la calle cuando me crucé con tres tíos blancos, enormes, de traje, y me enfadé mucho al verlos. No tenía ni idea de cuál era su filiación política, ni a quién habían votado, pero me sentí traicionada por todas y cada una de esas personas. Y recuerdo que pensé: «Estoy en la ciudad de Nueva York, un sitio que se supone que es tan liberal, y estoy convencida de que vosotros habéis votado a ese tío». Y eso me cabreó muchísimo. Seguí adelante, de todos modos, caminando derecha y sin apartarme cuando me cruzaba con alguien. Claro está que me llevé varios meneos porque en circunstancias normales, cuando vas así por la calle, te apartas y esquivas los golpes. Pero a mí no me daba la gana. Era algo así: «No, hoy no me pienso apartar para que pases tú. Estoy muy cabreada y tengo el mismo derecho que tú a usar esta calle. Así que voy a hacer mi camino andando más recto y con la espalda más tiesa que nunca». Y te diré que lo he seguido haciendo. Porque se siente una muy bien cuando se da cuenta de la cantidad de veces que se aparta para que pasen otros, y entonces decide caminar recto y esperar a que se aparten ellos. Es un pequeño triunfo.

COURTNEY TUNIS

La euforia del activismo

Estoy convirtiendo la ira en acción.

Estoy intentando convertir la ira que siento en algo inspirador.

He canalizado mi ira: la he dirigido hacia el activismo.

Mi rabia se ha endurecido: se ha transformado en determinación.

Durante las conversaciones que mantuve mientras preparaba este libro con mujeres candidatas, activistas y feministas, con acusadoras del #MeToo y amigas, colegas o desconocidas, esto es lo que oía una y otra vez: el deseo de coger esa ira y transformarla en otra cosa, algo que no fuese ira.

«Cuando estás triste y alimentas esa tristeza, hay algo que te hace desear estar a solas en una habitación silenciosa», dijo Cortney Tunis, una de las administradoras de Pantsuit Nation, un grupo de Facebook de partidarias de Hillary Clinton, anteriormente privado, que había florecido en los días anteriores a las elecciones y acabó por convertirse en un trampolín para algunas mujeres que participaron en la organización de la situación poselectoral. Tunis estuvo reflexionando sobre las diferencias entre la ira y el dolor que tantas mujeres de Pantsuit Nation sintieron después de las elecciones. «Pero la ira tiene algo que hace que la gente quiera romper una ventana, metafóricamente hablando. Lo que significa eso es que están deseando presentarse en un ayuntamiento y explicar por qué esa historia del veto migratorio es una gilipollez».

En otras palabras, la ira no debería tener que transformarse para tener valor. La ira, por sí misma, puede tener un gran valor progresista. Como escribió Amanda Litman —miembro muy joven de la campaña de Clinton que, después de las elecciones, montó una organización llamada Run for Something (Preséntate a Algo), que contrata y apoya a *millennials* que quieren presentarse a las elecciones—: «En lugar de resistirte [a la ira] o de evitarla, deja que te empuje a la acción. Acepta tu ira y ponla a trabajar».[204]

En muchas ocasiones veo que cuando las mujeres hablan, o empiezan a actuar, desde el impulso político o feminista de la ira, la ira ya ha hecho su

trabajo, ya ha servido de catalizador. Su furia ya ha sido una herramienta, ya la han utilizado para hablar conmigo o para hablar entre ellas. Les había servido de lente para ver y entender el mundo y sus desigualdades desde una perspectiva nueva. El hecho de expresar esa furia ya había servido de introducción y conexión con otras mujeres airadas, había servido de acicate para realizar creaciones artísticas, para contar una historia o para iniciar un procedimiento judicial o presentar una queja en el departamento de Recursos Humanos. Había impulsado a esas mujeres a votar, a ser voluntarias en una campaña, a asistir a una protesta o a presentarse a las elecciones o a implicarse en actividades ciudadanas y a formarse para ello.

Las posibilidades de trabajar juntas, de hablar sobre frustraciones e insatisfacciones compartidas, de comenzar a organizar o informarse sobre las fuerzas que habían dado lugar a nuestra rabia y cómo desmantelarlas..., todo eso era la materia de la que estaba hecha la rebelión. Es la antesala de la insurgencia, es así como se fraguan los movimientos políticos que pueden cambiar la nación y sus estructuras de poder como lo han hecho antes.

La posibilidad de sentir ira y transmitírsela a los demás es, en sí misma, una experiencia transformadora para muchas mujeres. La ira de las mujeres espolea la creatividad y dirige la innovación en política y el cambio social, como siempre lo ha hecho.

En el siglo XIX las mujeres que habían permanecido durante mucho tiempo aisladas en la esfera doméstica y atadas por las responsabilidades asociadas a su condición de mujer, esposa y madre en el contexto de una economía agraria como era la de los primeros tiempos de la República, comenzaron a relacionarse unas con otras gracias al renacimiento de la religión que tuvo lugar en aquel momento y a la industrialización, que llevó a muchas de ellas a las fábricas a trabajar y a las escuelas, donde fueron alumnas o maestras. Una vez obtenida la posibilidad de relacionarse entre sí, de comunicar su ira —por la esclavitud de los afroamericanos, porque no podían votar, por las condiciones de trabajo tan peligrosas a las que muchas estaban sometidas, por el abuso que tantas sufrían en casa a manos de sus maridos borrachos—, se produjo la agitación que acabaría convirtiéndose en distintos movimientos por la abolición de la esclavitud, el sufragio, el sindicalismo y la abstinencia del alcohol.

Algunas veces solo la expresión pública de la ira de las mujeres ya era una

innovación. Las sufragistas del siglo XIX, como Maria Stewart y las hermanas Grimké, estuvieron entre las primeras mujeres que dieron conferencias en espacios públicos, ante audiencias mixtas tanto en género como en raza. Sus discursos eran un modelo radicalmente nuevo de participación de la mujer en la vida cívica y política. Los mítines de las sufragistas, al aire libre, y sus desfiles en apoyo del voto cambiaron drásticamente las expectativas en cuanto al comportamiento de la mujer y el decoro.

A principios del siglo XX, las jóvenes reformadoras del movimiento sufragista, Alice Paul y Lucy Burns, estudiaron nuevos modos de resistencia en Europa conjuntamente con las militantes británicas del feminismo, y regresaron a los Estados Unidos cargadas de nuevas estrategias, incluidas las huelgas de hambre o actos como encadenarse a la verja de la Casa Blanca y quemar discursos del presidente Woodrow Wilson. La sufragista Carrie Chapman Catt adoptó otra táctica: apoyó la entrada en la Primera Guerra Mundial que postulaba Wilson, lo que enfadó muchísimo a sus hermanas pacifistas, pero seguramente sirvió para engrasar la maquinaria que llevó a Wilson a refrendar la Decimonovena Enmienda en 1920.

Las sufragistas también hicieron camino en la práctica, de formas muy distintas. Ernestine Rose, sufragista y abolicionista judía nacida en Polonia, estaba tan enfadada por haber perdido su herencia al negarse a contraer matrimonio con el hombre al que su padre la había prometido contra su voluntad, que lanzó una campaña para reformar las leyes de propiedad de las mujeres en los Estados Unidos. En la década de 1850, en asociación con Stanton y Anthony, planteó una serie de reformas llamadas «leyes de propiedad de la mujer» que acabarían por aprobarse en Nueva York y que adoptarían otros estados, leyes que permitían a las esposas conservar su derecho a la herencia y propiedad en mayor medida que antes.

Las educadoras de las mujeres de finales del siglo XX y principios del XIX, frustradas por las escasas oportunidades que tenían las mujeres y los afroamericanos, dirigieron e impartieron clases en muchos centros que ellas mismas habían abierto: universidades públicas sufragadas por el Estado, para alumnado femenino o mayoritariamente negro, que educarían a las generaciones futuras. Fueron pioneras en campos nuevos como la enseñanza y la enfermería, y posteriormente constituyeron agrupaciones estratégicas y sindicatos a la altura de los que regían los hombres, con lo que aumentó su poder político. Las escuelas de educación para la ciudadanía también

comenzaron a extenderse por el sur de Jim Crow gracias a la influencia de Septima Clark, y se convirtieron en centro de formación para muchos activistas que lucharían por los derechos civiles.

Las activistas del movimiento de derechos civiles no solo organizaron marchas y sentadas: también llevaron a cabo otras tareas como establecer estrategias, repartir octavillas o hacer copias con un ciclostil. La planificación resultó fundamental para las estrategias legales que culminaron con la igualdad racial y de género. La abogada de derechos civiles Pauli Murray es autora de un escrito sobre raza, género y discriminación tan original y de tal importancia que Thurgood Marshall, juez del Supremo, lo denominó «la biblia para los abogados de derechos civiles» y lo citó Ruth Bader Ginsburg, que dijo de Murray que era una de las «mujeres valientes» cuyos esfuerzos intelectuales habían establecido las bases para la protección contra la discriminación sexual por la que Ginsburg estaba luchando como abogada, y que defendió ante el Tribunal Supremo.

La ira ha impulsado a las mujeres a desarrollar un millón de estrategias para cambiar el mundo.

A algunas las ha impulsado a sacar a la luz la fuente de la que mana su dolor y sufrimiento: desde la determinación de Mamie Till a mostrar al mundo el cuerpo de su hijo, apaleado hasta la muerte, hasta los editores de la revista *Ms.*, que en 1973 publicaron una foto de Geraldine Santoro, una mujer de Connecticut que había muerto desangrada a consecuencia de un aborto ilegal. O Diamond Reynolds, que en 2016 difundió en directo el asesinato de su novio, Philando Castile, a manos de la policía, mientras su hija de cuatro años lo veía todo horrorizada desde el asiento de atrás.

La ira ha impulsado a las mujeres a crear obras de arte radicales, desde novelas sobre la liberación sexual, como *Miedo a volar* de Erica Jong, al teatro poético, como *For Colored Girls Who Have Considered Suicide/When the Rainbow is Enuf* de Ntozake Shange; a mejorar el material didáctico y sobre educación sexual existente, como *Nuestros cuerpos, nuestras vidas*, que enseñó a muchas generaciones de mujeres de todo el mundo muchas cosas sobre su anatomía, sobre el placer sexual y las opciones reproductivas que tienen. La ira ha conducido a las académicas a reclamar y recuperar la cuota de las instituciones académicas que corresponde a las mujeres, creando nuevos campos de estudios de género y reestructurando el currículo

universitario.

La ira de las mujeres ha conducido a nuevas formas de desobediencia civil completamente nuevas: en 1965 una estudiante de la Universidad de Chicago llamada Heather Booth ayudó a la hermana de una amiga a conseguir que le hicieran un aborto ilegal. Cuando empezaron a llamar más mujeres pidiendo ayuda, ella y un grupo de jóvenes feministas comenzaron a desarrollar un elaborado sistema de números de teléfono, palabras en clave y casas al que llamaron Colectivo Jane, desde donde ayudaron a más de once mil mujeres a abortar sin peligro entre 1969 y 1973.

La victoria presidencial, en 2016, de un patriarca blanco sin cualificación, monstruoso y abusón, sobre una competidora mujer y cualificada, provocó una ira equiparable a la pérdida. Una ira que no tardó en disparar una serie de reacciones políticas y ciertos tipos de nuevo, y creativo, activismo.

En 2017 y 2018 daba igual a dónde mirases, pues surgían nuevas ideas por todas partes, impulsadas por la furia de las mujeres: como el movimiento TIME'S UP y su Fondo para la Defensa Jurídica, establecido por las mujeres de Hollywood en un intento de redistribuir los recursos económicos para proporcionar a las mujeres de otros sectores empresariales la estabilidad necesaria para iniciar sus procedimientos por acoso.

El reconocimiento de los medios fue lento pero sostenido: apoyaron el papel catalizador, fundacional y de liderazgo que han ejercido las mujeres negras en la política progresista y feminista, y derivaron la atención de la gente hacia organizaciones como Higher Heights y Three Point Strategies, de Jessica Byrd, cuyo objetivo era tratar cuestiones de justicia racial y transformarlas en victorias electorales para mujeres que se presentaban a las elecciones para ocupar alcaldías, escaños en el Congreso o en el Senado y cargos de gobernador.

Activistas de nuevo cuño crearon nuevos tipos de organización: Kat Calvin dejó su trabajo en Los Ángeles y fundó Spread the Vote, una organización en la que los voluntarios llevan a cabo la dura tarea de ayudar a posibles votantes a conseguir los papeles que necesitan para obtener un número de identificación en estados con legislación restringida en cuestiones de voto. Rita Bosworth, Gabrielle Goldstein, Lala Wu, Candis Mitchell y Lyzz Schwegler crearon el Sister District Project, que pone en contacto a una serie de voluntarias muy motivadas de la América demócrata con «hermanas» de

los distritos republicanos que necesitan más fondos y ayuda de voluntarios.

En elecciones especiales y campañas primarias, las nuevas mujeres airadas ofrecían las habilidades que habían aprendido en la asociación de padres de la escuela y se dedicaban a hacer campañas para pedir el voto o a tareas organizativas. Tras unas primarias tempranas celebradas en Georgia, una empleada de un laboratorio de investigación farmacéutica y madre de tres hijos pequeños llamada Jessica Zeigler, frustrada por la escasez de votantes *millennials*, comenzó a maquinar un plan para llegar a los estudiantes de los últimos cursos de institutos de enseñanza superior y recién graduados que podían votar en su distrito, pero que tal vez vivían con unos padres conservadores a quienes no agradaban los demócratas que iban llamando a las casas. Ideó un sistema de mensajes de texto que funcionaba a través de recién graduados y estudiantes de los últimos cursos de los institutos locales, y cuando se celebró la última vuelta tras las primarias, se habían registrado en su distrito mil ochocientos votantes más, de edades comprendidas entre los dieciocho y los veintitrés años.

Una publicista de Misuri, exabogada, llamada Michele Hornish, furiosa e impaciente por hacer algo, abrió una página web llamada *Small Deeds Done* (Pequeñas Acciones que se Llevan a Cabo), que ofrecía la posibilidad de realizar pequeñas tareas de las que pueden encargarse otras mujeres airadas, desde escribir postales y llamar a los representantes hasta aprender la historia de los derechos civiles, el sindicalismo y el activismo feminista. Ayudada por una compañera, Hornish desarrolló también una nueva estructura para recaudar fondos a través de una web llamada *It Starts Today*, a través de la cual la gente podía hacer pequeñas donaciones mensuales que se distribuirían equitativamente entre todos los candidatos demócratas de Misuri, saltándose el sistema de partidos convencional, que tiende a concentrar la financiación en los distritos que considera «ganables».

Y en 2018 Liuba Grechen Shirley, que entró en política tras las elecciones de 2016 como competidora del congresista de Long Island, Peter King, furiosa porque King había apoyado el veto de Trump a los musulmanes, pidió a la Comisión Federal para las Elecciones que permitiera utilizar los fondos de campaña para pagar el cuidado de los hijos, y lo consiguió; un cambio estructural que podía alterar las reglas del juego para las mujeres candidatas que tuviesen hijos. «Yo estaba enfadadísima —dijo cuando entró en política y se dio cuenta de que estaba haciendo malabarismos para montar una campaña

y pagar a alguien que cuidara de sus dos hijos pequeños—. No entendía por qué había tantos candidatos millonarios».

Mujeres de todo el mundo han salido a escena mostrando formas innovadoras de protesta y expresión, desde las actrices negras que protestaban diciendo: «*Noire n'est pas mon métier*» (negra no es mi oficio) en la alfombra roja del Festival de Cine de Cannes de 2018, hasta Frances McDormand, que aprovechó su discurso de aceptación del Óscar del mismo año para presentar al mundo el concepto de «cláusula de inclusión», disposición mediante la cual aquellos que tenían más poder en Hollywood —actores y directores— podrían aprovechar su situación ventajosa para garantizar la diversidad racial y de género al exigirla en sus contratos. En la llamada Marcha por Nuestras Vidas (March for Our Lives) que se celebró en primavera, la joven activista Emma González consiguió, llevada por la ira, mantener a todo el mundo en incómodo silencio, sin explicaciones ni disculpas, durante seis minutos y medio: era el tiempo que había tardado un estudiante en matar a diecisiete compañeros de clase.

Campañas con *hashtags* o con personas tendidas en el suelo, como si fueran muertos; senadores exigiendo que el Congreso reformara sus propias reglas sobre acoso sexual..., todas eran estrategias e ideas que las mujeres estaban poniendo sobre la mesa. Mujeres llevadas por el malestar, por el enfado, por la ira que les provocaban las condiciones en las que habían estado.

Y mientras, el arte airado de la nueva era —desde la novela superventas de Naomi Aldermans, *The Power*, hasta *Dietland*, un programa de televisión sobre una revista femenina; un grupo terrorista feminista que tira a los hombres de los aviones; *Nanette*, un espectáculo de culto de Hannah Gadsby; la exposición de Adrian Pipers en el MoMA o el arte callejero de Tatyana Fazlalizadeh— capta toda esa energía de las mujeres furiosas de la América contemporánea.

Algunas de esas ideas son muy antiguas, otras recién estrenadas; algunas transformarán el mundo, otras fracasarán. Pero la ira mueve a las mujeres e impulsa sus ideas y su afán de avanzar en un entorno de desigualdades de un modo legal y tangible, pero también imaginativo y marcado por una ideología. Y a veces esa ira obra milagros simplemente por existir y persistir, por ser implacable y sin concesiones.

Como declaró Catharine MacKinnon en 2018, al hilo de la innovación que

representaba el movimiento #MeToo, «que estaba consiguiendo todo lo que no había conseguido, hasta la fecha, la ley sobre acoso sexual [...]. Esta movilización masiva contra los abusos sexuales [...] está echando abajo las dos barreras más altas con las que nos topamos a la hora de erradicar el acoso sexual, tanto en la legislación como en la vida: la incredulidad, la trivialización y la deshumanización de las víctimas».

Según la opinión de MacKinnon, fue el propio movimiento en sus comienzos, y las emociones que suscitó —el rechazo, la imposibilidad de seguir mirando para otro lado; en definitiva, la ira que había sacado al exterior— lo que estaba cambiando aquello que la ley no había podido cambiar: la cultura, lo que dábamos por hecho. «La revulsión contra el comportamiento de los acosadores [...] pudo cambiar el ambiente en empresas y escuelas. Pudo detener a depredadores en serie y también a explotadores ocasionales contra los que la ley no había podido hacer gran cosa [...] que se levantaran quienes nunca habían tenido voz [...] acabó con el mito de que quien denuncia un abuso sexual suele ser una guarrona mentirosa. Y eso lo está cambiando todo».[205]

Vamos a las urnas

Y entonces hubo mujeres que pidieron más poder en la política electoral, y que recorrieron un camino que habían abierto, mucho tiempo atrás, otras mujeres: mujeres furiosas.

Shirley Chisholm no resultó elegida candidata demócrata en 1972, pero sabía que estaba sentando un precedente que podría dar frutos en el futuro. En un texto suyo de 1973, Chisholm aseveraba: «Lo que espero, sobre todo, es que ahora haya otras que se sientan tan capaces de meterse en política y apuntar a lo más alto como se siente cualquier hombre blanco, rico y guapo».

Chisholm fue la primera mujer negra elegida para la Cámara de Representantes. Veinte años después de su apuesta, Carol Moseley Braun se convertiría en la primera en ser elegida para el Senado. «Yo estaba terriblemente ofendida —me contaba Moseley Braun en 2017 cuando le pregunté cómo se había sentido en 1991, cuando nombraron a Clarence Thomas para el Tribunal Supremo—. No, esa palabra es muy floja... Estaba paralizada, como si me hubiera dado una apoplejía». Moseley Braun, que llevaba años de servicio como congresista en Illinois y en la oficina del fiscal general de los Estados Unidos, decidió presentarse al Senado en 1992.

«Aquello suponía dilapidar el legado de Thurgood Marshall —afirmó—. Marshall había sido decisivo para la liberación de los negros, y esto era poner patas arriba todo lo que había hecho la Corte Warren. Yo tuve una vida llena de oportunidades gracias a la Corte Warren; mi marido no era negro, y de no ser por la Corte Warren, nuestro matrimonio habría sido ilegal. Yo marché junto al doctor King. La elección de Clarence Thomas representaba repudiar todo aquello por lo que yo había luchado o por lo que había trabajado siempre, y no podía quedarme de brazos cruzados».

Moseley Braun estaba especialmente indignada con el senador demócrata de Illinois, Alan Dixon, cuyo plan era confirmar a Thomas con su voto. Se reunió con él. «Se mostró tan obtuso con todo el asunto que durante la conversación me empezó a arder algo dentro. Luego llegaron las vistas del proceso Hill y las mujeres dijeron: “Vale, hasta aquí hemos llegado”». Las sesiones de aquel proceso, la visión de «aquellos hombres blancos, cansados, en el comité —decía— fueron el viento que impulsó mis alas cuando volaba hacia la candidatura».

Moseley Braun compitió con Dixon en unas primarias y le ganó, convirtiéndose así en la primera candidata que conseguía destronar a un senador en primarias en más de una década.[206] Un famoso eslogan de su campaña fue una frase directa y sin concesiones: «No necesitamos otro tío rico y arrogante en el Senado».[207] Funcionó. Cuando ella obtuvo su escaño no solo se convirtió en la primera mujer negra elegida para el Senado de los Estados Unidos, sino en la segunda senadora afroamericana elegida desde la Reconstrucción. Moseley Braun fue la primera mujer del Senado que ocupó una plaza en el Comité de Finanzas, y ella y Dianne Feinstein fueron respectivamente la segunda y la tercera mujer de la historia que formaron parte del Comité Judicial, aquel grupo cuya homogeneidad blanca había disparado su ataque en Washington. «La ira era inmensa —contaba Moseley Braun, refiriéndose a aquellos tiempos—. Había gente que estaba muy muy enfadada, y con razón».

Entre 1931 —cuando designaron a Hattie Wyatt Caraway, de Arkansas, para ocupar el puesto de su marido en el Senado— y 1992, solo seis mujeres habían ocupado escaños en el Senado estadounidense durante un periodo superior a un año. En 1992 fueron elegidas cuatro mujeres, con lo que se multiplicaba por tres el número de mujeres de la cámara. A partir de ese momento llegaron a Washington como senadoras treinta mujeres, seis de ellas

por designación. De las doscientas noventa mujeres, aproximadamente, que habían ocupado un escaño en la Cámara de Representantes de los Estados Unidos a lo largo de la historia, casi un 60 por ciento de ellas habían sido elegidas después de 1992, año en que veinticuatro mujeres obtuvieron un escaño: el mismo número de mujeres que habían sido elegidas para el Congreso en toda la década anterior.

Pero en 2018 se batieron todos los récords. En primavera, trescientas nueve mujeres habían anunciado su propósito de presentarse como candidatas a la Cámara de Representantes, un número mucho mayor que el que se había registrado en la historia de la nación y que casi doblaba la cantidad de mujeres que se habían presentado solo dos años antes. Según la base de datos de Black Women in Politics, había cuarenta y siete mujeres negras participando como candidatas a puestos federales, de las cuales al menos veinticuatro eran mujeres negras que no habían ocupado ningún escaño previamente y se presentaban como candidatas a la Cámara de Representantes, en la que entonces solo había veinte mujeres negras.

Kelly Dittmar, del Rutgers University Center for American Women and Politics, ha advertido que esa cifra histórica sigue representando solo a un 22 por ciento del total de candidatos a la cámara, y que muchas de las mujeres que se presentan lo harán en las elecciones generales compitiendo con personas que ya ocupan algún puesto. Que haya más mujeres candidatas no supone que vayan a ganar más mujeres. Las cosas están cambiando, pero aún no hay nada definitivo: no es posible hacer predicciones.

Y sin embargo...

El aumento es significativo, y 2018 vio pasar oleada tras oleada de triunfos en primarias que muchas mujeres infravaloradas llevaban tiempo persiguiendo, mujeres de las que un buen número no eran blancas y que competían contra campos enteros de hombres.

«Las mujeres siempre han sido líderes de la Resistencia», dijo Lauren Underwood, una joven candidata negra que venció a seis adversarios, todos hombres blancos, en la carrera por la Cámara de Illinois. Lo dijo durante la semana anterior a las primarias que ganó, en una entrevista en la que expresaba lo que ella percibía como la frustración de tantas compañeras candidatas ante el hecho de que los miembros actuales del Congreso, algunos de ellos carentes de la experiencia vital de las mujeres, ni siquiera sometieran

a voto cuestiones políticas como la baja remunerada o el sueldo igualitario. «Parte de las razones por las que se presentan tantas mujeres es que nosotras sabemos que nuestras voces hacen falta para el cambio que buscamos, porque no podemos contar con los demás para que nos hagan de abogados defensores», aseveró.[208]

Daba igual donde mirases: por todas partes había mujeres que se presentaban a las elecciones por primera vez: Tatiana Matta, esposa de militar, venció a otros demócratas y concurreó contra el líder de mayorías republicano de California, Kevin McCarthy; y Kara Eastman, de Nebraska, presidenta de una organización sin ánimo de lucro, consiguió una victoria sonada en las primarias sobre el demócrata Brad Ashford, excongresista.

El desafío no solo estaba cruzando las líneas partidistas. Muchas mujeres liberales, también airadas, desafiaban a los hombres, y algunas de ellas al resto de las mujeres de sus propios partidos. La actriz Cynthia Nixon organizó una campaña contra el gobernador de Nueva York, Andrew Cuomo, y Alexandria Ocasio-Cortez, de veintiocho años y organizadora de la campaña de Bernie Sanders desde una plataforma socialista del Partido Demócrata, protagonizó la sorprendente derrota de Joe Crowley, que llevaba diez mandatos como congresista por la ciudad de Nueva York.

Aunque la visión de tanta mujer derribando las murallas del Gobierno resultaba algo radical desde cierto punto de vista, aquello era tan americano como la idea de democracia representativa que habían delineado nuestros padres fundadores. «Ciudadanos representativos, procedentes de todas partes del país, zapateros o granjeros: aquello fue lo que querían nuestros fundadores», dijo Marie Newman. Newman, que tenía un pequeño negocio e hizo campañas antiacoso, compitió contra Dan Lipinski, titular demócrata por Illinois antiabortista de toda la vida y practicante del clientelismo, en unas primarias celebradas en 2018 de las que salió con tres puntos porcentuales de ventaja. Quedó a menos de tres mil votos de ganarle. «Uno llega a la cámara, se queda un rato, expone sus ideas y probablemente después vuelve a su vida anterior».

Newman y sus compañeras candidatas luchaban contra las realidades estructurales del poder patriarcal en su forma más pura: su adversario llevaba trece años ocupando cargos políticos y su padre, antes que él, había ocupado el mismo puesto durante veinte. «Que suceda eso en una familia, que tenga

una soberanía para reinar durante más de treinta años..., es como una monarquía —dijo durante la carrera, sin ocultar su frustración ante la injusticia y la locura de aquel sistema—. Es un hombre blanco y viejo que no tiene ni idea de lo que quiere su circunscripción, da igual en qué partido esté uno. Y las mujeres, que somos más de la mitad de la población, ocupamos solo un 20 por ciento del Congreso».

Puede que Marie Newman no ganara esas primarias, pero lo ajustado de la carrera contra un ejemplo tan enraizado de poder masculino blanco heredado ofrecía cierta esperanza.

Tras la derrota de Clinton y el ascenso de Trump, un grupo de mujeres observó el elenco de hombres que habían estado acaparando el poder político del país durante tantos años, desde siempre. Estaban envejeciendo, y pensaron que ellas podrían sustituirlos. Sustitución. Aquel era un concepto especialmente cargado de significado, la amenaza que parecía haber motivado a tantos republicanos partidarios de Trump y al resto de votantes que le dieron su apoyo. «No nos vais a sustituir», ese fue el estribillo de la marcha de supremacistas blancos que tuvo lugar en Charlottesville en el verano de 2017. El miedo a que el poder masculino y blanco pudiera redistribuirse había sido la motivación simbólica subyacente a la retórica de buena parte de la campaña de Trump, así como de los esfuerzos del Partido Republicano por despojar de su derecho a votar, precisamente, a aquellos que seguramente votaron en contra suya: los que no eran blancos, los que no eran ricos.

[204] Amanda Litman, «I Wake Up and Go To Sleep Angry—And That’s a Good Thing», *Women’s Health*, 17 de octubre de 2017, <https://www.womenshealthmag.com/life/a19948724/amanda-litman-run-for-something/>.

[205] Catharine MacKinnon, «Me Too Has Done What the Law Cannot», *New York Times*, 4 de febrero de 2018, <https://www.nytimes.com/2018/02/04/opinion/metoo-law-legal-system.html>.

[206] «The Last 25 Senate Incumbents Defeated in Primaries (1962–Present)», NPR.com, 28 de abril de 2010, <https://www.npr.org/sections/politicaljunkie/2010/04/24/126248204/senate-incumbents-defeated-in-primaries>.

[207] Carol Moseley Braun, History, Art & Archives, Archivo de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, s. f., [http://history.house.gov/People/Listing/M/MOSELEY-BRAUN,-Carol-\(M001025\)/](http://history.house.gov/People/Listing/M/MOSELEY-BRAUN,-Carol-(M001025)/).

[208] Lauren Underwood con Andrea Cambron, WERA-FM, 21 de marzo de 2018, https://urldefense.proofpoint.com/v2/url?u=https-3A__enlightenmeonwera.com_2018_03_21_3-2D21-2D18-2Dspotlight-2Dlauren-2DUnderwood_&d=DwMFaQ&c=jGUuvAdBXp_VqQ6t0yah2g&r=BLtwNjxI6xU1TowZZXPw62rxI1YNSunoH38hlyco6RBfK8BXD8O&m=09_aBCGDqXOZ9T8KMIoXJ04S8XPdJs7scFA3SmWWjFl

—KXqrUJB0egkxipvH6SUi3wTB9SsDehw&e=.

Justicia reparadora

La fantasía de la justicia reparadora resonó especialmente en la vorágine de acusaciones de abuso sexual del #MeToo que apuntaban a aquellos que habían tenido demasiado poder, en demasiados sectores empresariales, durante demasiado tiempo. «Hagamos tendencia también de empezar a sustituir a esos hombres predadores por mujeres que ya están tardando en acceder a sus puestos —escribió alguien en *Vogue*—. Es lo mínimo que puede hacer el patriarcado».

La idea de sustituir a los hombres malos, a los que habían sido apartados del poder por el #MeToo, por mujeres —muchas de ellas, no blancas— no era solo una fantasía atractiva: era una realidad y estaba sucediendo en muchos sectores. Alex Wagner pasó a ocupar el puesto de Mark Halperin en *The Circus*; Hoda Kobbt sustituyó a Matt Lauer en *Today*; y Kitty Block se hizo cargo de la Humane Society of the United States después de que su anterior presidente, Wayne Pacelle, fuese destituido tras ser acusado de conducta sexual inapropiada. Un día de junio de 2018 puse la televisión y vi a Christiane Amanpour, la mujer a la que habían contratado para dirigir el programa de Charlie Rose en la PBS, entrevistando a Barbara Underwood, la mujer que había sustituido a Eric Schneiderman como fiscal general de Nueva York: hablaban precisamente del proceso judicial que ella acababa de comenzar contra la Trump Foundation.

Naturalmente, en la mayor parte de los sectores no era sencillo ni rápido cambiar la ratio de poder. Incluso cuando se lograba desalojar a los hombres de sus elevados sillones, los que estaban esperando para ocupar su puesto, los que habían acumulado veteranía, experiencia y contactos, seguían siendo hombres en su mayoría. Las mujeres que habían sido desplazadas de las profesiones que habían elegido o que se habían sometido a un exilio voluntario no podían regresar sin más. No como socias, ni como directivas; ni siquiera ocupando cargos intermedios.

Esta es una de las virtudes de la política: puede dar lugar a un cambio

paulatino. Y nosotros podemos, en teoría, presentar nuestra candidatura a un cargo local, estatal, incluso federal, aunque nuestra experiencia se reduzca a la secretaría de un consejo de estudiantes. Si eres profesor de preescolar o catedrático de Derecho o trabajador sanitario, habrá una serie de obstáculos importantes —redes de contactos débiles, desventajas a la hora de recaudar fondos, maquinaria del partido, obstrucción de las instituciones y sesgo de identidad— que habrá que superar, claro que sí: pero te puedes presentar. Y si ganas, tanto si el cargo es importante como si es modesto, estarás en situación de cambiar las cosas. Ocasio-Cortez, brillante, que desafió al Congreso con un planteamiento de izquierdas perfectamente planteado, había trabajado hasta entonces de camarera.

La gente que controla la legislatura, estatal o local, suele determinar quién de su comunidad llega sin dificultades a las urnas, quién tiene acceso a la atención sanitaria o a una ciudad santuario; las instituciones de gobierno local de todo el país han aprobado leyes en los últimos años para que los ciudadanos tuvieran bajas laborales pagadas, seguros de enfermedad y un salario mínimo más alto. No todas las mujeres candidatas quieren determinar esas políticas de manera que beneficien a hombres no blancos, y también había un buen número de mujeres republicanas candidatas a las elecciones de 2018, pero la inmensa mayoría de las mujeres candidatas que pusieron patas arriba los resultados de las urnas en 2018 eran demócratas.

Dicho en un sentido más amplio, la idea de sustituir a los hombres por mujeres sería una vía excelente para modificar una de las realidades estructurales de la construcción de la nación que están más enraizadas: quién pone las reglas y quién las hace cumplir. Sería una especie de movimiento sísmico hacia la democracia representativa.

Tras el revuelo del #MeToo, y de la visión que nos ofreció de la capa corroída y corrupta del poder masculino, las mujeres empezaron a ocupar en política los espacios que fueron dejando los hombres. Tina Smith ocupó el escaño de Al Franken en el Senado. Y la abogada general Barbara Underwood no fue la única elegida para hacer el trabajo de Schneiderman cuando este dimitió: a las pocas semanas de su dimisión, al menos otras dos mujeres anunciaron que se presentarían a las elecciones para ocupar ese puesto ellas, en otoño. En Pensilvania una mujer llamada Mary Gay Scanlon ganó las primarias para ocupar el escaño de Patrick Meehan, que dimitió tras acusaciones de acoso,[209] y dos mujeres optaron al que dejó libre John

Conyers en Detroit. Debbie Lesko, republicana, venció a Hiral Tipirneni, su rival demócrata en la carrera por el puesto que había dejado vacante Trent Franks, un congresista que insistía en pedir a una mujer de su equipo que fuese la madre subrogada de su hijo.

En mayo de 2018 Rachel Crooks, una de las mujeres que habían acusado a Donald Trump de conducta sexual inapropiada antes de las elecciones —dijo que cuando tenía veintidós años y trabajaba como recepcionista en la Trump Tower, él la había besado contra su voluntad—, ganó unas primarias del Partido Demócrata. Cuando Trump negó su acusación en Twitter, Crooks le respondió, desafiándole a que buscara la película que habían grabado los de seguridad ese día, y le espetó: «Han sido todos los mentirosos que hay en la política, como tú mismo, los que me han impulsado a presentarme».[210]

Era una especie de avenida que conducía a lo inimaginable: la reparación para las mujeres, la compensación por el poder que se les había negado durante tantos siglos. «¿Qué habría sucedido si todas estas mujeres no hubieran sido tachadas de la lista? —preguntó Erin Vilardi, responsable de VoteRunLead, que forma y da apoyo a mujeres que se presentan a cargos estatales o locales—. Imaginemos que en los años ochenta se hubiera presentado a presidente la primera mujer y que hubiera ganado. Pues seguimos sin poder enfadarnos por esto. Estos tipos tienen que dimitir. Tienen que dimitir todos. Si no estás dispuesto a trabajar por la igualdad de género, tienes que apartarte. Necesitamos que todos esos escaños queden libres, porque la investigación ha demostrado que las mujeres tienen más posibilidades de ganar los escaños que han quedado vacantes. Así que si has toqueteado a alguien, si has acosado, apártate ya. Y elige a una mujer joven para que te suceda».

Brianna Wu, desarrolladora de videojuegos que había sido objetivo del ataque misógino, coordinado y en masa, llamado Gamergate en 2014, me habló en 2018 de su «ira inmensa por la forma en que se estaba tratando a las mujeres» en su campo, desde el asunto del manoseo hasta el hecho de que no les tomaran en serio los hombres que dominaban el sector del videojuego. Tras convertirse en diana de acoso y amenazas durante el Gamergate, Wu escribió a algunos colegas varones pidiéndoles ayuda. Dijo que no había recibido ninguna: el FBI cerró la investigación sobre el montón de amenazas que había recibido, provocando en ella un sentimiento de «furia increíble» que, según dijo, le sirvió de catalizador para decidirse a presentarse como

candidata al Congreso, como adversaria de un congresista moderado de Massachusetts, en las primarias del estado.

«Parece que todas las lágrimas que la gente vertió el 8 de noviembre eran lágrimas airadas y nadie lo supo hasta mucho después», dijo Vilardi, que también destacó que hasta hacía relativamente poco las mujeres no habían tenido una hoja de ruta que les explicara cómo gestionar sus resentimientos y enfados. «A las mujeres no se les permitía gritar si estaban en lo alto de un podio, ni dar un portazo en un espacio público», dijo, reconociendo que ese límite expresivo es parte de lo que ha hecho que las mujeres se hayan ganado fama de jefas benévolas. «Pero todo eso son chorradas —continúa—. Porque si echas un vistazo a todos los estudios que dicen que las mujeres son mejores jefas, se ve que las mujeres son mejores en todo salvo en el aspecto de la toma de decisiones. Y es porque no tenemos esa reacción instantánea, visceral, del “porque yo soy la puta jefa y se acabó”. No tenemos ni un solo modelo que nos inspire a la hora de canalizar nuestra ira al tomar una decisión, ni eso de “es que él es así”, como decían de Harvey Weinstein. No tenemos ninguna de estas justificaciones».

Brianna Wu me dijo que parte de la batalla como candidata estaba en el aprendizaje: en aprender a comunicar su ira, que anhela desplegar delante de una audiencia punto por punto, algo que se retrae de hacer. «Si dices cosas como esas a los hombres, ellos se callan; te tildan de zorra. La ira aterra a los hombres». Wu dijo que ella tiene un recuerdo de su campaña especialmente intenso: fue en un ayuntamiento, cuando una señora mayor le preguntó por el acceso de las mujeres a la atención sanitaria, «porque era un tema que a ella le enfadaba muchísimo». Tan pronto como empezó Wu a responder a su pregunta, «los tres hombres que tenía sentados a mi lado sacaron los teléfonos en el momento en que yo empecé a hablar, y empezaron a mirar cosas». Wu dice que recuerda que se puso de pie en el centro de la sala, porque aquella furia le estaba haciendo hervir. «Pero como estaba delante de un montón de gente, me resultaba muy difícil seguir siendo profesional».

A pesar de los esfuerzos que hizo por reprimir o disimular su ira, Amanda Litman, cofundadora de Run for Something, dijo que estaba convencida de que los candidatos airados son los mejores candidatos, porque su pasión les propulsa, les hace salir por la puerta todos los días para hacer su trabajo: llamar a otras puertas, hacer llamadas telefónicas y llegar al resultado que de verdad importa, que es conseguir votos.

La teoría de Litman era que la ira de las mujeres en las elecciones de Virginia había tenido un efecto de atracción inversa, es decir, las candidatas que se presentaban por primera vez habían hecho un trabajo soberbio, centrado en pedir el voto. Se habían pateado las aceras y habían conseguido unos resultados muy buenos, que ayudaron al demócrata Ralph Northam a derrotar al republicano Ed Gillespie en la carrera por el cargo de gobernador. «Conseguir eso llamando a las puertas, hablando desde una posición de furia y de compromiso por el cambio hace que los votantes se pongan en marcha, dispara la participación», dijo Litman.

«Cuando empezamos, la edad media de las mujeres que asistían a nuestros cursos era de en torno a cuarenta y cinco años. Ahora ronda los treinta». Lo cuenta Patricia Russo, directora de Women's Campaign School, de Yale, que comenzó a formar candidatas en 1994, al terminar el Año de la Mujer. Ese cambio reflejaba nuevas actitudes sobre cuándo «se permitía» a las mujeres entrar en política. Ya no tenían que esperar a que sus hijos fueran mayores, y tenían más probabilidades de que las tomaran en serio antes de los cuarenta años, incluso entre los veinte y los treinta: ser joven y soltera o madre de hijos pequeños ya no era un rasgo disuasorio. Otra cosa que era diferente en la actualidad, según Russo, era que la mayoría de las mujeres que se matriculaban en la escuela eran mujeres de color.

Otros grupos habían accedido al ámbito de la formación y apoyo a candidatos en las últimas dos décadas, y habían registrado un crecimiento exponencial a partir de 2016. En el caso de Higher Heights, por ejemplo, que se fundó en 2011 para afianzar el poder de las mujeres negras como votantes, organizadoras o candidatas, el modesto incremento de matrícula que se percibió en los meses posteriores al triunfo de Trump se convirtió en un tremendo revulsivo con las elecciones de 2017 en Virginia, Nueva Jersey y Alabama, cuando la influencia de las mujeres negras en el voto (fueron responsables de las victorias demócratas) empezó a predecirse en los medios políticos. «Las mujeres negras siempre se consideraron motores políticos del cambio», dijo la cofundadora Kimberly Peeler-Allen, que recuerda haber asistido a un curso para formación de candidatas en Minneapolis en otoño de 2017, donde le dijeron que esperaban la incorporación de cuarenta o cincuenta mujeres negras. Cuando llegó se encontró con setenta. «Casi el 60 por ciento de las mujeres matriculadas eran mujeres de color —recuerda—. ¡Me quedé loca!».

Erin Vilardi, de VoteRunLead, dijo que en un año normal dos tercios de los recursos de la organización se destinaban a convencer a las mujeres de que se presentaran a las elecciones, y que su objetivo era llegar a las dos mil en todo el país. En 2017, 3.200 mujeres asistieron a los programas de formación de VoteRunLead, y más de diez mil se pusieron en contacto con el grupo de manera espontánea. EMILY'S List, mientras tanto, casi había triplicado la dotación de sus equipos locales y estatales, y doblado el personal digital encargado de gestionar las cuarenta mil solicitudes de información que habían recibido de mujeres que querían entrar en la carrera electoral después del triunfo de Trump.

«Creo que hay mucho malestar —dijo Vilardi—. Todas estas mujeres compiten con un tipo que no ha cambiado la foto de su página web desde los noventa... Estos hombres llevan demasiado tiempo en el poder». Y había, además, otro tipo de malestar, articulado cada vez más por algunos de los políticos novatos con los que se había encontrado Vilardi: «Hay malestar por el abuso de poder de estos hombres, que se han perpetuado sin que nadie les controle, y malestar con la gente que los sigue sosteniendo ahí».

La ira que seguía ascendiendo a la superficie ante tantas injusticias — incursiones en la autonomía reproductiva; disparos a afroamericanos por parte de la policía; la influencia que tiene la Asociación Nacional del Rifle en la política estadounidense y, por lo tanto, la incapacidad de los políticos para hacer cumplir la legislación para el control de armas; el fraude electoral; la supresión de votantes, que reducía considerablemente el poder electoral de los votantes no blancos de izquierda; la generalización del acoso y el abuso sexual; la escasez de mujeres y representantes no blancos en el Gobierno— era un factor que estaba impulsando a las mujeres a presentarse a las elecciones. Había quedado clara la idea de que elegir a más mujeres, sobre todo mujeres no blancas, era una opción correctiva desde el punto de vista estructural, arquitectónico.

Pero no iba a ser fácil persuadir a organizaciones e instituciones que durante tanto tiempo habían sostenido el sistema de partidos en los Estados Unidos de que esa era la ocasión perfecta para llevar a cabo una reforma total. Marie Newman, adversaria del congresista Dan Lipinski (antiabortista y antiinmigración), tuvo serias dificultades para que la maquinaria de su partido la apoyase, a pesar de competir contra un político que muchas veces había votado contra su propio partido. Y aunque logró enseguida el apoyo de la

senadora Kirsten Gillibrand, la National Abortion Rights Action League (NARAL) y Gloria Steinem, tanto a Planned Parenthood como a EMILY'S List les costó un tiempo empezar a darle dinero. Cuando Newman, al final, perdió las primarias (que ganó Lipinski), se había quedado tan cerca de ganar que parecía posible que, con un poco más de buena voluntad de apoyar su candidatura en las primeras fases, el resultado hubiera sido distinto.

«Estamos en un momento en el que tenemos que correr ciertos riesgos, pero también estamos asegurando nuestras apuestas», me dijo Vilardi en un momento dado, hablando de todos los impedimentos que se habían puesto a la carrera de Newman, del Comité de Campaña al Congreso de los Demócratas y los partidos estatales, de todos los elementos que atascaban la maquinaria política, que tendía a ralentizarse a la hora de destinar fondos a nuevos tipos de candidatos en una primarias tan concurridas. «No haber puesto hasta el último dólar disponible para apoyar a tantas candidatas nuevas y prometedoras, sobre todo mujeres de color, ha hecho que pasara el momento político. Esa es la impresión que me da», dice Vilardi.

La multitud de mujeres disgustadas —muchas de ellas se estrenaban en política— precisaba una inversión de tiempo y recursos. Y muchos de los mecanismos que se pusieron en marcha para formar a candidatas estuvieron a punto enseguida gracias a que aquellas mujeres tenían prisa y sabían que estaban furiosas... No sabían mucho más.

En todo el país, prácticamente todos los fines de semana, a finales de 2017 y principios de 2018, las mujeres que esperaban liderar sus comunidades, quizá su país, un día, se estaban apuntando a cursos acelerados de participación ciudadana. Un sábado de finales de octubre de 2017, cuando la presidenta de EMILY'S List, Stephanie Schriock, se dirigía a un grupo de posibles candidatas en la Convención de Mujeres de Detroit, la directora ejecutiva del grupo, Emily Cain, hacía lo mismo ante un centenar de mujeres en Manhattan. «Si os despertáis por la mañana preocupadas por algo —dijo Cain a las futuras líderes del país, que abarrotaban la sala panelada en madera, libretas en ristre—, es que estáis cualificadas para la carrera electoral». Aquel mensaje era un eco de otro que ya había difundido la cofundadora de Higher Heights, Peeler-Allen, ante las mujeres negras a las que asesoraba, muchas de ellas faltas de confianza: «Cada una de vosotras está más que preparada para optar a un puesto de gobierno. Lo que tenéis que hacer es canalizar al chaval blanco y mediocre que lleváis dentro, y emplearlo como combustible».

Aquello parecía un compás muy bajo, muy deprimente, para entrar en aquel ámbito con garantías. Pero recordemos que una de las más terribles dádivas de la administración Trump fue que todos vimos lo bajo que estaba el rasero de la aceptación política. Como dijo Jennifer Carroll Foy —abogada de oficio que obtuvo un escaño en el Parlamento de Virginia estando embarazada de gemelos— en un breve documental sobre su candidatura: «Si él puede, estoy segura de que yo también».[211]

Todo el currículum de formación de VoteRunLead tuvo que ajustarse en 2017. Podría resumirse en esta llamada a la acción: «Preséntate tal como eres». Vilardi mencionó a Eve Hurwitz, reservista de la Marina y propietaria de un pequeño negocio que se presentaba a senadora del estado de Maryland. Llevaba el pelo teñido de un vivo tono púrpura. Cuenta Vilardi que «todo el mundo le decía que no podría presentarse con el pelo de ese color, y se lo quitó; aunque también hubo quien le dijo: “¿Por qué no te vas a presentar con el pelo púrpura? ¡Así es como eres!”. Y se lo volvió a teñir». Peeler-Allen recuerda una historia similar: tuvo que tranquilizar a una nueva candidata que dudaba sobre si tendría que cambiar su forma de expresarse, alterar su estilo como oradora y sus gestos, en función de la audiencia ante la que hablase. Cuenta Peeler-Allen que le aconsejó: «Tienes que ser auténtica cuando hables: cuando la gente vea que luchas por sus intereses, no importará que te tiemble la voz, que arrastres las palabras o que te comas una consonante aquí o allá».

Esto no significa que las aguas políticas se abrieran de pronto, dejando a las mujeres paso libre para llegar serenas al cargo. «Puedes estar segura de que eres la persona más adecuada para el puesto: acabas de salir de una sesión de formación espantosa y te ha servido de inspiración la primera refugiada somalí que fue elegida para un cargo político. Pero igualmente todo el mundo va a seguir diciendo que Jim Smith hijo lleva esperando diez años y es el siguiente en la cola para conseguir ese asiento que tú estás intentando ganar», dice Vilardi.

No obstante, aun con todos los obstáculos a los que se enfrentaban las candidatas que se presentaron por primera vez, Vilardi notó que la actitud tras 2016 era un soplo de aire fresco. «Todo aquello de “¿pero estoy cualificada?” que al principio oíamos constantemente cuando estas mujeres hablaban de presentarse a las elecciones, cuando no sabían cómo iban a gestionar el tiempo, cómo iban a contárselo a su marido, a su socio o a su jefe, cuando les

preocupaba no poder compaginarlo con su empleo o la paga ínfima que iban a percibir por sus aportaciones, se resolvió al final de manera muy positiva». En lugar de hablar de los obstáculos, empezaron a expresarse como si ya estuvieran dentro. «Fue como si se encendieran todas las bombillas —dijo Vilardi—. Antes de las elecciones de 2016, dos tercios de las mujeres de VoteRunLead nos dijeron que querían un plan de formación a cinco años vista. Ahora un 60 por ciento quiere presentarse para 2020».

Y aquello se debió en parte a un sentimiento de urgencia que era una reacción a lo que recientemente había quedado expuesto tras años del mito de su inminente desaparición: el sexismo. Cuando Tresa Udem realizó una encuesta en diciembre de 2016 preguntando si la campaña de Trump y las elecciones habían hecho pensar a los votantes «más en el sexismo que existe en nuestra sociedad», un 40 por ciento de los encuestados respondió afirmativamente. En noviembre de 2017, cuando preguntó si las noticias sobre acoso y abuso sexual habían hecho a la gente pensar más en el sexismo de la sociedad, un 73 por ciento dijo que sí. En diciembre de 2016, un 52 por ciento de los encuestados por Udem dijo que el país estaría mejor si hubiera más mujeres ocupando cargos políticos; en noviembre de 2017 esa cifra aumentó al 69 por ciento. Y en 2016 un 65 por ciento de la gente encuestada por Udem dijo sentir que los hombres ocupaban más puestos de poder que las mujeres en la sociedad: en 2017 la cifra había ascendido hasta el 87 por ciento.[212] «Los que hacemos sondeos no solemos ver estos cambios de actitud tan importantes», dijo Udem, que afirmó también que las mujeres estaban empezando a emplear la palabra *misoginia*, un término que rara vez había oído decir en los últimos años.

La visión de tantas mujeres corriendo a ocupar cargos políticos por elección tendrá, seguramente, antagonistas, y aunque se intente asegurar lo contrario, este es un juego de suma cero: si las mujeres consiguen aumentar su poder político, los hombres blancos pierden parte del suyo. Después de que tantas mujeres cosecharan importantes triunfos en las primarias de Indiana de 2018, un profesor de Derecho llamado Kenneth Dau-Schmidt escribió una carta al periódico de su ciudad, contando lo «molesto» que estaba por aquellos resultados. «El hecho de que todas las mujeres que se presentaron ganasen, incluso cuando competían contra varones muy solventes que ya ocupaban escaños, es perturbador». Para Dau-Schmidt estaba claro que «cientos de mujeres demócratas votan a esas candidatas solo por una cuestión de género».

Según parece, nunca se le había ocurrido que la historia de la política electoral estadounidense era la historia de un montón de votantes que votaban a ciertos candidatos en función de su género, pero está claro que no era el único al que esa cuestión le irritaba. Su respuesta era especialmente llamativa porque estábamos atravesando una potente y perjudicial reacción a la elección de Barack Obama y a la amenaza simbólica de Hillary Clinton, una victoria real y otra hipotética que nos habían traído al Tea Party y, al final, la presidencia de Trump.

Andrea Steele, de Emerge America, una organización que forma a candidatas demócratas en veinticuatro estados, trabajó en la campaña de Carol Moseley Braun en 1992, y recordaba la caída de mujeres candidatas que se registró a partir de 1992. «Pensábamos que todo iba a cambiar —dice recordando la decepción que sintió cuando vio que no era así—. La diferencia entre entonces y ahora es que tenemos una infraestructura: EMILY’S List es más fuerte, Emerge está consiguiendo aumentar su estructura de apoyos, hay organizaciones estatales que ayudan a financiar a las candidatas... Y gran parte de lo que hemos visto durante todos estos años es que cuando las mujeres se meten en política, empiezan a atraer a otras mujeres».

[209] Dan Mangan, «Rep. Patrick Meehan of Pennsylvania Resigns After Sexual Harassment Case Forced End of Re-election Bid», CNBC.com, 27 de abril de 2018, <https://www.cnbc.com/2018/04/27/rep-patrick-meehan-of-pennsylvania-resigns-after-sexual-harassment-claim.html>.

[210] Natasha Bach, «This Woman Said Being Sexually Harassed by Trump Inspired Her to Enter Politics. Now She’s Won Her First Election», *Fortune*, 9 de mayo de 2018, <http://fortune.com/2018/05/09/rachel-crooks-trump-accuser-wins-ohioprimary/>.

[211] «She’s the Ticket», episodio 104: Jennifer Carroll Foy, Topic, <https://www.topic.com/she-s-the-ticket/she-s-the-ticket-episode-104>.

[212] Amanda Marcotte, «#MeToo Is Working: Now Data Shows Attitudes on Harassment Are Changing», *Salon*, 7 de diciembre de 2017, <https://www.salon.com/2017/12/07/metoo-is-working-new-data-shows-attitudes-on-harassment-are-changing/>.

Mis hermanas están aquí

Naturalmente el cambio, incluso el cambio político, no lo traen solo las mujeres que se presentan a las elecciones: viene también de las mujeres que participan en las campañas como voluntarias, interesándose, formándose, educándose, mujeres que se convierten en activistas por primera vez en su vida. Y en los años que han transcurrido desde que Donald Trump llegó a la presidencia, estas mujeres son legión. Un sondeo realizado por Pew en 2017 mostraba que casi seis de cada diez mujeres dijeron que a partir de 2016 su interés por la política había aumentado: una cuota superior a la de los hombres.

Esa «resistencia» espontánea que surgió como reacción a la administración de Donald Trump se constituyó y se construyó gracias al esfuerzo de las mujeres. Eran mujeres quienes dirigían las secciones locales de Indivisible — una de las mayores organizaciones que surgieron para hacer oposición a Trump y a los republicanos— en una proporción de dos a uno, según uno de los fundadores de Indivisible; más de tres cuartas partes de las personas suscritas a las listas de correo de Indivisible eran mujeres.[213] La periodista Charlotte Alter informó de que Planned Parenthood había dicho que su voluntariado, constituido mayoritariamente por mujeres, hizo más de doscientas mil llamadas telefónicas a miembros del Congreso y organizado más de 2.200 eventos en todo el país, oponiéndose a la revocación de la *Affordable Care Act* (conocida como Obamacare), y habían entregado más de un millón de peticiones a miembros del Congreso para que no dejaran de financiar los programas de salud reproductiva para las mujeres. Un sondeo de 2017 mostraba que el 86 por ciento de las personas que utilizaban los servicios de mensajería por teléfono móvil contra Trump eran mujeres. En una encuesta realizada a veintiocho mil personas que se habían puesto en contacto con el Congreso en 2017 para protestar contra la administración, Celinda Lake, que llevó a cabo el sondeo, detectó que el mismo porcentaje eran mujeres.

Sí, la política progresista había dependido históricamente, en buena medida,

del trabajo de las mujeres, muchas de ellas de color, que eran la base de las organizaciones políticas locales y estatales, las que hacían el trabajo duro. Pero lo que sucedió tras la derrota de Clinton, lo que creció gracias al movimiento #MeToo y la furia que generaron los tiroteos indiscriminados en lugares públicos, fue lo que activó a otra población, a un sector de durmientes: las mujeres blancas que viven en las afueras.

Yo ya me había reunido y conversado con algunas de ellas. Había ido a Georgia en junio de 2017, en el periodo previo a la campaña electoral especial de Jon Ossoff: aterrizar allí fue como entrar en el plató de rodaje de *Thelma & Louise*. Conocí a mujeres que acababan de despertar de pronto del sonambulismo político y estaban convencidas de que nada volvería a ser igual. «Algo se ha dado la vuelta dentro de mí y ya no hay marcha atrás», dice una de las heroínas de ese viejo testamento cinematográfico sobre los cambios alquímicos que desencadena la ira. Y en otra escena: «Me siento despierta. No recuerdo haberme sentido nunca tan despierta. Todo parece distinto».

«Cuando no estoy llamando a alguna puerta, estoy haciendo llamadas telefónicas; cuando no estoy haciendo llamadas telefónicas, estoy escribiendo postales; cuando no estoy escribiendo postales, estoy cambiando el cartel que hay en mi jardín», oí decir a una mujer en un restaurante de las afueras de Atlanta. Ella y otras como ella estaban empezando a utilizar ese lenguaje del despertar y la liberación con reminiscencias de otros tiempos.

«Yo he salido del armario —me dijo Ann White, una mujer de sesenta y cuatro años, logopeda retirada—. Ya está, estoy fuera. Y soy azul. Todo el mundo sabe ya que soy demócrata, que soy liberal. Y están un poco hartos, pero bueno. Yo no. Yo acabo de empezar». White, como tantas otras mujeres hasta entonces complacientes, había creído que Hillary Clinton podía vencer a Donald Trump, sencillamente. Al no ser así, dice White que sintió una transformación: «El filtro de la vulgaridad desapareció de mi boca», explica cuando recuerda que estaba hablando por teléfono con una amiga y comenzó a decir palabrotas como un marinero, dejando boquiabiertos a sus hijos adolescentes que «nunca me habían oído pronunciar aquellas palabras». Asistió a la Marcha de las Mujeres que se celebró en enero en Atlanta y dijo que «por primera vez desde las elecciones» se había sentido «empoderada». También se había dado cuenta de otra cosa: «Hay mucha gente como yo que no se va a quedar de brazos cruzados».

White se unió a un grupo llamado Liberal Moms of Roswell and Cobb Counties (Madres Liberales de los Condados de Roswell y Cobb). Lo cuenta casi llorando: «Mi eslogan favorito es: “No estás sola”, y ahí encontré a mi gente».

Este es uno de los papeles más importantes que desempeña la ira: es una forma de conectarse, un medio para que las mujeres se encuentren y se den cuenta de que sus luchas y frustraciones son comunes, que no están solas y que no están locas. Si se quedan calladas, se quedan aisladas. Pero si aúllan, llevadas por la ira, siempre las oye alguien que participa de su furia, y también comienza a aullar. Y esta es la razón por la que quienes oprimen a las mujeres se empeñan en acallar su ira.

Muchas mujeres me hablaron de cómo la violenta erupción de su propia rabia les había llevado a formar parte de una comunidad que no sabían que existía. «Yo nunca había puesto un cartel en mi jardín, porque no estaba segura de cómo caería si no era un cartel republicano», cuenta Cherish Burnham, de cuarenta y cuatro años, hablando de su vida como demócrata, y que creció en una zona republicana de las afueras. La mañana del 9 de noviembre, consumida por la desesperanza, se fue al colegio de sus hijos para trabajar como voluntaria en la clase de ciencias, y se encontró con otras dos madres que parecían tan desesperanzadas como ella. Tras unas cuantas preguntas de acercamiento, el trío vio que les unía el mismo malestar, y al salir del colegio se quedaron charlando durante una hora.

Ellas también.

Aquella expresión de ira primigenia y agónica que sintieron algunas mujeres tras el triunfo de Trump significaba que, por primera vez, hablaban entre sí — incluso las que habían sido vecinas durante años—, podían escuchar a las demás y ser escuchadas.

«Cada vez que veo un cartel de Ossoff siento que tengo una aliada», dice Tamara Brooking, de cincuenta y un años, que trabaja como documentalista de un escritor. Demócrata de toda la vida, votó por Bernie Sanders antes que por Clinton. Después de las elecciones dijo: «¡Joder! Estaba indignada. ¡Estaba cabreadísima!». Ahora que participa activamente en la organización del Partido Demócrata, dice: «Tengo la sensación de estar avanzando hacia un objetivo. Una vez que la ira y la depresión se disiparon, me sentí motivada».

Muchas mujeres pusieron en sus coches imanes con el logo de su grupo de

activistas. Si veían un imán como el suyo en un coche aparcado, lo giraban ciento ochenta grados en señal de saludo y comunión. «Es como decir: “Mis hermanas están aquí” —cuenta Jennifer Mosbacher, de cuarenta y cuatro años, que emplea ese lenguaje de la hermandad entre mujeres que evoca los años setenta o, incluso, ámbitos más activistas—. Ese sentimiento de camaradería en una zona donde con tanta frecuencia nos hemos sentido aisladas, desposeídas. Pero ahora podemos ir a la tienda de ultramarinos del barrio y sacar pecho... Sentir algo así como: “Genial, aquí hay otra”».

Todas estas mujeres hablaban de la política o de las demás con el fervor juvenil de quien encuentra nuevos amigos y nuevos amores. Muchas explicaban que se quedaban sin dormir, toda la noche en vela mirando Facebook o las listas de correo, leyendo artículos sobre políticas y escribiéndose mensajes.

Su ardor reproducía los recuerdos de la escritora feminista Vivian Gornick, que rememoraba los tiempos de la segunda ola feminista en un ensayo de 1990. Era una época en la que «todas las semanas había algún encuentro, del tipo que fuera, en el que la charla era pura euforia: no había ni una sola mujer en la sala cuya conversación no enganchase [...] Todas veíamos cómo nuestra vida interior iba quedando marcada por las palabras de las demás. Íbamos cambiando a ojos de las demás, nos íbamos tomando en serio nuestras propias ideas, nos convertíamos en otras, diferentes a las que habíamos sido».[214]

El lenguaje que se manejaba en Georgia se repetía en entrevistas con mujeres de todo el país. El *Washington Post* hablaba de cómo Kim Drew Wright, escritora de cuarenta y seis años y madre de tres hijos, había invitado a integrantes de Pantsuit Nation a tomar una copa con ella en un bar de su zona la semana que siguió a las elecciones de 2016: se presentaron noventa. Se había convertido en líder de mujeres liberales en un barrio periférico muy conservador, y había contribuido a impulsar la victoria demócrata en las elecciones de Virginia de 2017. «No habría hecho esto día tras día, el año pasado, si no me hubiera enfadado tanto con lo de Trump —dijo Wright al *Post*—. Una vez que abres los ojos y ves lo importantes que son las elecciones locales, es difícil regresar a las tinieblas y esconder la cabeza en la arena».[215] En otra publicación explicaba Wright: «La noche de las elecciones algo cambió dentro de mí: fue como un resorte. Lo he empezado a llamar el interruptor de “maldita sea yo si...”. Maldita sea yo si me vuelvo a quedar callada».

La enorme cantidad de tiempo que estas mujeres están dedicando a la organización política es abrumadora, sobre todo si se tiene en cuenta que son mujeres que trabajan a tiempo completo y tienen hijos. Como me dijo Mosbacher: «Mi negocio y mi familia se han resentido con todo esto que estamos haciendo: tengo la nevera vacía y a mi hija diciendo: “¿Cómo? ¿Que te vas *otra vez?*”».

«Yo le digo a la gente que no me importa una mierda —me cuenta Tamara Brooking—. Estoy harta. Ya vale de hacer como que esa retórica del odio está bien. Yo estoy harta de aceptar que gente como nosotras tenga que callarse para que ellos estén cómodos».

Vuelve a existir una disposición a incomodar, unas ganas de ponerlo todo patas arriba, de perturbar el equilibrio de hogares y sociedades que se construyeron en torno a aquel estado de complacencia y de silencio de antes. Y también en esto había otras cosas que nos recordaban la segunda ola: las sacudidas que provocó en la intimidad de las mujeres.

La escritora y catedrática Amy Butcher hablaría del peaje que había tenido ella que pagar en su ensayo «MIA: The Liberal Men We Love» (MIA: los hombres liberales a los que amamos), publicado en las semanas posteriores a la segunda Marcha de las Mujeres. «“Me frustra y hasta me avergüenza lo nerviosa que estás”, me decía mi novio, con el que llevaba tres años saliendo. No encontraba la forma de digerir mi rabia, la ira que me inspiraban Trump y los hombres y mujeres que le votaron. Le avergonzaba que yo encabezara un grupo de noventa estudiantes de mi modesta universidad, en Ohio, y las llevara a las calles de Washington junto a otro medio millón de mujeres estadounidenses. Y cuando regresé, deseando dormir pero con la sensación de haber hecho lo correcto, saciada en cierto modo, él se quedó de pie en el vestíbulo y me dijo que estaba impresionado. “Todas con vuestros sombreros de vagina... Todas con vuestros simbolitos de clítoris...”».[216] Butcher rompió con su novio.

Pero siguió escribiendo. Deseaba que los hombres que sentían que les habían dejado de lado con esta furia emergente pudieran entender lo que era aquello: aquella comunión con otras mujeres, las mujeres airadas que regresaban con ella de la marcha de Washington. «Esa noche me despertaron las luces traseras de mil automóviles: de coches, pero también de autobuses, miles de historias sobre ruedas. Íbamos dibujando el mapa de América,

recorriendo el camino de regreso a casa, y mientras atravesábamos el crepúsculo borroso de Virginia occidental —el corazón de América, de hecho, el corazón del país de Trump—, parecía que las luces de los porches se habían quedado encendidas esa noche solo para iluminar nuestro camino. Era increíble, de verdad, ver aquel río que éramos nosotras, de luces rojas parpadeando o frenando, cuando llegábamos a otra casa más, a dejar a otra compañera más».

La conexión que las mujeres percibían a través de la furia compartida era su hogar, su recompensa y su comunidad. Para algunas también era la constatación de su activismo, y las pérdidas que representaba —dinero, comodidades domésticas, relaciones construidas en otras circunstancias, basadas en anteriores expectativas de comportamiento— eran demasiado importantes como para retroceder.

«Conozco a cinco parejas que se divorciaron por esto —me contó Dawn Penich-Thacker en la primavera de 2018—. Y es porque ha cambiado en lo fundamental la forma en que nos vemos, como mujeres». Penich-Thacker, de treinta y ocho años, era profesora universitaria. Antes había trabajado en el Ejército, como funcionaria de asuntos públicos, en Tempe (Arizona). Tras la victoria de Trump, sintió el impulso de implicarse en temas cívicos, y lideró una petición para invalidar un programa general de cupones en Arizona y colaboró en la huelga de profesores que tuvo lugar allí en 2018.

Había votado a los demócratas, pero nunca había sido activista. Se unió a Pantsuit Nation durante la carrera presidencial. Tras la derrota de Clinton, un grupo de integrantes de Pantsuit Nation hablaron de desvirtualizar el grupo, convertirlo en una organización activista en la que participara la gente. Formaron entonces Stronger Together Arizona. En diciembre de 2016 convocaron una reunión a escala estatal. «Vinieron ochocientas personas, mujeres en su mayoría —recuerda Penich-Thacker—. Fue una sorpresa para los organizadores; en el museo que habíamos contratado para celebrar el encuentro no cabía tanta gente». Durante la reunión los asistentes se dividieron en función de sus intereses políticos, y Penich-Thacker se dirigió a un grupo que charlaba sobre educación. Comenzaron las idas y venidas a la sede del Gobierno para protestar contra los cambios que se estaban planeando para la financiación de los colegios. Cuando la sede del Gobierno estatal aprobó una ley para privatizar la educación: una misión para ampliar la concesión de cupones a centros de enseñanza privados encabezada por la

secretaria de Educación de Trump, Betsy DeVos, Penich-Thacker y otras cinco mujeres, todas madres de distintas edades que llevaban tiempo viéndose, se reunieron y se preguntaron qué hacían. Se dieron cuenta de que el Gobierno estatal contemplaba que se llevara a cabo un referéndum. Si recogían suficientes firmas, podían bloquear la ley.

«Contábamos con la bendición de la ignorancia —decía Penich-Thacker, destacando que no tenían ni idea de lo poco probable que era que logran recoger más de 75.000 firmas en noventa días—. No teníamos un céntimo, literalmente. Y éramos seis personas. Pero sabíamos bien que había muchas personas cabreadísimas: querían que las mujeres nos quedáramos con las migajas de todo. Un 90 por ciento de ellas habían venido a través de Stronger Together, Facebook e Indivisible». Recogieron más de 110.000 firmas y consiguieron que la ley no se aprobara. Fue demandado judicialmente por organizaciones vinculadas a DeVos y a los hermanos Koch, pero el grupo no cedió: ganaron el juicio en los tribunales. «Conseguimos que la educación ocupara los titulares y nuestra red no paraba de crecer. Ahora tenemos alrededor de cinco mil voluntarios». Cuando los profesores fueron a la huelga en Virginia occidental y Oklahoma, las bases que impulsaron esa huelga habían estado en contacto con los voluntarios de Penich-Thacker, haciendo circular las demandas originales. En mayo, los profesores de Arizona lograron un aumento de sueldo del 19 por ciento.

Penich-Thacker me dijo que, la noche anterior a nuestra conversación, le había dicho a su marido: «Mentiría si dijera que veo el fin de todo esto. Esto no va a terminar en noviembre. No va a terminar el año que viene, porque nadie quiere que las cosas cambien de la noche a la mañana». Dice que cuando ella y sus cinco colegas conspiradoras, las que iniciaron todo, empezaron a trabajar juntas, creyó que iban a pelear un tiempo, bloquearían la ley con la que no estaban de acuerdo y fin de la historia. «Pero ahora está claro para todas nosotras que hay muchas razones por las que queda tanto por hacer..., mucho más que bloquear una ley. —Hizo una pausa y añadió—: Aunque también creo que nos encanta hacerlo: en muchos aspectos nos llena la vida».

Y dice que aquellos peajes eran reales: en la vida conyugal, de pareja, doméstica. Pero también que las relaciones que estableció con sus compañeras activistas «son mucho más profundas que cualquier otra que yo haya tenido. Estas mujeres son mis compañeras de fatigas en el movimiento.

No puedo imaginar una vida sin todo esto, aunque haya hecho estragos en mi vida». Penich-Thacker dijo que una parte de la intensidad de ese vínculo sigue viva, como si fueran las réplicas del terremoto de su transformación personal. «Hay un vínculo en la visión política común, un vínculo en el trabajo que hacemos juntas: nos ponemos a hacer algo, lo logramos, nos sentimos bien. Pero también hay un vínculo espiritual y emocional que nos lleva a pensar: “Mi pareja está hecha polvo” o “Lo estoy pasando mal en el trabajo”. Y nos tenemos unas a otras para contárnoslo».

«Nos encontramos en un momento gozoso —escribió Gornick en 1990 pensando en los setenta— cuando un número suficiente de personas se sienten motivadas con la explicación social de cómo han tomado forma sus vidas, cuando se reúnen en el mismo lugar al mismo tiempo hablando el mismo idioma y haciendo el mismo análisis. Luego siguen reuniéndose en restaurantes, salas de conferencias y apartamentos. [...] Es el gozo de la política revolucionaria, y era el nuestro. Ser feminista en la ciudad de Nueva York a principios de los setenta..., era la gloria estar viva en aquel momento en el que todo despertaba. No había un “te quiero” en todo el mundo que se asemejara a ese gozo. Y no había otro lugar: teníamos que estar unas con otras. Y entonces lo vivimos todas abrazadas en el feminismo, y fue como si nos hubieran liberado del encierro que supone toda una vida en silencio».[217]

Cuando una mujer de treinta y tantos años toma conciencia de todo esto, me dijo Penich-Thacker, «creo que muchos hombres piensan: “No eras así cuando te conocí”. Muy bien. Pues ahora lo soy, y lo voy a seguir siendo, hasta donde me llega la vista».

«Yo creo que este es el comienzo de una nueva ola del feminismo —me dijo Mosbacher—. Y espero que cuando mi hija de nueve años llegue a la universidad lea en los libros cómo fue este movimiento y cómo cambió el rumbo de este país».

Muchas de las activistas de nuevo cuño, al describir su anterior hastío, su aislamiento y el subsiguiente renacer en el seno de la hermandad con otras mujeres, hablaban como si estuvieran inmersas en los tímidos comienzos de un movimiento de mujeres: me recordaban el primer párrafo de *La mística de la feminidad*, de Betty Friedan, donde habla de «una sensación extraña» de «insatisfacción y anhelo» a los que se enfrentaba «toda esposa que viviera en las afueras, en soledad».

Stacey Abrams, que era entonces líder de minorías en el Congreso y que en 2018 ganó unas primarias y se convirtió en la primera mujer negra que ocupaba un cargo político por designación, me dijo que las mujeres «entienden que esto tiene que ser el principio de algo... Porque por primera vez han visto cuáles son las consecuencias reales de la inacción. Así que ahí tenemos un montón de mujeres que están despertando, viendo que no se pueden permitir el lujo de volverse a dormir».

Sabía también que «entre las mujeres afroamericanas ha habido siempre una coherencia de acción que es la que ha permitido a nuestras comunidades acercarse cada vez más al poder. Lo que estáis viendo ahora en las poblaciones de las afueras es una nueva versión de aquello».

Pero para algunos, estas repeticiones de la historia eran intolerables.

Aditi Juneja dijo que había trabajado con mujeres blancas que acababan de incorporarse al activismo durante todo el verano de 2017, y que «muchas de ellas no se daban cuenta de que no son nuevas en realidad, ni como activistas ni como organizadoras». Cuenta que cuando se dirigía a ellas siempre tenía que ponerles ejemplos: «Black Lives Matter tiene que ver con esto; los Dreamers tienen que ver con esto. Intento hacer referencia a esas otras organizaciones, lideradas por gente de color, para hacerles ver que no son las primeras mujeres que hacen algo así».

Juneja se dio cuenta de que las activistas blancas están muy preocupadas por las normas. «Hacían preguntas que jamás oí en las organizaciones de mujeres de color, como: “¿Necesitaremos permisos para pedir activamente el voto?”. Su mente está dominada por la jerarquía, por la normativa, de una manera que jamás he visto en la gente de color». Según ella, una de las razones por las que el formato de reunión en los ayuntamientos había tenido tanto éxito fue precisamente porque «la gente de raza blanca, incluso las mujeres, tienen fe en que si expresan su opinión ante sus representantes serán escuchadas, tendrán influencia, tendrán una voz política ante la que reaccionarán los políticos». La gente de color, negros o mulatos, dice Juneja, sabe que tiene representantes y sabe cómo funcionan las instituciones gubernamentales, «pero no tienen fe alguna en los políticos, no creen que perciban un coste político en decepcionar a un negro o a un mulato. Sin embargo, estas mujeres creen que si te pones a hacer llamadas de teléfono y te diriges al ayuntamiento vas a conseguir algo, porque a ellos les importa lo que tienes que decir».

Había otras formas de sesgo estructural en el que se apoyaban ciertos sectores del activismo: la inmensa mayoría de las mujeres que aparcaban sus vidas para trabajar en campañas o dedicarse a algún tema político —ofreciendo, en ocasiones, las ideas más innovadoras y una manera de pensar nueva sobre cómo llegar a los miembros de sus comunidades mientras intentan compaginar la crianza de los hijos con un trabajo a jornada completa— lo hacían como voluntarias, mientras gran parte de los consultores de los partidos, que percibían una importante remuneración por su actividad, eran hombres.

Jessica Morales se dio cuenta de que los grupos de resistencia que surgieron a finales de 2016 y a lo largo de 2017, muchos de ellos liderados y organizados por mujeres, estaban operando al mismo nivel de una serie de «líderes de opinión» muy bien remunerados «que afirmaban, de un modo u otro: “¿Sabéis lo que tenemos que hacer? Centrarnos en los varones blancos”». Para las activistas a las que esta situación les hacía retroceder, el mensaje que intentaban enviarles, según Morales, estaba claro: «No entendéis la ecuación. No estáis siendo técnicas. Os dejáis llevar por la emoción». Y la reacción de Morales fue: «¡Anda y que os den!».

Morales cree que los profesionales de la política estaban menospreciando el impacto de los grupos de resistencia en parte porque suelen estar liderados y compuestos por mujeres. «No ven ni entienden cuál es la incidencia de esas organizaciones —dijo—. Pero, no ha habido ninguna organización antes de esta que pudiera canalizar millones de llamadas en un día. Así de sencillo. Y eso es lo que está pasando ahora».

De todos modos, la historia se repite: la historia de la desigualdad, los patrones jerárquicos y la marginalización interna. Y la historia no se puede acabar ahí, porque las mujeres airadas tienen que avanzar. De modo que las tareas de activistas, candidatas y participantes en las luchas de la era Trump tienen que encontrar un lugar donde se produzca de verdad ese avance tan esperado.

«Lo que nos preguntamos ahora, en este movimiento de resistencia —dice Juneja—, es si las mujeres blancas van a utilizar su influencia para defender sus propios intereses o si van a emplearla para transformar en profundidad un sistema y que todas podamos tener más poder. Para que este movimiento sea sostenible, una vez que empiezas a trabajar hombro con hombro con alguien

que no es exactamente como tú, tienes que ver hasta qué punto están conectados vuestros intereses. ¿Se dan cuenta esas mujeres de que tienen que luchar por ellas y por sus compañeras? Porque la nuestra es una liberación con conexiones internas, y eso no es un meme que voy a retuitear: es una realidad».

La conexión de reivindicaciones no era un concepto nuevo: así fue como empezaron su andadura los movimientos por el sufragio y por la abolición de la esclavitud, así condujo el sufragio a otros movimientos, como el de los trabajadores o el de las casas (Settlement), y así fue como la lucha por los derechos civiles y la nueva izquierda —debido en parte a sus defectos sexistas y en parte al enfoque que daban a la desigualdad estructural y a la liberación — hicieron surgir a las mujeres que liderarían la segunda ola.

La idea de que la ira ante la injusticia es contagiosa y transferible a otros contextos siempre ha sido un principio de progreso. Como escribió la experta en educación Dana Goldstein en el *New York Times* en referencia a la oleada de huelgas de profesores que tuvieron lugar en 2018, «el trasfondo político de la huelga ha ido cambiando con el tiempo, pero en cada generación ha habido unos líderes que han establecido lazos con otros movimientos sociales». Y apuntaba que Margaret Haley, líder de la Federación de Maestros de Chicago en el siglo XIX, «se había inspirado en Susan B. Anthony y otras sufragistas», mientras «muchos de los líderes sindicalistas que lideraron la huelga de maestros más famosa del país, la que tuvo lugar en la ciudad de Nueva York en 1968, habían sido antes activistas del movimiento por los derechos civiles». La huelga de Chicago moderna, que duró siete días —escribió Goldstein—, se produjo tras la aparición del movimiento Occupy Wall Street. Y en 2018 los profesores de Virginia occidental dijeron que habían llegado al activismo a través de «movimientos como la Marcha de las Mujeres, de 2017, el movimiento #MeToo o Black Lives Matter», un sentimiento que reprodujo una huelguista de Virginia que dijo a la periodista Michelle Goldberg, del *Times*, que la Marcha de las Mujeres «además de propiciar la explosión de focos locales de organización política, había servido de catalizador para ella y para otros huelguistas».

Jessica Morales creía que siempre se pueden establecer conexiones entre personas que nunca las han tenido. Contó la historia de una mujer que se puso en contacto con ella por mensaje directo de Twitter: estaba intentando organizar una protesta en las redes sociales para oponerse al veto a la

inmigración de Trump. «Era una maestra de San Luis, encantadora, que me escribió y me dijo: “Yo nunca he comenzado una protesta, pero estoy dispuesta a ir al aeropuerto. Puedo salir ahora mismo. Quiero hacer esto, de verdad. Siento que me mueve una pasión..., pero no sé protestar”».

Morales le envió una lista de cosas que tenía que hacer: «Coge el coche, ve a buscar a tus amistades, llévate a todas las que puedas. Si tienes posibilidad, haz pancartas; cuando lleguéis allí, cantad, elegid un lema: aquí tenéis ejemplos; no os marchéis: os dirán que os tenéis que marchar, pero no lo hagáis; cread un evento de Facebook, yo lo promocionaré. Y ya está lista la protesta». La mujer creó el evento en Facebook. Cientos de personas se acercaron al aeropuerto de San Luis, igual que a otros aeropuertos de todo el país. Eran decenas, quizá centenares, de miles de personas.

«No creo que esa mujer conociera a muchos inmigrantes —dijo Morales meses después—. Pero es una muestra de que estamos aprendiendo y significa que ella sabía que, desde el punto de vista moral, aquello no era correcto. Y eso es bueno. Con eso podemos avanzar».

En 2018 la generación emergente de activistas parecía estar asumiendo estos mensajes con más rapidez que la de sus madres y padres.

La Marcha por Nuestras Vidas, celebrada en marzo de 2018 y organizada por los estudiantes del instituto de Parkland, Florida, tras el tiroteo que tuvo lugar en su escuela, fue un modelo de ira interconectada. Aunque oficialmente se trataba de una protesta contra la violencia armada y la influencia que la Asociación Nacional del Rifle ejerce en la política estadounidense, sus portavoces parecían verlo todo como un único problema: «Tenemos que dar a nuestros profesores el dinero que necesitan para sacar adelante a sus familias y a sí mismos, esas son las armas que necesitan», dijo un portavoz, mientras Naomi Wadler, de once años, pronunciaba los nombres, tan a menudo olvidados, de las muchachas afroamericanas «cuyas historias no suelen aparecer en la primera plana de los periódicos».

La protesta no parecía tener ninguna grieta: sus preocupaciones eran compartidas por muchos grupos distintos. Las pancartas contra la violencia y las armas protestaban por lo profundas que son las raíces del patriarcado blanco en la crisis de los tiroteos; se leían carteles que decían: «Los hombres blancos están aterrados (¡sarcasmo!)» o «Tu pistola tiene más derechos que mi vagina» y «Vivimos en un país donde las pistolas importan más que las

vidas de las mujeres negras». Se oía repetir un lema: «Lucho por la paz, el amor y los derechos de las mujeres». Una joven, nerviosa por tener que hablar ante millones de personas, se inclinó en mitad de su discurso y vomitó mientras otros portavoces lloraban y moqueaban; fue impresionante ver cómo quedaban expuestas así las vísceras de las mujeres, sin vergüenza, sin pedir disculpas. Era su propio testamento, un grito a la furia y a la voluntad de cambio.

Esa marcha recordaba el impulso explosivo que encerraba una declaración escrita en 1917 por una sufragista, Lavinia Dock, que se tituló «The Young Are At the Gates» (La juventud ya está a las puertas), una frase que se convertiría en lema del Partido Nacional de las Mujeres en la lucha por el sufragio.

«¿Cuál es la fuerza del espíritu de la juventud? —preguntaba Dock—. ¿No es la de revolverse y rebelarse contra todo lo inútil, lo entumecido, lo sinsentido? Y sobre todo, contra la injusticia, ¿que no es acaso lo más estúpido de todo? Esto es lo que me viene a la cabeza cuando contemplo ese campo que es la campaña por el sufragio y miro los piquetes en la Casa Blanca y el Capitolio, donde se sientan los hombres a disfrutar, complacientes, de los derechos que ellos tienen y se les niegan a las mujeres, que están a las puertas. Un error fatal, una lucha perdida. Esas viejas mentes inflexibles tienen que abrimos paso. Esas mentes egoístas tienen que marcharse de ahí. Los reaccionarios que obstruyen nuestro camino tienen que apartarse. ¡La juventud ya está a las puertas!».

En 2018 eran ambos, los jóvenes en sentido literal y los que lo eran en el metafórico, los que voceaban su voluntad de mostrar su ira, los que estaban a las puertas, desafiando a los hombres que se sientan a disfrutar, complacientes, de los derechos que ellos tienen y a otros les niegan.

Ann White, la mujer de sesenta y cuatro años que vivía en una barriada de las afueras de Georgia y que acababa de despojarse de su caparazón de apatía política, me dijo que sentía la responsabilidad de tomar posiciones, ya no por ella, sino «por la gente de color, por aquellos que no pueden permitirse pagar un seguro médico, por las lesbianas, los gais, los transgénero, los inmigrantes. Yo soy una mujer blanca y vieja, pero hay muchas cosas que pueden hacer personas como yo, blancas y viejas, en el lado republicano y ahora mismo. Así que sí: soy una mujer blanca y vieja, y también puedo ser vocal».

El día que Trump pronunció su primer discurso sobre el Estado de la Unión, Jessica Morales me escribió muy emocionada por la respuesta que había tenido un evento convocado por la Alianza Nacional de Empleadas Domésticas al que asistirían, juntos, líderes de movimientos como la propia Alianza (Ai-Jen Poo), de Black Lives Matter (Alicia Garza), Planned Parenthood (Cecile Richards), la congresista Barbara Lee, Pramila Jayapal, Tarana Burke y Mónica Ramirez, de la Alianza Nacional de Mujeres Laboradoras, todos ellos movimientos solidarios con las actrices del #MeToo, que se reunían para mostrar su reacción al discurso del presidente.

«Es una sensación tan poderosa... Me recuerda que al otro lado de la ira está la esperanza —me escribió Morales—. No nos enfadaríamos si no creyéramos que todo puede mejorar».

Y si mejora, será en parte por la disposición de las mujeres, por su necesidad de sentir esa ira y su capacidad para sentirla y para mostrársela al mundo. Y en ese caso ya no estaríamos viviendo una tendencia, ni una moda, ni una caza de brujas, sino una insurrección. Una revolución justa, liderada por mujeres airadas.

[213] Ezra Levin (@ezralevin): «Este artículo de @CharlotteAlter da en el clavo. Las mujeres dirigen secciones de Indivisible en una proporción de dos a uno o más», Twitter, 29 de julio de 2017, 17:33 horas, <https://twitter.com/ezralevin/status/891456596647268352>.

[214] Vivian Gornick, «Who Says We Haven't Made a Revolution?; A Feminist Takes Stock», *New York Times*, 15 de abril de 1990, <https://www.nytimes.com/1990/04/15/magazine/who-says-we-haven-t-made-a-revolution-a-feminist-takes-stock.html>.

[215] Paul Schwartzman, «Why a Historically Conservative County in Virginia Is Making National Republicans Nervous», *Washington Post*, 25 de noviembre de 2017, https://www.washingtonpost.com/local/virginia-politics/why-a-historically-conservative-county-in-virginia-is-making-national-republicans-nervous/2017/11/25/654a90f4-cbbb-11e7-8321-481fd63f174d_story.html?utm_term=.1b85f835d3da.

[216] Amy Butcher, «MIA: The Liberal Men We Love», Literary Hub, 27 de febrero de 2018, <https://lithub.com/mia-the-liberal-men-we-love/>.

[217] Vivian Gornick, «Who Says We Haven't Made a Revolution?; A Feminist Takes Stock», *New York Times*, 15 de abril de 1990, <https://www.nytimes.com/1990/04/15/magazine/who-says-we-haven-t-made-a-revolution-a-feminist-takes-stock.html>.

CONCLUSIÓN

Los hombres no tienen ni la más remota idea de cómo reconocer de una manera legítima nuestra ira, ni de cómo llamarla. En gran medida porque tampoco nosotras la tenemos. Este territorio es nuevo para todos. La rabia de las mujeres se ha sublimado tanto, durante tanto tiempo, que no existen referencias para valorar lo que sucede cuando aflora a la superficie.

SARA ROBINSONS

Conocí a la activista Amanda Litman, quince años más joven que yo, cuando estudiaba en la universidad. Estaba escribiendo una tesis sobre mujeres en política bajo la dirección de un profesor al que yo quería mucho, y me tomó como referente por un libro que había escrito sobre las elecciones presidenciales de 2008. Para mí fue una alegría tremenda, en los meses anteriores al comienzo de este libro, ver sus palabras impresas en la revista *Women's Health*: y me di cuenta de que ella se había convertido en referente para mí.

En un ensayo sobre lo mucho que le habían entristecido las elecciones de 2016, en las que había sido miembro de la campaña de Hillary Clinton, contaba cómo había seguido adelante: fundó Run for Something, una de las organizaciones políticas de reciente aparición con más éxito de todo el país.

«La ira que siento es mi taza de café de por la mañana. Me saca de la cama y me mantiene centrada, me permite hacer lo único que me da tranquilidad y ser yo misma. Cada memorándum que escribo, cada donante con el que me cito, cada periodista con el que hablo, cada conversación que mantengo siguen una estrategia, pero el combustible es la furia que siento por mi país, contra los hombres peligrosos, por mi partido y hasta por una democracia a la que venero, pero que me dejó tirada».

Cuando leí estas palabras de Litman por primera vez, yo ya estaba pensando en este libro, que decidí escribir en los meses posteriores a las elecciones, pero que había planeado ir anotando poco a poco, como una especie de crónica que reflejara la evolución de la rabia de las mujeres en la era Trump. En el otoño de 2017, cuando el fuego incontrolado de la furia femenina comenzó a extenderse, quedó claro que tendría que darme prisa si quería captar esa rebelión antes de que el paso del tiempo suavizara y borrara sus contornos, nítidos y bien delineados. Y así escribí estas páginas, a lo largo de cuatro meses.

Digo esto porque cuando las estaba terminando, me di cuenta de que esos cuatro meses —que fueron además, en lo profesional, tremendamente estresantes— habían constituido uno de los periodos más sanos, desde el punto de vista físico, de mi etapa adulta. Y es que me puse enferma del pánico que me inspiraba cuanto me rodeaba, lo que había arrasado la administración Trump, los peligros de la democracia y el daño que se estaba haciendo a la gente. Sí. Me puse enferma y estaba aterrada.

Pero mientras vertía parte de ese miedo —y toda mi ira— en este proyecto, me di cuenta de que había empezado a dormir bien por la noche, profundamente, y tenía más ganas que nunca de hacer ejercicio. Mi apetito era equilibrado. Me comunicaba bien con la gente a la que quería y disfrutaba del sexo. Y desde luego, todo esto no eran efectos de la escritura: a fin de cuentas, eso era algo que ya había hecho en dos ocasiones, con fechas de entrega menos exigentes, y no me había parecido que el proceso fuera saludable. Más bien al contrario. Pero cuando leí cómo describía Litman su propia experiencia, vi que pasar tantos días y sus noches inmersa en la ira — la mía y la de las demás— me había hecho un bien innegable.

Todo lo que siempre me habían dicho sobre los efectos perniciosos que tiene la ira en el cuerpo humano, cosas que yo había creído que eran ciertas hasta que empecé el libro, mientras acometía su introducción, cuatro meses atrás, parecían desmontarse. Sí, según había escrito en un borrador de principios de febrero, quería reclamar el valor de la ira de las mujeres y ahondar en él. Pero también entendía el valor de las otras dimensiones, las perjudiciales, las que siempre me habían impuesto mis fuentes, mi cultura, y que yo había aceptado como verdad incuestionable. Lo que escribí cuando comencé el libro fue que aunque la ira puede ser útil desde el punto de vista político, catártica, emocionante e indispensable en el plano comunicativo, sabía que en gran medida también era mala para mí: venenosa, corrosiva.

En junio ya había dejado de creer que era nociva. De hecho, una y otra vez regresaba a una declaración de Elizabeth Cady Stanton, de casi dos siglos de antigüedad, que decía que si las mujeres se dejaban llevar más libremente por el vituperio, gozarían de diez veces más salud. «A mí me parece que sufren de represión», dijo Stanton.

Pero mi capacidad para liberar la ira no fue lo único que había disparado mi bienestar. También había contribuido la capacidad de tomar en serio la ira de otras mujeres, el hecho de que me hubiera visto obligada —animada— a examinar seriamente esas emociones que a lo largo de nuestras vidas se nos dice que tenemos que evitar, o apartarnos de ellas, o reírnos de ellas. Escribir este libro me permitió mirarlas a los ojos, pensar en ellas y considerar qué valor hemos de atribuirles a la hora de construir el país.

Confieso que ahora sospecho prácticamente de cualquier intento de marcar la ira como algo insano, me da igual lo bienintencionada o lo persuasiva que

sea la fuente. Creo que Stanton tenía razón: lo que es malo para las mujeres, cuando hablamos de ira, son esos mensajes que nos instan a mantenerla embotellada, a dejar que se encone, a mantenerla en silencio, avergonzarnos o aislarnos porque la sentimos, o canalizarla de modo que culmine en decisiones erróneas. Lo que es bueno para nosotras es abrir la boca y dejarla salir, permitírnos sentirla y decirlo, pensar en ella y actuar con ella e integrarla en nuestras vidas del mismo modo que integramos el gozo y la tristeza y la preocupación y el optimismo.

Se me había dado una oportunidad: la oportunidad —el incentivo— de explorar las dimensiones de mi propia ira y de la de otras mujeres, y de sentir curiosidad y respeto por ella. Y era estupendo. Yo me sentía estupendamente. En mi intento de dar voz a la furia y apreciarla había encontrado alivio, liberación, inspiración y euforia.

Pero también era consciente de que mi experiencia era inusual, que no podía convertirse en un consejo válido para todo el mundo. Así que, aunque podría animar a gritar a cualquiera que se sienta bien haciéndolo —o a chillar, a decir palabrotas, a escribir todo esto, llamar a un amigo y no reprimirse de sentir cada uno su propia ira—, no encontrarán aquí una exhortación a ceder a ella como yo he cedido a la mía.

Porque yo no pagaba ningún peaje por expresar mi ira. De hecho, me estaban pagando a mí por hacerlo: era mi trabajo, mi tarea era hacer que las mujeres se tomaran en serio su ira. Mis editores, jefes, amigos..., todos hablaban de este proyecto y de la furia que contribuiría a sacar a la luz. En serio. Fue glorioso. Pero no necesariamente aplicable a todo el mundo.

Sugerir a otras mujeres que se limitaran a dejarla salir, canalizar su furia y gritarla al mundo sería repetir una larga historia de interpretaciones feministas, bienintencionadas, idealistas pero definitivamente poco prácticas: animar a las mujeres, individualmente, a trabajar en unos sistemas que no se han construido ni para que ellas encajen ni para reconocerlas. Yo no podía decir a las mujeres que expresaran su ira como yo lo había hecho y no reconocer que en el mundo real esta ira podía causarles un despido, dejarles sin un aumento de sueldo o un ascenso, granjearles un castigo o un trato violento. Vivimos en un mundo en el que una mujer negra que se enfada porque le han hecho parar su coche sin razón alguna se arriesga a que la detengan, y una mujer que se enfada porque la han detenido se arriesga a que

la maten. Un mundo en que las mujeres jóvenes mueren abatidas por un disparo o bajo las ruedas de un coche porque ellas u otras mujeres se han resistido a los avances de un hombre.

Habiendo vivido esta experiencia, privilegiada y poco habitual, de ver cómo mi ira se toma en serio y se valora por sus méritos, ya no creo que sea la ira lo que nos perjudica, sino más bien un sistema que nos penaliza por expresarla, que no la respeta ni la escucha, que no siente curiosidad por ella, que se burla de ella o la ignora. Eso es lo que nos pone enfermas; eso es lo que nos vuelve locas, lo que nos hace sentir solas. Eso es lo que nos hace rechinar los dientes por la noche.

De modo que no son las mujeres (o no son solo las mujeres) las que tienen que modificar su conducta, sino el sistema que se ha construido para aplastar nuestra ira y, por lo tanto, nuestro poder: se ha diseñado así. Y nosotras podemos cambiarlo protestando, asistiendo a marchas, haciendo llamadas telefónicas y enviando postales; donando dinero y llamando a las puertas para que la gente vote, o presentándonos como candidatas y exponiendo nuestras exigencias a nuestro Gobierno y en nuestro lugar de trabajo, por nosotras mismas y en nombre de todas aquellas que están furiosas con más razón que nosotras y que tienen menos posibilidades de hacer uso de su ira —y lograr que tenga algún efecto— que nosotras.

Pero hay algo más inmediato que podemos hacer: podemos cambiarlo todo haciendo lo que el mundo no hace: reconociendo, prestando atención, respetando la ira de otras mujeres y no teniéndole miedo. Tenemos que buscarla, encontrarla, preguntar a las mujeres por qué la sienten y escucharlas cuando nos lo digan. Si tú eres parte de lo que enfada a esas mujeres, acéptalo y reconoce la forma en que sus frustraciones reflejan las tuyas, aunque ello produzca, a la vez, una refracción.

Pensemos que a los hombres blancos del Rust Belt, en el centro del país, rara vez les dice alguien que su ira es mala para ellos. Al contrario: todos entendemos que lo que es malo para ellos son las condiciones que provocan su frustración: la pérdida de sus puestos de trabajo y su autoestima, la imposibilidad de encontrar planes de atención sanitaria o guarderías asequibles, o el azote de las drogas. Entendemos que su ira tiene que ser constructiva para la política, porque nos muestra los problemas que hemos de abordar. Pues cualquiera de nosotros, en los medios de comunicación, en la

política o en nuestra vida personal, puede hacer algo: puede tratar la ira de las mujeres igual que tratamos la de los varones blancos. Y eso también supone que estamos teniendo en cuenta su potencial: hemos entendido que la furia de las mujeres contemporáneas ante la desigualdad, el sexismo, el racismo y la falta de representación está hecha del mismo material que la ira de Thomas Paine, y que las demandas que genera pueden resultar transformadoras exactamente de la misma forma. La ira dio a luz a esta nación, la ira con las desigualdades que se gestaron en ella, las estructuras contra las que están luchando ahora mismo la mayor parte de sus habitantes.

Pensemos en lo que Catharine MacKinnon escribió en febrero de 2018, cuando afirmaba que el #MeToo había hecho posibles unos avances que no se habían conseguido en décadas de reformas legislativas: «Es [el] levantamiento de los que nunca se han tenido en cuenta [...] lo que está cambiando todo [...] este movimiento está desplazando las placas tectónicas de la jerarquía de géneros».

Naturalmente, no debemos subestimar la resistencia a cualquier cambio de lo que puede describirse, dentro de lo razonable, como «desplazamiento de una placa tectónica». El deseo de aplastar cualquier manifestación de furia social que resulte rompedora siempre es intenso. Por eso la rabia ha de ser más intensa aún, para poder resistir el tirón de la apatía y la censura de los poderosos.

Martin Luther King lo entendió, como todo el mundo, y es lo que le hizo insistir, en su famoso discurso, en que «el sofocante verano del legítimo descontento de los negros no terminará mientras no llegue el otoño vivificador de la libertad y la igualdad. Mil novecientos sesenta y tres no es un final, sino un comienzo. Y aquellos que crean que los negros tienen que dejar salir el vapor y entonces ya estarán satisfechos, no van a tener un despertar apacible si este país vuelve a su quehacer acostumbrado. [...] Porque el torbellino de las revueltas seguirá haciendo temblar los cimientos de nuestro país hasta que llegue el día claro en que emerja la justicia».

Lo que King exigía es lo que tenemos que exigir nosotros: que esto no se considere una tormenta de verano, una aberración, una moda o un periodo de histeria que pasará cuando nos hagan caso. Tenemos que insistir en nuestro descontento, no permitir que nadie lo ahogue ni que nos pongan en el último puesto de la fila, como si nada. Tenemos que resurgir, ya al otro lado, cuando

hayamos logrado una victoria sustancial: un cambio en la ley, en la política, en la representación, el poder; una remodelación de las normas no solo para propiciar la igualdad —ya sea por la justicia penal, las reformas medioambientales, la ampliación de la justicia reproductiva y de los derechos de los trabajadores o el fortalecimiento de la red de seguridad social—, sino para que cambien las actitudes que han perpetuado las desigualdades y han permitido que se codifiquen una y otra vez.

Durante 2017 y 2018, me preguntaron muchas veces si la Marcha de las Mujeres o el #MeToo o el empeño de tantas mujeres por presentarse como candidatas a cargos políticos marcaban un momento o eran parte de un movimiento. Lo que querían saber quienes preguntaban era, en cierto modo, si todos aquellos esfuerzos, aquellos sentimientos tan complicados, el miedo, el dolor y el riesgo, eran por algo grande, importante, a largo plazo.

Pero la pregunta y la respuesta que se le puede dar (sí o no) no están alineadas. Porque los movimientos están hechos de momentos, se prolongan durante muchos meses, años, décadas. Se convierten en algo que se reconoce como un movimiento —es decir, empiezan a verse como algo continuo, cohesionado, coherente— una vez que han establecido una diferencia sustancial. Entre el asesinato de Emmett Till y la aprobación de la Ley de Derechos Civiles transcurrieron nueve años. Pasaron más de ochenta entre la primera reunión de abolicionistas y sufragistas, en la década de 1830, y la aprobación de la Decimonovena Enmienda, y más de ciento treinta hasta la aprobación de la Ley de Derecho al Voto. Y esa ley ha sido destripada recientemente por el Tribunal Supremo, un organismo que en 2018 defendía el derecho de los estados a purgar los censos electorales centrándose, de un modo desproporcionado, en los votantes que pertenecían a una minoría. Eso significa que el movimiento por el sufragio universal y sin restricciones en los Estados Unidos sigue en marcha, dos siglos después. Es fácil que esto le desmoralice a uno, pero es mejor que le inspire: saber que si hoy resistimos y disentimos estamos desempeñando nuestro papel en una historia que tiene raíces antiguas, justas y orgullosas.

No va a aparecer un *deus ex machina* anunciando a los que esperan un cambio revolucionario en los Estados Unidos o en todo el mundo, que el proyecto en el que estamos inmersos es un movimiento. Nadie puede prometer que nuestros esfuerzos contribuirán a reconfigurar nuestro paisaje y nuestro futuro. Esa carga va sobre los que queremos desesperadamente que

eso suceda. Nosotros somos los que determinamos si el mundo va a cambiar o no.

La tarea —sobre todo para los que acaban de despertar, los que acaban de enfadarse, las mujeres blancas, para quienes los incentivos de renunciar a su rabia pueden ser mayores en los años venideros— es seguir avanzando, no retroceder, no optar por el camino fácil, ese en el que no nos enfadamos en ningún momento, en el que aceptamos la comodidad de las ventajas raciales y económicas que se ofrecerán siempre a quienes no desafían al poder. Nuestra tarea es seguir enfadadas. Quizá, durante mucho tiempo.

«Seguramente pasarán años —dijo Emma González a los periodistas en 2018, hablando de su batalla contra el *lobby* de las armas—. Y en este momento no sé lo que me importa: nada de lo que vale la pena es sencillo. Podríamos morir en el intento. Pero también podemos morir si no lo intentamos. Así que ¿por qué no morir por algo, en lugar de morir por nada?».

González parece saber, en su juventud, lo que a otros activistas les llevó años averiguar: lo que tiene por delante. Vivian Gornick ha descrito el goce que sintió como mujer, en los setenta, al descubrir lo que habían escrito las feministas de la primera ola, un siglo antes que ella. «Somos la reencarnación de las feministas de generaciones anteriores —dijo—. Recuerdo haber leído un texto de Elizabeth Cady Stanton y sentirme impresionada al ver que dijo hace cien años exactamente lo mismo que yo ahora. Impresionada y gratificada. No calmada. Eso vendría después».

Lo que tendría que proporcionarnos calma —a mí me la proporcionó, en el verano de 2018, leer a Andrea Dworkin o Flo Kennedy, Audre Lorde y la propia Gornick— es que si las mujeres ya han pasado por esto, y ahora nosotras tenemos que andar el mismo camino, significa que el cambio iba a ser lento, duro y a veces en círculos.

Como dice Gornick de sus recuerdos de los setenta: «En cualquier momento todo el país se convertirá, aceptará que nuestra causa es justa. A fin de cuentas, no es que estemos aquí de nuevas... Seguramente ahora se dirá todo al completo, libremente y por última vez. Mujeres y hombres se entregarán por igual a la tarea de corregir este doloroso desequilibrio y que sea lo que Dios quiera». Pero a medida que pasaron los años comenzó a percibir en la ligereza de su propio análisis, que tan convincente parecía —sobre lo asustados que estaban todos cuando vieron cuál era el verdadero significado

del sexismo, lo difícil que era revertir los hábitos emocionales que llevaban siglos establecidos, la ansiedad que producía el esfuerzo—, la cruda verdad que lo caracterizaba. Había acertado en su valoración de los desafíos: «Me di cuenta de que aquello iba a llevar más tiempo del que habíamos previsto. Mucho más».

Pero que nos vaya a llevar más tiempo no debería asustarnos. Debería fortalecernos. Tiene que fortalecernos, como parece que le sucede a Emma González. Y nosotros tenemos que recordar que con cada cambio social, por imperfecto que sea, por estancado que se quede, se ha producido cierto progreso real: un aumento de los que se benefician del derecho al voto, mayor libertad para más gente, mayor autonomía. Y sí, después de cada paso que se ha dado, se ha oído el mismo canto de sirena: nada de ira, complicidad, satisfacción y fidelidad a las estructuras tradicionales que han restañado las heridas que dejó la revuelta. Pero ahora ya no queda tiempo para eso.

Tenemos que trabajar para garantizar que ese momento espolee el verdadero cambio, para estar seguros de que los cambios que hagamos resonarán en el futuro más lejano posible. Recordemos a Shirley Chisholm, que lloraba cuando se enfadaba y que no ganó. Perdió. Y a pesar de todo, eso empujó a Barbara Lee a entrar en política. Barbara Lee, la única persona del Congreso que votó contra la AUMF, que llevaba años intentando rebatir. Perdió su lucha. Barbara Lee, que presentó un proyecto de ley pionero en 2015 para anular la Enmienda Hyde: un paso de gigante para las mujeres pobres en un terreno que nadie se había atrevido a transitar desde los setenta. El proyecto de Lee no fue a ningún lado, pero el entusiasmo que provocaron sus esfuerzos contribuyó a que la oposición a la Hyde se hiciera un hueco en la agenda de Hillary Clinton, que también perdió. Sin embargo, su pérdida contribuyó a impulsar la entrada de quizá decenas de miles de mujeres en la política electoral e hizo que este país se tomara en serio, por primera vez, las experiencias de las mujeres que habían sufrido acoso sexual. Algunas de esas mujeres también perdieron. Pero ese tampoco será el fin de esta historia.

En todas las marchas, en todos los mítines, veréis por todas partes una pancarta que lleva un proverbio mexicano, según parece, tomado de los griegos: «Creyeron que podrían enterrarnos: no sabían que somos las semillas». La ira de las mujeres se ha enterrado una y otra vez. Pero ha sembrado el suelo. Nosotras somos los brotes verdes de furia que una vez se sepultaron.

Si leéis esto en el futuro, cuando hayáis tropezado en vuestro intento de averiguar si se os permite sentir ira por lo que quiera que os la inspire, dejadme que os responda yo: sí, se os permite. De hecho, se os anima a que lo hagáis.

Y si lo leéis ahora, en este momento, conmigo, si habéis llegado a esta página porque sentíais la rabia que causan la injusticia y la desigualdad y todos los defectos de este país, porque vuestra ira os hace desear un cambio en vuestras vidas para poder cambiar el mundo, entonces tengo algo importante que deciros: no olvidéis esa sensación.

Contádselo a alguien, anotadlo en un cuaderno, explicádselo a vuestros hijos. Así lo recordaréis. No permitáis que nadie os convenza de que no es correcto, o de que es raro, o de que se trata de una extraña fase vital por la que estáis pasando y os ha dado por la política. «¿Recuerdas, cariño, aquella vez que te volviste loca?». No, no y no. No permitáis que pase eso. Porque lo intentarán.

Llegará el futuro, esperamos. Si sobrevivimos a esto, si conseguimos que mejore aunque solo sea un poco —yo espero que bastante—, la urgencia se aplacará, quizá remita la ira y os sintáis aliviadas. Fugazmente. Está bien, es bueno.

Pero entonces vendrá todo el mundo y os dirá que no tenéis que volver a enfadaros, porque aquella vez que os volvisteis locas no hacíais la cena, gritabais a la televisión y no estabais tan guapas y la vida es más fácil cuando esto pasa y sois, de nuevo, divertidas. Y sentiréis la tentación de guardar las fotos en las que salís con los gorros rosas, de meter en el desván los carteles de protesta y de replegaros, de sustraeros al mordisco de la furia, de relajaros pensando en lo que haya surgido tras cualquier avance de los que se hayan materializado ahora.

Pero yo digo a todas las mujeres que ahora leen esto y a mi yo del futuro: lo que ahora os provoca la ira —la injusticia— seguirá existiendo aunque vosotras no la sufráis, aunque os sintáis tentadas a dejar de pensar en cómo la habéis vivido y cómo contribuís a ella. Otros aún la sufren y siguen enfadados. Algunos, enfadados con vosotras. No los olvidéis. No eliminéis su ira. Seguid airadas, como ellos, junto a ellos. Tienen derecho a estar enfadados y vosotras a estarlo con ellos.

Estar enfadado es correcto. Estar enfadado es americano. Estar enfadado

puede ser gozoso y productivo, y conectar a la gente. Nunca permitáis que nadie os convenza para dejar de estar enfadadas.

Agradecimientos

Muchas gracias a todo el personal de Simon & Schuster, sobre todo a mi excepcional editora, Marysue Rucci. Ella y Jonathan Karp, Carolyn Reidy, Zachary Knoll, Sarah Reidy, Christine Pride y Cary Goldstein dieron a mi obra un hogar acogedor y entusiasta por el que les estoy muy agradecida. A mi agente, Linda Loewenthal, que me ha guiado desde hace mucho tiempo y en esta ocasión me condujo hasta Jane Isay, sin cuya mirada editorial, aguda y jubilosa, no podría haberlo logrado. Y más gratitud aún hacia Meredith Tax, Alice Walker y el Women's Film Archive por los permisos y accesos que me han facilitado.

A mis colegas de la revista *New York*, que me han ayudado a dar forma a muchas de las ideas que aparecen en este libro, muy especialmente a Noreen Malone, Laurie Abraham, Stella Bugbee, Jared Hohlt, Adam Moss, Pam Wasserstein y Lauren Kern; a Ann Clarke por su apoyo y por su sentido del humor, con los que alentó este proyecto. Estoy muy agradecida también por la contribución de mi colega Jordan Larson, que me ayudó a contrastar datos con rapidez y solvencia, y a Aubri Juhasz por su ayuda en la investigación. Gracias a Bonnie Siegler por la cubierta y a Amy Bass por revisar (¡con tanta rapidez!) los apuntes históricos. Por su entendimiento durante todos estos terribles años, gracias a Brittney Cooper, Katha Pollitt, Michelle Goldberg, Liz Meriwether, Rebecca Solnit, Lisa Miller, Emily Nussbaum, Bene Cipolla, Edward McPherson, Tom McGeeveran, Dahlia Lithwick, Lizzie Skurnik, Jen Deaderick, Amy Goldwasser, Melissa Harris-Perry, Greg Veis, Jamelle Bouie, Joan Walsh, Geraldine Sealey, Lori Leibovich, Zoe Heller, Ta-Nehisi Coates, Chris Hayes, Jean Howard, Jim Baker, Pheroze Wadia y Aaron y Karel Traister.

Mi especial agradecimiento a Heather McPherson, Sara Culley, Kate Shaw y Krista Williams: todas ellas leyeron partes del libro a medida que lo iba escribiendo. Estoy en deuda con las mujeres furiosas y divertidas cuyas voces sigo oyendo a diario en mi cabeza: Irin Carmon, Anna Holmes y Aminatou Sow: sin ellas, pensaría de otra manera. Y no pensaría en absoluto sin Marion Belle, cuyo humor, entusiasmo político y duro empeño iluminan mis días y hacen posible mi trabajo. Soy afortunada también por tener a Zoe Reich y a

Paul Margarites, Peter Koechly y Krista Williams, porque todos ellos me han ofrecido ideas y ayuda logística. Me resulta inconcebible haber escrito y publicado este libro en un mundo sin Michael Friedman, mi compañero de toda la vida, cuya clarividencia sobre este periodo y el eco de su voz están dentro de este libro.

Mientras lo escribía, mis padres me acogieron en su casa, me dieron de comer y me animaron a salir. Con ellos tengo una deuda incalculable, tan grande como el amor que me inspiran. A mis hijas: os adoro, estoy orgullosa de vosotras y agradecida por vuestra paciencia y buen humor, tanto como por vuestra impaciencia y mal humor. Este libro está dedicado a vosotras, en parte porque quiero que sepáis que es correcto enfadarse. Es importante enfadarse. A mi marido, Darius Wadia, que es el mejor compañero, el mejor amigo y el mejor hombre que jamás esperé encontrar: él ha trabajado tanto como yo para que este libro se materializase, mientras seguía adelante con su propio trabajo, difícil e importante. Tengo mucha suerte de navegar por este mundo junto a él.

Índice

Portada

Buenas y enfadadas

Introducción

Parte I - Erupción

01. El gigante dormido

02. La gran ilusión

03. Ya no estamos tan animadas

04. El invierno de nuestro descontento

Parte II - Medusas

05. Ese genio, esa lengua

06. La trampa: el alto precio de la ira

07. Disimula tu ira

08. El dominio de la minoría

Parte III - Temporada de brujas

09. Irse de rositas

10. No te fíes de nadie

11. Daños colaterales

12. Simpatía por los diablos

Parte IV - Las furias

13. La euforia del activismo

14. Justicia reparadora

15. Mis hermanas están aquí

Conclusión

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Rebecca Traister

Créditos

Buenas y enfadadas



Parece que en 2018 la ira de las mujeres ha aparecido repentinamente en la conversación pública. Pero mucho antes de la creación de Pantsuit Nation, de la Marcha de las Mujeres y del movimiento #MeToo, la ira de las mujeres ha sido catalítica en lo político. La historia de la furia femenina y su significado cultural demuestra la larga historia de amargo resentimiento que ha envuelto al lento aumento del poder político de las mujeres en los Estados Unidos, así como las formas en que se recibe la ira cuando se trata de mujeres y no de hombres. Con elocuencia y fervor, Traister rastrea la historia de la ira femenina como combustible político, desde sufragistas que marchan ante la Casa Blanca hasta empleadas de oficinas que abandonan sus edificios después de que Clarence Thomas fuera confirmado ante el Tribunal Supremo. Traister explora la ira de las mujeres tanto con los hombres como con otras mujeres; la ira entre aliados y enemigos ideológicos; las diversas formas en que se percibe la ira en función de su dueño, así como la historia de la caricatura y la deslegitimación de la ira femenina y la forma en que la furia colectiva de las mujeres se ha convertido en un combustible político transformador, como ocurre sin duda en la actualidad.

Rebecca Traister. Estados Unidos, 1975.

Periodista y escritora, publica regularmente en *New York Magazine* y trabaja como editora colaboradora de *Elle*. Finalista del National Magazine Award, ha escrito sobre mujeres en política, medios y entretenimiento desde una perspectiva feminista para *The New Republic* y *Salon*, y también ha publicado en *The Nation*, *The New York Observer*, *The New York Times*, *The Washington Post*, *Vogue*, *Glamour* y *Marie Claire*. Traister se crio en una granja en Filadelfia, hija de un padre judío y una madre baptista. Asistió a la Germantown Friends School y a la Northwestern University. Después de la universidad, se mudó a Nueva York. Su primer libro, *Big Girls Don't Cry* (2010), fue nombrado libro notable del año por el *New York Times* y ganador del Premio Ernesta Drinker Ballard en 2012. Su segundo libro, *All the Single Ladies* (2016), considerado como una continuación del primero, presenta, según *The New York Times*, un «examen bien documentado y profundamente informativo de los intentos de las mujeres por lograr la independencia durante siglos». En 2018 publicó su tercer libro, *Buenas y enfadadas*. En 2012, Traister recibió el Premio Making Trouble/Making History, del Archivo de Mujeres Judías, y el Premio Mirror al Mejor Comentario en Medios Digitales por dos ensayos que aparecieron en *Salon* y uno que apareció en *The New York Times*. Actualmente vive en Nueva York junto a su marido y sus dos hijas.

Título original: *Good and Mad: The Revolutionary Power of Women's Anger* (2018)

© Del libro: Rebecca Traister

© De la traducción: Amelia Pérez de Villar

Edición en ebook: mayo de 2019

© Capitán Swing Libros, S. L.

c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid

Tlf: (+34) 630 022 531

28044 Madrid (España)

contacto@capitanswing.com

www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-120300-3-7

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra Ortiz

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.